



PRECEPTO TRAS PRECEPTO

José Smith
y la Restauración de la Doctrina
ROBERT L. MILLET

PRECEPTO TRAS PRECEPTO

José Smith
y la Restauración de la Doctrina

Robert L. Millet

¿Cómo lo hizo José Smith? ¿Cómo pudo, siendo apenas un adolescente, abrir las compuertas de la revelación en una mañana de primavera de 1820? ¿Cómo continuó recibiendo, restaurando y refinando la rica doctrina del evangelio restaurado hasta su martirio en 1844? ¿Y cómo podría un hombre que entregó un sistema tan completo de doctrina, que estableció un fundamento teológico tan profundo, ser otra cosa que un profeta de Dios?

La doctrina de los Santos de los Últimos Días se basa en la restauración de un entendimiento correcto del “carácter, perfecciones y atributos” de Dios. En *Precepto tras Precepto*, el estimado erudito y orador Santo de los Últimos Días Robert L. Millet explora cómo la restauración de una verdad llevó a preguntas que condujeron a respuestas y a la restauración de más verdades—línea sobre línea, precepto tras precepto.

Desde la teofanía original de la Primera Visión y sus implicaciones para un mundo inmerso en la doctrina trinitaria hasta el alcance cósmico del sermón de King Follett, las revelaciones del Profeta sacudieron las doctrinas arraigadas del cristianismo del siglo XIX. Y para la época del martirio de José, Dios había puesto por medio de él los cimientos de una Iglesia restaurada de Jesucristo que perdurará hasta el Milenio.

Acerca del Autor

Robert L. Millet, ex decano de Educación Religiosa en la Universidad Brigham Young, es profesor emérito de escrituras antiguas. Tras recibir su licenciatura y maestría en psicología de BYU, obtuvo un doctorado en estudios religiosos en la Universidad Estatal de Florida.

El hermano Millet es un orador muy querido y autor de numerosos libros. Él y su esposa, Shauna, son padres de seis hijos.

Dedicatoria

*A mi amada Shauna—
cuya amistad, lealtad, dulce compañía y amor hacen que la eternidad
parezca demasiado breve.*

Citas Iniciales

“Es mi meditación todo el día, y más que mi comida y mi bebida, el saber cómo haré que los Santos de Dios comprendan las visiones que se despliegan como una oleada desbordante ante mi mente.”

— **José Smith**

“No hay un hombre tan grande como José en esta generación. Los gentiles lo contemplan como un lecho de oro oculto a la vista humana. No conocen sus principios, su espíritu, su sabiduría, sus virtudes, su filantropía ni su llamamiento. Su mente, como la de Enoc, se expande como la eternidad, y solo Dios puede comprender su alma.”

— **Wilford Woodruff**

Tabla de Contenido

Prefacio.....	6
Una Cronología Doctrinal	11
Introducción	16
Capítulo 1 Preparativos para la Restauración	20
Capítulo 2 Los cielos se abren	27
Capítulo 3 Otro testamento	48
Capítulo 4 Autoridad divina restaurada.....	70
Capítulo 5 La Obra del Espíritu Santo	85
Capítulo 6 Jesucristo y el Evangelio Eterno	106
Capítulo 7 Una Nueva Traducción de La Biblia.....	117
Capítulo 8 Sion. Los Puros de Corazón.....	141
Capítulo 9 Todo en común	150
Capítulo 10 Más cielos que uno	163
Capítulo 11 “En el principio con Dios”	177
Capítulo 12 Fe en La Vida y la Salvación	194
Capítulo 13 Las Promesas hechas a los Padres.....	211
Capítulo 14 Los que Nunca Oyeron el Evangelio	225
Capítulo 15 Creemos	241
Capítulo 16 “Investidura, Consuelo e Instrucción”	265
Capítulo 17 Un Nuevo y Eterno Pacto.....	278
Capítulo 18 La Vida más allá de la Tumba.....	298
Capítulo 19 El Fin de los Tiempos	313
Capítulo 20 Lo que el hombre puede llegar a ser	328
Capítulo 21 La Muerte del Testador	352

Conclusión Por causa de José Smith	361
Apéndice 1 Doctrinas, Principios Y Preceptos Del Libro De Mormón.....	368
Apéndice 2 Tributos al Profeta José Smith por sus Sucesores.....	377

Prefacio

Jehová habló por medio de Isaías acerca de cómo la verdad divina es transmitida a los mortales:

“Porque mandamiento tras mandamiento, mandamiento tras mandamiento; renglón tras renglón, renglón tras renglón; un poquito aquí, un poquito allá” (Isaías 28:10; compárese con 2 Nefi 28:30).n Casi siempre, un Dios misericordioso dará a conocer las doctrinas y principios de manera gradual. Aunque tú y yo podamos ocasionalmente ser impacientes con el sistema de requisitos del evangelio del Señor, Él lo estableció con un sabio propósito. Es una ilustración silenciosa de la tierna consideración y la dulce bondad que nuestro Padre Celestial tiene por Sus hijos: nos da aquello para lo cual estamos preparados a recibir. De hecho, esta es la manera en que el Todopoderoso ha dispensado las verdades y las autoridades del evangelio restaurado. El joven José Smith de catorce años ciertamente no comprendió en la primavera de 1820 lo que llegaría a entender para el tiempo de su martirio en 1844. Su educación divina, como la de todos los santos, fue incremental.

Se ha observado que la doctrina es “el cuerpo básico de enseñanza o entendimiento cristiano” (2 Timoteo 3:16). La doctrina cristiana está compuesta de enseñanzas que han de transmitirse mediante instrucción y proclamación. La doctrina religiosa trata con las preguntas últimas y más abarcadoras.

La doctrina es que Jesucristo es el Hijo de Dios, el Salvador y Redentor de la humanidad; que vivió, enseñó, sanó, sufrió y murió por nuestros pecados; y que resucitó al tercer día con un cuerpo inmortal y resucitado (1 Corintios 15:1–3; DyC 76:40–42). Este núcleo doctrinal expone lo que José Smith llamó los “principios fundamentales de nuestra religión”.

Hay poder en la doctrina, poder en la palabra (Alma 31:5), poder para sanar al alma herida (Jacob 2:8), poder para transformar la conducta humana. He dedicado gran parte de mi vida profesional y eclesiástica a un estudio

intenso de las diversas doctrinas de la Restauración y me descubro volviendo a menudo, saboreando, citando o parafraseando con frecuencia los sermones o escritos de José Smith. En este libro se contará la historia de José Smith, pero no de manera biográfica típica. Más bien, examinaremos cuidadosamente algunos de los momentos doctrinales y enseñanzas más significativos de su ministerio y seguiremos nuestro estudio, en su mayor parte, de manera cronológica. En cierto sentido, esta obra podría describirse como una especie de biografía doctrinal. En algunos casos veremos cómo ciertas materias teológicas introducidas en el ministerio temprano del Profeta fueron ampliadas y aclaradas más tarde por él mismo o por sus sucesores apostólicos y proféticos, precepto tras precepto.

Uno de los desafíos de una obra de esta naturaleza es la delimitación: sencillamente, no todo puede abarcarse en un solo libro. En consecuencia, he seleccionado lo que considero los aspectos doctrinales más sobresalientes del Profeta fundador. Notarán, por ejemplo, que no he tratado temas tales como cómo fue traducido el Libro de Mormón, la Palabra de Sabiduría, los orígenes del Libro de Abraham, la apostasía en Kirtland, la persecución en Misuri e Illinois, la organización de la Sociedad de Socorro, ni los pormenores del martirio del Profeta. Además, aunque ocasionalmente recurro a temas doctrinales tal como se presentan en el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio—todos los cuales provinieron de José Smith—, en un volumen de esta clase es imposible cubrir toda cuestión doctrinal que surja en el canon escritural de los Santos de los Últimos Días o tocar cada momento histórico significativo.

Amo y honro a José Smith como el Profeta de la Restauración y como la cabeza de la dispensación de la plenitud de los tiempos. No tengo ninguna vacilación en escribir desde la perspectiva de la fe y el compromiso; mi perspectiva personal está profundamente influenciada por mi creencia. Estoy convencido de que José fue, en muchos aspectos, un profeta de profetas. Al decir esto, tengo en mente la siguiente declaración hecha por Hyrum, el hermano de José: “José tiene el espíritu y el poder de todos los profetas.”

He decidido hacer algo que generalmente no se hace en una obra de este tipo: interactuar periódicamente contigo, el lector. Es decir, en ocasiones

insertaré una experiencia o una perspectiva personal en un capítulo, o te hablaré como si estuviéramos en una conversación. Como lector yo mismo, encuentro que tales excursiones tienden a dar calidez y un toque personal a un libro.

En los últimos años hemos sido testigos de una obra maravillosa en sí misma: la producción de los *Documentos de José Smith*, cuyos resultados se siguen poniendo a disposición de los Santos de los Últimos Días y de otras personas interesadas tanto en forma impresa como en línea. Es una obra profundamente significativa, aún en desarrollo, y que continuará durante varios años más.

Las fuentes principales para las citas de José Smith en este volumen son, en primer lugar, el manual oficial de la Iglesia titulado *José Smith en las enseñanzas de los presidentes de la Iglesia* y, en segundo lugar, los *Documentos de José Smith*. Ocasionalmente también he utilizado otras fuentes de los propios discursos del Profeta, incluyendo el periódico de la Iglesia *Times and Seasons* y *Las Palabras de José Smith: Los relatos contemporáneos de los discursos de Nauvoo del Profeta José Smith*.

Mientras estaba prisionero en la cárcel de Liberty en marzo de 1839, el Profeta José escribió: “La verdad es el ‘mormonismo’. Dios es su autor. Él es nuestro escudo. Por Él recibimos nuestro nacimiento. Fue por Su voz que fuimos llamados a una dispensación de Su Evangelio en el principio de la plenitud de los tiempos. Fue por Él que recibimos el Libro de Mormón; y es por Él que permanecemos hasta este día; y por Él permaneceremos, si ha de ser para nuestra gloria; y en Su nombre todopoderoso estamos determinados a soportar la tribulación como buenos soldados hasta el fin.” José Smith el Profeta creía, al igual que sus seguidores, que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días era, en verdad, el cristianismo restaurado, la depositaria de la plenitud del evangelio de Jesucristo y la única institución religiosa en la tierra con autoridad divina. José estaba convencido, por encuentro personal e inmediato con lo Divino, de que lo que enseñaba era verdadero, de que lo que estaba siendo devuelto a la tierra mediante sus esfuerzos era “el antiguo orden de las cosas.” Aquellos que aceptaron el testimonio de José sobre la obra lo hicieron por el poder

de ese Espíritu que ha sido dado por un Señor bondadoso para guiarnos a toda la verdad (Juan 16:13).

Entre muchas cosas que el Profeta José Smith escribió desde la cárcel de Liberty está lo siguiente: “Tu mente, oh hombre: si ha de conducir un alma a la salvación, debe elevarse tan alto como los cielos más altos, y buscar en lo profundo y contemplar el abismo más oscuro y la vasta extensión de la eternidad—debes entonces comunicarte con Dios. ¡Cuán más dignos y nobles son los pensamientos de Dios que las vanas imaginaciones del corazón humano!” El hermano José creía en el poder de la mente humana y se deleitaba en un pensamiento riguroso, en la contemplación y en la reflexión sobre asuntos serios y sagrados. También era muy consciente de las limitaciones de la razón humana y enseñaba repetidamente, en las palabras de un sucesor profético, que “esta obra de los últimos días es espiritual. Se requiere espiritualidad para comprenderla, amarla y discernirla. Por lo tanto, debemos buscar el Espíritu en todo lo que hacemos.” Es mi esperanza que tú, como lector, encuentres en lo que sigue lo racional y concluyas que tiene sentido, que las creencias y prácticas de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días son tan estimulantes y desafiantes para la mente como lo son de consoladoras y apaciguadoras para el corazón (1 Pedro 3:15).

En la preparación de este libro, estoy en deuda con muchas personas que, a lo largo de las décadas, me han enseñado tanto en entornos formales de clase como en conversaciones informales, conferencias públicas o escritos publicados, a amar, venerar y demostrar lealtad al Profeta José Smith. Aunque vacilo en mencionar nombres específicos por temor a olvidar a otros, cedo a la tentación ligeramente con el fin de expresar profunda gratitud a Hyrum L. Andrus, Ivan J. Barrett, Robert J. Matthews, Truman G. Madsen, Richard Lloyd Anderson, Karl Ricks Anderson, Larry E. Porter, Milton V. Backman Jr., Larry E. Dahl, Donald Q. Cannon y Joseph Fielding McConkie. Además, este libro no se habría materializado sin la ayuda especial de dos queridos amigos en *Deseret Book Company*. Primero, Lisa Roper, directora de producto, quien ha alentado y nutrido el libro desde su concepto hasta su publicación. Segundo, la minuciosa labor editorial de Suzanne Brady, quien una vez más lo examinó y mejoró. Les estoy profundamente agradecido.

Al expresar estos agradecimientos, reconozco con toda franqueza que yo mismo soy responsable de las ideas expresadas en esta obra y de las conclusiones que contiene. Este libro es un esfuerzo personal y no una publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ni de la Universidad Brigham Young.

Una Cronología Doctrinal

23 de diciembre de 1805	Nace José Smith hijo.
Primavera de 1820	La Primera Visión de José Smith.
21–22 de septiembre de 1823	Visita de Moroni.
19 de noviembre de 1823	Fallecimiento de Alvin Smith.
18 de enero de 1827	José Smith y Emma Hale se casan.
22 de septiembre de 1827	José Smith y Emma Hale se casan
15 de mayo de 1829	Juan el Bautista confiere el Sacerdocio Aarónico (DyC 13)
Finales de mayo de 1829	Pedro, Santiago y Juan confieren el Sacerdocio de Melquisedec (DyC 18, 27).
26 de marzo de 1830	Publicación del Libro de Mormón
6 de abril de 1830	Organización formal de la Iglesia de Cristo.
Junio de 1830	Comienza la nueva traducción de la Biblia del rey Santiago (TJS).
Junio–octubre de 1830	Perspectivas de la Traducción de José Smith (TJS) sobre la existencia premortal, la Creación, la Caída (Moisés 2–5).
1831	Principios sobre el matrimonio eterno y plural comienzan a revelarse (DyC 132).
Noviembre de 1830–febrero de 1831	Se revelan en la TJS la vida y ministerio de Enoc; la revelación del evangelio a Adán; Noé y el Diluvio (Moisés 6–8).
4 de febrero de 1831	Edward Partridge es llamado como primer obispo de la Iglesia (DyC 41).
9 de febrero de 1831	Comienza a revelarse la ley de consagración y mayordomía (DyC 42).
7 de junio de 1831	Se ordenan y llaman los primeros sumos sacerdotes.
20 de julio de 1831	Independence, Misuri, es nombrada como el sitio de la Nueva Jerusalén (DyC 57).

3 de agosto de 1831	Se dedica el primer terreno para templo en Independence, Misuri.
4 de diciembre de 1831	Newell K. Whitney es llamado como segundo obispo (DyC 72).
16 de febrero de 1832	Visión de las glorias (DyC 76).
Marzo de 1832	Organización formal de la Primera Presidencia (DyC 81).
Entre el 20 de julio de 1832 y el 27 de noviembre de 1832	José Smith empieza a dictar la primera historia de la Iglesia; primer relato de la Primera Visión.
22–23 de septiembre de 1832	Revelación sobre el sacerdocio (DyC 84).
27–28 de diciembre de 1832 y 3 de enero de 1833	Revelación conocida como la Hoja de Olivo (DyC 88).
Febrero de 1833	Se organiza la Escuela de los Profetas.
6 de mayo de 1833	Revelación sobre la existencia eterna del hombre (DyC 93).
2 de julio de 1833	Se completa la traducción de la Biblia.
17 de febrero de 1834	Se organiza el primer sumo consejo (DyC 102).
14 de febrero de 1835	Se llama al Primer Cuórum de los Doce Apóstoles.
28 de febrero de 1835	Se llama al primer cuórum de los Setenta.
Invierno de 1834–35	Se imparten las Lecturas sobre la Fe en la Escuela de los Élderes.
28 de marzo de 1835	Revelación sobre el sacerdocio (DyC 107).
Julio de 1835	La Iglesia adquiere cuatro momias y papiros egipcios; José comienza la traducción.
17 de agosto de 1835	Se aprueba Doctrina y Convenios; el documento sobre gobierno y leyes en general se acepta como parte de Doctrina y Convenios (DyC 134).
9–11 de noviembre de 1835	José relata otro relato de la Primera Visión.
21 de enero de 1836	José recibe una visión del reino celestial, los inicios de la revelación concerniente a la salvación de los muertos (DyC 137).

21 de enero–1 de mayo de 1836	Una temporada pentecostal en la que se disfrutaron visiones, revelaciones, ministraciones angélicas y el don de lenguas.
27 de marzo de 1836	Dedicación del Templo de Kirtland (DyC 109).
3 de abril de 1836	El Salvador acepta el templo; Moisés, Elías y Elías el profeta restauran las llaves del sacerdocio (DyC 110).
23 de julio de 1837	El evangelio restaurado se predica por primera vez en Gran Bretaña; se da revelación sobre el gobierno del sacerdocio a Thomas B. Marsh (DyC 112).
26 de abril de 1838	La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días recibe su nombre por revelación (DyC 115).
27 de abril de 1838	José prepara lo que llegaría a ser la historia de la Iglesia; esta historia contiene un relato de la Primera Visión (José Smith—Historia).
8 de julio de 1838	Se revela la ley del diezmo; se establece el Consejo sobre la Disposición de los Diezmos (DyC 119–120).
27 de octubre de 1838	El gobernador de Misuri, Lilburn Boggs, emite la orden de exterminio.
1 de diciembre de 1838	José Smith y cinco asociados son confinados en la cárcel de Liberty.
20 de marzo de 1839	José dicta una carta desde la cárcel de Liberty a los santos (DyC 121–23).
6 de abril de 1839	José y sus compañeros prisioneros dejan la cárcel de Liberty.
11 de junio de 1839	José comienza a dictar su historia personal.
1840	Orson Pratt prepara un folleto misional que contiene el primer relato publicado de la Primera Visión de José Smith.
15 de agosto de 1840	José Smith pronuncia su primer sermón público sobre el bautismo por los muertos en el funeral de Seymour Brunson.
14 de septiembre de 1840	Fallece José Smith Sr., después de pedir que alguien sea bautizado en nombre de Alvin, su hijo fallecido.

19 de enero de 1841	Revelación sobre las ordenanzas del templo en la antigüedad y en esta dispensación (DyC 124).
21 de noviembre de 1841	Se realizan los primeros bautismos por los muertos en el Templo de Nauvoo.
28 de noviembre de 1841	José declara que el Libro de Mormón es la piedra angular de nuestra religión.
1 de marzo de 1842	Se publica en Times and Seasons la Carta Wentworth, que contiene otro relato de la Primera Visión.
15 de marzo de 1842	Se publica en Times and Seasons la primera entrega de la traducción del Libro de Abraham por el Profeta (incluido el Facsímil 2).
17 de marzo de 1842	Se organiza la Sociedad de Socorro de Nauvoo con Emma Smith como presidenta.
4 de mayo de 1842	José Smith administra la investidura en el piso superior de la Tienda de Ladrillo Rojo en Nauvoo.
16 de mayo de 1842	Se publica en Times and Seasons el Facsímil 2 y los versículos restantes de la traducción del Libro de Abraham.
1 de septiembre de 1842	Carta de instrucciones de José a los santos sobre el bautismo por los muertos (DyC 127).
7 de septiembre de 1842	Carta de José a los santos estableciendo la base doctrinal para el bautismo y la redención de los muertos (DyC 128).
9 de febrero de 1843	Instrucciones sobre la naturaleza de los seres en el cielo (DyC 129).
18 de febrero de 1843	Instrucciones sobre la tierra celestializada (DyC 130).
2 de abril de 1843	Instrucciones doctrinales sobre cómo aparecerá Cristo en Su Segunda Venida y cómo será la vida en la tierra después de ese momento (DyC 130).
17 de mayo de 1843	nstrucciones sobre el grado más alto del reino celestial; la palabra profética más segura; todo espíritu es materia (DyC 131).

28 de mayo de 1843	José y Emma son sellados por la eternidad en la Tienda de Ladrillo Rojo en Nauvoo; otras parejas también son selladas.
12 de julio de 1843	Revelación sobre el matrimonio eterno y plural dictada por José Smith a William Clayton (DyC 132).
13 de agosto de 1843	José predica en el funeral de Elías Higbee acerca de cómo la fidelidad de los padres puede, mediante el convenio del evangelio, asegurar a sus hijos.
27 de agosto de 1843	José predica un sermón sobre la plenitud de las bendiciones del sacerdocio; los reyes y sacerdotes se convierten en Dios.
9 de octubre de 1843	El Profeta habla en el funeral de James Adams sobre la muerte, el mundo de los espíritus después de la vida, y la naturaleza y ministerio de espíritus y ángeles.
7 de abril de 1844	El Profeta pronuncia un discurso en el funeral de King Follett.
16 de junio de 1844	El Profeta predica en el bosque sobre la pluralidad de los dioses.
25 de junio de 1844	José y Hyrum Smith son llevados a la cárcel de Carthage, Illinois.
27 de junio de 1844	José y Hyrum Smith son asesinados; John Taylor resulta gravemente herido en la cárcel de Carthage por una turba armada.
29 de junio de 1844	José y Hyrum Smith son sepultados en Nauvoo.
8 de agosto de 1844	Sidney Rigdon habla a los santos reunidos; Brigham Young habla, el manto profético desciende sobre él y es transfigurado.

Introducción

¿Qué haremos con José Smith?

Más de una vez, amigos de otras religiones me han dicho, en esencia: “Simplemente no sé qué hacer con José Smith. No creo que fuera un mentiroso ni un loco. Pero no estoy preparado para aceptar la Primera Visión o la traducción sobrenatural de las planchas de oro.” El biógrafo Richard L. Bushman declaró: “Creo que cualquiera que estudie la vida de José Smith, ya sea que crea o no que fue divinamente inspirado, tiene que reconocerlo como un audaz innovador. Fue un hombre de un inmenso poder al crear nuevas ideas religiosas y al atraer a las personas hacia ellas. Eso, creo yo, es un simple hecho histórico.”

El historiador Robert Remini preguntó: “¿Creo yo personalmente? No. [José] puede haber creído que lo que hizo [ver a Dios] fue real. Pero si realmente lo vio, no tengo evidencia de eso. Y dado que no soy un mormón que cree por un acto de fe, aunque no se pueda probar, debo hacer un juicio sobre la base de la evidencia. Sin embargo, uno puede decir: *mira lo que hizo*. ¿Es un ser humano capaz de lograr esto sin ayuda e intervención divina?”

Hace años, un grupo formado por profesores tanto Santos de los Últimos Días y académicos de otras religiones cristianas se reunieron conmigo para analizar el papel de José Smith y la validez de sus afirmaciones. Los Santos de los Últimos Días ofrecieron sus perspectivas y convicciones. Escuché con interés cuando uno de nuestros amigos de otra fe dijo: “Estoy dispuesto a creer que él fue un profeta con ‘p’ minúscula, pero no un profeta con ‘P’ mayúscula.” Supongo que mi amigo quería decir con ese comentario que José no era un demonio ni un impostor, y que quizás incluso disfrutó de algún grado de dirección divina en su obra de restauración. Lo más difícil, sin embargo, era poner a José Smith en el mismo nivel que Abraham, Moisés o Isaías. Otro comentó que no es que no creyera que las teofanías como las que José Smith describió al ocurrir en la arboleda en 1820 fueran

imposibles, sino que no estaba convencido de que eso fuera realmente lo que le sucedió al joven José.

Hacia el final de la reunión, uno de nuestros colegas cristianos dijo a los Santos de los Últimos Días:

“Ustedes deben entender que tomamos muy en serio la advertencia de Jesús de tener cuidado con los falsos profetas.” Yo respondí: “Creo que comprendemos muy bien su preocupación. Nadie quiere ser engañado ni extraviado. Sin embargo, algún día tal vez quieran prestar la misma atención a la enseñanza del Salvador expresada solo un poco más adelante: ‘Por sus frutos los conoceréis’ (Mateo 7:15–16).” En ese momento, un historiador prominente del grupo comentó: “No estoy preparado para aceptar la exactitud de la Primera Visión ni la traducción de las planchas de oro, pero me atormenta el cristianismo que se encuentra en la cultura mormona.”

La cultura. La manera de vivir. La comunidad. La influencia. Estas son algunas de las frutas de nuestra fe, dulces frutos de la obra que José Smith puso en marcha. Ciertamente, estas cosas no deben tomarse a la ligera, pues constituyen una prueba poderosa de la veracidad de la Restauración. En este volumen me he dirigido a lo que parece ser fundamental para la cultura, lo que hace que los Santos de los Últimos Días crean y actúen como lo hacen. Lo que creemos afecta lo que hacemos; lo que profesamos afecta lo que llegamos a ser. Dicho simplemente, el éxito y la sorprendente influencia de la comunidad de los Santos de los Últimos Días se debe principalmente a nuestro fundamento teológico, las doctrinas que creemos, doctrinas que se remontan casi exclusivamente a las traducciones, revelaciones, escritos y sermones de José Smith. Hoy edificamos sobre el fundamento que él puso. En una entrevista con Mike Wallace en el programa *60 Minutes* de CBS, al presidente Gordon B. Hinckley se le preguntó cómo se comunica Dios con los hombres por medio del profeta y presidente de la Iglesia. Él respondió: “Permítanme decir primero que detrás de esta Iglesia hay una historia tremenda, una historia de profecía, una historia de revelación y un cúmulo de decisiones que establecen el modelo de la Iglesia, de manera que no existen problemas recurrentes que requieran alguna dispensación especial.”

El élder Bruce R. McConkie habló una vez de una conversación entre uno de sus colegas apóstoles y un líder religioso de otra fe. “Me dijeron que un alto prelado católico dijo a uno que poseía el santo apostolado: ‘Hay dos cosas que ustedes, los mormones, tienen y que nosotros, los católicos, quisieramos adoptar.’ ‘¿Cuáles son?’ le preguntaron. ‘Su diezmo y su sistema misional’, respondió.

‘Bueno, ¿por qué no los adoptan ustedes?’ fue la réplica. ‘No lo haríamos excepto por dos razones: nuestra gente no pagará el diezmo, y nuestra gente no irá a las misiones.’” El élder McConkie entonces ofreció este comentario sobre la conversación: “Con cuánta frecuencia personas bien intencionadas y sinceras en el mundo han intentado adoptar nuestros programas de la juventud, nuestro programa de noche de hogar familiar, nuestro sistema misional, y así sucesivamente, y aun así no han podido hacerlos funcionar en sus situaciones.”

“¿Por qué? Porque no colocan un fundamento adecuado; por muy inspirados que estén los programas, no permanecen solos. Deben edificarse sobre el fundamento de la fe y la doctrina. El fundamento sobre el cual edificamos nuestra Iglesia entera es uno de testimonio de fe y conversión. Es nuestra teología; es la doctrina que Dios nos ha dado en este día; son los principios restaurados y revelados de la verdad eterna—estas son las cosas que nos dan la capacidad de operar nuestros programas y edificar casas de salvación.

Claramente, algunas de las pruebas más firmes del llamamiento profético de José Smith—pruebas, si se quiere, de que fue levantado, dirigido divinamente y facultado para comenzar y defender una obra maravillosa y un prodigo—son las doctrinas que llegaron a los hombres por medio de él. Todo individuo nace con la capacidad de conocer y reconocer las verdades de salvación. Tales verdades no son misterios incomprensibles. Están destinadas a ser conocidas, sentidas y creídas por todos los hijos de Dios. Cada revelación, cada comunicación divina, lleva en sí misma la evidencia de su autenticidad, y toda hija e hijo de Dios—ya sea humilde o eminente, joven o viejo, ignorante de letras o formalmente instruido—está divinamente dotado con la capacidad de ver la luz y sentir su calor. Al abrir el cofre del tesoro doctrinal de la Iglesia, es mi sincera esperanza que el

lector pueda ver esa luz y sentir ese calor al saborear algunos de los frutos más dulces del evangelio restaurado.

Capítulo 1

Preparativos para la Restauración

Antes de 1820. En revelación tras revelación dada por medio del Profeta José Smith, el Señor Jesucristo declaró que “la mies ya está lista para la siega” (DyC 4:4; 6:3; 11:3; 12:3; 14:3). El Dios que todo lo sabe, desde el principio hasta el fin, había estado preparando un fundamento para esa revolución que llamamos la Restauración. Esta “maravillosa obra y un prodigo” no habría de suceder sin una preparación inmensa e intrincada por parte del Todopoderoso (2 Nefi 27:26; véase también Isaías 29:14). Las personas estarían en su lugar. Conceptos y puntos de vista estarían en el ambiente. Los corazones estarían abiertos a una nueva revelación de una manera sin precedentes. Nada se dejó al azar.

Menos de cincuenta años antes de que el joven José Smith se adentrara en la arboleda para orar, las trece colonias norteamericanas se habían rebelado contra Gran Bretaña y habían ganado con éxito la Guerra de Independencia. Romper las cadenas de la monarquía, sin embargo, era solo una parte de un proceso intelectual y social mucho mayor que ya estaba en marcha. Poco después de que los Estados Unidos fueran establecidos como nación independiente, siguió la Revolución Industrial, en la cual los estadounidenses comenzaron a establecer una economía doméstica independiente y mediante la cual la sociedad empezó a transformarse los Estados Unidos duplicaron su población durante el primer cuarto del siglo XIX. Vinculado a ese crecimiento en población y oportunidad había una extraña mezcla de pensamientos, una combinación inusual de cosmovisiones. Debido a que algunos de los principios y sentimientos de la precedente Era de la Razón persistían, hombres y mujeres no dudaban en desarraigarse intelectual, social, económica y espiritualmente. Un espíritu de individualismo y autodeterminación impulsaba a cientos de miles a romper con la tradición y trazar un nuevo rumbo para sí mismos. Al mismo

tiempo, y como una especie de reacción a lo que muchos consideraban la fría y calculadora perspectiva de un mundo gobernado enteramente por la razón, el espíritu del Romanticismo impulsaba a las personas a mirar hacia sus sentimientos, atender sus deseos más íntimos y confiar en lo Trascendente.

Escribiendo acerca de los profundos efectos del Romanticismo, el historiador Robert Remini observó: “Lo que ocurrió fue la llegada de una nueva era romántica que sucedió a la era de la razón [la Ilustración] y que enfatizó la importancia de las emociones y sentimientos humanos. Tales sentimientos ya no eran sospechosos ni desaprobados como lo habían sido en el pasado. Ahora se creía que ayudaban a los individuos en su búsqueda de la verdad y la sabiduría. La intuición también servía como herramienta en esa búsqueda...”

Al propagarse este impulso romántico por los Estados Unidos, ayudó a moldear las actitudes estadounidenses hacia la religión. La vieja creencia puritana en un deber severo listo para castigar al hombre propenso al pecado cedió paso lentamente a la noción de que los seres humanos fueron creados a imagen de Dios y que, por lo tanto, poseían la chispa de divinidad que los elevaba por encima del resto de la creación. En términos religiosos, estas nociones se tradujeron en la creencia de que toda persona podía alcanzar la salvación por su propia voluntad al someterse al señorío de Cristo. Todo lo que se necesitaba para ganar la salvación era un acto de voluntad y el deseo de obedecer los mandamientos y llevar una vida santa. La idea de una iglesia de los escogidos por Dios (la doctrina calvinista o reformada de la predestinación) ya no gozaba del mismo favor que había disfrutado en la era colonial.

El crecimiento en el sentimiento religioso en este país durante esa era es evidente en el hecho de que en 1825 se organizó la Sociedad Americana de Tractos y que en un año ya había distribuido 65 millones de tratados religiosos. Dentro de seis años tenía veintisiete vicepresidentes y treinta y seis directores. La Sociedad Misionera Americana se organizó en 1826, y en esa época tenía 113 misioneros solo en el estado de Nueva York. Tanto las iglesias bautistas como las metodistas crecieron en número de manera bastante dramática durante este tiempo. “Para el final de la Guerra Civil”,

señaló el historiador Grant Wacker, “la pequeña secta de metodistas se había convertido en la denominación protestante más grande en los Estados Unidos, con más de un millón de miembros. Los metodistas mantendrían orgullosamente esa posición hasta que finalmente fueron superados por los bautistas a finales del siglo XIX.”

Fue una época de revolución, lo que algunos historiadores han llamado la segunda Revolución Americana, una estación de agitación, de movimiento— social, político, económico, religioso e incluso geográfico. Fue un movimiento en los valores y en la ideología, así como en la ubicación.

El filósofo político Alexis de Tocqueville caracterizó la época de la siguiente manera: “En los Estados Unidos un hombre construye una casa en la que planea pasar su vejez, y la vende antes de que el techo esté colocado; planta un jardín, y lo abandona justo cuando los árboles comienzan a dar fruto”.

Orestes Augustus Brownson, un pensador prominente de la época, explicó: “Ningún observador tolerable de las señales de los tiempos puede haber dejado de percibir que estamos, al menos en esta región, en medio de una revolución muy importante; una revolución que se extiende a cada departamento del pensamiento y que amenaza con cambiar, en última instancia, todo el aspecto moral de la sociedad. Todo se ha soltado de sus antiguos anclajes, y flota sin que nadie pueda decir hacia dónde”. Ralph Waldo Emerson describió este período distintivo de la siguiente manera: “Nadie puede conversar mucho con las diferentes clases de la sociedad en Nueva Inglaterra sin notar el progreso de una revolución. Aquellos que participan en ella no tienen organización externa, ni distintivo, ni credo, ni nombre... Están unidos únicamente por un amor común a la verdad y al amor por su obra”.

La gente estaba en busca de nuevas ideas, de empresas novedosas, de emprendimientos inusuales. El espíritu del utopismo, un anhelo por el establecimiento de Sion o de la sociedad ideal, estaba en el aire. Grupos comunitarios, como la Sociedad Unida de Creyentes en la Segunda Aparición de Cristo (los Shakers) y la Comunidad de Oneida, dirigida por John Humphrey Noyes, intentaron establecer una comunidad modelo

basada en peculiares nociones sobre la sexualidad humana. “Al establecer su Sion”, escribió el historiador Santo de los Últimos Días Richard Bushman, “José se unió a una gran compañía de constructores de comunidades utópicas. Entre 1787 y 1860 se emprendieron 137 experimentos comunitarios en los Estados Unidos. Todos buscaron mejorar el mundo formando sociedades en miniatura basadas en principios ideales”.

Anhelos por la Iglesia Primitiva

Esta fue la era del Restauracionismo, un tiempo que los historiadores suelen llamar Primitivismo Cristiano, una época en la historia de América en que los individuos leían la Biblia, creían en su relato y mensaje, y buscaban un retorno a lo que ellos llamaban el orden antiguo de las cosas. Muchos anhelaban el restablecimiento del cristianismo primitivo; otros deseaban gozar de los dones espirituales y de los derramamientos que alguna vez habían honrado a los antiguos. Thomas Jefferson, autor de la Declaración de Independencia y uno de los Padres Fundadores de América, escribió: “Estoy esperando con ansiedad ver el amanecer del cristianismo primitivo aquí, donde, si alguna vez aparece, pronto brillará como el sol naciente y restaurará la razón a su día. ¡Venga tu reino es, por lo tanto, mi oración; y mi confianza es que vendrá!”.

Un rasgo notable de la época fue el deseo de muchos estadounidenses de desechar las formulaciones teológicas, los credos doctrinales y las confesiones de la cristiandad, para enfocarse menos en la ortodoxia (la teología correcta) y más en la ortopraxis (la práctica de la religión en la vida diaria). Ya en 1756, John Adams, segundo presidente de los Estados Unidos, escribió: “¿Dónde encontramos un precepto en el Evangelio que requiera sínodos eclesiásticos, convocaciones, concilios, decretos, credos, confesiones, juramentos, suscripciones y montones enteros de otras baratijas con las que encontramos que la religión está cargada en estos días?”. Su esposa, Abigail, escribió en 1818: “¿Cuándo se convencerá la humanidad de que la verdadera religión proviene del corazón, entre el hombre y su Creador, y no de la imposición de los hombres, de credos o de pruebas?”.

Thomas Jefferson fue aún más severo en su denuncia de los credos. “Nunca me he permitido meditar sobre un credo específico”, declaró. “Estas

fórmulas han sido la ruina y perdición de la iglesia cristiana, su propia invención fatal que, a lo largo de tantos siglos, convirtió a la cristiandad en una casa de matanza, y que hasta el día de hoy la divide en castas de un odio indistinguible unas hacia otras”.

Otro ejemplo de una persona impregnada de deseos restauracionistas fue Alexander Campbell. Él y su padre, Thomas, llegaron a América desde Irlanda. Educados y formados como ministros presbiterianos en Escocia, Thomas y Alexander hicieron campaña contra los credos y un calvinismo estricto. Thomas llegó primero a América y, después de obtener un pastorado en una iglesia presbiteriana en el suroeste de Pensilvania, atrajo la ira del sínodo por enseñar lo que se percibía como doctrinas heréticas. Thomas Campbell rechazó la noción de que la iglesia debía sostener la *Confesión de Fe de Westminster* como condición de comunión. Negó que la fe proviniera de alguna experiencia místico-emocional y enseñó que la fe resultaba más bien de “una respuesta inteligente a la mente de la evidencia”. Tras su destitución por parte de los presbiterianos, Thomas continuó enseñando sus doctrinas a los granjeros en el oeste de Pensilvania y organizó la “Asociación Cristiana de Washington” en 1809. Esta sociedad enfatizaba “un ministerio del Evangelio puro, que reduzca a la práctica toda esa forma de doctrina, adoración, disciplina y gobierno, expresamente revelada y ordenada en la palabra de Dios”.

Alexander Campbell se unió a su padre en América en 1809, conoció las creencias y prácticas del movimiento y asumió su liderazgo. Aceptó la doctrina del bautismo por inmersión, fue bautizado y, en 1811, aceptó el pastorado en la iglesia bautista de Brush Run, en lo que hoy es Bethany, Virginia Occidental. Su adhesión a las creencias restauracionistas resultó una seria preocupación para los bautistas, y fue rechazado por muchos colegas bautistas en el ministerio. En 1823, el joven Campbell comenzó a editar una revista llamada *The Christian Baptist*, cuyo título eventualmente fue cambiado a *The Millennial Harbinger*, lo cual evidenciaba una creencia en la inminencia de la segunda venida de Cristo. El descontento de Alexander Campbell con el cristianismo nominal es evidente en su declaración del primer volumen de *The Christian Baptist*: “Estamos convencidos, plenamente convencidos, de que toda la cabeza está enferma, y todo el corazón desfallece del cristianismo moderno y de moda”. Además,

Campbell, el iconoclasta, “condenó todas las creencias y prácticas que no pudieran ser validadas por mandatos apostólicos. Proclamó que las sociedades misioneras, sociedades de tratados, sociedades bíblicas, sínodos, asociaciones y seminarios teológicos eran inconsistentes con la religión pura”.

El desencanto de los Campbell con la religión del siglo XIX no fue un sentimiento aislado. Aún en 1838, Ralph Waldo Emerson declaró en su famoso “Discurso en la Escuela de Teología” en Harvard que “nunca fue mayor la necesidad de nueva revelación que ahora. Además, la Iglesia parece tambalear hacia su caída, con casi toda su vida extinguida”. Continuando, Emerson dijo: “Espero con ansias la hora en que la suprema Belleza, que arrebató las almas de aquellos hombres orientales, y sobre todo de aquellos hebreos, y que a través de sus labios pronunció oráculos para toda la eternidad, hable también en occidente”.

Conclusión

A la luz de las características de la época, resulta perfectamente comprensible por qué Sidney Rigdon, quien llegó a ser un estrecho asociado de Alexander Campbell antes de descubrir el mormonismo, se convirtiera en un siervo en las manos del Señor como una especie de Elías o precursor: “He aquí, tú fuiste enviado, así como Juan [el Bautista], para preparar el camino delante de mí, y delante de Elías que había de venir, y no lo sabías” (D. y C. 35:4). Sidney recibió el evangelio restaurado y luego, con entusiasmo, regresó apresuradamente a sus congregaciones para entregar las buenas nuevas. Hombres como Parley P. Pratt, quien había llegado a conocer bien al hermano Rigdon antes de descubrir la plenitud del evangelio, se convirtieron en columnas en el templo de Dios, portavoces poderosos e influyentes de la nueva revelación.

Muchos estaban velando, esperando y orando para que Dios desnudara su brazo y diera a conocer el orden antiguo de las cosas (Isaías 52:10; 1 Nefi 22:10–11). Varios líderes Santos de los Últimos Días posteriores hablaron de su propia búsqueda de la verdad y de las frustraciones que sintieron antes de su encuentro con José Smith. Brigham Young declaró: “Mi mente se abrió a la convicción, y supe que el mundo cristiano no tenía la religión que Jesús y los Apóstoles enseñaron. Supe que no había un cristiano bíblico

en la tierra dentro de mi conocimiento”. Wilford Woodruff, cuarto Presidente de la Iglesia, dijo: “No me uní a ninguna iglesia, creyendo que la Iglesia de Cristo en su verdadera organización no existía sobre la tierra”.

El Dios y Padre de todos nosotros, un Ser de perfecta misericordia y amor infinito, no permitió que tales anhelos justos quedaran sin respuesta por mucho más tiempo. Los cielos se abrieron. En 1842, el hermano José declaró que “el Dios del cielo ha comenzado a restaurar el orden antiguo de Su reino a Sus siervos y a Su pueblo—un día en el que todas las cosas están concurriendo para llevar a cabo la consumación de la plenitud del Evangelio, una plenitud de la dispensación de las dispensaciones, aun la dispensación del cumplimiento de los tiempos”.

Capítulo 2

Los cielos se abren

Palmyra, primavera de 1820. En los meses que precedieron a la apertura de los cielos en la Arboleda Sagrada, el norte del estado de Nueva York se hallaba en medio de una agitación generalizada. Se hablaba de religión, de verdad, de pecado y de salvación en toda la región, la cual llegó a conocerse como el “Distrito Quemado”. Predicadores itinerantes y pastores de diversas denominaciones participaban en una seria competencia por las almas. Hombres y mujeres, jóvenes y niños, eran presionados, proselitizados y persuadidos por los predicadores a escoger qué doctrinas debían aceptar y con qué denominación afiliarse. Ese era el mundo en el que se encontraba la familia de José Smith padre y Lucy Mack Smith, el mundo en el que comenzó la Restauración.

Los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días somos cristianos, y nos importa mucho que otros lo comprendan. Creemos que el Jesús de la historia, el Jesús del Nuevo Testamento, fue en verdad el Cristo de la fe. Este es el Jesús que conocemos y adoramos, aquel de quien damos ferviente testimonio como Santos de los Últimos Días. Somos, sin embargo, cristianos con una diferencia. Es decir, no formamos parte del cristianismo tradicional, trinitario o niceno. Esa diferencia comienza con los acontecimientos de la primavera de 1820.

La Guerra de Palabras

José Smith recordó el ambiente espiritual de 1820: “Mi mente en ocasiones se hallaba grandemente excitada, el clamor y tumulto eran tan grandes e incessantes. Los presbiterianos se oponían con mayor decisión a los bautistas y metodistas, y empleaban todo el poder tanto de la razón como de la sofistería para demostrar sus errores o, por lo menos, para hacer pensar al pueblo que estaban en error. Por otro lado, los bautistas y metodistas, a su vez, eran igualmente celosos en procurar establecer sus

propios dogmas y refutar a todos los demás. En medio de esta guerra de palabras y tumulto de opiniones, a menudo me decía a mí mismo: ¿Qué se ha de hacer? ¿Quién de todos estos partidos tiene la razón? ¿O están todos equivocados? Si alguno de ellos es el verdadero, ¿cuál es, y cómo lo sabré?" (José Smith—Historia 1:9–10).

Mi colega Milton V. Backman Jr. ofreció una breve enumeración de las diversas creencias doctrinales de la época de la Primera Visión, un panorama que nos ayuda a comprender mejor lo que el Profeta quiso decir cuando habló de la "guerra de palabras y tumulto de opiniones" (José Smith—Historia 1:10).

Bautismo

Los presbiterianos, metodistas, congregacionalistas y episcopales creían que los infantes eran sujetos apropiados para el bautismo y que el rociamiento, la aspersión y la inmersión eran modos correctos de bautismo. Los bautistas y los cristianos orientales (a veces llamados *Christian Connection*) sostenían que solo los creyentes debían ser bautizados y que la inmersión era el único modo correcto de bautismo. La Sociedad de Amigos o cuáqueros rechazaba todos los sacramentos (ordenanzas).

El papel del hombre en la salvación

Los bautistas calvinistas (los bautistas de Palmyra y Manchester eran calvinistas), los presbiterianos y los congregacionalistas creían en los Cinco Puntos del Calvinismo. Los "cinco puntos del calvinismo", presentados por los seguidores de Juan Calvino (1509–1564), son:

1. **Depravación total**
2. **Elección incondicional** (predestinación)
3. **Expiación limitada** (el sufrimiento de Cristo es eficaz solo para los elegidos, aquellos escogidos para salvación antes de que el mundo fuera creado)
4. **Gracia irresistible** (Dios hallará y dará a conocer a los elegidos)
5. **Perseverancia de los santos** (una persona elegida no puede caer de la gracia)

Los cinco puntos suelen recordarse con el acrónimo **TULIP**.

Los metodistas, bautistas del libre albedrío, cuáqueros y episcopales se alineaban con las enseñanzas del arminianismo: depravación humana (pero no total), presciencia de Dios (pero no predestinación), expiación limitada (todos los creyentes que perseveren hasta el fin se benefician de la Expiación de Cristo), el hombre puede rechazar el llamamiento, y el hombre puede caer de la gracia.

Fuentes de la verdad religiosa

Los bautistas, presbiterianos, metodistas, congregacionalistas, episcopales y cristianos orientales sostenían que la Biblia era la única fuente de verdad y el estándar de fe. La mayoría también creía que la Biblia estaba libre de error o defecto.

Los cuáqueros aceptaban la Biblia como la palabra de Dios, pero también creían que una fuente primaria de verdad religiosa era la guía divina personal, sosteniendo que la Biblia contenía errores de omisión, adiciones y malas traducciones.

La Divinidad

Los bautistas, presbiterianos, congregacionalistas, episcopales y cuáqueros creían en la Trinidad, el Dios trino compuesto de tres personas de una misma esencia o sustancia.

Los cristianos orientales, la mayoría de los unitarios y los universalistas sostenían que el Padre y el Hijo eran espíritus separados y distintos.

Autoridad divina

Los bautistas, presbiterianos, metodistas, congregacionalistas y cristianos orientales aceptaban la noción de un “sacerdocio de todos los creyentes”. Este es un concepto que Martín Lutero y los reformadores adoptaron. En términos sencillos, afirmaba que un individuo deriva su “sacerdocio” o autoridad para actuar u officiar del gran mandamiento del Salvador de ir por todo el mundo y hacer discípulos (Mateo 28:19–20), de las Sagradas Escrituras, o de un llamamiento personal de Dios al ministerio. No provenía de una jerarquía sacerdotal.

Los católicos, los ortodoxos orientales y los episcopales creían en la sucesión apostólica.

Los cuáqueros sostenían que no había necesidad de autoridad (no había sacramentos ni ordenanzas).

La vida después de la muerte

Los bautistas, presbiterianos, metodistas, episcopales, cristianos orientales y cuáqueros creían en un cielo y un infierno.

Los universalistas y la mayoría de los unitarios creían en la salvación universal, el concepto de que todos serían finalmente recibidos en el cielo.

El “Distrito Quemado”

Las reuniones campestres y los avivamientos se llevaban a cabo por toda la región que llegó a conocerse como el “Distrito Quemado”, porque los fuegos del fervor evangelístico habían abrasado el área. Cabe señalar que, en la época de la Primera Visión, solo alrededor del 11 por ciento de la población de los Estados Unidos, y de la zona inmediata donde vivía José Smith, eran miembros de una organización cristiana. La gente estaba en búsqueda, y pastores y ministros hacían campaña por conversos. Existen más informes de avivamientos en el norte y oeste de Nueva York en 1819 y 1820 que en cualquier otra parte del país. En su relato de 1838 de la Primera Visión (el relato autorizado, en *La Perla de Gran Precio*), el Profeta no declaró que grandes multitudes se unieran a las iglesias en Palmyra, sino más bien en toda la región, distrito o país. Como ya hemos mencionado, el metodismo era la religión de más rápido crecimiento en Estados Unidos en esa época: los metodistas celebraban más reuniones campestres que cualquier otro grupo.

Preludio a la Primera Visión

La familia de José Smith padre estaba ciertamente inclinada hacia las cosas espirituales. William Smith, hermano menor de José, habló de la vida en el hogar de los Smith: “Los hábitos religiosos de mi padre eran estrictamente piadosos y morales. ... Se me llamaba a escuchar oraciones tanto por la mañana como por la noche. ... Mis padres, padre y madre, derramaban sus

almas a Dios, el dador de todas las bendiciones, para que guardara y protegiera a sus hijos, y los librara del pecado y de todas las obras malas”.

En verdad, la familia estaba notablemente abierta a las manifestaciones divinas, en particular a los sueños inspirados.

Por otro lado, la familia estaba en muchos aspectos dividida religiosamente. La madre Smith, que de niña habría sido instruida en los principios del calvinismo, se sintió atraída hacia el presbiterianismo. Como sabemos por las propias palabras de José hijo, Lucy Mack Smith y tres de los hijos (Hyrum, Samuel Harrison y Sophronia) se unieron a esa iglesia (José Smith—Historia 1:7).

El padre Smith, en cambio, sentía desconfianza de la mayoría de las religiones organizadas. Él y su padre, Asael Smith, “llegaron a creer que Dios era mucho más amoroso de lo que se les había enseñado en la iglesia. Rechazaron la idea calvinista de la expiación limitada. ‘Jesucristo’, dijo Asael a su familia, ‘puede salvar a todos tan bien como a cualquiera’”. Esta manera de pensar llegó a conocerse como *universalismo*, y Asael y su hijo José organizaron una sociedad universalista el año después de que José y Lucy se casaran.

El joven José se sintió atraído por los metodistas, según su propio testimonio (José Smith—Historia 1:8). Y los metodistas, como mencionamos antes, eran arminianos: creían plenamente en el albedrío y en que todas las personas tenían un papel significativo en su propia salvación. “Su confusión”, escribió Richard Bushman, “no le impidió tratar de encontrar un hogar religioso. Dos aprendices de impresor en el *Palmyra Register* que conocieron a José hijo recordaron sus inclinaciones metodistas. Uno dijo que José ‘captó una chispa del metodismo en una reunión campestre, allá en los bosques, en el camino de Vienna’. El otro recordó que José se unió a la clase probatoria de la Iglesia Metodista de Palmyra”.

José hijo asistió a muchas reuniones campestres con su familia. Según un relato, la “madre, el hermano y la hermana de José se convirtieron. Él quería convertirse también; quería sentir y gritar como los demás, pero no podía sentir nada”. ¡Oh, cuánto desearíamos tener más detalles sobre lo que los Smith oyeron, vieron y experimentaron en aquellos avivamientos

que sin duda fueron coloridos y llenos de acontecimientos! Lo que sí tenemos de José son dos informes: uno en el relato oficial de 1838 (José Smith—Historia 1:5–12), y este otro en la Carta Wentworth (1842): “Descubrí que había un gran choque en el sentimiento religioso; si iba a una sociedad, me referían a un plan, y a otra a otro; cada una señalando a su propio credo particular como el *summum bonum* de la perfección. Considerando que no todos podían estar en lo correcto y que Dios no podía ser el autor de tanta confusión, decidí investigar más plenamente el asunto, creyendo que si Dios tenía una iglesia no estaría dividida en facciones, y que si enseñaba a una sociedad a adorar de una manera y a administrar ciertas ordenanzas, no enseñaría a otra principios diametralmente opuestos”.

Al describir este furor, el historiador Nathan Hatch explicó que la familia Smith buscó en vano consuelo en la iglesia institucional. La iglesia no estaba ausente en sus vidas; de hecho, estaba demasiado presente, pero en formas estridentes y en competencia. La experiencia de esta familia intensamente religiosa es evidencia de que la proliferación de opciones religiosas en las dos primeras décadas del siglo XIX solo agravó la crisis de autoridad religiosa ya tan prevalente en la cultura popular. Tristemente, los Smith “vieron sus esperanzas de experimentar lo divino confundidas por una cacofonía de voces”.

Tal vez nos ayude a visualizar esta escena de excitación religiosa al leer el siguiente relato de DeWitt Clinton, gobernador de Nueva York, quien visitó la zona durante esos tiempos tumultuosos: “Nos detuvimos en un camino para ver una reunión campestre de metodistas. (...) Allí, comían y bebían; más allá, algunas personas se secaban junto al fuego. (...) Al final, cuatro predicadores subieron al púlpito y la orquesta se llenó con cuarenta más. El pueblo, unas doscientas personas, fue convocado por una trompeta. (...) Un hombre bien parecido abrió el servicio con una oración. (...) Después de la oración, comenzó un sermón cuyo propósito era probar la utilidad de predicar los terrores del infierno, como necesarios para atraer la atención de la audiencia hacia los argumentos de los ministros. (...) Hasta donde pudimos oír, la voz del predicador, cada vez más fuerte, llegó a nuestros oídos cuando nos alejábamos, y nos encontramos con multitudes que iban al sermón. A la orilla del camino vimos personas vendiendo pasteles, cerveza y otros refrigerios”.

Para quienes aman la Biblia y atesoran sus enseñanzas, parte de la historia del Profeta, tal como está registrada en el relato oficial de 1838, es particularmente conmovedora. Él declara que, después de leer Santiago 1:5–6: “Lo reflexioné una y otra vez, sabiendo que si alguna persona necesitaba sabiduría de Dios, ése era yo; porque no sabía cómo actuar, y a menos que obtuviera más sabiduría de la que entonces tenía, nunca lo sabría”. Luego siguen estas tristes palabras: “Porque los maestros de religión de las diferentes sectas entendían el mismo pasaje de las Escrituras de manera tan diferente, que destruirían toda confianza en decidir la cuestión mediante un recurso a la Biblia” (José Smith—Historia 1:12; énfasis añadido). José y su familia vivían en una América esencialmente protestante, y no había una sola voz, ningún árbitro de la verdad escritural, ninguna versión protestante del papa y los obispos, ningún lugar al cual acudir en busca de ayuda con la Biblia. Era una escena profundamente confusa, sin duda una con la que centenares, si no miles, de personas temerosas de Dios en el “Distrito Quemado” del siglo XIX se identificaban por completo.

El historiador Santo de los Últimos Días Richard L. Bushman ofreció esta perspicaz valoración de la situación que enfrentaba José y de lo que hizo al respecto: “En algún nivel, las revelaciones de José indican una pérdida de confianza en el ministerio cristiano. Por todo su conocimiento y elocuencia, no se podía confiar en el clero con respecto a la Biblia. No entendían lo que el libro significaba. Era un registro de revelaciones, y el ministerio lo había convertido en un manual. La Biblia se había transformado en un texto para ser interpretado en lugar de una experiencia para ser vivida. En el proceso, el poder del libro se perdió”.

Cuatro relatos de la Primera Visión fueron dictados por el Profeta José Smith: en 1832, 1835, 1838 y 1842. De estos relatos aprendemos varias verdades doctrinales.

Significado doctrinal de la visión

Antes de considerar algunas de las lecciones eternas que aprendemos de la Primera Visión, pensemos en lo inusualmente importante que fue esta visión en específico. El élder Joseph F. Merrill, del Cuórum de los Doce Apóstoles, señaló: “José Smith, el joven de catorce años, vio al Padre y al

Hijo y escuchó sus voces. Según lo indican los registros, esta fue la visión más gloriosa jamás dada a un hombre mortal. Nunca antes habían aparecido el Padre y el Hijo simultáneamente a un hombre mortal”. El élder Merrill habló de José Smith y de la Primera Visión “por su importancia extrema para nuestra fe”.

El poder de la meditación

Una tradición sostiene que el joven José Smith escuchó al reverendo George Lane alentar a los buscadores a “pedir a Dios” y que Santiago 1:5–6 formaba parte de algunos de los sermones de Lane. En una entrevista de 1894, el único hermano sobreviviente de José, William Smith, recordó que una noche: “El reverendo Lane, de los metodistas, predicó un sermón sobre ‘¿a qué iglesia debo unirmel?’ , y el peso de su discurso fue pedir a Dios, usando como texto: ‘Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente’. Y, por supuesto, cuando José llegó a casa y estuvo repasando el pasaje, sintió la impresión de hacer exactamente lo que el predicador había dicho, y al salir al bosque con fe sencilla e infantil, confiando en que Dios quería decir exactamente lo que había dicho, se arrodilló y oró; y como había llegado el tiempo para la reorganización de Su Iglesia, a Dios le agració mostrarle que no debía unirse a ninguna de esas iglesias, sino que, si era fiel, sería escogido para establecer la verdadera Iglesia”.

No existe declaración más conmovedora e instructiva sobre el poder de la meditación que la contenida en las palabras del Profeta: “Un día estaba leyendo la Epístola de Santiago, primer capítulo y quinto versículo, que dice: *Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche; y le será dada.* Jamás escritura alguna penetró en el corazón del hombre con más poder que esta lo hizo en esta ocasión en el mío. Pareció entrar con gran fuerza en todos los sentimientos de mi corazón. La reflexioné una y otra vez, sabiendo que si alguna persona necesitaba sabiduría de Dios, ése era yo; porque no sabía cómo proceder, y a menos que obtuviera más sabiduría de la que entonces tenía, nunca lo sabría” (José Smith—Historia 1:11–12).

Obsérvese que José reflexionó una y otra vez sobre las palabras de la Escritura; él tenía confianza en la palabra de Dios, por lo que no fue una

consulta superficial. El joven José tomó una idea, una frase escrita alrededor del año 50 d. C., y la aplicó a sí mismo: tomó apropiadamente las palabras de Santiago de su contexto original del Nuevo Testamento y las refirió específicamente a un muchacho de granja en 1820 en el norte del estado de Nueva York.

Cómo pedir con fe

“El ejemplo clásico de pedir con fe”, explicó el élder David A. Bednar, “es José Smith y la Primera Visión. Cuando el joven José buscaba conocer la verdad acerca de la religión, leyó los siguientes versículos en el primer capítulo de Santiago. Nótese [en Santiago 1:5–6] el requisito de pedir con fe, lo cual entiendo que significa la necesidad no solo de expresar, sino de actuar, la doble obligación de suplicar y de hacer, el requisito de comunicar y de obrar.

“Meditar en este pasaje bíblico llevó a José a retirarse a un bosque cercano a su hogar para orar y buscar conocimiento espiritual. (...) Las preguntas de José se centraban no solo en lo que necesitaba saber, sino también en lo que debía hacer. ¡Su oración no fue simplemente: ‘¿Cuál iglesia es la verdadera?’ Su pregunta fue: ‘¿A cuál iglesia debo unirme?’ José fue a la arboleda a pedir con fe, y estaba decidido a actuar”.

La realidad de Satanás

Una lección vital que José Smith debía aprender en las primeras etapas de su formación profética fue una lección dolorosa y conmovedora, pero necesaria de comprender con claridad: la realidad de Satanás y de su odio eterno hacia Dios y Su plan de salvación. Fue como si el padre de las mentiras percibiera que debía actuar rápidamente para confrontar directamente a José Smith, frustrar e incluso detener la obra maravillosa y prodigiosa antes de que tuviera la oportunidad de comenzar. José explicó que después de haberse arrodillado en la arboleda para elevar los anhelos de su alma, “fui apresado por algún poder que me dominó por completo y que ejerció tal influencia sobre mí, que me ató la lengua de modo que no pude hablar. Una densa oscuridad se juntó a mi alrededor, y me pareció por un momento como si estuviera destinado a una destrucción repentina” (José Smith—Historia 1:15).

En su relato de 1835 de la Primera Visión, el Profeta relató que: “Lo que más deseaba en ese momento era información, y... hice un intento infructuoso de orar. Mi lengua parecía haberse hinchado en mi boca, de modo que no podía pronunciar palabra. Oí un ruido detrás de mí, como si alguien caminara hacia donde yo estaba. Traté de nuevo de orar, pero no pude; el ruido de los pasos parecía acercarse más. Me puse de pie de un salto y miré a mi alrededor, pero no vi persona ni cosa alguna que pudiera haber producido ese ruido de pasos. Me arrodillé de nuevo. Mi boca se abrió y mi lengua se soltó; invoqué al Señor en poderosa oración. Apareció una columna de fuego sobre mi cabeza, que pronto descendió sobre mí y me llenó de un gozo indecible. Un Personaje apareció en medio de esta columna de fuego, que se extendía por todos lados y, sin embargo, nada consumía. Poco después apareció otro Personaje semejante al primero. Me dijo: ‘Tus pecados te son perdonados’. También testificó de mí que Jesucristo es el Hijo de Dios. Vi muchos ángeles en esta visión. Yo tenía unos catorce años cuando recibí esta primera comunicación”.

El mayor poder de Dios

José aprendió por experiencia directa que el poder de Dios Todopoderoso es mayor que el poder de Satanás. En el primer relato publicado de la Primera Visión (1840 en Escocia), el élder Orson Pratt declaró que “para cuando [aquella gloriosa luz] alcanzó las copas de los árboles, todo el bosque, a cierta distancia alrededor, quedó iluminado de la manera más gloriosa y brillante. José esperaba ver que las hojas y ramas de los árboles se consumieran tan pronto como la luz entrara en contacto con ellas; pero al percibir que no producía tal efecto, se sintió animado con la esperanza de poder resistir su presencia”. En su relato de la visión publicado en la Carta Wentworth (1842), José dijo: “Fui envuelto en una visión celestial y vi a dos Personajes gloriosos que se parecían exactamente el uno al otro en sus facciones y aspecto, rodeados de una luz resplandeciente que eclipsaba al sol en su cenit”. La Primera Visión dejó grabado de manera indeleble en la mente del joven José lo que llegaría a comprender aún con más fuerza con el pasar de los años: “Dios Todopoderoso mismo habita en fuego eterno; la carne y la sangre no pueden ir allí, porque toda corrupción es consumida por el fuego. ‘Nuestro Dios es fuego consumidor’”.

Redención mediante Jesucristo

José Smith aprendió de primera mano acerca de la vida más allá de la tumba y de la inmortalidad del alma; se convirtió, muy temprano en su ministerio, en testigo de la Resurrección, pues ante él se presentó el Señor Jesucristo resucitado, atestiguando que en verdad la vida continuaba después de la muerte y que la vida inmortal llega por la unión inseparable del cuerpo y del espíritu. De hecho, según el relato más temprano de la Primera Visión (1832), el testimonio de Jesús y la eficacia de su obra redentora estuvieron entre las primeras cosas que José aprendió: “Mientras estaba en la actitud de invocar al Señor... una columna de luz más brillante que el sol al mediodía descendió de lo alto y reposó sobre mí, y fui lleno del Espíritu de Dios. Y el Señor abrió los cielos sobre mí y vi al Señor, y me habló diciendo: José, hijo mío, tus pecados te son perdonados; ve por tu camino; anda en mis estatutos y guarda mis mandamientos. He aquí, yo soy el Señor de gloria. Fui crucificado por el mundo, para que todos los que crean en mi nombre tengan vida eterna... Mi alma se llenó de amor, y por muchos días pude regocijarme con gran gozo, y el Señor estuvo conmigo”.

La naturaleza del Padre y del Hijo

El hermano José aprendió que el Padre y el Hijo son personajes separados y distintos, así como Seres individuales. En ese tiempo, la mayoría de los cristianos aceptaban la doctrina de la Trinidad (tres personas pero un solo Ser divino, un solo Dios). Solo once días antes de su muerte, el Profeta declaró: “Siempre he declarado que Dios es un personaje distinto, Jesucristo un personaje separado y distinto de Dios el Padre, y que el Espíritu Santo era un personaje distinto y un espíritu; y que estos tres constituyen tres personajes distintos y tres Dioses”.

No estamos seguros de lo que el joven profeta aprendió en el momento de la Primera Visión en relación con la corporalidad o el cuerpo físico de Dios el Padre. Es posible que José haya sido enseñado o reconocido que Dios tiene un cuerpo físico, pero él no lo declaró. Por otro lado, aprendemos lo siguiente de la traducción de José Smith de Génesis, que ahora se encuentra en el capítulo 6 de Moisés, sorprendentemente temprano en su ministerio (noviembre–diciembre de 1830): “En el día en que Dios creó al hombre, a semejanza de Dios lo hizo; a la imagen de su propio cuerpo,

varón y hembra los creó, y los bendijo” (Moisés 6:8–9; énfasis añadido). De este asunto del cuerpo físico de Dios se hablará más en los capítulos 12 y 20.

Orden en el Reino de Dios

José Smith declaró que cuando aparecieron los dos Seres glorificados, el Padre lo llamó “por su nombre y dijo, señalando al otro: *Éste es Mi Hijo Amado. ¡Escúchalo!*” (José Smith—Historia 1:16–17). Hay orden en el reino de Dios. Nótese que el Padre presenta al Hijo. Juan 1:18 en la Versión King James declara: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Bajo inspiración, José el Vidente alteró ese versículo de la siguiente manera: “Y a Dios nadie le vio jamás, excepto los que dieron testimonio del Hijo; porque a menos que sea por medio de él, ningún hombre puede ser salvo” (Traducción de José Smith, Juan 1:19; énfasis añadido; compárese con TJS, Salmo 14:1; TJS, 1 Juan 4:12).

El presidente José Fielding Smith enseñó: “Tenemos una maravillosa ilustración de cómo la revelación viene a través de Cristo, presentada en la Visión dada al Profeta José Smith. (...)

Si José Smith hubiera regresado a casa desde la arboleda declarando que el Padre y el Hijo se le habían aparecido, y que el Padre le habló y respondió a su pregunta mientras el Hijo permanecía en silencio, entonces podríamos haber [identificado] la historia como un fraude. José Smith era demasiado joven e inexperto para saber esto en ese momento, pero no cometió ningún error, y su relato estuvo en perfecta armonía con la verdad divina, con la ley divina de que Cristo es el Mediador entre Dios y el hombre”.

La plenitud del Evangelio no estaba en la tierra

José aprendió que la Iglesia de Jesucristo, tal como fue establecida por el Salvador y Sus apóstoles en la meridiana de los tiempos, no se había mantenido en su pureza original a través de los siglos. Por lo tanto, se le instruyó a no unirse a ninguna de las iglesias: “Me dijeron que todas las denominaciones religiosas creían en doctrinas incorrectas, y que ninguna de ellas era reconocida por Dios como Su iglesia y reino. Y se me mandó

expresamente que no fuera tras ellas, recibiendo al mismo tiempo la promesa de que en algún tiempo futuro se me daría a conocer la plenitud del Evangelio”.

“Se me respondió que no debía unirme a ninguna [de las iglesias en la región], porque todas estaban equivocadas; y el Personaje que me habló dijo que todos sus credos eran una abominación a Su vista; que esos profesores eran todos corruptos; que con los labios se me acercan, mas su corazón está lejos de mí; enseñan como doctrinas mandamientos de hombres, teniendo apariencia de piedad, mas negando el poder de ella” (José Smith—Historia 1:19; énfasis añadido).

Si bien es cierto que el Profeta José Smith estaba preocupado por la falsa doctrina hallada en los credos de la cristiandad, y más específicamente por las tergiversaciones acerca de Dios y la Deidad, también es posible que estuviera casi igualmente perturbado por el *credalismo* en sí mismo. El alma misma del Profeta parecía rechazar la manera en que los credos tendían a separar y segregar, encasillar, excluir, marginar y fomentar un espíritu de división, rencor e incluso persecución entre los cristianos profesantes, lo cual era —y sigue siendo— incompatible con el evangelio de Jesucristo (D. y C. 123:7–8). Seguramente él sintió que los credos eran uno de los mayores obstáculos para el cumplimiento de la súplica intercesora de nuestro Señor: “Para que todos sean uno” (Juan 17:21).

La palabra inglesa *creed* proviene del latín *credo*, que significa sencillamente “yo creo”. No hay nada en absoluto de malo en poner por escrito nuestras creencias o en hacerlas más digeribles, comprensibles o incluso memorables. En cierto sentido, los Artículos y Convenios de la Iglesia de Cristo, que consistían esencialmente en la sección 20 de Doctrina y Convenios, sirvieron por un tiempo como una especie de declaración de credo, especialmente los versículos 17–36; fueron una guía de algunas de las creencias doctrinales y de los principios del sacerdocio de la Iglesia restaurada en sus inicios. Como veremos en el capítulo 12, la Quinta Lección de las *Lectures on Faith* es una especie de declaración de credo sobre las perfecciones y la unidad de los miembros de la Deidad. Y, podría sugerir, los *Artículos de Fe* son, de hecho, una declaración de credo de las enseñanzas y prácticas básicas de los Santos de los Últimos Días.

Por qué algunos cuestionan la Primera Visión

Incredulidad en lo sobrenatural

El Profeta mencionó en su informe de 1838 de la Primera Visión que, después de la visión, habló con un ministro metodista sobre su experiencia y quedó sorprendido por su reacción. El hombre “trató mi comunicación no solo a la ligera, sino con gran desprecio, diciendo que todo era del diablo; que en estos días no había tales cosas como visiones o revelaciones; que todas esas cosas habían cesado con los apóstoles, y que nunca más habría de ellas” (José Smith—Historia 1:21).

Tristemente, un número creciente de personas creyentes, por lo demás, simplemente no pueden aceptar que tales cosas sigan ocurriendo. Hay, por supuesto, un nombre para esta creencia: *cesacionismo*, la creencia de que todas las visiones y revelaciones cesaron con el cierre del Nuevo Testamento. Esa fue, justamente, la reacción que recibió el joven profeta. En su relato más temprano de la Primera Visión (1832), José Smith explicó que después de la visión, “mi alma se llenó de amor, y por muchos días pude regocijarme con gran gozo, y el Señor estaba conmigo. Pero no hallé a nadie que creyera en la visión celestial; sin embargo, medité estas cosas en mi corazón”. David Nye Whyte, editor del *Pittsburgh Weekly Gazette*, entrevistó al Profeta en 1843 y registró que José dijo: “Cuando fui a casa y les dije a las personas que había tenido una revelación, y que todas las iglesias eran corruptas, me persiguieron, y me han perseguido desde entonces. Pensaron derribarme, pero no lo han logrado, y no pueden hacerlo”. Alexander Neibaur también escuchó al Profeta relatar su experiencia en la Arboleda Sagrada. En 1844 registró que José comentó: “Se lo conté al sacerdote metodista [quien] dijo que esta no era una época en la que Dios se revelara en visión; la revelación había cesado con el Nuevo Testamento”. Esto, por supuesto, confirma la descripción de la conversación de José con el ministro metodista, tal como aparece en la historia oficial, en la que el joven profeta fue dicho que “todo era del diablo; que en estos días no había tales cosas como visiones o revelaciones; que todas esas cosas habían cesado con los apóstoles, y que nunca más habría de ellas” (José Smith—Historia 1:21).

Sin duda, siempre habrá quienes duden de la realidad de la experiencia de José Smith en la arboleda. Para algunos, es una incapacidad de aceptar una manifestación de lo sobrenatural. Consideremos la siguiente experiencia de Cotton Mather, el famoso predicador de Nueva Inglaterra y líder comunitario. En 1693, Mather, de treinta años, que buscaba con empeño conocer la voluntad de Dios para él, tomó en serio la enseñanza bíblica de que Dios sí interviene en los asuntos humanos. Mather describió una “cosa extraña y memorable”:

“Después de abundantes oraciones, con el mayor fervor y ayuno, apareció un ángel, cuyo rostro brillaba como el sol del mediodía. No tenía barba, pero en otros aspectos era humano; su cabeza estaba rodeada por una espléndida tiara...; sus vestiduras eran blancas y resplandecientes; su túnica le llegaba hasta los tobillos; y alrededor de sus lomos tenía un cinto no muy diferente de los ceñidores de los pueblos del Oriente”. ¿Dudarían los cristianos tradicionales que Mather tuvo, o pudiera haber tenido, tal experiencia?

Nefi, hijo de Lehi, advirtió de tal escepticismo en los últimos días: “Y contendrán unos con otros; y sus sacerdotes contenderán unos con otros; y... dirán al pueblo: Escuchadnos y oíd nuestro precepto; porque he aquí, no hay Dios hoy, porque el Señor y el Redentor ha cumplido su obra, y ha dado su poder a los hombres; he aquí, escuchad mi precepto; si dicen que ha acontecido un milagro por la mano del Señor, no lo creáis; porque hoy no es un Dios de milagros; ha cumplido su obra” (2 Nefi 28:4–6; énfasis añadido).

En una carta a su tío Silas Smith en 1833, José escribió: “No dudo que los santos profetas, apóstoles y justos de la antigüedad se salvaron en el Reino de Dios. (...) Pero, ¿me asegurará todo esto a mí, o me llevará a las regiones del Día Eterno con mis vestiduras sin mancha, puras y blancas? ¿O no debo más bien obtener yo mismo, por mi propia fe y diligencia en guardar los mandamientos del Señor, la seguridad de salvación para mí mismo? ¿Y acaso no tengo igual privilegio que los santos antiguos? ¿Y no escuchará el Señor mis oraciones y atenderá a mis súplicas tan pronto como lo hizo con las de ellos, si vengo a Él de la misma manera que ellos lo hicieron? ¿O es Él un respetador de personas?”

Diversos relatos de la Visión

Algunas personas se inquietan porque existen más de un relato de la Primera Visión y con diferencias de detalle entre ellos. Debemos comprender que cada uno de los relatos fue escrito para una audiencia distinta y con propósitos diferentes. Milton Backman escribió: “Algunos han sugerido que si una persona no relata una experiencia de la misma manera cada vez que habla del acontecimiento, entonces no debe ser considerado un testigo confiable. Sin embargo, de un modo importante, el hecho de que los cuatro relatos de la Primera Visión sean diferentes ayuda a sostener la integridad del Profeta Mormón. Las variaciones indican que José Smith no creó deliberadamente una versión memorizada para repetirla a todos. (...) Aunque las palabras en los relatos de José son diferentes, en cada uno de ellos se revelan varias verdades fundamentales, lo cual indica claramente una rica armonía en muchos detalles”.

Además, tenemos un paralelo muy cercano con los escritos del Nuevo Testamento. Tal fue ciertamente el caso con los autores de los cuatro evangelios canónicos del Nuevo Testamento. Así también ocurrió con los tres relatos del apóstol Pablo sobre su visión del Señor resucitado en el camino a Damasco (Hechos 9; 22; 26). ¿Están los cristianos, por ejemplo, dispuestos a descartar o rechazar la divinidad de Jesucristo, o a negar sus milagros, su sufrimiento expiatorio o su resurrección, debido a las variaciones o aparentes inconsistencias en la manera en que se narra la historia evangélica? ¿Deberían los cristianos dudar de la realidad de la conversión de Pablo porque Hechos 9 y Hechos 22 difieren en cuanto a quién escuchó la voz del Señor y quién vio la luz? Probablemente no.

José vio “al Señor”

Algunas personas se han inquietado porque José, en su relato más temprano de la Primera Visión (1832), declaró: “Fui lleno del Espíritu de Dios, y el Señor abrió los cielos sobre mí y vi al Señor, y Él me habló”. Los críticos señalan rápidamente que en los relatos posteriores de la visión, José menciona a dos miembros de la Deidad. Vale la pena notar que en marzo de 1879, el presidente John Taylor dijo: “El Señor se apareció a José Smith, tanto el Padre como el Hijo”. Esto no sería diferente de un Santo de los Últimos Días que hablara de la Primera Visión a una persona de otra fe y

dijera: “Creemos que los cielos se abrieron en la primavera de 1820 y que Dios se apareció a José Smith —tanto el Padre como el Hijo—”. En aquella época del siglo XIX, las palabras *Señor* y *Dios* se usaban indistintamente, tal como hacemos hoy en día. *Señor* significaba sencillamente el Ser Supremo.

La cuña es clavada

Era inevitable que José Smith y sus seguidores entraran en conflicto con sus vecinos religiosos. En efecto, como escribió el historiador R. Laurence Moore: “Si la controversia sostenida denota importancia cultural, entonces los mormones fueron tan significativos como cualquier otro grupo religioso en la América del siglo XIX” .

La historiadora religiosa estadounidense Jan Shipps, quien ha escrito mucho sobre la Iglesia restaurada, señaló que, “a diferencia de la comprensión restauracionista de los campbellitas, los bautistas del séptimo día y otros movimientos primitivistas, la comprensión que el mormonismo tenía de sí mismo como *la* (no *una*) restauración partía de la suposición de que la restauración podía y debía ocurrir cuando, y solo cuando, la comunicación directa entre la humanidad y la divinidad fuera reabierta. Es decir, antes de que pudiera haber restauración, debía aparecer alguien que hablara por Dios, un profeta”. *Creencias que distinguían a la Iglesia*

Con el paso de los años, los líderes Santos de los Últimos Días hablaron con frecuencia sobre aquello que diferenciaba a la Iglesia del resto del mundo cristiano:

- Dios había elegido restaurar el don y poder de la revelación o comunicación divina, tanto institucional como individual.
- Los dones espirituales, tal como se practicaban en la Iglesia del Nuevo Testamento, estaban nuevamente en la tierra y bendecían a la humanidad.
- Nuevas escrituras, escrituras sagradas más allá de la Biblia, habían sido entregadas por ángeles.
- La autoridad del sacerdocio divino, la autoridad apostólica, el poder que Jesús había dado en la antigüedad a Pedro y a los apóstoles, estaba otra vez en la tierra.

- Los sacramentos u ordenanzas sagradas y salvadoras se administraban nuevamente por medio de siervos autorizados de Dios.
- La Iglesia de Jesucristo restaurada había sido organizada y facultada, y la misma organización que existió en la Iglesia primitiva estaba ahora en funcionamiento.
- El convenio de Dios con el Israel antiguo estaba en proceso de ser restablecido entre un Israel moderno, y Dios había puesto de nuevo Su mano para reunir a Israel disperso, en cumplimiento de la profecía de Isaías (Isaías 11:11).
- La palabra profética del apóstol Pablo de que Dios reuniría todas las cosas en Cristo, en la “dispensación del cumplimiento de los tiempos” (Efesios 1:10), estaba comenzando a cumplirse.

Ahora bien, desde el punto de vista de los pastores, sacerdotes y religiosos cercanos a los Santos de los Últimos Días, tales afirmaciones eran audaces. Sin embargo, no eran las más contundentes. Richard Mouw, del Seminario Teológico Fuller, señaló que no se puede entender a los seguidores de José Smith ni lo que los motiva simplemente hablando, por ejemplo, de sus nuevos libros de escritura. Hay algo más.

“Para el mormonismo, esta dependencia de los escritos —‘páginas sagradas’— es secundaria. Lo que ellos consideran primario es el oficio del profeta. Lo más importante para los mormones acerca de su historia temprana no es que José Smith desenterrara las planchas de oro que contenían el *Libro de Mormón* en las primeras décadas del siglo XIX. Más importante aún, el mormonismo enseña que en la persona de José Smith se restauró el oficio antiguo de profeta”.

Y así, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días muy pronto comenzó a ser vista como algo distintivo, separada y diferente de los presbiterianos, metodistas, bautistas y católicos romanos de la región. Lo que resulta bastante curioso hoy es que es sumamente difícil encontrar acusaciones contra los “mormonitas”, como a veces se les llamaba, que afirmaran que no eran cristianos. Eran diferentes, sin duda. Extraños. Ciertamente peculiares. Sin embargo, parecía haber suficiente comprensión, incluso de parte de los críticos, de que los Santos en verdad

creían en la misión redentora de Jesucristo; que, se aceptara o no la explicación del evangelio restaurado sobre los orígenes del *Libro de Mormón*, el libro estaba lleno de enseñanzas acerca de Cristo e impregnado de lo que podría llamarse teología redentora: la naturaleza de la humanidad caída, la incapacidad del hombre para salvarse a sí mismo, la salvación por gracia y la necesidad de nacer espiritualmente de nuevo. En otras palabras, los miembros de la joven Iglesia eran vistos por la mayoría de las personas de otras confesiones como inusuales e incluso sospechosos, pero ciertamente cristianos. Podrían no haber sido católicos romanos, ortodoxos orientales o protestantes, pero profesaban una fe en Jesús como el Hijo de Dios. Cristianos, pero diferentes.

Conclusión

La Primera Visión de José Smith es fundamental. Es la base de la fe de los Santos de los Últimos Días. Representa el comienzo de la re-revelación de Dios a Sus hijos en esta última dispensación. Las revelaciones que vinieron por medio de José Smith hicieron que el vidente de los últimos días llegara a familiarizarse con la mente, la voz y la voluntad del Maestro. José llegó a conocer de primera mano cómo comunicarse con Jehová.

En una nota más personal, siempre he creído que hay un Dios. Mis recuerdos más tempranos de la infancia contienen palabras familiares pronunciadas junto a mi cama cada noche: “*Now I lay me down to sleep...*” (Ahora me acuesto a dormir...). Se sentía bien decir mis oraciones, y creía sinceramente que alguien mucho más sabio, grande, poderoso y amoroso que cualquiera aquí en la tierra me escuchaba. Además, al haber crecido en los Estados del Sur, con la mayoría de mis amigos siendo bautistas, metodistas o católicos romanos, cantaba con ellos “*Jesus loves me! This I know, / For the Bible tells me so*” y “*Jesus wants me for a sunbeam*” con entusiasmo y sentimiento. Siempre me ha parecido que he creído en la realidad viviente de Jesucristo como el Salvador y Redentor de la humanidad.

Mi abuelo se unió a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en la década de 1930, cerca de Nueva Orleans, Luisiana. Había sido criado como católico romano, y cuando dejó la fe de sus padres, básicamente se le pidió que abandonara la casa de sus progenitores. Más tarde, él y mi abuela

criaron a sus cuatro hijos como Santos de los Últimos Días. Para cuando yo nací, mi padre y mi madre no eran asistentes activos a la Iglesia, pero con el tiempo sintieron la necesidad de criar a sus hijos en ella. Recuerdo que se me pidió hablar en la iglesia cuando tenía unos nueve años. Mi padre no se sentía en ese momento de su desarrollo espiritual en condiciones de ayudarme mucho con mi discurso, así que mi tío José lo escribió esencialmente por mí. Lo memoricé. Era un recuento muy sencillo de la Primera Visión de José Smith: la historia de cómo el joven José luchó en 1820 con la pregunta de a qué iglesia debía unirse, cómo se enfrentó a opiniones religiosas variadas y conflictivas, y cómo eligió seguir la amonestación escritural de pedir sabiduría a Dios (Santiago 1:5).

Han pasado ya unos sesenta años desde que miré a aquella, para mí, intimidante congregación, pronuncié aquellas vacilantes palabras (el discurso no pudo haber durado más de cuatro o cinco minutos) y luego me senté con una sensación de inmenso alivio. También recuerdo otra cosa acerca de esa ocasión: cómo me sentí al hablar sobre Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo apareciéndose a un muchacho de catorce años en el norte del estado de Nueva York. Aunque, como era de esperar, estaba nervioso e inquieto detrás del púlpito, comencé en esa ocasión a sentir los inicios de un testimonio, los principios de un testigo espiritual de que lo que estaba diciendo era verdadero y que realmente había sucedido. El alivio que sentí al terminar mi discurso no fue simplemente la emoción de haber cumplido con una tarea abrumadora, sino también la tranquila y conmovedora seguridad de que había dicho la verdad. Supe algo cuando me senté que no sabía antes de ponerme de pie para hablar.

He tenido muchos, muchísimos testigos confirmatorios de la veracidad de la afirmación de José Smith desde que me puse en pie de niño y me dirigí a aquellas personas en la vieja capilla de la calle Hiawatha en Baton Rouge, Luisiana. Y ha sido mi honor y privilegio dar testimonio de ese acontecimiento singular en todo Estados Unidos y en varios países del mundo. A lo largo de las décadas, me he propuesto regresar tan a menudo como me ha sido posible a Palmyra, Nueva York, a la Arboleda Sagrada. En cada ocasión, me he marchado con un abrumador sentido de responsabilidad de dar testimonio de verdades fundamentales y fundacionales, especialmente de la Primera Visión de José Smith.

Tengo un testimonio, una convicción firme y sostenida, de que José Smith vio al Padre y al Hijo en la primavera de 1820 en la arboleda. Ese testimonio es central en todo lo que creo, siento y hago como Santo de los Últimos Días. Los tiempos cambian, la gente viene y va, las circunstancias y desafíos se transforman, pero para mí la Primera Visión es una constante, una piedra angular, un pilar de mi vida religiosa personal. Como enseñó el presidente Ezra Taft Benson: “La Primera Visión del Profeta José Smith es teología fundamental para la Iglesia”.

El presidente Gordon B. Hinckley, uno de los sucesores proféticos de José Smith, se regocijó: “Para mí es algo significativo y maravilloso que al establecer e iniciar esta dispensación, nuestro Padre lo hiciera con una revelación de sí mismo y de su Hijo Jesucristo, como si quisiera decir a todo el mundo que estaba cansado de los intentos de los hombres, aunque sinceros, de definirlo y describirlo. (...) La experiencia de José Smith en unos momentos en la arboleda, en un día de primavera de 1820, trajo más luz, conocimiento y entendimiento de la personalidad, la realidad y la sustancia de Dios y de su Hijo Amado que lo que los hombres habían logrado en siglos de especulación”.

El presidente Benson explicó: “Cuando Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo vinieron a la tierra, como lo hicieron en 1820 cuando se aparecieron al joven profeta José Smith, no es algo que concierne solo a un pequeño grupo de personas. Es un mensaje y una revelación destinados a todos los hijos de nuestro Padre que viven sobre la faz de la tierra. Fue el acontecimiento más grandioso que haya ocurrido en este mundo desde la resurrección del Maestro”. Ese es el punto de partida, el fundamento sobre el cual se edifica la Restauración.

Capítulo 3

Otro testamento

Nueva York y Pensilvania, septiembre de 1823. El joven José Smith había recibido la promesa del Señor de que la “maravillosa obra y prodigo” estaba cerca y que él desempeñaría un papel significativo en esa gran empresa. Sin embargo, habían pasado tres años sin palabra alguna de lo alto. José se presentó de nuevo ante el Señor con un espíritu de contrición e interrogación. La visitación y la revelación que siguieron cambiarían al mundo, y ciertamente también el pequeño mundo de aquel joven buscador de diecisiete años.

Después de la Primera Visión, nada fue ni jamás podría volver a ser lo mismo para el joven José Smith. Entonces José supo que la plenitud del evangelio de Jesucristo no estaba en la tierra, ni tampoco la verdadera Iglesia del Señor. También supo que algo magnífico estaba por acontecer y que él desempeñaría un papel importante en el cumplimiento de esa gran obra. Siempre me ha fascinado lo que el Profeta expresó respecto a su relación con los grupos religiosos existentes: “Él otra vez me prohibió unirme a alguno de ellos; y muchas otras cosas me dijo que no puedo escribir en este momento” (José Smith—Historia 1:20; énfasis agregado). Solo podemos maravillarnos ante esa expresión y contemplar con sobriedad lo que el primero y el segundo miembros de la Deidad debieron haber compartido con este joven impresionable y espiritualmente hambriento. ¿Fue instruido sobre las revelaciones que recibiría, las visiones que contemplaría, los personajes divinos que lo visitarían? ¿Fue advertido de los desafíos que él y sus seguidores, los agentes del Señor, enfrentarían al procurar cumplir la voluntad de su Principal? Por ahora solo podemos contemplar y especular. Quizás algún día el contenido de esa sagrada entrevista se dará a conocer.

La venida de Moroni

Los tres años que transcurrieron entre la aparición del Padre y del Hijo en la Arboleda Sagrada y la venida de Moroni debieron parecerle al joven profeta como una eternidad. Cuando un mortal tiene el privilegio de estar en la misma presencia del Todopoderoso Elohim y del Eterno Jehová —algo que muy pocas personas han experimentado— las semanas y meses que siguieron seguramente estuvieron llenos de largos períodos de contemplación, de extraordinaria introspección y de una búsqueda profunda del alma. Entusiasmado por lo que le había sucedido, sin duda compartió la experiencia con algunos de sus amigos, muchos de los cuales habrían pensado que, en el mejor de los casos, poseía una imaginación fértil y, en el peor, que estaba delirando o quizás mentalmente inestable. Existe una soledad conocida únicamente por quienes han gustado de los poderes del cielo, una soledad que aquellos que nunca lo han hecho no pueden comprender; una soledad que crea distancia interpersonal, que impulsa hacia adentro. Tal sería el curso natural de alguien confinado en una burbuja plástica, apartado del mundo y de las cosas mundanas. José, sin embargo, no estuvo aislado de la vida cotidiana, ni fue librado de las tentaciones y distracciones que vienen de manera natural a un adolescente.

Habiéndosele prohibido unirse a cualquiera de las sectas religiosas de su tiempo, y siendo de muy tierna edad, además de ser perseguido por quienes debieron haber sido sus amigos y haberlo tratado con bondad, “...fui dejado a toda clase de tentaciones; y, mezclándome con toda clase de sociedad, con frecuencia caí en muchos errores necios, y manifesté la debilidad de la juventud y las flaquezas de la naturaleza humana”. Luego, siendo más específico, agregó: “Fui culpable de frivolidad y a veces me asocié con compañías joviales, etc., no consistentes con aquel carácter que debería mantener quien había sido llamado por Dios como lo fui yo” (José Smith—Historia 1:28).

O, como lo expresó en otra ocasión: “Durante este tiempo, como es común en la mayoría de los jóvenes, caí en muchos vicios y debilidades; pero... no he sido, ni puede sostenerse con verdad, culpable de haber cometido injusticia contra hombre alguno ni contra la sociedad de los hombres”. Añadió que sus flaquezas incluían “una mente ligera y con demasiada

frecuencia vana, exhibiendo una conversación tonta y frívola". Puede ser que el joven José haya sido demasiado crítico consigo mismo, tal como lo serían más tarde algunas personas que, al conocerlo en su ministerio posterior, juzgarían su "nativo temperamento alegre" como incompatible con el elevado oficio de profeta, vidente y revelador.

Fue en un espíritu de contemplación que José se halló en la noche del 21 de septiembre de 1823. La madre Smith escribió: "Se retiró a su cama en un estado de ánimo bastante serio y contemplativo. Al poco tiempo se entregó a la oración y súplica al Dios Todopoderoso, para recibir una manifestación de su situación delante de Él". En su historia de 1835, el Profeta describió la escena de la siguiente manera: "Cuando tenía alrededor de 17 años, vi otra visión de ángeles en la estación nocturna, después de haberme retirado a mi cama. No estaba dormido, sino que meditaba sobre mi vida pasada y mi experiencia. Estaba muy consciente de que no había guardado los mandamientos, y me arrepentí sinceramente de todos mis pecados y transgresiones y me humillé delante de Aquel cuyos ojos están sobre todas las cosas".

Al describir al joven profeta, Oliver Cowdery relató que "su corazón se volcó en oración ferviente, y toda su alma se perdió en todo lo de naturaleza temporal; para él, la tierra había perdido sus encantos, y lo único que deseaba era estar preparado en su corazón para comunicarse con algún tipo de mensajero que le transmitiera la información deseada respecto a su aceptación ante Dios. . . .

En esta situación pasaron horas incontables... pero supone que debieron ser las once o doce de la noche, o quizá más tarde, ya que el ruido y el bullicio de la familia, al retirarse, habían cesado hacía mucho tiempo. Mientras continuaba en oración... de repente una luz semejante a la del día, solo que de una apariencia y resplandor más puros y gloriosos, irrumpió en la habitación. De hecho, para usar su propia descripción, la primera impresión fue como si la casa estuviese llena de un fuego consumidor e inextinguible. Esta aparición repentina de una luz tan brillante, como es natural, ocasionó un estremecimiento o sensación visible hasta en las extremidades del cuerpo. Fue, sin embargo, seguida de una calma y serenidad de mente, y de

un arroabamiento de gozo tan sublime que sobrepasaba toda comprensión; y en un instante un personaje se hallaba de pie ante él.”

Los Santos de los Últimos Días conocen bien la historia que sigue. Moroni se presentó como un ángel enviado desde la presencia de Dios, “mandado a traer las alegres nuevas de que el convenio que Dios hizo con el antiguo Israel estaba a punto de cumplirse, . . . que se acercaba el tiempo en que el evangelio en toda su plenitud sería predicado con poder a todas las naciones, para que un pueblo fuese preparado para el reinado milenario. Se me informó que yo había sido escogido para ser un instrumento en las manos de Dios a fin de llevar a cabo algunos de Sus propósitos en esta gloriosa dispensación.”

Es digno de notar que en este primer momento de introducción no se menciona nada acerca del Libro de Mormón. Como participante en la historia nefita, como líder militar y espiritual, y como guardián de los anales, Moroni era, por supuesto, una autoridad específica en cuanto a los asuntos relacionados con la obtención de las planchas de oro y su traducción. Pero también era una autoridad general, un ángel enviado a cumplir una tarea de importancia monumental: preparar a José Smith, hijo, para su llamamiento como profeta, vidente, revelador, traductor, presidente de la Iglesia restaurada de Jesucristo, un Abraham moderno y cabeza de la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Evidentemente, Moroni enseñaría al joven José todo sobre los pueblos nefitas y cómo traducir un registro escrito en egipcio reformado. Además, lo prepararía para asumir la responsabilidad de restablecer el reino de Dios en la tierra con todos sus poderes, llaves, convenios, ordenanzas, oficios, quórumes y concilios del sacerdocio. Tal capacitación tendría lugar mediante visitas frecuentes de Moroni antes de que José pudiera obtener las planchas. “Fui al final de cada año”, relató José, “y en cada ocasión encontré allí al mismo mensajero, y recibí instrucción e inteligencia de él en cada una de nuestras entrevistas, respecto a lo que el Señor estaba por hacer, y cómo y de qué manera se iba a conducir su reino en los posteriores días” (José Smith—Historia 1:54; énfasis agregado).

Un asunto más. Es importante para mí, como maestro del evangelio, que de todas las cosas que Moroni eligió hacer durante sus primeras cuatro visitas

al joven profeta, escogiera citar pasajes de las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento. Uno podría preguntarse por qué un ángel, un mensajero enviado directamente desde la presencia de Dios, necesitaría usar las palabras de otros profetas. Pero basta un momento de reflexión para recordar que cuando el Señor resucitado visitó a los hebreos en América, hizo exactamente lo mismo: citó a profetas como Moisés (3 Nefi 20:23, 27), Isaías (3 Nefi 20:30–45; 3 Nefi 22), Miqueas (3 Nefi 21:12–18), Habacuc (3 Nefi 21:8–9) y Malaquías (3 Nefi 24–25). ¡Qué recomendación, qué modelo, para aquellos de nosotros llamados a hablar y enseñar dentro de la Iglesia de Jesucristo!

Aprendemos, de la historia oficial del Profeta, que Moroni citó a profetas como Malaquías, Isaías y Joel (José Smith—Historia 1:36–41). Además, Oliver Cowdery escribió que, en sus conversaciones con José Smith sobre las visitas de Moroni, supo que se citaron muchos otros pasajes de las Escrituras, incluidos los siguientes:

- Deuteronomio 32:23–24, 43
- Salmos 100:1–2; 107:1–7; 144:11–13
- Isaías 1:23–26; 2:1–4; 4:5–6; 11:15–16; 29:11–14; 43:6
- Jeremías 31:1, 6, 8, 27–28, 32–33; 16:16; 31:9; 50:4–5
- 1 Corintios 1:27–29

Descubrimos que estas referencias escriturales tratan temas como: la triste condición de Israel esparcido; la congregación del pueblo de Israel desde tierras extrañas; el nuevo convenio de Dios en los últimos días; la casa del Señor establecida en la cima de los montes; Israel convirtiéndose en el pueblo del Señor y en su primogénito; el establecimiento de Sion como defensa; la venganza de Dios sobre sus adversarios; y el reinado eterno de Jehová en la tierra. En resumen, José Smith estaba siendo instruido por mensajeros celestiales, comenzaba a ser más que un conocido lejano de las Santas Escrituras y empezaba a vislumbrar su lugar en la obra profetizada de Dios en los últimos días.

La traducción de las planchas

Mucho se ha hablado y escrito en los últimos años acerca de cómo el Profeta José Smith pudo traducir las planchas de oro. Considerando que

todos los imaginables del siglo XIX que pudieran haber visto esto o escuchado aquello fueron entrevistados, los historiadores han cribado y clasificado, comparado y contrastado, reunido y amalgamado, y han llegado a lo que para ellos son conclusiones finales sobre el asunto; y todos parecen haber resuelto los detalles por sí mismos. Irónicamente, las dos personas que estuvieron más cercanas e íntimamente involucradas en la obra inspirada de la traducción —José Smith y Oliver Cowdery— fueron quienes menos hablaron sobre cómo tuvo lugar la traducción.

José Smith dijo: “Les informo que traduje, por el don y poder de Dios, e hice que se escribieran, ciento diecisésis páginas, las cuales tomé del Libro de Lehi, que era un relato abreviado de las planchas de Lehi, por mano de Mormón” (Prefacio a la edición de 1830 del Libro de Mormón). Al explicar cómo recibió y luego tradujo las planchas, José relató más tarde: “Moroni, la persona que depositó las planchas... en una colina en Manchester, condado de Ontario, Nueva York, estando muerto y habiendo resucitado de allí, se me apareció y me dijo dónde estaban; y me dio instrucciones sobre cómo obtenerlas. Yo las obtuve, y con ellas el Urim y Tumim, por medio del cual traduje las planchas; y así vino el Libro de Mormón”. También dijo: “Por el poder de Dios traduje el Libro de Mormón a partir de jeroglíficos, cuyo conocimiento se había perdido para el mundo; en tan maravilloso acontecimiento permanecí solo, un joven sin instrucción, para enfrentar la sabiduría mundana y la múltiple ignorancia de dieciocho siglos, con una nueva revelación”.

Oliver Cowdery registró lo siguiente: “El hno. Hyrum Smith dijo que consideraba lo mejor que la información sobre la aparición del Libro de Mormón fuera relatada por el mismo José a los élderes presentes, para que todos pudieran saber por sí mismos. El hno. José Smith, hijo, dijo que no estaba previsto contar al mundo todos los pormenores de la aparición del Libro de Mormón, y también dijo que no era conveniente relatar esas cosas”.

En la *Carta Wentworth* (1842), el Profeta explicó simplemente que: “Con los anales se halló un curioso instrumento que los antiguos llamaban ‘Urim y Tumim’, el cual consistía en dos piedras transparentes colocadas en el

borde de un arco ajustado a un pectoral. Por medio del Urim y Tumim traduje el registro por el don y poder de Dios”.

Oliver Cowdery escribió a W. W. Phelps: “¡Aquellos fueron días que nunca podrán olvidarse! —sentarse bajo el sonido de una voz dictada por la inspiración del cielo despertaba la más profunda gratitud en este pecho. Día tras día continué, sin interrupción, escribiendo de su boca, mientras él traducía, con el Urim y Tumim, o, como habrían dicho los nefitas, ‘intérpretes’, la historia o registro llamado El Libro de Mormón.” Oliver explicó en otra ocasión que: “Mientras [José] miraba a través de los lentes de piedra, otro se sentaba junto a él y escribía lo que él les decía, y así se escribió todo el libro.” Y quizá la declaración más poderosa de Hermano Cowdery, después de haber decidido regresar a la Iglesia (1848): “Yo escribí con mi propia pluma todo el Libro de Mormón (salvo unas pocas páginas) tal como salió de los labios del Profeta, mientras él lo traducía por el don y poder de Dios, por medio del Urim y Tumim, o, como lo llama ese libro, los santos intérpretes. Contemplé con mis propios ojos y maneje con mis propias manos las planchas de oro de las cuales fue traducido. También vi los intérpretes. Ese libro es verdadero. Sidney Rigdon no lo escribió. El Sr. [Solomon] Spaulding no lo escribió. Yo mismo lo escribí, tal como salió de los labios del Profeta.”

Un tesoro doctrinal

A veces, cuando hemos leído un libro de escrituras muchas veces, nos quedamos fijos en la historia o narrativa —lo cual es vital, pues contiene el contexto de las enseñanzas inspiradoras—, pero no profundizamos lo suficiente en los mensajes doctrinales, en las presentaciones teológicas, para disfrutar de esa dotación especial del Espíritu que llega cuando contemplamos, reconsideramos y reflexionamos seriamente sobre la doctrina pura. Si, como enseñó el presidente Boyd K. Packer, “la doctrina verdadera, cuando se entiende, cambia las actitudes y la conducta”, entonces ciertamente sumergirnos en los principios y preceptos del *Libro de Mormón* debería purificar nuestros motivos y deseos, y elevar nuestra perspectiva. “La riqueza del *Libro de Mormón*”, observó el élder Neal A. Maxwell, “es básicamente espiritual, no histórica. Una cosa es concentrarse

en el escenario y en la escenografía, y otra muy distinta es enfocarse en la sustancia.”

No hace mucho, me senté a hojear el *Libro de Mormón*, buscando exclusivamente grandes verdades doctrinales. Pronto comencé a tomar notas para mí mismo. A pesar de haber leído el *Libro de Mormón* muchas, muchísimas veces, y de haber buscado, estudiado y enseñado sus doctrinas durante más de cuatro décadas, quedé asombrado y gratamente sorprendido por lo que encontré.

Permítanme rememorar por un momento para ilustrar mi punto. Recuerdo muy bien la semana del 21 al 27 de febrero de 1967. Fue la semana que pasé en lo que entonces se llamaba el *Mission Home*, en la calle Main de Salt Lake City. Junto con unos trescientos jóvenes, hombres y mujeres, había llegado para recibir instrucción y ser preparados, de alguna manera, para lo que estábamos a punto de experimentar durante los siguientes dieciocho o veinticuatro meses. Cuando ahora reflexiono sobre lo que ocurrió, me siento a la vez emocionado y apenado —emocionado por el privilegio de haberme sentado a los pies de un sorprendente número de autoridades generales (en aquellos días los Hermanos realizaban la mayor parte de la instrucción de los misioneros), y apenado porque probablemente en ese momento no aprecié el banquete espiritual que se me estaba ofreciendo. Recibimos instrucción de miembros de la Primera Presidencia, del Cuórum de los Doce Apóstoles, de los Asistentes de los Doce, y de los miembros del Primer Consejo de los Setenta.

Recuerdo que recibimos instrucción del élder Bruce R. McConkie, que en ese entonces era uno de los siete presidentes de los Setenta. Yo lo había escuchado hablar en la conferencia general antes de 1967 y estaba algo familiarizado con su conocida obra de referencia, *Doctrina Mormonica*. El élder McConkie habló sobre el poder del *Libro de Mormón*. Dijo, en esencia, que si queremos comprender las doctrinas del evangelio restaurado de Jesucristo, debemos acudir al *Libro de Mormón*, nuestra fuente más poderosa de doctrina.

Recuerdo que pensé para mis adentros: “Un momento. ¿Por qué el *Libro de Mormón*? ¿Por qué no *Doctrina y Convenios*? ¿No es ahí realmente donde está la mayoría de la doctrina?”.

Mis preguntas no expresadas revelan cuán poco sabía en aquel entonces sobre el *Libro de Mormón*. En nuestra familia habíamos escuchado por un tiempo las grabaciones del *Libro de Mormón*, y eso fue un buen comienzo, pero —me avergüenza admitirlo— hasta que entré al campo misional no había leído el libro en sí. ¡Oh, si en aquel tiempo tan impresionable hubiera comprendido la importancia de las palabras del élder McConkie! Pues, por supuesto, él estaba en lo cierto. Para una muestra de algunas de las doctrinas y preceptos enseñados en el *Libro de Mormón*, véase el Apéndice 1 al final de este libro.

Se nos da poca indicación en el registro bíblico de que los profetas-escritores entregaran y preservaran sus mensajes para algún día distinto al suyo propio. No cabe duda de que Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Malaquías, Pedro, Pablo, Juan y otros hablaron del futuro lejano; por el poder del Espíritu vieron y describieron los hechos de pueblos de otro tiempo y lugar. Sus palabras fueron dadas al pueblo de su propia época. Sus palabras han hallado y aún hallarán aplicación y cumplimiento para tiempos futuros. Y, sin embargo, nunca nos encontramos con un profeta particular del palo de Judá dirigiéndose directamente a aquellos que un día leerían sus declaraciones.

El *Libro de Mormón* es diferente. Fue preparado y preservado por hombres que vieron y conocieron nuestro día y se dirigieron a cuestiones específicas que un pueblo de los últimos días habría de enfrentar. Las conmovedoras palabras de Moroni nos advierten de la relevancia contemporánea del *Libro de Mormón*: “He aquí, os hablo como si estuvieseis presentes, y no obstante, no lo estáis. Mas he aquí, Jesucristo me ha mostrado lo que hacéis, y sé de vuestras obras” (*Mormón* 8:35). Más adelante Moroni dijo: “He aquí, os hablo como si hablara desde los muertos; pues sé que tendréis mis palabras” (*Mormón* 9:30). En palabras del presidente Ezra Taft Benson, el *Libro de Mormón* “fue escrito para nuestro día. Los nefitas nunca tuvieron el libro; tampoco los lamanitas de la antigüedad. Fue destinado a nosotros. Mormón escribió cerca del fin de la civilización nefita. Bajo la inspiración de Dios, que ve todas las cosas desde el principio, hizo un compendio de siglos de registros, escogiendo las historias, discursos y acontecimientos que serían de mayor ayuda para nosotros”.

Recordando la significativa declaración del presidente Boyd K. Packer de que “la doctrina verdadera, cuando se entiende, cambia las actitudes y la conducta”, hablemos de cómo la doctrina del *Libro de Mormón* y sus mensajes pueden aplicarse a la vida individual. Por ejemplo:

- ¿Deseamos saber cómo tratar con hijos descarriados?
- ¿Cómo tratar con justicia y, a la vez, con misericordia a los transgresores?
- ¿Cómo dar un testimonio puro?
- ¿Cómo enseñar y predicar de tal manera que la gente no pueda irse sin ser afectada?
- ¿Cómo detectar a los enemigos de Cristo y resistir a quienes procuran destruir nuestra fe?
- ¿Cómo discernir y exponer las combinaciones secretas que buscan destruir las obras del Cordero de Dios?
- ¿Cómo tratar debidamente la persecución y los ataques contra la fe?
- ¿Y cómo establecer Sion?

¿Deseamos saber más acerca de cómo evitar el orgullo y los peligros del ciclo de prosperidad; cómo evitar la sacerdocio-mercadería (*priestcraft*) y adquirir y encarnar la caridad, el amor puro de Cristo; cómo pueden ser remitidos nuestros pecados y cómo saber cuándo han sido perdonados; cómo retener una remisión de los pecados día tras día; cómo venir a Cristo, recibir su santo nombre, participar de su bondad y amor, ser santificados por su Espíritu y finalmente ser sellados a Él? ¿Deseamos saber cómo prepararnos para la segunda venida del Hijo del Hombre? El *Libro de Mormón* es asombrosamente relevante. Seguramente esto es, al menos en parte, lo que José Smith quiso decir cuando enseñó que una persona podía acercarse más a Dios al obedecer los preceptos del *Libro de Mormón* que con cualquier otro libro.

Pero hay más. El *Libro de Mormón* es mucho más que un tratado teológico, más que una colección de grandes sermones doctrinales. (Sería de valor incalculable aun si solo fuera eso). No es únicamente un libro que nos ayuda a sentirnos bien; es un documento celestial que nos ha sido dado para ayudarnos a ser buenos. Es como si los profetas-líderes nefitas nos

suplicaran desde el polvo: “Buscamos al Señor. Lo hallamos. Aplicamos el evangelio de Jesucristo y hemos participado de sus dulces frutos. Conocemos el gozo de nuestra redención y hemos sentido entonar el cántico del amor redentor. Y ahora, oh lector, ¡ve y haz tú lo mismo!”. El *Libro de Mormón* no es solo una invitación a venir a Cristo, sino un modelo para alcanzar ese privilegio supremo. Esa invitación se extiende a todos los habitantes de la tierra: al común de la gente tanto como a profetas y apóstoles.

El *Libro de Mormón* hace más que enseñarnos con claridad y persuasión los efectos de la Caída y la absoluta necesidad de una Expiación; nos clama que, a menos que reconozcamos nuestro estado caído, nos despojemos del hombre natural, apliquemos la sangre expiatoria de Cristo y nazcamos de nuevo, jamás podremos —por los siglos de los siglos— estar con nuestro Señor ni llegar a ser como Él. Tampoco podremos esperar establecer Sion, una sociedad de puros de corazón. El *Libro de Mormón* no es solo un libro sobre religión. Es religión. Nuestro desafío, por lo tanto, no es únicamente leer y estudiar el *Libro de Mormón*; debemos vivirlo, aceptarlo y aplicar sus doctrinas y filosofía (DyC 84:57).

Preguntas frecuentes

¿Escritura más allá de la Biblia?

Una de las razones por las que algunas personas sostienen que los Santos de los Últimos Días no son cristianos es por nuestra aceptación del *Libro de Mormón*, así como de *Doctrina y Convenios* y la *Perla de Gran Precio*, como escritura sagrada. Es decir, no podríamos ser cristianos porque expandimos el canon cristiano de las Escrituras. Para aquellos críticos de la Iglesia que afirman que los Santos de los Últimos Días no son cristianos, las palabras de Stephen Webb, un erudito católico romano, en relación con el *Libro de Mormón*, pueden resultar de cierto interés. “Cualquiera que sea la opinión que uno tenga sobre las afirmaciones de José Smith en cuanto a los orígenes del *Libro de Mormón*”, escribió Webb, “es imposible negar que el libro está lleno de un Jesús que es muy divino. ... El *Libro de Mormón*... contiene relatos y dichos de Jesús que no aparecen en el Nuevo Testamento. La cuestión verdaderamente crucial, entonces, es la siguiente:

¿El *Libro de Mormón* añade a los Evangelios de un modo consistente con el Nuevo Testamento, o bien daña o desfigura el retrato evangélico?”.

Webb propone una analogía, un escenario que debería llevar a la mayoría de los lectores no mormones —en particular a quienes miran el *Libro de Mormón* con sospecha— a ser, por lo menos, un poco reflexivos: “Tu familia se reúne en el funeral de tu querido abuelo, un viajero del mundo. Tus parientes comienzan a contar las historias familiares sobre sus legendarias aventuras. Sin embargo, pronto notas a otro grupo de dolientes en el otro extremo de la sala. Al escucharlos, te das cuenta de que están hablando de tu abuelo como si lo conocieran bien, aunque nunca has visto a esas personas ni oído algunas de las historias que están contando...

No hay... ninguna necesidad de que reacciones al amor de este otro grupo por tu abuelo como si intentaran amenazar o dañar. Decidas o no expandir tu familia para incluir a este grupo, todavía puedes darles la bienvenida por sus sinceros esfuerzos por honrar y respetar la memoria de tu abuelo. Y cuanto más ames a tu abuelo, más te sentirás inclinado a descubrir por ti mismo si estas nuevas historias son verdaderas.

“Por supuesto, Jesucristo no es tu abuelo, y las historias que los cristianos cuentan sobre Él están basadas en las Escrituras, no en leyendas y tradiciones. Aun así, el *Libro de Mormón* plantea una pregunta bastante incómoda para los cristianos: ¿Es posible creer demasiado en Jesús?”

¿La plenitud del evangelio?

Ahora bien, habiendo establecido que el registro nefita-jaredita está saturado de doctrina, atendamos algunas de las preguntas planteadas ocasionalmente tanto por firmes creyentes como por críticos escépticos. La primera es esta: Si el *Libro de Mormón* contiene la “plenitud del evangelio de Jesucristo” (DyC 20:9; 27:5; 42:12; 135:3), ¿cómo es que no se hace mención en el libro de creencias tan singularmente santos de los últimos días como la predicación del evangelio en el mundo de los espíritus; los tres grados de gloria en la vida venidera; el matrimonio eterno; el papel vital de los templos; y la deificación, o *theosis*, la noción de que los mortales pueden llegar a ser como Dios?

Comencemos nuestra respuesta observando que el *Libro de Mormón* es una historia, una narración continua, “la saga de un mensaje, un testamento”. El *Libro de Mormón* no pretende ser una especie de teología sistemática, al igual que tampoco lo son el Antiguo y el Nuevo Testamento. Contiene la plenitud del evangelio, aunque no en el sentido de que contenga cada característica doctrinal del mormonismo—pues no es, en sentido estricto, un libro acerca de *La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días*. Más bien, los profetas en el *Libro de Mormón* enseñan con poder y persuasión las buenas nuevas, o alegres nuevas, de que Jesucristo vino al mundo para redimir a la humanidad caída de la transgresión de nuestros primeros padres y de nuestros propios pecados, bajo la condición del arrepentimiento. Los profetas testifican repetidamente que la infinita Expiación se recibe por medio de la fe en Cristo, el arrepentimiento de los pecados, un bautismo autorizado por inmersión, la recepción del Espíritu Santo mediante la imposición de manos, y la perseverancia fiel hasta el fin. Este es el evangelio. Es Cristo crucificado y resucitado de entre los muertos. Son los primeros principios y ordenanzas.

El presidente Ezra Taft Benson explicó que decir que el *Libro de Mormón* contiene la plenitud del evangelio de Jesucristo “no significa que contenga todas las enseñanzas, toda doctrina alguna vez revelada. Más bien, significa que en el *Libro de Mormón* encontraremos la plenitud de aquellas doctrinas requeridas para nuestra salvación. Y estas son enseñadas clara y sencillamente para que aun los niños puedan aprender los caminos de la salvación y la exaltación. El *Libro de Mormón* ofrece tanto que amplía nuestra comprensión de las doctrinas de la salvación. Sin él, gran parte de lo que se enseña en otras Escrituras no sería ni tan claro ni tan precioso”.

¿El uso que hizo José Smith del Libro de Mormón?

Otra pregunta que surge ocasionalmente es: Si el *Libro de Mormón* es tan significativo, tan repleto de sabiduría y verdades teológicas, ¿por qué el profeta José Smith citó tan pocas veces de él? Esa es una observación valiosa y una excelente interrogante. Si uno leyera los muchos sermones pronunciados por el hermano José, particularmente en Nauvoo, pronto descubriría que sus palabras están entretejidas con citas o paráfrasis

bíblicas. Claramente se apoyaba mucho en el Nuevo Testamento, por ejemplo, y se enfocaba bastante en los escritos del apóstol Pablo.

Basta un momento de reflexión para comprender que el joven José fue criado con la Biblia. Su familia la estudiaba, y él escuchaba sus pasajes leídos y comentados en avivamientos, reuniones campestres y servicios religiosos. Además, como consideraremos con más detalle en el capítulo 7, José pasó tres años, desde junio de 1830 hasta julio de 1833, en un intenso estudio de la Biblia del Rey Santiago mientras realizaba su labor de preparar una “nueva traducción” inspirada. La Biblia estaba en su alma, y resultaba completamente lógico que el Profeta recurriera a frases, relatos y personajes bíblicos para exponer muchos de sus puntos al enseñar el evangelio a los santos.

Orson Spencer, un ministro bautista que se unió a la Iglesia, escribió: “Nunca he sabido que [José] negara o menospreciara una sola verdad del Antiguo y del Nuevo Testamento; pero siempre lo he conocido como alguien que los explicaba y defendía de manera magistral”.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días está profundamente arraigada en la Biblia y en sus enseñanzas. Debido a que tenemos la bendición de poseer una maravillosa biblioteca de revelación de los últimos días y de escritura moderna, nosotros, así como quienes critican a la Iglesia, a veces tendemos a pasar por alto el hecho de que nuestra fe y nuestro modo de vida son intrínsecamente bíblicos. Esta verdad puede ilustrarse de manera informal pero rápida analizando una de nuestras conferencias generales recientes para contar cuántas veces se cita, parafrasea o se hace referencia a la Santa Biblia. De hecho, basta con notar en cualquier reunión sacramental cómo, con fluidez, pasamos de Mosíah a Hebreos, de 2 Nefi a Romanos, de Doctrina y Convenios a Génesis. En otras palabras, con frecuencia —y casi sin pensarlo— tendemos a seguir el modelo del Señor resucitado al enseñar a los nefitas: procuramos exponer todas las Escrituras como una sola (3 Nefi 23:14). Y, justo en medio de eso, está la Biblia.

Quizá más importante para nuestra consideración actual, sugiero que José no citaba con tanta frecuencia del *Libro de Mormón* porque no era algo que él hubiera creado, sacado de su propia imaginación o ideado como

resultado de su propio genio. “Claramente,” explicó el élder Neal A. Maxwell, “este libro vino por medio de un vidente escogido —José Smith—, pero no de ese vidente. Algunos, desesperados por una explicación alternativa, casi parecen suponer que José estaba recibiendo ayuda de alguna casa de suministros teológicos por correspondencia. Para la mente humana es asombroso que revelaciones y traducciones tan ricas pudieran venir a través de un individuo sin instrucción como lo era José. La razón, por supuesto, es que, aunque José no escribía con ortografía perfecta, llegó a conocer la gramática del evangelio, porque era un alumno apto de Dios”.

¿Se superó el Libro de Mormón?

Algunas personas, tanto dentro como fuera de la fe, han sugerido que, aunque el *Libro de Mormón* cumplió un papel importante en los primeros días de la Restauración, en general el profeta mormón y sus seguidores lo superaron con el paso del tiempo, a medida que doctrinas más profundas y distintivas —particularmente las de Nauvoo— fueron dadas a conocer. Tales personas afirman que mientras el *Libro de Mormón* presenta una doctrina centrada en una Deidad infinita, en la humanidad caída y en la necesidad de ser salvos por la gracia de Jesucristo (todas enseñanzas fundamentales en el *Libro de Mormón*), el mormonismo posterior, especialmente el de los desarrollos en Nauvoo, se inclinó más hacia una creencia en un Dios finito, en la bondad innata del hombre y en la exaltación y gloria a través de las obras humanas.

Para mí, esta es una falsa dicotomía. El José Smith que repudió la creación *ex nihilo*, que edificó templos y enseñó a su pueblo a realizar bautismos por aquellos que no habían recibido el evangelio en esta vida, y que enseñó que los seres mortales tenían el potencial de llegar a ser como Dios —ese José Smith era el mismo hombre que tradujo el *Libro de Mormón*, fue instruido en su doctrina y preceptos, y los enseñó hasta su muerte en 1844. José Smith no superó ni trascendió el *Libro de Mormón* y sus enseñanzas, ni tampoco su pueblo. El *Libro de Mormón* no fue reemplazado por las ideas progresivas o sofisticadas de José. De hecho, él estaba enseñando y testificando de ese libro a los guardias de la cárcel la noche antes de su muerte en la prisión de Carthage, Illinois. Según Dan Jones, quien estaba en la cárcel y escuchó al Profeta hablar: “José dio un poderoso testimonio a los

guardias de la autenticidad divina del *Libro de Mormón*, de la restauración del Evangelio, de la ministración de ángeles, y de que el reino de Dios estaba de nuevo establecido sobre la tierra, por cuya causa se hallaba entonces encarcelado en esa prisión, y no porque hubiera violado alguna ley de Dios o del hombre.”

Es decir, un Santo de los Últimos Días moderno puede creer cómodamente en el Dios descrito en el *Libro de Mormón* —aquel que es “infinito y eterno, de eternidad en eternidad el mismo Dios inmutable, el framer del cielo y de la tierra, y de todas las cosas que en ellos hay” (DyC 20:17)— y, al mismo tiempo, aceptar al Dios descrito en los sermones finales del Profeta, y para algunos, más controvertidos. Yo ciertamente lo hago, al igual que millones de otros Santos de los Últimos Días en todo el mundo. Un santo moderno puede negar la doctrina del pecado original y al mismo tiempo creer, como se enseña en el *Libro de Mormón*, que “todo el género humano [está] en un estado caído, y jamás [podrá] salvarse sino se apoyan en este Redentor” (1 Nefi 10:6), y que “a causa de la caída nuestra naturaleza se ha vuelto mala continuamente” (Éter 3:2). Por último, pero no menos importante, los Santos de los Últimos Días en el siglo XXI pueden creer de todo corazón que la salvación viene “únicamente por los méritos, y misericordia, y gracia del Santo Mesías” (2 Nefi 2:8) y, al mismo tiempo, creer que la fe verdadera siempre se manifiesta en fidelidad; que el discipulado y la obediencia a los mandamientos de Dios son el andar y hablar de los verdaderos cristianos (Mateo 7:21; 16:27; Romanos 2:6, 13; 2 Corintios 5:10; Tito 3:8; Santiago 1:22; 2:19–20, 26; Apocalipsis 20:12). Estas cuestiones doctrinales no son mutuamente excluyentes. Que puedan y de hecho coexistan en la mente y la teología de los Santos de los Últimos Días es una muestra de que los miembros típicos de la Iglesia pueden manejar cómodamente lo que en realidad es una tensión dinámica.

¿Ficción inspirada?

Finalmente, algunos han optado por rechazar el *Libro de Mormón* como registro histórico y lo han etiquetado como “ficción inspirada”. De ese grupo, hay quienes aceptan el libro como escritura sagrada, pero no creen que hayan existido realmente un Nefi, un Abinadí o un Alma. Yo creo que, en lo que respecta a la fe (y, por tanto, a la fidelidad y la adhesión a una

causa), importa muchísimo que exista un acontecimiento real, una ocurrencia objetiva hacia la cual podamos mirar y sobre la cual edifiquemos nuestra fe. Uno no puede ejercer fe salvadora en algo que no es verdadero (Alma 32:21) o que no sucedió, no importa cuán conmovedora sea la historia, cuán sincero sea el autor o cuán comprometidos estén los seguidores. Si bien es cierto que la gran literatura —sea históricamente verídica o no— puede elevar y fortalecer a su manera e incluso contener grandes lecciones morales, tales obras no pueden producir la transformación espiritual del alma que solo las Escrituras pueden lograr. La Escritura se convierte en un canal divino por el cual llega la revelación personal, un medio significativo por el cual podemos escuchar la voz del Señor (DyC 18:34–36; 88:66).

El poder de la palabra, ya sea hablada o escrita, está en su fuente—Dios nuestro Padre y su Hijo Jesucristo. Podemos ejercer fe en un principio o doctrina enseñados por personas reales que fueron impulsadas por el poder del Espíritu Santo, individuos concretos en tiempo y espacio cuyas interacciones con el Señor y con su Espíritu fueron genuinas y verdaderas, y cuyo crecimiento espiritual podemos imitar. Huck Finn pudo haber dado al mundo algún sabio consejo, pero sus palabras no pueden santificar. Incluso los dulces testimonios de Demetrio, el esclavo, y de Marcelo, el centurión romano, en *La túnica sagrada* de Lloyd Douglas, no pueden vivificar el alma de la misma manera que lo hacen las enseñanzas de Alma a Coriantón o las cartas de Mormón a Moroni. Hay una diferencia, una gran diferencia. La ficción doctrinal puede ser entretenida. Sus personajes pueden demostrar sabiduría y sus vidas brindar nobles ejemplos. Pero la ficción doctrinal no puede conmover ni vivificar a los hijos e hijas de Dios como lo hace la Escritura.

Nuestra fe en Cristo está fundamentada en la obra de redención que se llevó a cabo en un jardín específico y en una cruz designada en un momento particular de la historia de nuestra tierra. No importa tanto el sitio exacto como el hecho de que hubo tal sitio. Si Jesús no sufrió, sangró, murió y resucitó en realidad de la tumba, entonces estamos espiritualmente condenados, por muy comprometidos que estemos con el “evento de fe” celebrado por los cristianos del primer siglo. Y así es también en lo que respecta al acontecimiento en Palmyra. Importa muchísimo que el Padre

Eterno y su Unigénito Hijo realmente aparecieran a un joven en una arboleda del estado de Nueva York. El lugar exacto de la Arboleda Sagrada, así como qué árboles o qué porción de tierra fueron santificados por la teofanía, es mucho menos significativo. Si José Smith no vio en visión al Padre y al Hijo, si la Primera Visión fue solo los “dulces sueños” de un muchacho ingenuo, entonces ninguna cantidad de bondad ni de civismo por parte de los Santos de los Últimos Días podrá salvarnos.

Y lo mismo sucede en lo que respecta a los personajes, acontecimientos y enseñanzas del *Libro de Mormón*. Que existieron un Nefi, un Alma y un Gidgidoni es vital para la historia y, en mi opinión, para la relevancia y veracidad del *Libro de Mormón*. Que los oráculos proféticos, desde Lehi hasta Samuel, predicaron y profetizaron de Cristo, enseñaron y administraron su evangelio, es fundamental para establecer el concepto de las dispensaciones restauradas por medio de José Smith. Estos elementos revelan mucho más sobre cómo son y han sido las cosas entre el pueblo de Dios en todas las edades que sobre cómo eran las cosas en el siglo XIX.

En la Iglesia hay lugar para toda clase, forma y tamaño de personas, y ciertamente todos estamos en diferentes etapas de desarrollo intelectual y madurez espiritual. Además, hay muchos asuntos doctrinales sobre los cuales la discusión y el debate pueden conducir a conclusiones diversas, en especial en cuestiones que no han sido plenamente aclaradas en las Escrituras ni por los profetas vivientes.

Al mismo tiempo, hay ciertas verdades bien definidas —asuntos relacionados con la filiación divina de Cristo, la realidad de la Expiación, la aparición del Padre y del Hijo en 1820, y la veracidad del *Libro de Mormón*— que, en el lenguaje firme e intransigente del presidente J. Reuben Clark Jr., “deben mantenerse, sin cambio, sin modificación, sin dilución, sin excusa, sin disculpa ni evasión; no pueden ser explicadas fuera de contexto ni sumergidas. Sin estas dos grandes creencias” —la realidad de la resurrección y la expiación de Jesucristo, y el llamamiento divino de José Smith— “la Iglesia dejaría de ser la Iglesia”.

Al final, como se nos ha aconsejado repetidamente, la realidad de las planchas de oro, de Cumorah y de los ángeles solo puede conocerse mediante una revelación independiente e individual. Tal experiencia, así

como las que la refuerzan y renuevan después, llega a quienes demuestran paciencia y fe. “El mosaico terminado de la historia de la Restauración”, enseñó el élder Neal A. Maxwell, “será más grande y más variado a medida que emergan más piezas de azulejo, ajustando una secuencia aquí o ampliando allá un sector de nuestra comprensión. . . . Puede que incluso haya”, añadió, “algunas piezas del mosaico que, por el momento, no parezcan encajar. Podemos esperar, como debemos hacerlo”. Un día, prometió, “el mosaico final de la Restauración será resplandeciente, reflejando un diseño divino. . . . En aquel día perfecto, veremos que hemos formado parte de cosas demasiado maravillosas para nosotros. Parte del prodigo y de la maravilla de la ‘maravillosa obra y prodigo’ de Dios será cómo la Divinidad perfecta, misericordiosamente, nos utilizó —a nosotros, la humanidad imperfecta. Mientras tanto, en medio de la disonancia humana, quienes tengan oídos para oír seguirán el llamado sonoro de una trompeta certera”.

¿Pruebas o evidencias del Libro de Mormón?

La cuestión de las pruebas o evidencias del *Libro de Mormón* surge con bastante frecuencia, especialmente de parte de quienes se sienten ofendidos por lo que perciben como una especie de presunción arrogante al afirmar que nosotros, como Santos de los Últimos Días, poseemos escritura extrabíblica. Sí, ha habido muchos esfuerzos por parte de creyentes para descubrir evidencias tangibles y físicas del *Libro de Mormón*, es decir, pruebas específicas de la existencia de un pueblo hebreo antiguo en América, tanto antes como después de la época de Jesucristo. Algunos ejemplos incluyen: estudios de geografía y antropología que sugieren un contexto mesoamericano para el libro; estudios sobre la autoría del *Libro de Mormón*; análisis estilométricos (*wordprint studies*) para determinar autoría; estudios literarios del libro; el descubrimiento de quiasmo en el *Libro de Mormón*; estudios intertextuales; referencias a festivales y coronaciones del antiguo Israel dentro del libro; y, sencillamente, el propio fenómeno del *Libro de Mormón*.

Las evidencias sí importan, puesto que al hablar del *Libro de Mormón* nos referimos a personas reales en un tiempo real y a lugares y acontecimientos concretos. Como señalamos antes, gran parte de nuestra convicción en la

Restauración se fundamenta en hechos históricos, en cosas que realmente sucedieron. Pero los creyentes no basan su fe en lo que los geógrafos, arqueólogos, antropólogos o historiadores hayan descubierto o dejado de descubrir hasta la fecha. Sin duda surgirán más y mayores pruebas en el futuro, pero, mientras tanto, la evidencia de mayor valor es aquella que llega al corazón, al alma, por el poder del Espíritu Santo: el testimonio del Espíritu.

Tal como enseñó con poder el apóstol Pablo, las cosas de Dios solo se conocen por el poder del Espíritu de Dios (1 Corintios 2:11–14). El élder Neal A. Maxwell lo expresó de esta manera: “Es la opinión del autor que todas las Escrituras, incluido el *Libro de Mormón*, permanecerán en el ámbito de la fe. La ciencia no podrá probar ni refutar la palabra sagrada. Sin embargo, surgirán suficientes evidencias plausibles para impedir que los burladores hagan escarnio libremente, pero no tantas como para eliminar el requisito de la fe. Los creyentes deben ser pacientes durante tal desarrollo”.

Conclusión

¿Cómo aprendió José Smith el evangelio? ¿Cómo llegó a ser el poderoso profeta que fue, no solo un administrador legal encargado de ser el instrumento para restaurar los poderes y llaves del sacerdocio a la tierra, sino también el gran revelador de la verdad, el dispensador y clarificador de la doctrina? ¿No fue, en su ministerio temprano, a través de su traducción del *Libro de Mormón*?

En primer lugar, como vidente y traductor, aprendió a obrar por medio del Espíritu Santo de Dios. Se apoyó en un dispositivo sumamente útil, el Urim y Tumim; pero con paciente madurez y mediante lecciones divinas llegó a ser, por así decirlo, un urim y tumim viviente.

En segundo lugar, consideremos lo que debió de haber sido para él traducir las planchas de oro y dictar a un escriba, no solo una historia fascinante, sino también —y quizás mucho más importante— página tras página de profunda doctrina cristiana, principios y preceptos, todos enmarcados en una narración histórica. Si solo una parte de los principios doctrinales enumerados en el Apéndice 1 hubieran quedado grabados en el alma del

Profeta, no es de extrañar que pudiera caminar por las calles de Nauvoo, seguido de cerca por sus ansiosos secretarios William Clayton o Willard Richards, ya no dictando revelaciones al ritmo de Kirtland, sino hablando y enseñando aquí y allá profundas verdades eternas. ¿Cabe alguna duda de que su superna formación con el *Libro de Mormón* fue fundamental en la educación de su alma?

Demasiado esfuerzo se ha invertido a lo largo de demasiados siglos, demasiada sangre ha sido derramada, demasiadas lágrimas han mojado demasiadas almohadas, demasiadas oraciones han ascendido, y se ha pagado un precio demasiado alto para que el registro del *Libro de Mormón* sea descartado o relegado a la categoría de una reliquia teológica querida pero anticuada. No menos que Dios mismo ha dado solemne testimonio del *Libro de Mormón*.

A Oliver Cowdery, quien fue levantado para servir como el escriba principal en la traducción, el Señor le afirmó: “He aquí, te digo, para que sepas que no hay nadie más, salvo Dios, que conozca tus pensamientos y los intentos de tu corazón. Sí, te lo digo como testimonio para ti: que las palabras o la obra que has estado escribiendo son verdaderas” (DyC 6:16–17; énfasis agregado; comparar 18:2).

El presidente Boyd K. Packer declaró: “No tenemos que defender al profeta José Smith. El *Libro de Mormón*: *Otro Testamento de Jesucristo* lo defenderá por nosotros. Los que rechazan a José Smith como profeta y revelador se ven obligados a encontrar alguna otra explicación para el *Libro de Mormón*. Y en segundo lugar, para la defensa poderosa: el *Doctrina y Convenios*; y en tercer lugar: la *Perla de Gran Precio*. Publicadas en conjunto, estas escrituras forman un testimonio inquebrantable de que Jesús es el Cristo y un testimonio de que José Smith es un profeta”.

El Todopoderoso puso su propio sello de veracidad sobre el registro nefita por medio de un juramento sagrado cuando dijo: “Y él [José Smith] ha traducido el libro, aun aquella parte que le he mandado, y como vive vuestro Señor y vuestro Dios, es verdadero” (DyC 17:6; énfasis agregado). En palabras de un apóstol moderno, el élder Bruce R. McConkie: “Este es el testimonio de Dios del *Libro de Mormón*. En él, la Deidad misma ha puesto en juego su divinidad. O el libro es verdadero o Dios deja de ser Dios. No

existe ni puede existir lenguaje más formal o poderoso conocido por los hombres o por los dioses”.

El presidente Ezra Taft Benson lo expresó con claridad al afirmar: “La evidencia más singular en apoyo de la afirmación de José Smith de ser portavoz del Dios Todopoderoso fue la publicación de un registro escritural, el *Libro de Mormón*”.

El presidente Benson también explicó que: “Si realmente hacemos nuestra tarea y abordamos el *Libro de Mormón* en lo doctrinal, podremos desenmascarar los errores y encontrar las verdades para combatir muchas de las falsas teorías y filosofías de los hombres”. Él extrajo esta significativa conclusión: “He notado dentro de la Iglesia una diferencia en el discernimiento, la visión, la convicción y el espíritu entre aquellos que conocen y aman el *Libro de Mormón* y aquellos que no. El libro es un gran crisol”.

Los frutos de *La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días* no pueden separarse de sus raíces, porque nuestra forma de vida está para siempre vinculada a los acontecimientos históricos y a las traducciones y revelaciones que vinieron de y a través de su revelador inicial. “Quitad el *Libro de Mormón* y las revelaciones,” declaró José, “¿y dónde queda nuestra religión? No tenemos ninguna.” Y aún más personalmente, se informa que dijo: “El *Libro de Mormón* es verdadero, exactamente lo que pretende ser, y por este testimonio espero dar cuentas en el día del juicio.” Y así lo haremos todos nosotros.

Capítulo 4

Autoridad divina restaurada

Harmony, Pensilvania, mayo de 1829. Emma Smith acompañó a su esposo a recibir las planchas de oro de manos de Moroni en septiembre de 1827. La traducción de las planchas continuó con varias personas que sirvieron como escribas. José y su escriba principal, Oliver Cowdery, llegaron a esa parte de la narración nefita en la que el Señor resucitado ordenó, comisionó y aconsejó a los nefitas en cuanto al bautismo para la remisión de los pecados. Al haber aprendido en el proceso de traducción que todos debían ser bautizados, y al saber ahora que tal rito debía ser efectuado por alguien que tuviera la debida autoridad (3 Nefi 11:18–26), los traductores buscaron una vez más la guía celestial.

José Smith fue llamado a restaurar la doctrina, a devolver a la tierra verdades claras y preciosas y muchos convenios del Señor que habían sido eliminados de la Biblia durante su prolongado proceso de transmisión a lo largo de los siglos (1 Nefi 13:20–40). Así, fue designado antes de que se establecieran los cimientos de esta tierra para ser un revelador de la verdad. También fue escogido por el Dios del cielo para ser el medio de restaurar la autoridad divina del sacerdocio, autoridad que se había perdido tras la muerte de los antiguos apóstoles y la gradual pero muy real pérdida de las llaves del reino. Por tanto, fue escogido y designado, como Jeremías en la antigüedad (Jeremías 1:5). Solo semanas antes de su muerte como mártir, José Smith declaró: “Todo hombre que tiene un llamamiento para ministrar a los habitantes del mundo fue ordenado para ese mismo propósito en el Gran Concilio de los cielos antes de que este mundo existiera. Supongo que yo fui ordenado para este mismo oficio en aquel Gran Concilio”. De esta manera, José fue designado para ser un administrador legal.

Una característica distintiva de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es su organización—su jerarquía del sacerdocio, desde el diácono recién ordenado en Recife, Brasil, hasta el Presidente de la Iglesia en Salt Lake City; su ministerio laico pero intrincada estructura organizativa con llamamientos, asignaciones y oficiales; y su capacidad para comunicarse, difundir el mensaje y movilizar sus recursos en cuestión de horas en tiempos de desastres naturales. José Smith explicó su filosofía de liderazgo de manera sencilla: *“Les enseño principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos.”*

Esta organización no se logra únicamente por una especie de propensión espontánea y orientada al servicio propia de los Santos de los Últimos Días que simplemente toma forma de manera natural, sino más bien porque la autoridad divina fue restaurada en la tierra por medio de mensajeros celestiales. “El sacerdocio es el poder central en la Iglesia”, explicó el presidente Thomas S. Monson, “y la autoridad mediante la cual la Iglesia es administrada”. El sacerdocio es el poder de Dios, delegado al hombre en la tierra, para actuar en todas las cosas relacionadas con la salvación de los hijos de Dios. No es una persona ni un grupo de personas, en particular varones o una administración masculina; más bien, es la autorización divina y el principio organizador que debe estar en su lugar si la Iglesia y el reino de Dios han de avanzar en la tierra para cumplir con sus propósitos preordenados.

Claramente, la organización actual del sacerdocio no existía en el siglo XIX. Entonces, ¿cómo llegamos a este punto? ¿Cómo un joven José Smith—que habría tenido mucho más contacto inmediato con un mundo protestante (hay poca evidencia de que José tuviera mucho contacto con los católicos romanos en su área), una sociedad de personas cuya separación del catolicismo romano había resultado en un “sacerdocio de todos los creyentes”—llegó a establecer una iglesia tan distinta en su organización de la de los metodistas, los bautistas o los presbiterianos?

El Libro de Mormón y la Organización del Sacerdocio

El encuentro de José Smith con el Libro de Mormón tuvo un profundo efecto en su mentalidad teológica y, en particular, en su eclesiología (su estudio de la obra y el funcionamiento de la Iglesia). Consideremos cómo,

línea sobre línea, precepto sobre precepto, se dieron a conocer en la narración del Libro de Mormón verdades significativas acerca de cómo debería organizarse la Iglesia del Señor para llevar a cabo de la mejor manera su misión.

En el primer capítulo del Libro de Mormón, Lehi recibe en visión su comisión de llamar al pueblo al arrepentimiento. Ve a las huestes celestiales adorando a la Deidad, recibe un libro para leer en el cual aprende de la próxima destrucción de Jerusalén a manos de los babilonios, y conoce la palabra profética que afirma la venida del Mesías prometido dentro de seis siglos. Aunque no se menciona que Lehi recibiera su manto profético por la imposición de manos, él asume un papel profético, y como José Smith explicó: “*Todos los profetas (de la época del Antiguo Testamento) tenían el Sacerdocio de Melquisedec.*”

Unos cuarenta años después, Nefi observó: “Y aconteció que yo, Nefi, consagré a Jacob y a José [sus hermanos menores], para que fuesen sacerdotes y maestros sobre la tierra de mi pueblo” (2 Nefi 5:26; compárese con Jacob 1:17–18). Esto no se refiere a que los hermanos de Nefi recibieran el sacerdocio menor, o Aarónico, pues no había levitas en la colonia lehita. Más bien, se refiere a sus deberes ministeriales dentro del sacerdocio mayor, o de Melquisedec. Más tarde, Alma respondió a las advertencias proféticas de Abinadí, se separó de la mayoría descarrizada y estableció una “iglesia en el desierto”. Enseñó y bautizó a más de doscientas personas en una parte relativamente escondida del desierto llamada Mormón.

En las aguas de Mormón, su oración bautismal para el primer converso a la fe comenzó con estas palabras: “*Helam, yo te bautizo, habiendo recibido autoridad del Dios Todopoderoso*” (Mosíah 18:13; énfasis agregado). Más adelante, Jesús instruyó a quien realizara el bautismo a usar las siguientes palabras, primero llamando a la persona por su nombre: “*Habiendo recibido autoridad de Jesucristo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén*” (3 Nefi 11:24–25).

El narrador del registro, Mormón, habiendo recibido él mismo autoridad de Dios (Moroni 8:16), escribió que el pueblo fue llamado una iglesia y se denominaban a sí mismos como la *Iglesia de Dios* o la *Iglesia de Cristo*.

Luego añade: “Alma, habiendo recibido autoridad de Dios, ordenó sacerdotes; uno por cada cincuenta de ellos.” Además, Alma instruyó a esos sacerdotes que “no debían enseñar nada, salvo lo que él había enseñado, y lo que había sido hablado por boca de los santos profetas” (Mosíah 18:17–19; énfasis agregado).

Más adelante en la historia, sin embargo, otro grupo de personas había sido instruido en el evangelio y deseaba entrar en la Iglesia mediante el bautismo, “mas no había en la tierra quien tuviese autoridad de Dios” (Mosíah 21:33).

Con el tiempo, Alma y sus seguidores se unieron a un grupo mayor de creyentes que eran gobernados por el rey Mosíah. Mosíah, quien servía tanto como rey y como sacerdote sobre el pueblo, pareció sentirse impresionado con lo que Alma había logrado y le pidió que implementara su sistema eclesiástico entre todos los creyentes. Mosíah delegó en Alma el oficio de sumo sacerdote, o presidente, de la Iglesia (Mosíah 26:8; Alma 5:3). “Y aconteció que el rey Mosíah concedió a Alma que estableciera iglesias por toda la tierra . . . ; y le dio poder para ordenar sacerdotes y maestros sobre cada iglesia. . . . Y así, a pesar de haber muchas iglesias, todas eran una sola iglesia, sí, aun la iglesia de Dios; porque en todas las iglesias no se predicaba nada salvo el arrepentimiento y la fe en Dios” (Mosíah 25:19, 22; énfasis agregado). De hecho, “nadie recibía autoridad para predicar o enseñar a menos que fuera por [Alma, el sumo sacerdote] de parte de Dios. Por tanto, él consagró a todos sus sacerdotes y a todos sus maestros; y ninguno fue consagrado a menos que fueran hombres justos. Y así velaban por su pueblo, y lo nutrían con cosas que pertenecían a la rectitud” (Mosíah 23:17–18).

Nefi, hijo de Lehi, ya había dejado en claro anteriormente que el bautismo era una ordenanza esencial, necesaria para entrar en la Iglesia y el reino de Dios. Al hablar del bautismo de Jesús a manos de Juan el Bautista (que él había visto en visión), Nefi escribió: “Y ahora, si el Cordero de Dios, siendo santo, tuvo necesidad de ser bautizado en agua, para cumplir con toda justicia, ioh entonces, cuánto más necesitamos nosotros, siendo impuros, ser bautizados, sí, en agua! . . . ¿No sabéis que él era santo? Mas, a pesar de ser santo, muestra a los hijos de los hombres que, según la carne, se humilla

ante el Padre, y da testimonio al Padre de que le obedecería en guardar sus mandamientos” (2 Nefi 31:5, 7; véase también vv. 9–12).

Lo que también resulta claro en el registro nefita-jarédico es la necesidad de que las personas sean debidamente ordenadas (2 Nefi 6:2; Alma 5:44; 6:8; 43:2; Helamán 8:18; Éter 12:10) y que tal ordenación se lleve a cabo mediante la imposición de manos. Mormón registró que Alma “ordenó sacerdotes y élderes, imponiendo sobre ellos sus manos según el orden de Dios, para presidir y velar sobre la iglesia” (Alma 6:1; énfasis agregado).

Cuando el Señor resucitado apareció a los nefitas, “tocó con su mano a los [apóstoles] que había escogido, uno por uno, hasta que los hubo tocado a todos, y les habló mientras los tocaba”. Más adelante, ellos testificaron “que él les dio poder para dar el Espíritu Santo” (3 Nefi 18:36–37). Después, en el relato, Mormón escribe acerca de esta ocasión: “Y [Jesús] los llamó por su nombre, diciendo: Invocaréis al Padre en mi nombre, con potente oración; y después que hayáis hecho esto tendréis poder, para que a aquel sobre quien impongáis vuestras manos, le daréis el Espíritu Santo; y en mi nombre se lo daréis, porque así hacen mis apóstoles” (Moroni 2:2).

Veinte años antes de la venida de Jesús al Viejo Mundo, Nefi, en el Nuevo Mundo, enseñaba el evangelio con gran poder, advertía al pueblo de la destrucción venidera si no se arrepentían, e incluso manifestaba señales y prodigios entre ellos. Sin embargo, la mayoría de sus oyentes permanecieron inconversos y rebeldes. Mientras Nefi meditaba en la difícil situación de su pueblo, una voz le habló, diciendo: “Bendito eres tú, Nefi, por aquellas cosas que has hecho; porque he visto cómo, con incansable diligencia, has declarado la palabra.... Y ahora,... te haré poderoso en palabra y en obra, en fe y en obras; sí, de modo que todas las cosas serán hechas según tu palabra, porque no pedirás lo que sea contrario a mi voluntad. He aquí, tú eres Nefi, y yo soy Dios. He aquí,... tendrás poder sobre este pueblo.... Te doy poder para que todo cuanto sellas en la tierra sea sellado en los cielos; y todo cuanto desates en la tierra sea desatado en los cielos; y así tendrás poder entre este pueblo” (Helamán 10:4–7; énfasis agregado).

Parece ser que aquí a Nefi se le concede el mismo poder que recibieron Pedro y los primeros apóstoles para gobernar la Iglesia: el poder de sellar,

es decir, el poder de realizar una ordenanza en la tierra que será reconocida y aceptada en los cielos (Mateo 16:18–19; 18:18). Unido a esa idea está el hecho de que, en el Libro de Mormón, después de que los Doce nefitas hubieron fallecido, “*otros discípulos fueron ordenados en lugar de ellos*” (4 Nefi 1:14), estableciendo así, al menos por un tiempo, una sucesión apostólica en el Nuevo Mundo, tal como había funcionado en el Viejo Mundo cuando Matías fue escogido para suceder a Judas Iscariote (Hechos 1:15–26).

Sin duda, la descripción más detallada del sacerdocio en el Libro de Mormón se encuentra en Alma 13, justo en medio de una serie de ardientes sermones dirigidos a un grupo sumamente inicuo y rebelde. Este capítulo habla extensamente de las personas que portan el sacerdocio en esta vida, habiendo sido preordenadas para ello en una existencia premortal. El orador, Alma, se refirió a los antiguos que habían sido ordenados “*según el santo orden de Dios*”, y que, mediante la obra purificadora de la Expiación y por el sacerdocio de Dios, “*fueron santificados, y sus vestiduras fueron emblanquecidas por la sangre del Cordero. Y ahora bien, después de ser santificados por el Espíritu Santo, habiendo sido sus vestiduras emblanquecidas, siendo puros y sin mancha delante de Dios, no podían contemplar el pecado sino con aborrecimiento; y hubo muchos, muchísimos, que fueron purificados y entraron en el reposo del Señor su Dios*” (Alma 13:11–12).

Alma utilizó como ejemplo específico de una persona que alcanzó ese nivel de santidad al hombre Melquisedec, el rey de Salem y contemporáneo de Abraham: “*Y aconteció que este Melquisedec fue rey sobre la tierra de Salem; y su pueblo se había vuelto fuerte en la iniquidad y en la abominación. ... Mas Melquisedec, habiendo ejercido una fe poderosa, y habiendo recibido el oficio del sumo sacerdocio según el santo orden de Dios, predicó el arrepentimiento a su pueblo. Y he aquí, se arrepintieron; y Melquisedec estableció la paz en la tierra en sus días. ... Y hubo muchos antes de él, y también hubo muchos después de él, pero ninguno fue mayor; por tanto, de él se ha hecho mención más particular*” (Alma 13:17–19).

Construyendo sobre el Fundamento del Libro de Mormón

En su historia de la Iglesia de 1838, José Smith indicó que el 5 de abril de 1829 conoció a Oliver Cowdery en Harmony, Pensilvania. Dos días después, Oliver comenzó a servir como escriba en la traducción del Libro de Mormón, una obra que José había empezado meses antes. “*Continuamos aún la obra de traducción*”, declaró José, “*cuando, en el mes siguiente (mayo de 1829), cierto día fuimos al bosque a orar e inquirir del Señor respecto al bautismo para la remisión de los pecados, que hallamos mencionado en la traducción de las planchas. Mientras estábamos así ocupados, orando e invocando al Señor, un mensajero del cielo descendió en una nube de luz, y habiendo puesto sus manos sobre nosotros, nos ordenó*” al Sacerdocio Aarónico, o menor (José Smith—Historia 1:68; énfasis agregado).

El mensajero se identificó como Juan el Bautista y explicó que actuaba bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, los antiguos apóstoles, quienes vendrían poco después a restaurar el Sacerdocio de Melquisedec, o mayor, incluyendo el santo apostolado, que contenía el poder de conferir el don del Espíritu Santo y efectuar ordenanzas sagradas y salvadoras. Juan mandó a José y a Oliver que se bautizaran y se ordenaran el uno al otro (José Smith—Historia 1:70–71).

En octubre de 1834, Oliver Cowdery describió la venida de Juan el Bautista con mucho más detalle en el periódico de la Iglesia en Kirtland, Ohio, el *Messenger and Advocate*. Al hablar de la obra de la traducción, el hermano Cowdery afirmó: “*¡Estos fueron días nunca de olvidar! Estar bajo el sonido de una voz dictada por la inspiración del cielo despertaba la mayor gratitud de este corazón.*”

Luego escribió acerca de la parte específica de la narración del Libro de Mormón que provocó la mayor curiosidad respecto a las ordenanzas y al poder para llevarlas a cabo: “*Después de escribir el relato dado del ministerio del Salvador al remanente de la descendencia de Jacob en este continente, era fácil ver, como el profeta había dicho que sucedería, que las tinieblas cubrían la tierra y densa oscuridad las mentes del pueblo. Al reflexionar más, era igualmente fácil ver que, en medio de la gran contienda y el bullicio en torno a la religión, ninguno tenía autoridad de Dios para*

administrar las ordenanzas del Evangelio. Pues podría preguntarse: ¿tienen los hombres autoridad para ministrar en el nombre de Cristo, cuando niegan las revelaciones, siendo que su testimonio no es menos que el espíritu de profecía, y su religión basada, edificada y sostenida por revelaciones inmediatas en todas las edades del mundo cuando Él ha tenido un pueblo sobre la tierra?"

Al continuar, Oliver describió haber escuchado la voz de Jesucristo y sentir después las manos de un ángel, un mensajero celestial, Juan el Bautista, sobre sus cabezas: "*La seguridad de que estábamos en la presencia de un ángel, la certeza de que escuchamos la voz de Jesús y la verdad inmaculada tal como fluía de un ser puro, dictada por la voluntad de Dios, es para mí indescriptible, y siempre contemplaré esta manifestación de la bondad del Salvador con asombro y gratitud mientras se me permita permanecer aquí; y en aquellas mansiones donde mora la perfección y nunca entra el pecado, espero adorar en aquel día que nunca tendrá fin.*"

En su historia de 1839, el Profeta registró que: "Por algún tiempo habíamos hecho de este asunto [la promesa de Juan el Bautista de que el sacerdocio mayor sería conferido] un tema de humilde oración, y finalmente nos reunimos en la cámara de la casa del hermano [Peter] Whitmer con el fin de buscar más particularmente del Señor aquello que ahora tan fervientemente deseábamos; y allí, para nuestra indecible satisfacción, experimentamos la realidad de la promesa del Salvador: 'Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá'; porque no habíamos estado mucho tiempo ocupados en solemne y ferviente oración, cuando vino a nosotros la palabra del Señor en aquella cámara, mandándonos que yo ordenara a Oliver Cowdery como élder en la Iglesia de Jesucristo, y que él también me ordenara a mí para el mismo oficio, y luego que ordenáramos a otros para el mismo oficio según se nos diera a conocer de tiempo en tiempo.

Sin embargo, se nos mandó diferir esta ordenación hasta que fuera posible reunir a nuestros hermanos que habían sido o que habrían de ser bautizados, cuando debíamos tener su consentimiento para proceder de esta manera a ordenarnos el uno al otro, y permitirles decidir por voto si estaban dispuestos a aceptarnos como maestros espirituales o no. También

se nos mandó que bendijéramos el pan y lo partiéramos con ellos, y que tomáramos vino, lo bendijéramos y lo bebiéramos con ellos; después de lo cual debíamos proceder a ordenarnos mutuamente según el mandamiento, luego llamar a tales hombres como el Espíritu indicara y ordenarlos, y finalmente atender a la imposición de manos para conferir el don del Espíritu Santo.”

Semanas después de la ordenación recibida el 15 de mayo de 1829 bajo las manos de Juan el Bautista, el sacerdocio mayor les fue efectivamente conferido (D. y C. 18:9; 27:12). El élder Erastus Snow, del Cuórum de los Doce, declaró: “*A su debido tiempo, como leemos en la historia que [el Profeta José] dejó, Pedro, Santiago y Juan se le aparecieron—fue en un período en que eran perseguidos por sus enemigos y tuvieron que viajar toda la noche, y al despuntar el nuevo día, cuando estaban cansados y agotados, ¿quién habría de aparecerse a ellos sino Pedro, Santiago y Juan, con el propósito de conferirles el apostolado, las llaves que ellos mismos habían poseído mientras estuvieron en la tierra, las cuales les habían sido otorgadas por el Salvador? Este sacerdocio que les fue conferido por esos tres mensajeros abarca dentro de sí todos los oficios del sacerdocio, desde el más alto hasta el más bajo.*”

En 1848, Oliver Cowdery testificó: “*El sacerdocio está aquí. Yo estuve presente con José cuando un santo ángel de Dios descendió del cielo y confirió o restauró el Sacerdocio Aarónico, y dijo al mismo tiempo que este permanecería sobre la tierra mientras la tierra existiera. También estuve presente con José cuando el Sacerdocio de Melquisedec fue conferido por los santos ángeles de Dios; esto fue aún más necesario para que [pudiéramos confirmarnos mutuamente este poder] por la voluntad y mandamiento de Dios. Este sacerdocio también permanecerá sobre la tierra hasta el último remanente del tiempo.*”

El élder Parley P. Pratt resumió así el proceso mediante el cual los hombres mortales fueron nuevamente investidos de autoridad divina, refiriéndose a José y a Oliver, “*quienes profesan haber recibido su autoridad y sacerdocio, o apostolado, por revelación directa de Dios—por la voz de Dios—por el ministerio de ángeles—y por el Espíritu Santo.*”

En los años que siguieron, la Iglesia y su organización fueron estableciéndose “*mandamiento tras mandamiento, línea sobre línea, un poquito aquí, otro poquito allá*” (Isaías 28:10). En la organización formal de la Iglesia, en Fayette, Nueva York, el 6 de abril de 1830, José Smith fue nombrado el primer élder y Oliver Cowdery el segundo élder; en marzo de 1832 se organizó la Primera Presidencia; en febrero de 1835 se establecieron el Cuórum de los Doce Apóstoles y los cuórumos de los Setenta. En mayo de 1842, José comenzó a entregar a la Iglesia los convenios y ordenanzas asociados con el templo y, en conjunto con los ritos del templo, comenzó en el otoño de 1843 a conferir a los individuos la plenitud de las bendiciones del sacerdocio: el poder que hace de los hombres y mujeres reyes y reinas, sacerdotes y sacerdotisas.

Con la creciente complejidad de la organización de la Iglesia, José el Profeta comenzó a enseñar principios de gobierno del sacerdocio, preceptos que claramente surgieron de su labor con el Libro de Mormón, conceptos que respondieron a las necesidades de la Iglesia en el siglo XIX y que aún hoy forman la base del funcionamiento de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Algunos de estos incluyen los siguientes:

1. “*El Sacerdocio es un principio eterno, y existió con Dios desde la eternidad, y existirá hasta la eternidad, sin principio de días ni fin de años. Las llaves [el derecho de presidencia, el poder de dirección] tienen que ser traídas del cielo siempre que el Evangelio sea enviado.*” Este sacerdocio fue dado primero a Adán, y el reino de Dios fue establecido en aquella edad primitiva.
2. “*Hay dos Sacerdocios mencionados en las Escrituras, a saber, el de Melquisedec y el Aarónico o Levítico. Aunque hay dos Sacerdocios, el Sacerdocio de Melquisedec abarca al Aarónico o Levítico, y es la cabeza principal, y posee la más alta autoridad que corresponde al sacerdocio, y las llaves del Reino de Dios en todas las edades del mundo hasta la más remota posteridad sobre la tierra; y es el canal por el cual todo conocimiento, doctrina, el plan de salvación y todo asunto importante es revelado desde el cielo. Su institución fue anterior a ‘la fundación de esta tierra.’*”
3. Juan el Bautista poseía las llaves del Sacerdocio Aarónico y fue lo que José Smith llamó un “*administrador legal*” del sacerdocio. Juan

enseñó el mismo evangelio y efectuó las mismas ordenanzas que aquellos que le sucedieron—Cristo y los apóstoles.

4. Jesucristo poseía las llaves del Sacerdocio de Melquisedec y también fue un administrador legal. Él confirió las llaves del reino a Pedro, Santiago y Juan en el Monte de la Transfiguración.
 5. Aunque la Biblia es la palabra de Dios y puede ser confiada como guía para nuestras vidas, “*no hay salvación entre las dos tapas de la Biblia sin un administrador legal.*” En otras palabras, aunque los relatos de milagros, señales, prodigios y la realización de ordenanzas en el Antiguo y el Nuevo Testamento son históricos y reales, ellos no transmiten por sí mismos la autoridad necesaria para actuar en el nombre del Todopoderoso.
 6. No ha habido ningún cambio en las ordenanzas (ni en la necesidad ni en el modo) desde el principio de los tiempos. Adán y Eva fueron los primeros cristianos de la tierra. En consecuencia, los profetas cristianos han enseñado doctrina cristiana y administrado ordenanzas cristianas desde el amanecer del tiempo. “*Las ordenanzas instituidas en los cielos antes de la fundación del mundo, en el sacerdocio, para la salvación de los hombres, no deben ser alteradas ni cambiadas. Todos deben ser salvos bajo los mismos principios.*” Incluso en lo que respecta al templo: “*El orden de la casa de Dios ha sido, y siempre será, el mismo, aun después de que Cristo venga; y después de la conclusión del milenio seguirá siendo el mismo; y finalmente entraremos en el reino celestial de Dios, y lo disfrutaremos para siempre.*”
- Al hablar de Noé, José Smith observó: “*Ahora bien, dando por sentado que las Escrituras dicen lo que quieren decir, y quieren decir lo que dicen, tenemos suficientes bases para seguir adelante y probar por la Biblia que el evangelio siempre ha sido el mismo; las ordenanzas para cumplir sus requisitos, las mismas; y los oficiales para officiar, los mismos; ... por lo tanto, como Noé fue predicador de justicia, debe haber sido bautizado y ordenado al sacerdocio por la imposición de manos, etc. Porque nadie toma para sí esta honra sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón [Hebreos 5:4].*”
7. Aunque la salvación está en Cristo y su nombre es el único por el cual la vida eterna nos llega, las ordenanzas del evangelio no son

opcionales: son obligatorias. José declaró: “*Todos los hombres que lleguen a ser herederos de Dios y coherederos con Jesucristo tendrán que recibir la plenitud de las ordenanzas de su reino; y aquellos que no reciban todas las ordenanzas se quedarán cortos de la plenitud de esa gloria.*” Más tarde José añadió: “*Con frecuencia se hace la pregunta: ‘¿No podemos ser salvos sin pasar por todas esas ordenanzas, etc.?’ Yo respondería: No, no la plenitud de la salvación.*”

8. Dios obra a través de sus administradores legales en la tierra. Rara vez, si es que alguna, se involucrará personalmente en la realización de una ordenanza del sacerdocio (sacramento), ni enviará un ángel si alguien en la tierra puede llevarla a cabo. “*No es de extrañar que el ángel le dijera al buen Cornelio que debía enviar por Pedro para aprender cómo ser salvo: Pedro podía bautizar, y los ángeles no, mientras hubiera oficiales legales en la carne que poseyeran las llaves del reino, o la autoridad del sacerdocio. Hay aún otra evidencia sobre este punto, y es que el mismo Jesús, cuando se apareció a Pablo en su camino a Damasco, no le informó cómo podría ser salvo. Él había puesto en la iglesia primeramente Apóstoles, y en segundo lugar profetas, para la obra del ministerio, ... de modo que Pablo no pudo aprender tanto del Señor en lo relativo a su deber en la salvación común del hombre, como lo pudo de uno de los embajadores de Cristo, llamado con el mismo llamamiento celestial del Señor, e investido con el mismo poder de lo alto.*”
9. Importa mucho que una ordenanza se realice y que se realice correctamente, pero debe hacerse por alguien debidamente autorizado. El élder Orson Hyde explicó que los Santos “*no estaban bajo la necesidad de rastrear hacia atrás el oscuro y sangriento cauce de la superstición papal para encontrar su autoridad, ni se veían obligados a buscarla entre las nociónes flotantes y transitorias de los reformadores protestantes; sino que Dios ha enviado a su santo ángel directamente desde el cielo con este sello y autoridad, y lo ha confirmado sobre los hombres con sus propias manos.*”

José Smith se sintió especialmente atraído por la historia de Hechos 19, cuando el apóstol Pablo se encontró con ciertos discípulos en Éfeso que afirmaban ser cristianos pero que no habían oido nada acerca de la concesión del Espíritu Santo. Ellos indicaron que habían sido bautizados “*en el bautismo de Juan. Entonces dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban*” (Hechos 19:2–6).

El Profeta de la Restauración explicó respecto a estos discípulos de Éfeso que “*algún judío sectario había estado bautizando como Juan, pero se había olvidado de informarles que habría de venir uno después, de nombre Jesucristo, para bautizar con fuego y con el Espíritu Santo; lo cual mostró a estos conversos que su primer bautismo era ilegal, y cuando oyeron esto, fueron bautizados de buena gana.*”

En el diario de Wilford Woodruff, bajo la fecha del 10 de marzo de 1844, se registra que José representó el papel de Pablo y dijo: “*No, Juan no os bautizó, porque él hizo bien su obra. Y así Pablo fue y los bautizó, porque él sabía cuál era la verdadera doctrina y sabía que Juan no los había bautizado.*” Mi recitación favorita de esta historia hecha por el Profeta es la siguiente: “*¿En qué fuisteis bautizados? Y ellos dijeron: En el bautismo de Juan. No, no, no, mis amigos; si así hubiera sido, habrías oido hablar del Espíritu Santo. Pero habéis sido engañados por algún astuto embaucador que vino en el nombre de Juan, un impostor. El bautismo de Juan fue válido, pero éstos habían sido bautizados por algún impostor.*”

10. Los poderes del sacerdocio trascienden el velo de la muerte y continúan en el mundo venidero. Bajo inspiración, José enfrentó uno de los problemas más desconcertantes de la historia y la teología cristianas: Si en verdad el nombre de Jesucristo es el único

nombre por el cual viene la salvación (Hechos 4:12), ¿qué sucede entonces con los incontables miles de millones de almas que vinieron a la tierra y murieron sin siquiera haber oído de Él, y mucho menos tener la oportunidad de recibir Su mensaje de salvación? Trataremos este asunto extensamente en el capítulo 14.

Conclusión

Hay pocas referencias al sacerdocio en el Antiguo Testamento, excepto en cuanto a la consagración de la tribu de Leví y los descendientes de Aarón, hermano de Moisés. Sabemos que hubo profetas y hombres santos en el Antiguo Testamento, que ellos actuaron como portavoces del convenio y bocas de la Deidad hacia el pueblo, y, presumiblemente, que fueron llamados por Dios y facultados por Él. Pero en cuanto al cómo y de qué manera fueron ordenados, apartados o comisionados, o cómo se relacionaban entre sí—como en los días de Jeremías, cuando había muchos profetas en la tierra (1 Nefi 1:4)—el registro bíblico guarda silencio.

El Libro de Mormón, en cambio, es un registro de los tratos de Dios con Sus hijos en la antigua América, cuya mayor parte ocurre durante un período que corresponde aproximadamente al tiempo de Jeremías a Malaquías, así como a los primeros cuatro siglos de la era cristiana. Las referencias al sacerdocio, la autoridad, los convenios y las ordenanzas se hallan en todo el texto, y uno ve, de hecho, una narración continua que enlaza con el Nuevo Testamento.

El Libro de Mormón contiene ya sea menciones directas de principios relacionados con la autoridad divina o alusiones indirectas a ella a lo largo de todo el registro. Era inevitable que José Smith y los Santos de los Últimos Días comenzaran a ver la historia, las enseñanzas y las prácticas bíblicas a través del prisma del Libro de Mormón, y que muchas de estas enseñanzas contrastaran fuertemente con un mundo religioso del siglo XIX compuesto en gran medida por la idea de un “sacerdocio de todos los creyentes.”

Además, revelaciones posteriores por medio de José Smith—tal como se encuentran en Doctrina y Convenios y en un sorprendente número de sermones—ampliaron el fundamento del gobierno del sacerdocio ya presente en el Libro de Mormón.

Tal como lo describió el élder Jeffrey R. Holland: “*El sacerdocio de Dios, con sus llaves, sus ordenanzas, su origen divino y su capacidad de sellar en el cielo lo que se selle en la tierra, es tan indispensable para la verdadera Iglesia de Dios como único en ella, y sin él no habría Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.*”

El poder que está en nuestro medio en la Iglesia, la autoridad y poder que conocemos como el sacerdocio, no se halla en ningún otro lugar. José “*contó una anécdota de un sacerdote episcopal que dijo poseer el Sacerdocio Aarónico, pero no el de Melquisedec, y dio este testimonio de que nunca había ‘encontrado al hombre que afirmara poseer el Sacerdocio de Melquisedec.’*” Nosotros, como Santos de los Últimos Días, creemos que vivimos en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, un período en el cual el Dios del cielo está restaurando verdades de épocas pasadas y llevando todas las cosas a su consumación en Cristo (Efesios 1:10). Para los primeros Santos, todos los arroyos y ríos del pasado fluían ahora hacia el océano de la verdad revelada y del poder divino. José fue autorizado para establecer el reino de Dios en la tierra y para facultar a sus ciudadanos a continuar la obra de salvación mucho después de que él, el fundador, hubiera partido a recibir su recompensa.

Capítulo 5

La Obra del Espíritu Santo

Harmony, Pensilvania, abril de 1829. Aun antes de la organización formal de la Iglesia restaurada en abril de 1830, el Señor había dado revelaciones al Profeta José Smith en cuanto a asuntos tales como la traducción del Libro de Mormón y la “maravillosa obra” que estaba a punto de salir a luz (DyC 3; 5; 17). Oliver Cowdery había llegado a Harmony, Pensilvania, el 5 de abril de 1829 para conocer al Profeta, y para el 7 de abril ya estaba trabajando como escriba para José, el traductor. Durante abril y hasta octubre, se recibieron varias instrucciones divinas que tenían que ver con la recepción de la revelación misma: cómo debía recibirse, a través de quién debían venir las revelaciones para la Iglesia, y cómo la revelación personal debía obtenerse y comprenderse (DyC 6; 8–9; 11; 28; 43). Además, en los meses y años que siguieron, José y los Santos llegaron a conocer el papel vital del Espíritu como el Santificador, el agente del nuevo nacimiento, el medio por el cual los pecados son remitidos y las almas humanas son purificadas, y mediante el cual vienen los dones y los frutos del Espíritu.

El apóstol Pablo enseñó con poder que las cosas de Dios solo pueden recibirse y valorarse por medio del poder del Espíritu de Dios, lo que conocemos como el don del Espíritu Santo. En verdad, la única manera de obtener lo que Pablo llamó “*la mente de Cristo*” es a través de este Espíritu (1 Corintios 2:11–14, 16).

La traducción de José Smith del Libro de Mormón, junto con su recepción de muchas revelaciones, deja absolutamente claro que otra de las obras del Espíritu Santo es la de limpiar y purificar el alma humana. Dado que el Espíritu Santo es tanto un revelador como un santificador, en este capítulo nos ocuparemos de lo que el Profeta José Smith aprendió y luego enseñó a los Santos de los Últimos Días acerca de estas dos funciones vitales.

El Espíritu de la Revelación

“La salvación no puede venir sin revelación,” enseñó el hermano José. “*Es vano que cualquiera ministre sin ella.*” Por lo tanto, no debería sorprender a los Santos de los Últimos Días saber que cuando llegó plenamente el tiempo de la prometida restauración de todas las cosas, cuando amaneció el glorioso día de la restauración, fue necesario que Dios diera a conocer, por medio de Su profeta escogido, una multitud de verdades pertinentes. Y no la menor de estas fue la naturaleza y el alcance de la revelación misma: de dónde proviene, la manera en que debe recibirse y cómo debe entenderse. Así, numerosos pasajes en Doctrina y Convenios describen—algunos casi como un comentario incidental—lo que debemos hacer para calificarnos para los dones y la guía del tercer miembro de la Trinidad. Quedó en manos de José Smith anunciar a un mundo incrédulo, como escribió Joseph Fielding McConkie, “que ese mismo Dios que habló con tanta libertad en tiempos pasados no solo podía hablar, sino que había vuelto a hablar, y que la promesa de Santiago de que cualquiera que buscara la sabiduría de lo alto con fe aún tenía derecho a recibirla.”

Revelación para la Iglesia

La Iglesia restaurada tenía menos de seis meses de existencia cuando surgieron dificultades relacionadas con la revelación. “*El hermano Hiram Page tenía en su posesión cierta piedra*”, registró el Profeta José, “*por la cual había obtenido dos revelaciones, concernientes a la edificación de Sion, el orden de la Iglesia, etc., todas las cuales estaban enteramente en desacuerdo con el orden de la casa de Dios, tal como se establece en el Nuevo Testamento, así como en nuestras revelaciones recientes.*”

Al describir este incidente, Newel Knight observó que “*incluso Oliver Cowdery y la familia Whitmer habían prestado atención a ellas. ... José estaba perplejo y apenas sabía cómo afrontar esta nueva dificultad. Esa noche ocupé la misma habitación que él —continuó el hermano Knight— y la mayor parte de la noche se pasó en oración y súplica. Después de mucho esfuerzo con estos hermanos, se convencieron de su error y lo confesaron, renunciando a las revelaciones [de Page] por no ser de Dios.*” Fue a causa de las pretensiones de Hiram Page de recibir revelación para la Iglesia que el

Señor habló por medio de José Smith a Oliver Cowdery, dando lo que hoy conocemos como la sección 28 de Doctrina y Convenios:

"He aquí, te digo, Oliver, que se te dará que seas escuchado por la iglesia en todas las cosas que les enseñas por medio del Consolador, en cuanto a las revelaciones y mandamientos que yo he dado."

"Mas he aquí, en verdad, en verdad te digo, que nadie será designado para recibir mandamientos y revelaciones en esta iglesia, excepto mi siervo José Smith, hijo, porque él los recibe así como Moisés" (DyC 28:1–2).

Unos cinco meses después, otro episodio provocó una directiva similar de parte del Señor. Una cierta señora Hubble, presumiblemente una reciente conversa a la Iglesia, *"profesaba ser profetisa del Señor y decía tener muchas revelaciones, y sabía que el Libro de Mormón era verdadero, y que llegaría a ser maestra en la Iglesia de Cristo. Ella aparentaba ser muy santurrona y engañó a algunos que no pudieron discernir su hipocresía; otros, sin embargo, tenían el espíritu de discernimiento, y sus nedades y abominaciones fueron puestas de manifiesto."*

Una vez más, en respuesta a este incidente, el Señor habló de José Smith como *"aquel a quien he designado para que reciba mandamientos y revelaciones de mi mano. Y esto lo sabréis de cierto: que no hay otro designado para que reciba mandamientos y revelaciones hasta que él sea quitado, si permanece en mí."* Y luego, al resumir el curso que los Santos debían seguir en aquel día y por siempre, el Maestro dijo: *"Y esta será una ley para vosotros: que no recibáis las enseñanzas de ninguno que venga ante vosotros como revelaciones o mandamientos; y esto os doy para que no seáis engañados, para que sepáis que no son de mí"* (DyC 43:2–3, 5–6).

José enseñó un principio vital. Si se entendiera correctamente, gran parte de la confusión que a menudo surge cuando aparece alguna nueva enseñanza, interpretación o supuesta revelación no existiría. Él dijo: *"Os informaré que es contrario a la economía de Dios que algún miembro de la Iglesia, o cualquier persona, reciba instrucciones para aquellos que están en autoridad, más altos que ellos mismos."* Explicó que *"si alguna persona tiene una visión o una visitación de un mensajero celestial, debe ser para su*

propio beneficio o instrucción; porque los principios fundamentales, el gobierno y la doctrina de la Iglesia están investidos en las llaves del reino.”

En otra ocasión señaló que es el “*privilegio de cualquier oficial en esta Iglesia obtener revelaciones, en la medida en que se relacionen con su llamamiento y deber particular en la Iglesia.*”

El principio es claro y la doctrina cierta: solo el Presidente de la Iglesia—el profeta, vidente y revelador de la Iglesia—tiene el derecho de recibir dirección divina para toda la Iglesia, pues él es la persona a quien el Señor inspirará “*para mover la causa de Sion con poderoso poder para bien*” (DyC 21:7). “*Él solo*”, explicó el presidente J. Reuben Clark, “*tiene el derecho de recibir revelaciones para la Iglesia, ya sean nuevas o enmendarías, o de dar interpretaciones autorizadas de las Escrituras que sean vinculantes para la Iglesia, o de cambiar en cualquier manera las doctrinas existentes de la Iglesia. Él es el único portavoz de Dios en la tierra para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, la única iglesia verdadera. Solo él puede declarar la mente y la voluntad de Dios a Su pueblo.*”

Este principio y práctica aseguran ortodoxia, constancia y consistencia en la Iglesia y el reino de Dios, una institución guiada y dirigida por Aquel cuya “*casa es una casa de orden*” (DyC 132:8).

Revelación para el Individuo

“*Ningún hombre puede recibir el Espíritu Santo,*” explicó el hermano José, “*sin recibir revelaciones,*” porque “*el Espíritu Santo es un revelador.*” Sobre la base del fundamento establecido por su tío profeta, José F. Smith enseñó que “*cada individuo en la Iglesia tiene tanto derecho a gozar del espíritu de revelación y de la comprensión de Dios que ese espíritu le otorga, para su propio bien, como lo tiene el obispo para capacitarlo a presidir sobre su barrio.*” En consecuencia, no debería sorprendernos encontrar en las primeras revelaciones varias instrucciones que detallan cómo y de qué manera Dios puede elegir hablar a Sus hijos.

Un importante entendimiento relacionado con el espíritu de revelación le fue dado a Oliver Cowdery en abril de 1829. Él deseaba traducir y así hacer algo más que actuar como escriba del Profeta en la obra con las planchas de

oro. Se le dijo: “*Oliver Cowdery, en verdad, en verdad te digo, que tan ciertamente como vive el Señor, que es tu Dios y tu Redentor, así recibirás conocimiento de todas las cosas que pidas con fe, con corazón sincero. ... Sí, he aquí, te diré en tu mente y en tu corazón, por medio del Espíritu Santo, que vendrá sobre ti y que morará en tu corazón. Ahora bien, he aquí, este es el espíritu de revelación; he aquí, este es el espíritu por el cual Moisés condujo a los hijos de Israel a través del mar Rojo sobre tierra seca*” (DyC 8:1–3; énfasis agregado). Esto es información significativa. Moisés fue la cabeza de una dispensación. De él, Jehová dijo a Aarón y a Miriam: “*Si hay entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él. No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él*” (Números 12:6–8; compárese con Éxodo 33:11). Sin embargo, la revelación a Oliver Cowdery indica que Moisés—como todos los profetas y, de hecho, potencialmente todos los hombres y mujeres—caminaba y era guiado con mayor frecuencia y certeza por la luz bondadosa y los susurros del Espíritu Santo. Fue mediante esos pensamientos (en su mente) y sentimientos (en su corazón) que Moisés supo que debía abrir el mar Rojo y permitir que los hijos de Israel cruzaran en tierra seca.

Al comentar estos versículos en Doctrina y Convenios, José McConkie escribió: “*Observamos que ni [Oliver] ni José debían experimentar ninguna suspensión de sus facultades naturales en el proceso de obtener revelación. Muy al contrario, sus corazones y sus mentes debían ser precisamente los medios a través de los cuales llegara la revelación. Los profetas no son cascarones vacíos por los cuales resuena la voz del Señor, ni son dispositivos mecánicos de grabación; los profetas son hombres de pasión, sentimiento e intelecto. Uno no suspende su albedrío, mente o espíritu en el servicio de Dios. Es... con el corazón, el poder, la mente y las fuerzas que se nos ha pedido servir, y en nada es esto más evidente que en el recibir revelación. No hay adoración ni servicio sin entendimiento en el reino de los cielos.*”

En cierto sentido, la mente y el corazón sirven como una especie de contrapeso, un sistema de testigos, un medio por el cual uno no puede ser engañado ni inducido a confiar su salvación eterna únicamente a los procesos racionales o únicamente a los sentimientos y emociones.

En cuanto a la manera en que obra el Espíritu de Dios y a cómo las cosas vienen a la mente, casi siempre una revelación de Dios será racional, tendrá sentido, estará en armonía con las normas e ideales comúnmente aceptados establecidos por Dios y Sus profetas, así como con las leyes de la tierra. *“En la Iglesia,”* señaló el presidente Boyd K. Packer, *“no estamos exentos del sentido común. Desde el principio puedes saber que no serás inspirado por ninguna fuente justa a robar, a mentir, a hacer trampa, ni a unirte con nadie en cualquier tipo de transgresión moral.”*

Sí, Dios mandó a Abraham sacrificar a Isaac y a Nefi matar a Labán, pero estos fueron casos raros, y tanto Abraham como Nefi eran profetas y videntes; ellos conocían la voz del Señor de manera implícita y podían conversar con el Espíritu, que se había convertido en un compañero constante. Nos conviene ceñirnos a la regla y dejar la excepción a Dios y a Sus profetas. El Señor no revelará a un miembro individual de la Iglesia nada que esté en desacuerdo con la ley, el orden y el buen juicio, ni en conflicto con el orden de la Iglesia.

En cuanto a cómo puede venir la revelación a través de la mente, el Profeta declaró: *“Una persona puede beneficiarse al notar la primera insinuación del espíritu de revelación; por ejemplo, cuando sientes inteligencia pura fluyendo en ti, puede darte repentinos destellos de ideas, de modo que al notarlo, puedes verlas cumplirse ese mismo día o pronto; es decir, aquellas cosas que fueron presentadas a tu mente por el Espíritu de Dios se cumplirán; y así, al aprender a reconocer y comprender al Espíritu de Dios, puedes crecer en el principio de la revelación, hasta llegar a ser perfecto en Cristo Jesús.”*

En cuanto a los sentimientos, el presidente Ezra Taft Benson enseñó: *“Escuchamos las palabras del Señor más a menudo como un sentimiento. Si somos humildes y sensibles, el Señor nos inspirará a través de nuestros sentimientos. Por eso los impulsos espirituales en ocasiones nos convueven hasta un gran gozo, a veces hasta las lágrimas. ... El Espíritu Santo hace que nuestros sentimientos sean más tiernos. Nos sentimos más caritativos y compasivos. Estamos más calmados. Tenemos una mayor capacidad de amar. Las personas quieren estar cerca de nosotros porque nuestro mismo semblante irradiia la influencia del Espíritu.”*

Uno de los aspectos preciosos, pero a menudo pasados por alto, de la revelación a través de nuestros sentimientos es la paz. En cierto sentido, estar en paz es haber recibido una revelación significativa: tener la conciencia interior de que Dios está complacido con la vida de uno y que el curso trazado por el individuo está en armonía con la voluntad divina (DyC 59:23). En otro sentido, la paz es un medio mediante el cual el Señor responde a las peticiones y contesta las oraciones.

“Bendito eres tú,” dijo el Salvador a Oliver Cowdery, *“por lo que has hecho; porque has inquirido de mí [respecto a la veracidad de la Restauración], y he aquí, cuantas veces has inquirido has recibido instrucción de mi Espíritu. ... He aquí, sabes que has inquirido de mí y yo iluminé tu mente; y ahora te digo estas cosas para que sepas que has sido iluminado por el Espíritu de verdad.”*

El Señor continuó con sus instrucciones y una invitación: *“De cierto, de cierto te digo, que si deseas un testimonio adicional, recuerda la noche en que clamaste a mí en tu corazón, para que supieras acerca de la veracidad de estas cosas”* (DyC 6:14–15, 22). Esa es una referencia a la ocasión en que, mientras residía en la casa de José Smith padre, Oliver había inquirido del Señor acerca de la veracidad de las afirmaciones de la familia en cuanto a José hijo y la aparición del Libro de Mormón. Esta información se halla en la primera historia (1832) preparada por el Profeta José. El relato habla de que el Profeta recibió nuevamente las planchas después de haber sido reprendido por Dios por haber permitido que se perdieran las 116 páginas del manuscrito. *“Después de mucha humildad y aflicción de alma, las obtuve de nuevo, cuando el Señor se apareció a un joven llamado Oliver Cowdery y le mostró en visión las planchas y también la verdad de la obra y lo que el Señor estaba por hacer por medio de mí, su indigno siervo.”* “¿No hablé paz a tu mente respecto al asunto?” preguntó el Señor a Oliver. “¿Qué mayor testimonio puedes tener que el de Dios?” (DyC 6:23).

Una de las claves de la revelación individual es la revelación institucional. Es decir, las Sagradas Escrituras pueden llegar a ser tanto el medio por el cual Dios nos habla como también el mensaje para nosotros. Muchas respuestas a los desafíos personales y familiares se encuentran en los principios inspirados enseñados y en las conmovedoras historias relatadas dentro de

las obras canónicas. Además, la Escritura es, en cierto sentido, un sacramento: una vía sagrada, un canal por el cual somos acercados a Dios. El élder Robert D. Hales enseñó: “*Cuando queremos hablar con Dios, oramos. Y cuando queremos que Él nos hable a nosotros, buscamos en las Escrituras, porque Sus palabras son pronunciadas por medio de Sus profetas.*”

José Smith aprendió línea sobre línea, y enseñó a los Santos que las respuestas divinas al buscador de la verdad que ora con humildad son muchas y variadas, al igual que las formas en que esas respuestas pueden llegar: una aparición personal del Señor (DyC 110:1–10); apariciones personales de otros mensajeros celestiales (DyC 110:11–15; 128:20); una visión (DyC 76; 137; 138); la voz de Dios (DyC 128:21); el Urim y Tumim (DyC 3; 6; 11; 14); la voz apacible y delicada (DyC 85:6); y el Espíritu Santo hablando a nuestra mente y a nuestro corazón (DyC 8:2–3; 9:7–9; 128:1).

Sería un error que los Santos de los Últimos Días supusieran que las respuestas y confirmaciones vienen solo de una manera—como, por ejemplo, un ardor en el pecho. El Señor desea comunicarse con Sus hijos y elegirá el medio que más claramente y persuasivamente transmita Sus santas palabras y Su perfecta voluntad a quienes lo buscan con diligencia (DyC 1:24; compárese con 2 Nefi 4:15). “*Si pides,*” declara la promesa, “*recibirás revelación sobre revelación, conocimiento sobre conocimiento, a fin de que conozcas los misterios y las cosas pacíficas—lo que produce gozo, lo que produce vida eterna*” (DyC 42:61).

“*Creemos todo lo que Dios ha revelado, todo lo que actualmente revela, y creemos que aún revelará muchas cosas grandes e importantes relativas al Reino de Dios*” (Artículos de Fe 1:9). Esta declaración de fe es tan verdadera para los individuos como lo es para la Iglesia institucional.

José Smith, el Profeta, corrió el velo, giró la llave y abrió la puerta para aquellos que con sinceridad y empeño desean conocer la mente y la voluntad del Señor su Dios y oír Su voz. Hay grandes e importantes cosas que serán dadas a conocer a aquellos Santos de los Últimos Días que buscan, median y oran. El Señor “*no hace acepción de personas*” (Hechos 10:34; Romanos 2:11; Colosenses 3:25). Él no bendice solo a los que ocupan oficios, ni confiere conocimiento de lo alto únicamente a los llamados a

dirigir el destino de Su Iglesia y reino. El mismo Profeta observó: “Dios no ha revelado cosa alguna a José que no la dé a conocer también a los Doce, y aun el más pequeño de los Santos puede conocer todas las cosas tan pronto como sea capaz de sobrellevarlas.”

Algún tiempo después de su muerte, José Smith se apareció a Brigham Young y le dio instrucciones claras y específicas acerca de por qué los miembros de la Iglesia deben esforzarse por adquirir y conservar el Espíritu del Señor: “*Di al pueblo que sea humilde y fiel, y asegúrate de que mantenga el Espíritu del Señor, y éste los guiará correctamente. ... Ellos pueden distinguir el Espíritu del Señor de todos los demás espíritus; les susurrará paz y gozo a sus almas; quitará la malicia, el odio, la contienda y todo mal de sus corazones; y todo su deseo será hacer el bien, producir rectitud y edificar el reino de Dios. ... Asegúrate de decir al pueblo que conserve el Espíritu del Señor; y si lo hacen, se hallarán a sí mismos tal como fueron organizados por nuestro Padre en los cielos antes de venir al mundo.*”

José repitió: “*Di al pueblo que se asegure de mantener el Espíritu del Señor y seguirlo, y éste los conducirá correctamente.*” Dios habló a José Smith y a través de él. Se puede comenzar a captar, al menos en parte, cuán familiar llegó a ser el Profeta con las cosas de Dios al reflexionar seriamente en esta declaración suya: “*Es mi meditación durante todo el día, y más que mi alimento y bebida, saber cómo haré que los Santos de Dios comprendan las visiones que se suceden como una ola desbordante ante mi mente.*”

Al aprender el espíritu de revelación, los Santos aprendieron también que aquellos que rechazan o niegan nuevas visiones, nueva revelación, incluso nueva escritura, en realidad no conocen al Dios al que afirman adorar. Moroni enseñó:

“*Y además hablo a vosotros que negáis las revelaciones de Dios, y decís que se han acabado, que ya no hay revelaciones, ni profecías, ni dones; ... He aquí, os digo que el que niegue estas cosas no conoce el evangelio de Cristo; si, no ha leído las Escrituras; y si las ha leído, no las entiende*” (Mormón 9:7–8).

El presidente Henry B. Eyring hizo esta observación: “*Más que de cualquier otro profeta, tenemos de José Smith un registro claro y extenso de cómo podemos comunicarnos con Dios. Gracias al ejemplo y enseñanza de José, yo puedo oír lo que Dios quiere que oiga de un profeta viviente, de un obispo de mi barrio, de un maestro orientador, de un niño que hace una pregunta en mi hogar, o de una impresión a mi corazón y mente mientras oro.*

Tu problema y el mío no es lograr que Dios nos hable; pocos de nosotros hemos llegado al punto en que Él se haya visto obligado a apartarse de nosotros. Nuestro problema es escuchar. El Profeta José es nuestro gran ejemplo en ese arte.”

El ruego de muchos en nuestros días, dijo José Smith, “*es que no tenemos derecho a recibir revelaciones; pero si no recibimos revelaciones,*” afirmó, “*no tenemos los oráculos de Dios; y si no tienen los oráculos de Dios, no son el pueblo de Dios.*” En ese sentido, recibir revelación no es meramente lo que los Santos de Dios pueden hacer; es lo que deben hacer. Es nuestro deber y obligación, nuestro derecho de nacimiento espiritual.

Nuevo Nacimiento

Vino de noche a Jesús un hombre llamado Nicodemo, un “*principal entre los judíos*”, presumiblemente un miembro del Sanedrín, un hombre que era un “*maestro en Israel*”, es decir, un maestro reconocido o un erudito entre los judíos. Él y otros habían quedado impresionados con los milagros de Jesús. Dijo: “*Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.*” Entonces Jesús hizo dos cosas. Primero, señaló a Nicodemo que se requería más de él que un mero reconocimiento verbal de Jesús como hacedor de milagros. Segundo, anticipó la pregunta no formulada que debía de rondar en la mente de Nicodemo, a saber: “*¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?*” Jesús respondió: “*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*” (Juan 3:1–3; énfasis agregado).

Esto no era una idea nueva, ni un concepto novedoso revelado por primera vez, pues la doctrina del nuevo nacimiento era tan antigua como el mundo. Dios había enseñado esta verdad a Adán y Eva (Moisés 6:58–59), así como a Jeremías (Jeremías 31:33) y a Ezequiel (Ezequiel 36:25–26), y sin duda a

todos los profetas. Ya fuera que Nicodemo no entendiera lo que Jesús enseñaba, o que buscara prolongar una conversación interesante, preguntó: “*¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?*” (Juan 3:4). Jesús respondió a las preguntas de Nicodemo: “*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*” (Juan 3:5; énfasis agregado).

En los primeros días de la Restauración, el mundo cristiano estaba dividido en cuanto a este asunto del nuevo nacimiento, muy parecido a cómo se encuentra dividido hoy. Un gran segmento del cristianismo creía entonces, y aún cree ahora, que nacer de nuevo consiste en tener una experiencia espiritual personal con Jesús, en convertirse, en ser salvo, en aceptarlo como Señor y Salvador. Otro segmento aún mayor del cristianismo sostiene que nacer de nuevo consiste en recibir los sacramentos (ordenanzas) prescritos por la iglesia.

¿Y qué creen los Santos de los Últimos Días? ¿Es suficiente recibir la revelación, la convicción espiritual de que Dios vive, que Jesús es el Cristo y que el evangelio de Jesucristo ha sido restaurado en la tierra en su plenitud por medio de un profeta moderno? ¿O basta con recibir las ordenanzas debidas?

El Profeta José Smith declaró de manera sencilla pero poderosa que: “*Nacer de nuevo viene por el Espíritu de Dios mediante las ordenanzas.*” José explicó en otra ocasión que una cosa es ver el reino de Dios y otra distinta es entrar en ese reino. Una persona debe tener un “*cambio de corazón*” para ver el reino; es decir, debe ser despertada espiritualmente para reconocer que La Iglesia de Jesucristo es la depositaria de la plenitud del evangelio y de la autoridad del sacerdocio necesaria para efectuar las ordenanzas establecidas; y debe reconocer que la plenitud de la salvación se obtiene mediante la aceptación y participación en esos principios y ordenanzas.

Además, enseñó el Profeta, una persona debe “*suscribir los artículos de adopción*”—los primeros principios y ordenanzas del evangelio, que son los medios por los cuales los individuos son adoptados en la familia del Señor Jesucristo—para poder entrar en el reino.

Un hombre escuchó a José Smith disertar sobre la doctrina del nuevo nacimiento tal como se presenta en el capítulo 3 de Juan. José señaló que el nacimiento mencionado en Juan 3:3 “*no era el don del Espíritu Santo, el cual se prometía después del bautismo, sino una porción del espíritu que acompañaba la predicación del evangelio por los élderes de la Iglesia. La gente [que investigaba la Iglesia] se preguntaba por qué no había comprendido antes las claras declaraciones de las Escrituras, tal como los élderes las explicaban, ya que las habían leído cientos de veces. Cuando ahora leían la Biblia, era un libro nuevo para ellos. Eso era nacer de nuevo para ver el Reino de Dios. No estaban dentro de él, pero podían verlo desde afuera, lo cual no podían hacer hasta que el Espíritu del Señor quitó el velo de sus ojos. Era un cambio de corazón, pero no de estado; estaban convertidos, pero aún en sus pecados. Aunque Cornelio [en Hechos 10] había visto a un santo ángel, y al predicar Pedro el Espíritu Santo fue derramado sobre él y sobre su casa, solo habían nacido de nuevo para ver el Reino de Dios. Si no hubieran sido bautizados después, no se habrían salvado.*”

Los Santos de los Últimos Días, así como otros cristianos, hablan en ocasiones de “*tener nuestros pecados lavados*” en las aguas del bautismo. Sin embargo, esta es una expresión figurada para describir el proceso más amplio y completo mediante el cual los pecados de una persona son remitidos por el Salvador y ésta es colocada en la debida condición delante de Dios (siendo justificada).

Nefi, hijo de Lehi, ofreció la perspectiva más precisa. Habiendo visto y hablado del bautismo de Jesús a manos de Juan el Bautista y habiendo enseñado acerca del camino angosto hacia la salvación prescrito por Cristo, Nefi aconsejó a su pueblo y a nosotros: “*Por tanto, haced las cosas que os he dicho que he visto que vuestro Señor y vuestro Redentor haría; porque por esta causa me han sido mostradas, para que sepáis la puerta por la cual debéis entrar. Porque la puerta por la cual debéis entrar es el arrepentimiento y el bautismo por agua; y luego viene la remisión de vuestros pecados por fuego y por el Espíritu Santo*

” (2 Nefi 31:17; énfasis agregado).

En armonía con ese consejo y esa aclaración, el vidente de los últimos días explicó: “*Lo mismo da bautizar a un saco de arena que a un hombre, si no se hace con miras a la remisión de los pecados y a recibir el Espíritu Santo.*”

El bautismo por agua no es más que la mitad de un bautismo, y no vale de nada sin la otra mitad—es decir, el bautismo del Espíritu Santo.

En verdad, elegir a Cristo es elegir ser cambiado. El presidente Thomas S. Monson explicó: “*Aquellos que han sentido el toque de la mano del Maestro, de alguna manera no pueden explicar el cambio que llega a sus vidas. Surge el deseo de vivir mejor, de servir fielmente, de andar humildemente y de vivir más como el Salvador.*” Estos han “*vislumbrado las promesas de la eternidad.*”

Dones del Espíritu

Como mencionamos anteriormente, Sidney Rigdon y Alexander Campbell finalmente se separaron a causa de sus diferencias doctrinales. Sidney sentía, por ejemplo, que la Iglesia del Señor debía vivir de acuerdo con el modelo establecido en el libro de Hechos—el pueblo debía tener todas las cosas en común (véase 2:44). Otro punto de diferencia fue sobre los dones espirituales: Sidney insistía en que incluso Jesús mismo había prometido que las señales seguirían a los que creyeran. Campbell, más inclinado a establecer la racionalidad de la fe cristiana, no estaba dispuesto a insistir en los dones espirituales.

Un popular predicador metodista itinerante llamado Peter Cartwright relató una conversación que tuvo con José Smith en Nauvoo: “*Él [José] creía que, entre todas las iglesias del mundo, la metodista era la que estaba más cerca de la verdad. Pero ellos se habían quedado cortos al no reclamar el don de lenguas, de profecía y de milagros, y entonces citó una serie de Escrituras para probar que su posición era correcta. ... ‘En verdad,’ dijo José, ‘si los metodistas avanzaran uno o dos pasos más, conquistarían el mundo. Nosotros, los Santos de los Últimos Días, somos metodistas en cuanto ellos han llegado, solo que hemos avanzado más allá.’*”

Cuando el élder Parley P. Pratt publicó uno de los primeros tratados extensos sobre el mormonismo, *A Voice of Warning* (1837), abordó primero

la apostasía de la Iglesia cristiana primitiva y, por ende, la manera en que Dios comenzaría a restaurar la plenitud del evangelio. Señaló que los oficios de la Iglesia meridiana “*consistían en apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, todos inspirados y puestos en la Iglesia por el Señor mismo para la edificación de los santos, para la obra del ministerio, etc. Y debían continuar en la Iglesia, dondequiera que se encontrara, hasta que todos llegaran a la unidad de la fe y a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*” [véase Efesios 4:11–14].

“En segundo lugar,” explicó el élder Pratt, “*los dones del Espíritu, que algunos llaman sobrenaturales, eran los poderes y bendiciones que pertenecían a ese convenio dondequiera que existiera, entre judíos o gentiles, mientras el convenio estuviera en vigor. ... Y debió de ser por la ruptura de ese convenio que se perdieron.*”

En noviembre de 1839, cuando José Smith y Elías Higbee fueron preguntados por el presidente Martin Van Buren en qué difería el mormonismo de otras denominaciones cristianas, el Profeta respondió que los Santos diferían en el modo de bautismo y en el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos. Todas las demás consideraciones, declaró José, están “*contenidas en el don del Espíritu Santo.*”

En un editorial publicado en el *Times and Seasons*, José explicó por qué este era el caso: “*No es de sorprender que los hombres sean, en gran medida, ignorantes de los principios de la salvación, y más especialmente de la naturaleza, oficio, poder, influencia, dones y bendiciones del don del Espíritu Santo, cuando consideramos que la familia humana ha estado envuelta en densas tinieblas e ignorancia durante muchos siglos, sin revelación ni criterio justo [por el cual] llegar al conocimiento de las cosas de Dios, las cuales solo pueden ser conocidas por el Espíritu de Dios. ...*”

“*Creemos en el don del Espíritu Santo disfrutado ahora, tanto como en los días de los apóstoles; creemos que [este don] es necesario para establecer y organizar el sacerdocio; que ningún hombre puede ser llamado a ocupar algún oficio en el ministerio sin él; creemos también en la profecía, en lenguas, en visiones y en revelaciones, en dones y en sanidades; y que estas cosas no pueden disfrutarse sin el don del Espíritu Santo; creemos que los santos hombres de antaño hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo,*

y que los santos hombres en estos días hablan por el mismo principio; ... pero mientras hacemos esto, creemos en ello de manera racional, razonable, coherente y escritural, y no de acuerdo con las extravagancias salvajes, las nociiones insensatas y las tradiciones de los hombres.”

El Profeta luego advirtió que “*dicir que los hombres siempre profetizaron y hablaron en lenguas cuando se les impuso las manos [para recibir el don del Espíritu Santo], sería afirmar algo que no es verdad, contrario a la práctica de los Apóstoles y en desacuerdo con las Escrituras.*”

Cuando el apóstol Pablo se dirigió a los corintios, señaló que no todos los dones del Espíritu tienen el mismo valor espiritual, y que algunos dones, aunque “menos decorosos” o atractivos o envidiables, son de hecho de los más valiosos. Animó a los santos de la Iglesia meridiana, por ejemplo, a procurar con empeño obtener el don de profecía, es decir, el don de hablar la palabra de Dios por el don y poder del Espíritu Santo. También elogió a quienes habían disfrutado del don de lenguas, pero les advirtió que tal don tenía una utilidad limitada y probablemente haría más por confundir e incluso alejar a los no creyentes que por atraerlos (1 Corintios 14).

El Profeta José adoptó un curso similar. Señaló que “*solo hay dos dones que pueden hacerse visibles: el don de lenguas y el don de profecía. Estas son las cosas de las que más se habla, y sin embargo, si una persona hablara en una lengua desconocida, según el testimonio de Pablo, sería un bárbaro para los presentes. Dirían que era un balbuceo.*”

También dio un consejo sólido y sensato a su pueblo en cuanto a la necesidad de evitar el dramatismo y el sensacionalismo, tan comunes en nuestro mundo sediento del Espíritu: “*El Señor no siempre se da a conocer por el trueno de su voz; por la manifestación de su gloria, o por la demostración de su poder; y aquellos que están más ansiosos por ver estas cosas, son los menos preparados para recibirlas.*”

En cuanto a los dones espirituales en la Iglesia, el Profeta señaló que: “*Cada Santo de los Últimos Días tenía un don, y viviendo una vida recta y pidiéndolo, el Espíritu Santo se lo revelaría a él o a ella.*”

Pablo enseñó con poder que el “*camino más excelente*” era el don de la caridad, lo que Mormón llamó el “*amor puro de Cristo*” (Mormón 7:47). En su resumen del registro de los jareditas, Moroni ofreció una magnífica percepción, una que comparte con Pablo, que la caridad es, ante todo, el amor que Cristo nos ofrece a través de sus sufrimientos, muerte y resurrección. Fíjate en sus palabras mientras habla con el Señor: “*Y otra vez, recuerdo que has dicho que amaste al mundo, incluso hasta el punto de dar tu vida por el mundo, para que pudieras tomarla de nuevo y preparar un lugar para los hijos de los hombres. Y ahora sé que este amor que has tenido por los hijos de los hombres es caridad; por tanto, a menos que los hombres tengan caridad, no pueden heredar ese lugar que has preparado en las mansiones de tu Padre*” (Éter 12:33–34; énfasis agregado).

Este fue el tipo, calidad y profundidad del amor al que José Smith llamó y convocó a los Santos de los Últimos Días. “*El amor es una de las características principales de la Deidad,*” explicó, “*y debe ser manifestado por aquellos que aspiran a ser los hijos de Dios. Un hombre lleno del amor de Dios no se contenta con bendecir solo a su familia, sino que recorre todo el mundo, ansioso por bendecir a toda la raza humana.*”

También enseñó: “*Es una evidencia de que los hombres están poco familiarizados con los principios de la piedad el ver la contracción de los sentimientos afectivos y la falta de caridad en el mundo. ... Dios no mira el pecado con condescendencia, pero cuando los hombres pecan, debe hacerse concesión por ellos.*”

“*Todo el mundo religioso se jacta de la justicia,*” declaró José; “*es doctrina del diablo retardar la mente humana y obstaculizar nuestro progreso, llenándonos de autojusticia.*” Ahora observa esta expresión trascendental, una bellamente reflejante del alma del Profeta de la Restauración:

“*Cuanto más nos acercamos a nuestro Padre celestial, más estamos dispuestos a mirar con compasión a las almas que perecen; sentimos que queremos cargar con ellas sobre nuestros hombros y echar sus pecados detrás de nuestras espaldas. ... No debe haber licencia para el pecado, pero la misericordia debe ir de la mano con la reprensión.*”

José Smith comprendió muy bien, sin embargo, que este tipo de amor no debía limitarse a la familia de la fe, sino que debía ser el medio por el cual se pudiera discernir la veracidad del cristianismo de los Santos de los Últimos Días por aquellos de otras creencias (Juan 15:12). “*Hay un lazo [el amor] de Dios,*” dijo en una ocasión, “*que debe ejercerse hacia aquellos de nuestra fe, que caminan rectamente, el cual es peculiar en sí mismo; pero es sin prejuicios; da espacio a la mente, lo cual nos permite comportarnos con mayor liberalidad hacia todos los que no son de nuestra fe, más que lo que ellos ejercen entre sí. Estos principios se aproximan más a la mente de Dios, porque [son] como Dios, o semejantes a Dios.*”

Es exactamente este tipo de amor el que permitió y facultó al hermano José para actuar y sentir hacia aquellos de otras fes bondad, consideración y respeto genuino. Declaró que la razón por la cual fue capaz de ganar tantos seguidores fue porque “*poseo el principio del amor. Todo lo que puedo ofrecer al mundo es un buen corazón y una buena mano.*” Continuó diciendo que estaba igualmente dispuesto a dar su vida en defensa de las libertades religiosas de los presbiterianos, bautistas o católicos romanos, tal como lo haría por su propio pueblo.

Luego hizo un punto que, sin duda, sorprendería a muchos: que los Santos de los Últimos Días “*no diferimos tanto en nuestras creencias religiosas, que no pudiéramos todos beber de un solo principio de amor.*”

Luego viene una declaración que bien podría servir como una guía, si no como una constitución, para definir cómo los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días deben relacionarse con personas de otras creencias: “*Si considero que la humanidad está en error, ¿debería derribarlos? No. Los levantaré, y de la manera que sea también, si no puedo persuadirlos de que mi camino es mejor; y no buscaré obligar a ningún hombre a creer como yo, solo por la fuerza de la razón, porque la verdad cortará su propio camino. ¿Crees en Jesucristo y el Evangelio de salvación que Él reveló? Yo también lo creo. Los cristianos deberían dejar de pelear y disputar entre ellos, y cultivar los principios de unión y amistad en medio de ellos.*”

Uno se pregunta qué sucedería si los Santos del siglo XXI adquirieran e incorporaran los sentimientos del Profeta hacia nuestros hermanos y

hermanas del mundo: “*No tengo otro deseo sino hacer el bien a todos los hombres. Siento orar por todos los hombres. No les pedimos a las personas que tiren lo bueno que tienen; solo les pedimos que vengan y reciban más.*”

La Promesa de la Vida Eterna

El Señor ha declarado en nuestra dispensación que “*el que haga las obras de justicia recibirá su recompensa, aún paz en este mundo y vida eterna en el mundo venidero*” (DyC 59:23). Isaías había escrito unos veintiséis siglos antes: “*La obra de justicia será paz; y el efecto de la justicia tranquilidad y confianza para siempre*” (Isaías 32:17). Aquellos en esta vida que se conducen con fidelidad y devoción a Dios y su evangelio, finalmente conocerán esa paz “*que sobrepasa todo entendimiento*” (Filipenses 4:7), la tranquilidad pero poderosa seguridad de que han enfrentado con éxito los desafíos de la mortalidad.

Estos son los que han vivido de acuerdo con toda palabra de Dios y están dispuestos a servir al Señor a toda costa. Ellos han, según José Smith, hecho su llamamiento y elección segura. Para ellos, el día del juicio ha sido adelantado, y las bendiciones asociadas con las glorias del reino celestial están aseguradas. Reciben lo que los profetas han llamado la “*más segura palabra de profecía*” (2 Pedro 1:19). “*La más segura palabra de profecía,*” explicó José, “*significa que un hombre sabe que está sellado para vida eterna, por revelación y por el espíritu de profecía, a través del poder del Santo Sacerdocio. Es imposible que un hombre se salve en la ignorancia*” (DyC 131:5-6). Aunque es cierto, como observó el presidente Marion G. Romney, que “*la plenitud de la vida eterna no es alcanzable en la mortalidad ... la paz que es su precursor y que llega como resultado de hacer seguro el llamamiento y la elección de uno es alcanzable en esta vida.*” El Profeta José extendió una invitación desafiante a los Santos: “*Les exhorto a que sigan adelante y continúen llamando a Dios, hasta que hagan seguro su llamamiento y su elección para ustedes mismos, obteniendo esta más segura palabra de profecía, y esperen pacientemente la promesa hasta obtenerla.*”

Los Santos de los Últimos Días que han recibido las ordenanzas de salvación—incluyendo las bendiciones del endowment del templo y el matrimonio eterno—pueden así avanzar en la obra del Señor y, con quieto

dignidad y madura paciencia, buscar ser dignos de obtener la segura certeza de la salvación antes del fin de sus vidas mortales. Sin embargo, si un individuo no recibe formalmente la más segura palabra de profecía en esta vida, tiene la promesa escritural de que, al perseverar fielmente hasta el final—manteniendo los convenios y los mandamientos desde el bautismo hasta el final de su vida mortal (Mosíah 18:8-9)—llegará a la promesa de la vida eterna, ya sea que el cumplimiento de esa promesa se reciba aquí o después (DyC 14:7; 53:7; 2 Nefi 31:20; Mosíah 5:15). “*Pero bienaventurados son aquellos que son fieles y perseveran, ya sea en vida o en muerte, porque ellos heredarán la vida eterna*” (DyC 50:5; véase también 58:2). ¿Por qué? Porque “*si morimos en la fe, eso es lo mismo que decir que nuestro llamamiento y elección han sido asegurados y que avanzaremos hacia la recompensa eterna en la vida venidera.*”

Conclusión

Para José Smith, la espiritualidad era un estado de ser, una condición alcanzada a través de la fusión de lo temporal y lo espiritual, lo finito y lo infinito. La espiritualidad era esencialmente el resultado de una vida recta acompañada de una perspectiva elevada, una afinidad aumentada hacia el Espíritu Santo, y sensibilidad hacia las cosas de Dios. Poseer espiritualidad era reconocer que, al final, todas las cosas son espirituales y que Dios nunca ha dado un mandamiento o directiva puramente temporal (limitado por el tiempo o temporal) (DyC 29:34).

La espiritualidad consistía en atar los cielos a la tierra, imbuyendo al hombre con los poderes de Dios, y de este modo elevando la sociedad. Tal cambio en la naturaleza de uno debía realizarse en el mundo, en medio de la oposición espiritual: no era necesario recurrir al monaquismo para salir del mundo. Debía ser logrado por cada individuo, no solo por sacerdotes o ministros. Podía llegar a los Santos por una razón fundamental: el Sacerdocio de Melquisedec había sido restaurado, y así el derecho de conferir el don del Espíritu Santo estaba nuevamente disponible entre los hijos de Dios.

Verdaderamente, como José Smith y Elías Higbee explicaron al presidente de los Estados Unidos Martin Van Buren, los mormones se diferencian de otras fes “*en el modo de bautismo, y el don del Espíritu Santo mediante la*

imposición de manos,” y cualquier otra diferencia “estaba contenida en el don del Espíritu Santo.”

A medida que las revelaciones de Dios comenzaron a elevar su perspectiva sobre la realidad, José Smith llegó a comprender al Dios infinito y eterno, así como la naturaleza de los hombres y mujeres mortales. La profundidad de su pensamiento fue evidente desde temprano, y ya para 1834 podía hablar de la capacidad de los seres humanos para madurar en las cosas espirituales:

“Consideramos que Dios ha creado al hombre con una mente capaz de instrucción, y una facultad que puede ampliarse en proporción a la atención y diligencia dadas a la luz comunicada desde el cielo al intelecto; y que cuanto más se acerca el hombre a la perfección, más claras son sus visiones, y mayores sus goces, hasta que ha superado los males de su vida y ha perdido todo deseo de pecado; y, como los antiguos, llega a ese punto de fe en que es envuelto en el poder y la gloria de su Hacedor y es arrebatado para morar con Él. Pero consideramos que este es un estado al cual ningún hombre ha llegado en un solo momento.”

Como muchos de los principios de la progresión espiritual, ese estado se alcanzaría línea por línea, precepto por precepto.

Obtener la mente de Dios y cultivar la influencia santificadora del Espíritu Santo era un asunto serio para José Smith, y requería un esfuerzo mental y espiritual sobrio, así como resolución y disciplina personal. No era algo que viniera con facilidad. Desde la Cárcel de Liberty escribió:

“Las cosas de Dios son de gran importancia, y el tiempo, la experiencia, y los pensamientos cuidadosos, ponderados y solemnes son los únicos que pueden descubrirlas. ¡Tu mente, oh hombre! si deseas guiar un alma hacia la salvación, debe elevarse tan alto como los cielos más altos, y buscar y contemplar el abismo más oscuro, y la vasta extensión de la eternidad—debes comunicarte con Dios.”

Un apóstol moderno, el élder Robert D. Hales, ofreció la siguiente visión e invitación: *“Elian colocarse en una posición en la que puedan tener experiencias con el Espíritu de Dios mediante la oración, en el estudio de las*

Escrituras, en las reuniones de la Iglesia, en su hogar y a través de interacciones edificantes con los demás. Cuando sientan la influencia del Espíritu, están comenzando a ser limpiados y fortalecidos. La luz se está encendiendo, y donde esa luz brilla, la oscuridad del mal no puede estar.”

El 7 de abril de 1844, en un momento en que muchos creen que el Profeta se encontraba en la cumbre de su esplendor espiritual e intelectual, dijo: “*Cuando subes una escalera, debes comenzar desde abajo y ascender paso a paso, hasta llegar a la cima; y así es con los principios del evangelio: debes comenzar con el primero y continuar hasta que aprendas todos los principios de la exaltación. Pero pasará mucho tiempo después de haber atravesado el velo antes de que los hayas aprendido todos. No todo puede comprenderse en este mundo; será una gran obra aprender nuestra salvación y exaltación incluso más allá de la tumba.*”

De este modo, podemos apreciar mejor la directriz sencilla pero profundamente significativa que se repite con frecuencia a los Santos de los Últimos Días, una que en realidad marca toda la diferencia en el crecimiento en la gracia de Dios: “Busquen el Espíritu.”

Capítulo 6

Jesucristo y el Evangelio

Eterno

Manchester, Nueva York, y Harmony, Pensilvania, 1829-1830. Muy al comienzo del proceso de traducir el Libro de Mormón, José se encontró con un concepto doctrinal que habría sido completamente ajeno tanto para laicos como para pastores y teólogos: que el evangelio de Jesucristo precedía a Jesucristo; que mucho antes de que el Hijo del Hombre naciera en Belén de Judea, el pueblo de Dios entendía que la redención vendría únicamente en y por medio del Santo Mesías. Revelaciones y traducciones posteriores confirmarían y ampliarían esta doctrina.

José Smith enseñó que Dios, nuestro Padre, tiene un plan para Sus hijos, un programa establecido para maximizar nuestro crecimiento y asegurar nuestra felicidad. Y, sin embargo, ese solo hecho—que existe un plan divino para la vida—no es tan evidente en la Biblia como lo es en las Escrituras de los últimos días. Sabiendo lo que sabemos, nosotros como Santos de los Últimos Días podemos reconocer el diseño divino, pero pocas veces podemos acudir a un pasaje específico del Antiguo o del Nuevo Testamento que hable con claridad de un plan. Por otro lado, los profetas del Libro de Mormón hablan con corazones agradecidos por el misericordioso plan del gran Creador (2 Nefi 9:6), el plan de nuestro Dios (2 Nefi 9:13), el gran plan de misericordia (Alma 42:15, 31), el plan de redención (Jacob 6:8; Alma 12:25-26, 30, 32; 17:16; 18:39; 22:13-14; 29:2; 34:31; 39:18; 42:11, 13), el plan eterno de liberación (2 Nefi 11:5), el plan de salvación (Jarom 1:2; Alma 24:14; 42:5) y el gran plan de felicidad (Alma 42:8, 16). Sabemos que el plan de salvación es siempre y eternamente el mismo; que la obediencia a las mismas leyes siempre trae la misma recompensa; que las leyes del evangelio no han cambiado...; y que siempre y eternamente todas las cosas relacionadas con la salvación se centran en Cristo.

Una Expiación Eterna

Jesús es verdaderamente el “Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo” (Apocalipsis 13:8; Moisés 7:47). Es decir, el sacrificio expiatorio no solo es oportuno (para nosotros que necesitamos sus poderes redentores y habilitadores) sino también intemporal. Aunque el acto de la expiación no tendría lugar hasta que Jesús sufriera en Getsemaní y en el Gólgota en la plenitud de los tiempos, los primeros habitantes de la tierra fueron enseñados a invocar a Dios en el nombre de su Hijo Amado para obtener liberación (Moisés 5:5-8). Una vez más, esta verdad central ya no se encuentra en la cristiandad tradicional. De hecho, un ataque fascinante contra el Libro de Mormón es que está demasiado centrado en Cristo. Es decir, sostienen los críticos, el Libro de Mormón habla demasiado de Cristo, mucho antes de que hubiera un Cristo.

El hermano José declaró que Dios se ha revelado a sí mismo, su plan y el Mediador de su sagrado convenio a sus hijos desde el principio. La voz del Padre vino a Adán: “Si te vuelves a mí, y escuchas mi voz, y crees, y te arrepientes de todas tus transgresiones, y eres bautizado, aun en agua, en el nombre de mi Hijo Unigénito... que es Jesucristo, el único nombre que será dado debajo del cielo por el cual vendrá la salvación a los hijos de los hombres, recibirás el don del Espíritu Santo” (Moisés 6:52). Además, se le mandó a Adán que enseñara a sus hijos que toda la humanidad, a causa de los efectos de la Caída, “debe nacer de nuevo en el reino de los cielos, del agua y del Espíritu, y ser limpiados por la sangre, aun la sangre de mi Unigénito; para que seáis santificados de todo pecado, y gocéis las palabras de vida eterna en este mundo, y vida eterna en el mundo venidero, sí, gloria inmortal” (Moisés 6:59). El Profeta observó que “no podemos creer que los antiguos en todas las edades fueran tan ignorantes del sistema del cielo como muchos suponen, ya que todos los que jamás fueron salvos, lo fueron por el poder de este gran plan de redención, tanto antes de la venida de Cristo como después; de no ser así, Dios habría tenido diferentes planes en operación (si podemos expresarlo así) para traer a los hombres de nuevo a morar con Él; y esto no lo podemos creer, puesto que no ha habido cambio en la constitución del hombre desde que cayó”. Y así es que aprendemos por medio de las escrituras de la Restauración que, además de Adán, personajes bíblicos como Enoc (Moisés 7), Noé (Moisés 8), Abraham

(TJS, Génesis 15:9-12) y Moisés (Moisés 1) recibieron la revelación de los detalles del plan del Padre, y conocieron y enseñaron sobre la venidera redención en y por medio de Jesucristo. Verdaderamente, como proclamó el apóstol Pedro: “De éste dan testimonio todos los profetas” (Hechos 10:43).

No fue diferente en el hemisferio occidental. Muy temprano en el relato del Libro de Mormón, Nefi declaró que “seiscientos años después de que mi padre salió de Jerusalén, suscitaría el Señor Dios un profeta entre los judíos, sí, un Mesías, o, en otras palabras, un Salvador del mundo” (1 Nefi 10:4). Nefi vio en visión que Jesús sería “levantado sobre la cruz y muerto por los pecados del mundo” (1 Nefi 11:33). Casi seiscientos años antes del nacimiento de Jesús en Belén, Lehi enseñó a su hijo Jacob que “la redención viene en y por medio del Santo Mesías; porque él está lleno de gracia y de verdad”. Además, explicó: “ninguna carne puede morar en la presencia de Dios, salvo por los méritos, y misericordia, y gracia del Santo Mesías, que da su vida según la carne y la toma de nuevo por el poder del Espíritu, para llevar a efecto la resurrección de los muertos, siendo él el primero que ha de resucitar” (2 Nefi 2:6, 8). Alma enseñó a un hijo descarrilado que, dado que las almas de los que vivieron antes de la plenitud de los tiempos son tan preciosas a la vista de Dios como aquellas que vivieron durante o después de esa época, era necesario que la redención en Cristo estuviera disponible para personas de todas las edades (Alma 39:17-19). En verdad, “ninguno de los profetas ha escrito ni profetizado sin que hablara concerniente a este Cristo” (Jacob 7:11; compárese con 4:4; Mosíah 13:33).

Convenios y Ordenanzas Eternos

Puesto que sabemos que el gran plan de felicidad es eterno y que la salvación en cualquier época se logra únicamente en y por medio de la mediación del Redentor, también sabemos que los convenios y las ordenanzas son igualmente eternos e inmutables. “Ahora, dando por sentado que las Escrituras dicen lo que significan y significan lo que dicen”, señaló el profeta José, “tenemos bases suficientes para avanzar y probar con la Biblia que el evangelio siempre ha sido el mismo; las ordenanzas para cumplir con sus requisitos, las mismas; y los oficiales para oficiar, los mismos; y las señales y frutos que resultan de las promesas, los mismos”.

Continuó con una ilustración de este principio: “Por lo tanto, como Noé fue un predicador de justicia, tuvo que haber sido bautizado y ordenado al sacerdocio por la imposición de manos”. En resumen, el Señor “estableció que las ordenanzas fueran las mismas para siempre jamás”. Es decir, “las ordenanzas, instituidas en los cielos antes de la fundación del mundo, en el sacerdocio, para la salvación de los hombres, no deben ser alteradas ni cambiadas. Todos deben ser salvos sobre los mismos principios”.

Es bajo esta luz que hablamos del evangelio restaurado como comprendiendo el convenio nuevo y eterno. Las revelaciones modernas lo afirman: “Por tanto, os digo que os he enviado mi convenio sempiterno, que existió desde el principio” (DyC 49:9). “De cierto te digo: bendito eres por recibir mi convenio sempiterno, sí, la plenitud de mi evangelio, enviado a los hijos de los hombres, para que tengan vida y sean hechos participantes de las glorias que han de ser reveladas en los posteriores días, tal como fue escrito por los profetas y apóstoles en los días antiguos” (DyC 66:2; compárese con 1:22; 39:11; 45:9; 49:9; 133:57). En palabras del presidente Joseph Fielding Smith: “El convenio nuevo y eterno es la suma total de todos los convenios y obligaciones del evangelio”. El convenio del evangelio es nuevo en un tiempo dado, a menudo después de un período de apostasía. Es eterno en el sentido de que se enseñó desde el principio.

Entendiendo lo que comprendemos acerca de la naturaleza eterna del evangelio, de la Iglesia y el reino, y de los principios y ordenanzas relacionados con ellos, sabemos que muchos de los antiguos tuvieron el evangelio. Muchos de ellos conocieron al Señor, enseñaron Su doctrina y oficiaron como administradores legales en Su reino terrenal. Isaac, Israel, José y todos los patriarcas disfrutaron de revelación personal y comunión con su Hacedor. Suponemos que Eva, Sara y Rebeca fueron bautizadas; que Jacob recibió la investidura del templo; que Miqueas y Malaquías ocuparon el oficio profético por llamado divino y no porque asumieran ese papel por cuenta propia. Seguramente Nefi, hijo de Lehi, fue bautizado en agua y recibió el don del Espíritu Santo, así como el sumo sacerdocio, aunque un relato directo de ello no se halle en el registro nefita. Los santos de Dios en todas las edades han sido mandados a edificar templos (DyC 124:37-41), y las llaves asociadas con el matrimonio eterno fueron poseídas por aquellos encargados de dirigir a los antiguos (DyC 132:39).

Que las bendiciones del santo templo estaban disponibles para los santos de antaño también queda claro en la traducción del Profeta de los papiros egipcios. Se nos dice que una figura en particular representa “las palabras clave principales del Santo Sacerdocio, tal como fueron reveladas a Adán en el Jardín de Edén, así como a Set, Noé, Melquisedec, Abraham, y a todos a quienes se reveló el Sacerdocio” (Explicación de la Figura 3 del Facsímil N.º 2). Gracias a lo que se ha dado a conocer por medio de José Smith—principios de doctrina y de gobierno del sacerdocio—sabemos lo que se requiere para operar el reino de Dios y qué deben hacer el pueblo de Dios para cumplir.

“Todo lo que Él considere apropiado que tengan”

Basta con luchar personalmente con el desafío de un hijo descarriado u otro ser querido, o sentir el dolor de alguien que lo experimenta, para darse cuenta de que no dejamos de amar al que se extravía o al ignorante. Y, ciertamente, Aquel que es la encarnación del amor y de la misericordia no deja de amar a aquellos de Sus hijos que no disfrutan de la plenitud de las bendiciones del evangelio en sus vidas. Nuestro Padre Celestial, sin duda, hará todo lo que sea apropiado durante nuestro período de probación mortal para inspirar, elevar, edificar y alentar a individuos, familias, comunidades y naciones enteras. Fue a Nefi a quien habló Jehová sobre este asunto: “¿No sabéis que hay más de una nación? ¿No sabéis que yo, el Señor vuestro Dios, he creado a todos los hombres, y que yo me acuerdo de los que están sobre las islas del mar; y que yo reino en los cielos arriba y en la tierra abajo; y que yo hago salir mi palabra a los hijos de los hombres, sí, a todas las naciones de la tierra? ... Porque he aquí, hablaré a los judíos y ellos lo escribirán; y hablaré también a los nefitas y ellos lo escribirán; y hablaré también a las otras tribus de la casa de Israel, que he llevado, y ellos lo escribirán; y hablaré también a todas las naciones de la tierra, y ellas lo escribirán” (2 Nefi 29:7, 12; énfasis añadido).

Alma explicó que “el Señor concede a todas las naciones, de su nación y lengua, que enseñen su palabra; sí, en sabiduría, cuanto a Él le parezca que deban tener” (Alma 29:8). Un grupo de personas puede estar preparado para recibir la plenitud de luz y conocimiento; otro grupo solo estará preparado para un destello de ese rayo de verdad. Dios ajusta Sus

bendiciones de acuerdo con la disposición presente de los hijos de los hombres. El élder B. H. Roberts, un estudioso serio de José Smith, ofreció el siguiente consejo sobre este principio: “Si bien la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días está establecida para la instrucción de los hombres y es uno de los instrumentos de Dios para dar a conocer la verdad, sin embargo, Él no está limitado a esa institución para tales propósitos, ni en tiempo ni en lugar. Dios suscita a hombres sabios... de su propia lengua y nacionalidad, hablándoles por medio de formas que ellos puedan comprender; no siempre dándoles la plenitud de la verdad, como puede hallarse en la plenitud del evangelio de Jesucristo, pero siempre dándoles aquella medida de verdad que el pueblo está preparado para recibir.

El mormonismo sostiene, entonces, que todos los grandes maestros son siervos de Dios, entre todas las naciones y en todas las edades. Son hombres inspirados, designados para instruir a los hijos de Dios según las condiciones en medio de las cuales Él los halla... Dondequiera que Dios encuentra un alma suficientemente iluminada y pura, alguien con quien Su Espíritu pueda comunicarse, ¡he aquí, lo convierte en maestro de hombres! ... Mientras que la senda de la sensualidad y las tinieblas puede ser la que la mayoría de los hombres sigue, unos pocos... han sido guiados por el sendero ascendente; unos pocos en todos los países y generaciones han sido buscadores de sabiduría, o buscadores de Dios. Han sido tales porque la Palabra Divina de Sabiduría los ha mirado, eligiéndolos para el conocimiento y el servicio de Sí mismo.”

El presidente Ezra Taft Benson observó: “Dios, el Padre de todos nosotros, usa a los hombres de la tierra, especialmente a los hombres buenos, para llevar a cabo Sus propósitos. Así ha sido en el pasado, así es hoy, y así será en el futuro”. Luego, el presidente Benson citó lo siguiente de un discurso de conferencia pronunciado por el élder Orson F. Whitney en 1928: “Quizás el Señor necesite a tales hombres fuera de Su Iglesia para ayudarla a progresar. Ellos están entre sus auxiliares, y pueden hacer más bien a la causa donde el Señor los ha colocado que en cualquier otro lugar. ... De ahí que algunos sean atraídos al redil y reciban un testimonio de la Verdad; mientras que otros permanecen inconversos..., quedando las bellezas y glorias del [evangelio restaurado] veladas temporalmente de su vista, para un sabio propósito. El Señor abrirá sus ojos a su debido tiempo.”

Ahora, obsérvese este mensaje particularmente conmovedor: “Dios está usando a más de un pueblo para la realización de Su grande y maravillosa obra. Los Santos de los Últimos Días no pueden hacerlo todo. Es demasiado vasto, demasiado arduo para un solo pueblo. ... No tenemos disputa con [los de otras religiones]. Ellos son nuestros colaboradores en cierto sentido.”

Es, por tanto, razonable que elementos de verdad, piezas de un mosaico mucho mayor, se encuentren esparcidos por el mundo en culturas diversas y entre grupos religiosos variados. Además, al haber pasado el mundo por fases de apostasía y restauración, quedan reliquias de doctrina revelada, aunque en algunos casos en formas alteradas o incluso distorsionadas. Las personas que carecen de visión espiritual y de la fe que proviene del conocimiento del plan eterno de salvación de Cristo tienden a poner en duda el verdadero evangelio, a señalar leyendas y tradiciones de relatos de la creación o del diluvio que supuestamente son anteriores al Pentateuco, a notar con entusiasmo similitudes entre las ordenanzas del templo y las prácticas de culturas paganas, y a sugerir con ello que el cristianismo simplemente copió de fuentes más antiguas.

José F. Smith, sobrino del Profeta, tuvo mucho que decir a quienes intentan eclipsar al cristianismo. Él enseñó que Jesucristo, “siendo la fuente de la verdad, no es un imitador. Él enseñó la verdad primero; le pertenecía a Él antes de ser dada al hombre”. Además: “Recuérdese que Cristo estuvo con el Padre desde el principio, que el evangelio de verdad y luz existía desde el principio, y es de eternidad en eternidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, como un solo Dios, son la fuente de la verdad. ... Si encontramos verdad en fragmentos dispersos a lo largo de las edades, puede establecerse como un hecho incontrovertible que se originó en la fuente, y fue dada a filósofos, inventores, patriotas, reformadores y profetas por la inspiración de Dios. Vino de Él por medio de Su Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo en primer lugar, y de ninguna otra fuente. Es eterna.” En resumen, el presidente Smith señaló: “Los hombres no son más que repetidores de lo que Él les ha enseñado. No ha salido de la boca de hombre pensamiento alguno que no se originara en Él.”

Restos de la Fe

Sabiendo lo que sabemos acerca de Dios nuestro Padre—que Él es un ser personal, que tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el nuestro, que es un ser exaltado y glorificado, y sabiendo que muchos de los antiguos poseían este conocimiento—¿deberíamos sorprendernos al encontrar leyendas y mitos sobre dioses que tienen poder divino pero atributos y pasiones humanas? Sabiendo que Adán, Set, Enós, Cainán, Mahalaleel y otros de los antediluvianos hablaron de la venida del Mesías y que el Mesías vendría a la tierra como hombre pero poseyendo los poderes de un dios, ¿no es probable que también supieran que nacería de una virgen? ¿Deberíamos sorprendernos al encontrar tradiciones paganas de nacimientos virginales y seres humanos divinos?

Adán escuchó la voz celestial que decía: “Yo soy Dios; yo hice el mundo, y los hombres antes que existiesen en la carne” (Moisés 6:51). Es decir, hombres y mujeres de las edades más tempranas sabían de un primer estado, una existencia premortal. Por lo tanto, ¿es de extrañar que varias tradiciones religiosas estén ligadas a la idea de vidas pasadas? En la medida en que las doctrinas del renacimiento, la regeneración, la resurrección y la inmortalidad del alma fueron enseñadas a Adán y a su posteridad, ¿por qué habríamos de inmutarnos al descubrir doctrinas deformadas como la reencarnación, la transmigración de las almas y el renacimiento en tradiciones como el hinduismo, el jainismo y el sijismo, o al encontrarnos con un pueblo como los antiguos egipcios, que estaban casi obsesionados, no con la muerte (como algunos suponen), sino con la vida después de la muerte?

De particular interés para los Santos de los Últimos Días es la semejanza entre lo que ocurre en nuestros propios templos y lo que acontece en las estructuras sagradas de otras religiones. En muchos casos, esas semejanzas pueden tener su origen en buscadores sinceros de la verdad que actuaron sin autoridad, como lo hizo Faraón, bisnieto de Noé: “Faraón, siendo un hombre justo, estableció su reino y juzgó a su pueblo con sabiduría y justicia todos sus días, buscando con empeño imitar aquel orden establecido por los padres en las primeras generaciones, en los días del

primer gobierno patriarcal, aun en los días del reinado de Adán, y también de Noé, su padre” (Abraham 1:26).

El profesor Hugh Nibley dedicó su vida al estudio de tales paralelos. Él escribió: “Los Santos de los Últimos Días creen que sus ordenanzas del templo son tan antiguas como la raza humana y representan una religión primordial revelada que ha pasado por fases alternadas de apostasía y restauración, las cuales han dejado al mundo lleno de fragmentos dispersos de la estructura original, algunos más y otros menos reconocibles, pero todos gravemente dañados y fuera de su contexto adecuado.” Más específicamente, Nibley preguntó: “¿Pero qué hay de los ritos egipcios? ¿Qué significan para nosotros? Son una parodia, una imitación, pero como tal no deben ser despreciados. Pues, a pesar de la gran antigüedad y consistencia de sus ritos y enseñanzas, que ciertamente merecen respeto, los egipcios no tenían lo auténtico, y lo sabían...”

“El investidura mormona... es, francamente, un modelo, una presentación en términos figurativos. Como tal, es flexible y adaptable; por ejemplo, puede presentarse en más de un idioma y en más de un medio de comunicación. Pero, dado que no intenta ser una representación de la realidad, sino solo un modelo o un análogo para mostrar cómo funcionan las cosas, exponiendo el patrón de la vida del hombre en la tierra con sus fundamentos del porqué y el para qué, no necesita ser cambiado ni adaptado en gran medida a lo largo de los años; es un modelo notablemente estable, lo que hace que su comparación con otras formas y tradiciones, incluidas las más antiguas, sea bastante válida e instructiva.”

Y lo que es cierto respecto a las prácticas y creencias sagradas en el mundo antiguo no cristiano, también lo es en el mundo cristiano moderno de hoy. Sabemos que la autoridad divina del sacerdocio fue quitada por Dios y que muchas verdades claras y preciosas se perdieron o fueron retenidas tras la muerte de los apóstoles de la plenitud de los tiempos. Sabemos que Dios comenzó la restauración de verdades y poderes por medio de José Smith, y que continuará haciéndolo hasta e incluso a través del Milenio. Pero esto no significa que los protestantes o los católicos no tengan verdad, ni que toda interpretación escritural que provenga de ellos sea automáticamente sospechosa, incorrecta o corrupta.

Como se señaló antes, elementos de iluminación, restos de verdad y aspectos de la fe de los santos de antaño pueden encontrarse en el cristianismo moderno. El Señor ama a Sus hijos, a todos ellos, y se deleita en “honrar a los que me sirven en justicia y en verdad hasta el fin” (DyC 76:5).

“¿Tienen los presbiterianos alguna verdad?”, preguntó el Profeta José en 1843. “Sí. ¿Tienen los bautistas, metodistas, etc., alguna verdad? Sí. Todos ellos tienen un poco de verdad mezclada con error. Debemos recoger todos los principios buenos y verdaderos del mundo y atesorarlos, o no llegaremos a ser verdaderos ‘mormones’.”

Conclusión

Existen personas buenas en el mundo que aman a Dios, que se esfuerzan sinceramente por ser fieles a los estándares de decencia e integridad que les han sido enseñados. En verdad, todos tienen acceso a una medida de luz y verdad del Todopoderoso. El presidente Brigham Young declaró así que nunca ha habido un hombre ni una mujer sobre la faz de la tierra, desde los días de Adán hasta el día de hoy, que no haya sido iluminado, instruido y enseñado por las revelaciones de Jesucristo”. Los profetas enseñan que si las personas son fieles a la luz que llevan dentro—la Luz de Cristo—serán guiadas hacia la luz más alta del Espíritu Santo que se encuentra en el evangelio del convenio, ya sea en esta vida o en la vida venidera. “Y el Espíritu da luz a todo hombre que viene al mundo; y el Espíritu ilumina a todo hombre por el mundo, que escucha la voz del Espíritu” (DyC 84:46).

José Smith reveló que el evangelio de Cristo es eterno. Fue entregado a los habitantes de la tierra desde el principio. Ha sido predicado a través de los siglos por los profetas cristianos que conocían a su Señor y buscaban ser fieles a los convenios y ordenanzas divinas. En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días atendemos a asuntos sagrados, asuntos que son antiguos y eternos, asuntos que fueron enseñados y predestinados antes de la fundación del mundo, asuntos que prepararán a esta tierra para recibir la venida del Rey de reyes. Lo que creen los Santos de los Últimos Días es lo que creían los Santos de los días antiguos. Los convenios que hacemos y las ordenanzas que realizamos nos vinculan al pasado y nos señalan un futuro glorioso. Dios ama a todos Sus hijos y está ansioso por iluminarlos de todas

las formas en que pueda. Nos regocijamos en nuestro Padre y Dios, y nos regocijamos en el conocimiento de que todos somos parte de Su familia real.

Capítulo 7

Una Nueva Traducción de La Biblia

Harmony, Pensilvania, junio de 1830. En algún momento de junio de 1830, el Profeta comenzó a trabajar en su nueva traducción de la Biblia. José Smith y Oliver Cowdery habían aprendido, mientras traducían 1 Nefi, que verdades claras y preciosas y los convenios del Señor serían quitados o retenidos de la Santa Biblia y que, debido a estas acciones, muchos tropezarían espiritualmente. Nefi también había visto que el Señor, el Autor de las escrituras, proveería un medio por el cual muchas de esas preciosas verdades serían dadas a conocer en los últimos días. En algún momento, aunque se desconoce la fecha exacta, al Profeta se le “designó” emprender una “nueva traducción” de la Biblia. En obediencia a esa directiva, José y Oliver compraron una gran Biblia King James de E. B. Grandin el 8 de octubre de 1829.

A Moisés, el antiguo legislador, se le dio dirección profética: “Y en un día cuando los hijos de los hombres tengan en poco mis palabras y quiten muchas de ellas del libro que tú escribirás, he aquí, levantaré a otro semejante a ti; y serán halladas de nuevo entre los hijos de los hombres—entre tantos como crean” (Moisés 1:41). Mediante la apertura de los cielos en los tiempos modernos, José Smith fue llamado como profeta, vidente, revelador y legislador moderno. Además, fue comisionado como traductor, el medio por el cual la mente y la palabra de Dios fueron dadas a conocer a una generación en medio de calamidad espiritual (DyC 1:17). Al joven profeta-líder, el Señor le reveló: “Esta generación tendrá mi palabra a través de ti” (DyC 5:10).

Preparativos para la Nueva Traducción

Una serie de eventos parecen haber sido cruciales en la preparación de José Smith para su labor como traductor de la Biblia. Ya en 1820, el joven José

reconoció que la confusión y la incertidumbre eran los resultados obvios de mentes no iluminadas y un estudio sin dirección, incluso cuando el objeto de estudio era la Santa Biblia. Al buscar tanto la realización personal como el único sistema de práctica religiosa que lo guiaría de regreso a la presencia divina, José Smith descubrió que no todas las respuestas se encontraban solo en la Biblia (Historia de José Smith 1:11-12).

Una lección adicional fue enseñada al profeta de diecisiete años por el ángel Moroni en 1823. Moroni citó numerosos pasajes de las escrituras a José, particularmente Malaquías 4, aunque “con una pequeña variación de la forma en que aparece en nuestras Biblias” (Historia de José Smith 1:36). No se sabe si Moroni dio instrucciones detalladas sobre pasajes específicos de las escrituras o enseñó a José cómo interpretar versículos bíblicos. Sin embargo, el joven profeta aprendió que la Biblia autorizada de la época (la versión King James) no era la única manera en que se podían interpretar los pasajes de las escrituras.

La oscuridad teológica y los tropiezos espirituales en el mundo judeocristiano fueron, en gran medida, el resultado de una manipulación voluntaria de algunos de los textos bíblicos más antiguos. Esa era la mala noticia. José también se dio cuenta (a través de la visión profética de Nefi) de que, a través de la Restauración, las cosas serían dadas a conocer nuevamente a aquellos dispuestos a recibirlas (1 Nefi 13:20-40). Esa era la buena noticia. El Profeta observaría muchos años después: “Creo en la Biblia, tal como debería ser, tal como salió de la pluma de los escritores originales.”

Como recordamos del capítulo 4, el 15 de mayo de 1829, José y Oliver Cowdery “fueron al bosque para orar e indagar del Señor acerca del bautismo para la remisión de los pecados,” lo cual se mencionaba en el registro nefítita (Historia de José Smith 1:68). Juan el Bautista se apareció, entregó las llaves y los poderes asociados con el Sacerdocio Aarónico, y dio instrucciones sobre el bautismo y la ordenación al sacerdocio de José y Oliver. El Profeta José comentó que, inmediatamente después de salir de las aguas del bautismo, ambos hombres recibieron una rica investidura del Espíritu Santo, y cada uno tenía el espíritu de profecía y revelación. José explicó además: “Nuestras mentes, al ser ahora iluminadas, comenzamos a

tener las escrituras abiertas a nuestro entendimiento, y el verdadero significado e intención de sus pasajes más misteriosos nos fue revelado de una manera que nunca antes pudimos alcanzar, ni antes habíamos pensado en ello” (Historia de José Smith 1:74; énfasis añadido). Sin duda, tal entendimiento espiritual le habría dado al Profeta no solo la capacidad de comprender el “verdadero significado e intención,” sino también la perspectiva divina para reconocer y corregir textos bíblicos erróneos o incompletos.

El 8 de octubre de 1829, José y Oliver compraron una gran edición estilo púlpito de la Biblia King James (que contenía el Antiguo y el Nuevo Testamento y los libros apócrifos del Antiguo Testamento) de E. B. Grandin en Palmyra, Nueva York, por 3,75 dólares. La Biblia había sido impresa en 1828 por la H. and E. Phinney Company en Cooperstown, Nueva York. Fue esta Biblia la que se utilizó en la traducción.

El Proceso de Traducción

No había nada particularmente inusual acerca de una nueva traducción o versión de la Biblia en la década de 1830. El avivamiento religioso alcanzó un pico en la zona de Nueva York a principios del siglo XIX, y con ello vino una mayor conciencia de la necesidad de la Biblia como un estándar divino para vivir. De hecho, Nueva Inglaterra no fue la única región del país que mostró un interés intenso en esa época por el estudio y examen del registro bíblico. Desde 1777 hasta 1833, se publicaron en América más de quinientas ediciones separadas de la Biblia (o partes de ella). Muchas de estas representaban nuevas traducciones o “traducciones modernas”, a menudo con un intento de preparar ediciones parafraseadas o lecturas alternas basadas en comparaciones con manuscritos hebreos y griegos.

La traducción de las escrituras por José Smith, sin embargo, fue altamente inusual. El Profeta no tenía formación formal en lenguas antiguas hasta algunos años después, cuando estudió hebreo con varios de los líderes de la Iglesia. Tampoco trabajó con manuscritos escritos en los idiomas bíblicos al emprender su estudio. Entonces, ¿cuál fue la naturaleza de esta “traducción” y cómo se llevó a cabo? Muchos en nuestra época, incluidos algunos Santos de los Últimos Días, están ansiosos por señalar que el trabajo de José con la Biblia no fue una traducción en sí, sino más bien algo

como una reescritura o un targum bíblico (paráfrasis) o midrash (comentario). Trataremos más específicamente la naturaleza de la traducción más adelante en este capítulo. Sin embargo, por el momento, es esencial que reconozcamos que el mismo José Smith llamó a este trabajo una traducción, los miembros se refirieron a este trabajo como una traducción, y (quizás lo más importante) el mismo Señor hizo frecuentes referencias al trabajo de su siervo como una traducción. Como se indicó anteriormente, el Profeta fue llamado y designado divinamente como un “vidente, un revelador, un traductor y un profeta, teniendo todos los dones de Dios que Él otorga sobre la cabeza de la iglesia” (DyC 107:92).

La misión de José como traductor no terminó cuando terminó de traducir el Libro de Mormón. En su estudio serio de la Biblia, buscó armonizarse con el Espíritu de Dios (y seguramente con las mentes e intenciones de los escritores antiguos) para reconocer y corregir traducciones erróneas, así como pasajes deficientes o ambiguos de la Biblia que habían sufrido el largo y doloroso proceso de transmisión de textos. En un sentido, José Smith estaba traduciendo la Biblia al intentar interpretarla por revelación, explicarla utilizando términos más claros o un estilo diferente de lenguaje. En otro sentido, José estaba traduciendo la Biblia al restaurar en el idioma inglés ideas, eventos y dichos que originalmente fueron registrados en hebreo o griego. El Profeta tradujo la Biblia King James por los mismos medios que utilizó para traducir el Libro de Mormón: por revelación. Su conocimiento de hebreo o griego o su familiaridad con documentos antiguos no era más esencial para la Traducción de José Smith que el conocimiento previo del egipcio reformado o el acceso a los registros nefitas más primitivos era esencial para la traducción del Libro de Mormón. No pocas veces, el Señor elige y llama a los no aprendidos, a las “cosas débiles del mundo,” para cumplir los propósitos de José (2 Nefi 27:15-20; DyC 1:19, 23; 35:13).

Junio de 1830 es la fecha más temprana de traducción dada en los registros del Profeta. En su propio diario histórico, tenemos la siguiente entrada: “Diré... que en medio de todas las pruebas y tribulaciones por las que tuvimos que pasar, el Señor, que bien conocía nuestra situación infantil y delicada, nos concedió una provisión [de fuerza] y nos concedió línea por línea, aquí un poco y allá un poco [de conocimiento]; de la cual lo siguiente

fue un precioso manjar.”³ Luego, José registró algunas “selecciones del libro de Moisés” (Moisés 1), que contenían “las palabras de Dios, que Él habló a Moisés en un tiempo cuando Moisés fue elevado a un monte muy alto” (Moisés 1:1). Moisés 1 es, de hecho, un capítulo fascinante. Es un relato de una experiencia que Moisés tuvo con el Señor Jehová que no está registrada en la Biblia, pero que parece haber ocurrido en algún momento entre la experiencia de la zarza ardiente y el liderazgo de Moisés al sacar a los israelitas de la esclavitud egipcia (Moisés 1:17, 26). De alguna manera, es un preludio apropiado para la traducción inspirada de José de Génesis e incluso de toda la Biblia.

La traducción del libro de Génesis continuó durante varios meses, y se revelaron importantes verdades doctrinales acerca de la existencia premortal, la Creación, la Caída y la Expiación. En diciembre de 1830, se registró lo siguiente en el diario del Profeta: “Puede ser conveniente observar aquí que el Señor alentó enormemente y fortaleció la fe de Su pequeño rebaño que había abrazado la plenitud del evangelio eterno, tal como les fue revelado en el Libro de Mormón, dándoles más información sobre las Escrituras; una traducción de las cuales ya había comenzado. Mucha conjectura y conversación ocurría frecuentemente entre los santos, acerca de los libros mencionados y referidos en varios lugares del Antiguo y Nuevo Testamento, que ya no se encuentran en ningún lado. El comentario común era: son ‘libros perdidos’; pero parece que las iglesias apostólicas tenían algunos de estos escritos, ya que Judas menciona o cita la profecía de Enoc, el séptimo desde Adán (Judas 1:14-15). Para gozo del pequeño rebaño... el Señor reveló lo siguiente sobre los hechos antiguos de la profecía de Enoc.” El Profeta luego registró su traducción inspirada de Génesis 7 (también conocido por nosotros como Moisés 7), que contiene muchos de los detalles notables del ministerio y la eventual traducción de Enoc y su ciudad.

El trabajo sobre el Antiguo Testamento continuó hasta el 7 de marzo de 1831. En esa fecha, José Smith recibió la revelación conocida por nosotros como Doctrina y Convenios 45, en la cual se le dijo lo siguiente: “Y ahora, he aquí, os digo que no se os dará saber nada más sobre este capítulo [el Salvador ha estado hablando largamente sobre las señales de Su segunda venida], hasta que el Nuevo Testamento sea traducido, y en él todas estas

cosas serán dadas a conocer; por tanto, os doy que ahora lo tradujáis, para que estéis preparados para las cosas que han de venir. Porque de cierto os digo, que grandes cosas os esperan” (DyC 45:60-62). El manuscrito del trabajo con el primer capítulo de Mateo está fechado el 8 de marzo de 1831. Para esa fecha, la traducción del Antiguo Testamento había avanzado hasta Génesis 19:35.

A principios de abril, el Antiguo Testamento fue apartado temporalmente para que el Nuevo Testamento recibiera atención completa. Durante los meses siguientes, José el Profeta continuó la traducción del Nuevo Testamento y trabajó según el tiempo lo permitiera. Como era tan frecuente, los problemas asociados con el crecimiento de la iglesia, así como proveer las necesidades de vida para su propia familia, impidieron un trabajo más frecuente con la Biblia. En ese momento (para el 7 de abril), los traductores habían avanzado hasta Génesis 24:42a y Mateo 9:2.

Es digno de mención que, en este punto, se estaban recibiendo revelaciones importantes (que ahora están registradas en nuestro Doctrina y Convenios) de manera concurrente con la traducción de la Biblia; de hecho, es fundamental reconocer que se recibieron secciones como la 76 (la visión de las glorias), la 77 (visión sobre la Revelación de Juan), la 91 (información sobre los apócrifos del Antiguo Testamento) y la 132 (matrimonio eterno y plural) como un desarrollo directo del trabajo de traducción de la Biblia del Profeta. Además, cuestiones en el Doctrina y Convenios relacionadas con la Creación, la Caída y la Expiación (por ejemplo, DyC 29) también estaban siendo reveladas a través de la traducción inspirada de Génesis (por ejemplo, Moisés 2-6). En otras palabras, lo que estamos presenciando aquí es un proceso revelador concurrente.

En diciembre de 1830, la traducción de la Biblia reveló muchas cosas grandes relacionadas con la antigua ciudad de Enoc, un momento histórico que se convirtió en el prototipo escritural para el pueblo de Dios en todas las edades. José aprendió que el Señor “llamó a su pueblo Sión, porque eran de un corazón y una mente, y vivían en justicia; y no había pobres entre ellos” (Moisés 7:18). En febrero de 1831, solo dos meses después, el Señor comenzó a hacer conocer, por revelación, el plan por el cual su

pueblo en los últimos días podría establecer una sociedad de los puros de corazón, y construir igualdad económica y espiritual en una sociedad moderna de Sión (DyC 42).

En resumen, Robert J. Matthews explicó: “El trabajo de los Profetas con la Biblia fue una fuente primaria para gran parte del contenido doctrinal y la información instructiva del DyC. En consecuencia, no se podría entender adecuadamente ni el trasfondo ni el contenido de esas partes del DyC sin tener conocimiento de la historia y el contenido de la JST. Los dos volúmenes, cuando se colocan juntos, permiten al estudiante obtener una imagen más clara de cómo el evangelio fue restaurado en esta dispensación, y dan al lector una idea de cómo llega la revelación divina.”

A principios de 1833, el traductor escribió: “Terminé la traducción y revisión del Nuevo Testamento, el 2 de febrero de 1833, y lo sellé.”⁹ En ese momento, se reanudó el trabajo con el Antiguo Testamento. Para el 8 de marzo de 1833, los traductores habían avanzado hasta los Profetas (DyC 90:13). Al día siguiente, 9 de marzo, José consultó a Dios acerca de los apócrifos del Antiguo Testamento (que se encuentran entre el Antiguo y el Nuevo Testamento en la Biblia King James que José estaba usando) y recibió lo que ahora conocemos como Doctrina y Convenios 91. La entrada en el diario de José del 2 de julio de 1833 es la siguiente: “Estamos sumamente fatigados debido a una gran presión de trabajo. Hoy terminamos la traducción de las escrituras, por lo cual expresamos gratitud a nuestro Padre Celestial.”¹⁰

Los Escribas

José el Profeta fue asistido en su traducción de la Biblia por varias personas que sirvieron como escribas. Su esposa, Emma Smith, trabajó en esa capacidad durante un corto tiempo. En una revelación dada a Emma en julio de 1830 se le instruyó: “Y tú irás con él cuando él se vaya, y serás para él como escriba, mientras no haya nadie que sea escriba para él, para que pueda enviar a mi siervo, Oliver Cowdery, adondequiera que yo quiera” (DyC 25:6; énfasis añadido). El Libro de Mormón había sido publicado en marzo de 1830, por lo que esta directiva no podría haberse referido a más trabajo con el registro nefita. Oliver Cowdery sirvió un tiempo en el trabajo de traducción, pero sus actividades como escriba fueron

interrumpidas por un llamado para servir una misión de predicación a los Iamanitas (DyC 28; 32). John Whitmer también trabajó como escriba durante un tiempo. Más tarde, se le dio la tarea de asistir al Profeta en la transcripción y reescritura de la traducción de la Biblia (DyC 47:1). La mayor parte de la actividad de escriba fue realizada por Sidney Rigdon. Después de ser bautizado en la Iglesia en Ohio, Sidney se unió a José Smith y a los Santos en Nueva York en diciembre de 1830. Se involucró en ese mismo mes en el trabajo con la Biblia y trabajó de manera constante hasta que el trabajo formal de traducción terminó en julio de 1833.

El trabajo del escriba parece haber consistido en escribir en hojas de papel lo que José Smith dictaba. José leía directamente de la Biblia y, mediante el espíritu de inspiración, señalaba la necesidad de revisar un texto. Un examen de los manuscritos revela diferentes enfoques o métodos en el trabajo de traducción. Por ejemplo, el texto bíblico se escribe por completo a mano en los manuscritos de Génesis 1-24 y Mateo 1-Juan 5. Más tarde se empleó un método más corto, en el que solo se anotaban por el escriba los pasajes que debían ser revisados en las páginas del manuscrito.

De igual importancia en el proceso de traducción fue el marcado de la gran Biblia por parte de José. Se colocaba una marca, una X o algún otro símbolo antes o después de muchos de los pasajes que iban a ser alterados. Se descubrió que marcas adicionales en la Biblia (puntos, líneas inclinadas, palabras circuncritas o tachadas) eran esenciales en conjunto con los manuscritos para discernir exactamente lo que José Smith pretendía con ciertos pasajes y dónde exactamente debía hacerse el cambio.

La Nueva Traducción, 1830-1844

El interés y la participación del Profeta no cesaron cuando terminó con la Biblia King James en julio de 1833. José pasó los años restantes de su vida (hasta su muerte en 1844) revisando y corrigiendo los manuscritos, buscando encontrar las palabras adecuadas para transmitir lo que había llegado a saber por revelación. Robert Matthews escribió sobre las revisiones en el manuscrito original: “Frente a la evidencia, difícilmente se puede sostener que las palabras exactas le fueron dadas al Profeta en el proceso de una experiencia revelatoria. Las palabras exactas pueden haber sido dadas a la mente del Profeta en ocasiones, pero la evidencia del

manuscrito sugiere que generalmente él se vio obligado a formular las palabras él mismo para transmitir el mensaje que deseaba. En consecuencia, más tarde pudo haber observado que a veces las palabras no eran completamente satisfactorias en los escritos iniciales. Tal vez transmitieron demasiado o demasiado poco. O tal vez fueron demasiado específicas o demasiado vagas, o incluso ambiguas. O las palabras pudieron haber implicado significados no intencionados. Así, a través de (1) un error de grabación, (2) un aumento de conocimiento, o (3) una selección inadecuada de palabras, cualquier pasaje de la Nueva Traducción podría estar sujeto a una revisión posterior. Algunas de las revisiones se escribieron directamente en los manuscritos originales; otras se escribieron en hojas de papel separadas sujetas a las páginas del manuscrito original.

Partes de la traducción de José Smith fueron publicadas antes del martirio del Profeta. La traducción completa no estuvo disponible hasta 1867, cuando la Iglesia Reorganizada de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, conocida hoy como la Comunidad de Cristo, imprimió la primera edición, llamándola las Santas Escrituras. Parte de la nueva traducción de José estaba disponible a través de *The Evening and the Morning Star* en Independence, Missouri (1832-33). En las *Lecciones sobre la Fe*, José citó varios pasajes scripturales según la nueva traducción. Además, lo que ahora se conoce como José Smith-Mateo (la traducción de Mateo 24 de José Smith) fue publicado en algún momento entre 1832 y 1837, mientras que las visiones de Moisés (Moisés 1) fueron publicadas en *The Times and Seasons* en 1843.

Una cosa es clara respecto a la Traducción de José Smith durante la vida de José Smith: el Profeta tenía toda la intención de publicar la traducción completa y de hacer accesibles a los Santos de los Últimos Días las valiosas verdades contenidas en ella. En la medida en que una persona se salva no más rápido de lo que gana conocimiento, José el Profeta estaba ansioso por dar a conocer al pueblo las maravillosas percepciones que le habían llegado a través de su trabajo con la Biblia. Tanto el Profeta como los Santos consideraban la labor de traducción y, ciertamente, el producto como algo de profunda gravedad. En una revelación dada a Frederick G. Williams en enero de 1834, el Señor explicó: "Ahora os digo, mi siervo José Smith Jr. ha sido llamado para hacer una gran obra y tiene necesidad de hacer la obra

de traducción para la salvación de las almas.” Así, en numerosas ocasiones a lo largo de los últimos años del ministerio de José Smith, el Profeta mismo y los Doce hicieron frecuentes solicitudes a los Santos para obtener asistencia financiera, a fin de que José pudiera “dedicarse exclusivamente a aquellas cosas que se relacionan con la espiritualidad de la iglesia,” particularmente la Nueva Traducción.

En julio de 1840, la Primera Presidencia y los Doce Apóstoles nombraron a dos hombres para recorrer la Iglesia y buscar donaciones y ofrendas para la impresión de varios libros de la Iglesia, incluida la Traducción de José Smith. Un editorial en *The Times and Seasons* señaló: “Las autoridades de la iglesia aquí, habiendo tomado en consideración este asunto, y viendo la importancia de publicar un Himnario, y una cantidad más extensa de los Libros de Mormón, y también la necesidad de publicar la nueva traducción de las escrituras, que tanto tiempo ha sido deseada por los Santos; han nombrado y autorizado a Samuel Bent y George W. Harris, como agentes viajeros, para hacer contratos y recibir dinero, etc., para la realización de esta gloriosa obra.”

El 19 de enero de 1841, el Señor dio instrucciones específicas y promesas a William Law: “Si él hace mi voluntad, deje que de ahora en adelante escuche el consejo de mi siervo José, y con su interés apoye la causa de los pobres, y publique la nueva traducción de mi santa palabra a los habitantes de la tierra. Y si él hace esto, lo bendeciré con una multiplicidad de bendiciones, de manera que no será desamparado, ni su descendencia será hallada mendigando pan” (DyC 124:89-90; énfasis añadido). Las súplicas de los líderes de la Iglesia al respecto no fueron atendidas, y el Profeta fue asesinado antes de que la traducción completa fuera impresa en su totalidad.

La cuestión de la completitud de la JST (Traducción de José Smith) es una de gran importancia. ¿Realmente José Smith completó su trabajo con la Biblia? En un sentido, el Profeta completó su tarea al moverse de Génesis a Apocalipsis—es decir, recorrió la versión King James de la Biblia. Recordamos la entrada en el diario de José del 2 de julio de 1833: “Hoy terminamos la traducción de las escrituras, por lo cual expresamos gratitud a nuestro Padre Celestial.” Sin embargo, si preguntamos si José Smith hizo

todos los cambios en la versión King James que podrían haberse hecho o deberían haberse hecho, estamos tratando con un asunto completamente diferente, en lo que respecta a la completitud.

Una de las pruebas más fuertes del estado incompleto de la traducción se encuentra en los sermones de José Smith de 1833 a 1844. En numerosas ocasiones, el Profeta aclaró y corrigió pasajes bíblicos, cambios que no se reflejaron en su traducción inspirada anterior. Por ejemplo, el segundo versículo de la Biblia King James describe el estado de las cosas en la mañana de la creación: “Y la tierra estaba desordenada y vacía” (Génesis 1:2). En el manuscrito original de la Traducción de José Smith, este versículo es exactamente el mismo que aparece en la versión King James. Sin embargo, en un sermón pronunciado el 5 de enero de 1841 en Nauvoo, José enseñó que la frase “desordenada y vacía” debería traducirse como “vacía y desolada.”

El apóstol Pablo explicó en su primera epístola a los Corintios que “ningún hombre puede decir que Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). En una alocución a la Sociedad de Socorro a fines de abril de 1842, José explicó que ningún hombre puede saber que Jesús es el Señor sino por el Espíritu. Justo cinco meses antes de su muerte, el Profeta aclaró otro pasaje bíblico que no había recibido alteración en el manuscrito original: “A menudo se hace la pregunta: ‘¿No podemos ser salvos sin pasar por todas esas ordenanzas?’ Yo respondería: No, no la plenitud de la salvación. Jesús dijo: ‘En la casa de mi Padre hay muchas moradas, y voy a preparar un lugar para vosotros.’ La casa mencionada aquí debería haberse traducido como reino; y cualquier persona que sea exaltada a la morada más alta tiene que cumplir con una ley celestial, y toda la ley también.” Se podrían dar otros ejemplos para ilustrar aún más este punto.

Hay otro ángulo muy significativo desde el cual ver el asunto de cuánto de la Biblia el Señor permitió que José Smith tradujera: la falta de preparación de los Santos y del mundo para recibir todo lo que podría haberse dado a través del Profeta. Según una conversación sostenida en la Escuela de los Profetas de Salt Lake City en 1868, “George A. Smith testificó que había oído a José decir antes de su muerte que la nueva traducción no estaba completa, que no había podido prepararla, y que probablemente fue

providencial que así fuera.” El presidente George Q. Cannon observó: “José no vivió para dar al mundo una publicación autoritativa de estas traducciones. Pero el trabajo fue su propia recompensa, trayendo consigo una bendición especial de comprensión ampliada para el Profeta y una bendición general de iluminación para el pueblo a través de sus enseñanzas posteriores.” El presidente Cannon también anotó: “Hemos oído a Brigham Young decir que el Profeta, antes de su muerte, le había hablado sobre volver a revisar la traducción de las escrituras y perfeccionarla en puntos de doctrina que el Señor le había restringido dar con claridad y plenitud en el momento del que hablamos.”

El presidente Joseph Fielding Smith escribió en 1914 que el Profeta “revisó, tal como está, mucho más de lo que el mundo puede o recibirá. En la ‘traducción de las escrituras,’ dio al mundo todo lo que el Señor le permitió dar, y tanto como muchos de los miembros de la Iglesia fueron capaces de recibir. Por lo tanto, terminó todo lo que se requería de él, o lo que se le permitió revisar, hasta julio de 1833, cuando interrumpió su labor de revisión.” El élder Bruce R. McConkie también escribió: “En muchos pasajes se hicieron todos los cambios necesarios; en otros, el Espíritu lo ‘restringió’ de dar el significado completo y claro. Como con todo conocimiento revelado, el Señor estaba ofreciendo nuevas verdades al mundo, ‘línea sobre línea, precepto sobre precepto.... . Ni el mundo ni los santos en general estaban entonces ni están ahora preparados para la plenitud del conocimiento bíblico.”

La Traducción: 1844 AL SIGLO XX

El Manuscrito Bernhisel (1845)

Después de la muerte del Profeta, los manuscritos de la Nueva Traducción fueron conservados por Emma Smith, viuda de José, y, por lo tanto, eventualmente pasaron a ser propiedad de la Iglesia RLDS.²⁷ Sin embargo, no mucho después del martirio, el Dr. John M. Bernhisel, un amigo de confianza del Profeta y de Emma, tuvo la oportunidad de examinar el manuscrito original. Al describir la ocasión en la primavera de 1845, cuando el Dr. Bernhisel examinó el manuscrito, L. John Nuttall registró: “El élder John M. Bernhisel llamó a petición del presidente Taylor y explicó acerca de su copia manuscrita de la Nueva Traducción de la Biblia, tomada del

Manuscrito del Profeta José Smith. El hermano Bernhisel dijo: ‘Tenía un gran deseo de ver la Nueva Traducción, pero no me gustaba pedirla; pero una tarde, estando en la casa del hermano José, aproximadamente un año después de su muerte, la hermana Emma, para mi sorpresa, me preguntó si no me gustaría verla. Respondí, sí. Ella me la entregó al día siguiente, y la mantuve en mi custodia durante aproximadamente tres meses. Ella me dijo que no estaba preparada para la prensa, ya que José había diseñado revisarla nuevamente. No copié todo lo que fue traducido, dejando algunas pocas adiciones y cambios que se hicieron en algunos de los libros. Pero en lo que respecta a lo que copié, lo hice lo más correctamente que pude. Las marcas en mi Biblia corresponden exactamente con las marcas en la Biblia del Profeta José, de modo que todos los libros corregidos en su Biblia, hasta donde yo sé ahora, están marcados en mi Biblia; pero como dije, las adiciones no se hicieron todas en mi Manuscrito de esos libros que no copié.’”

Las limitaciones de lo que se ha llegado a conocer como el Manuscrito Bernhisel son claras a partir de las propias palabras de John Bernhisel: la copia que hizo es incompleta y, por lo tanto, inadecuada para representar exactamente lo que el Profeta José Smith y sus escribas registraron. Los siguientes son algunos de los errores que cometió sin intención el Dr. Bernhisel:

1. Bernhisel no copió todas las correcciones señaladas en los manuscritos originales. José alteró 3,410 versículos; Bernhisel notó solo 1,463.
2. La copia de Bernhisel es interpretativa, en el sentido de que parece estar pensando por sí mismo, en lugar de simplemente copiar del manuscrito de José.
3. A veces, Bernhisel registró más de lo que debería haber hecho; es decir, anticipó correcciones que no estaban allí.

No hay duda de que si Bernhisel hubiera sabido en la primavera de 1845 que los manuscritos originales estarían fuera del alcance de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días durante tanto tiempo (aproximadamente 125 años), habría tenido mucho más cuidado al registrar todo lo que José había registrado. Su copia fue pensada como personal y nunca fue concebida por él como un

documento oficial. John Bernhisel llegó al Valle de Salt Lake el 24 de septiembre de 1848, y se supone que trajo su manuscrito con él. Una copia de este manuscrito fue realizada por dirección de la Primera Presidencia en 1879. El Manuscrito Original de Bernhisel ahora está disponible en la Biblioteca de los Historiadores de la Iglesia en Salt Lake City. Es significativo como una reliquia histórica, y su fecha temprana de 1845 ayuda mucho a verificar la exactitud actual de los manuscritos originales.

La Perla de Gran Precio (1851)

En 1850, Franklin D. Richards, del Consejo de los Doce, sucedió a Orson Pratt como presidente de la Misión Británica. Una de las primeras cosas que Richards notó sobre el estado de las cosas en su misión fue la escasez de material de lectura de la Iglesia. Pocos de los Santos incluso tenían copias de las obras estándar. Sabiendo de la necesidad de una lectura regular de buenos libros, particularmente las escrituras, el presidente Richards compiló y publicó un folleto misionero, un libro que contenía varias gemas de valor doctrinal e histórico, muchas de las cuales eran revelaciones y escritos del Profeta José Smith. Este folleto, que llegó a conocerse como *La Perla de Gran Precio* y que fue impreso por primera vez en 1851, contenía artículos como las traducciones de José de los materiales egipcios (los escritos de Abraham y los facsímiles); varias revelaciones del Doctrina y Convenios (todas o partes de las secciones 20; 27; 77; 87; 107); extractos de la historia de José Smith sobre la Restauración (Historia de José Smith); los Artículos de Fe, tal como se dieron en la Carta de Wentworth; y un poema de John Jacques, un converso británico, titulado “Truth” (lo conocemos como “Oh Say, What Is Truth?”).

La Perla de Gran Precio también contenía los siguientes elementos de la traducción de la Biblia de José Smith, tal como se da en la tabla de contenido de esa primera edición:

- Extractos de la Profecía de Enoc, que también contienen una Revelación del Evangelio a nuestro padre Adán, después de

haber sido expulsado del Jardín del Edén. Revelado a José Smith, diciembre de 1830 [Moisés 6:43-7:69]

- Las palabras de Dios, que Él habló a Moisés en el momento en que Moisés fue elevado a un monte muy alto, y vio a Dios cara a cara, y habló con Él, y la gloria de Dios estaba sobre Moisés; por lo tanto, Moisés pudo soportar Su presencia. Revelado a José Smith, junio de 1830 [Moisés 1:1-5:16, parte; Moisés 5:19-40; Moisés 8:13-30]
- Extracto de una Traducción de la Biblia: siendo el capítulo veinticuatro de Mateo, comenzando con el último versículo del capítulo veintitrés. Por el Profeta, Vidente y Revelador, José Smith [José Smith-Mateo].

Como se puede ver, no todo el material de Moisés estaba contenido en la *Perla de Gran Precio* de 1851. El presidente Richards parece haber utilizado los materiales de la Traducción de José Smith de manuscritos anteriores (es decir, no las versiones finales preparadas por el Profeta José), tal como se publicó anteriormente en *The Evening and the Morning Star* y *The Times and Seasons*.

La Primera Impresión de la Traducción de José Smith (1867)

En una conferencia de la Iglesia RLDS celebrada en abril de 1866, se hicieron planes para publicar la traducción de la Biblia del Profeta José Smith. Un comité se acercó a Emma Smith Bidamon el 3 de mayo de 1866 en relación con el uso de los manuscritos originales, y Emma les entregó los manuscritos. Más tarde, escribió a su hijo José Smith III: “Ahora, en cuanto al manuscrito de la Nueva Traducción, si deseas conservarlos, puedes hacerlo, pero si no, me gustaría tenerlos. A menudo he pensado que la razón por la cual nuestra casa no se incendió cuando estuvo tantas veces en llamas fue por ellos, y aún siento que hay una santidad asociada a ellos.”

Un comité de publicación de la RLDS tenía el manuscrito listo para su publicación para el 1 de julio de 1867, y el primer envío de la edición

impresa (quinientas copias) llegó a Plano, Illinois, el 7 de diciembre de 1867. El libro se llamó *Las Santas Escrituras*. Posteriores ediciones siguieron, incluida una edición para maestros de 1936, que fue la primera edición en tener las palabras *Versión Inspirada* como parte del título del libro. En 1944 se publicó una “Nueva Edición Corregida,” en la que se hicieron 352 correcciones a la edición original (1867). En esa edición, parece que el comité de publicación había descubierto cómo fusionar los manuscritos con la Biblia marcada. En 1970 se introdujo una edición en columnas paralelas en la que el estudiante podía comparar la versión King James con la traducción de José Smith de un vistazo. La impresión de 1991 de la nueva edición corregida parece ser la más precisa publicada hasta la fecha.

La edición de 1867 es importante no solo por su valor histórico como la aparente realización del deseo del Profeta de que toda la nueva traducción fuera accesible a todos los miembros de la Iglesia, sino también porque fue la fuente sobre la cual Orson Pratt se basó para su producción de la segunda edición (estadounidense) de la *Perla de Gran Precio* canonizada en 1878. Aunque hubiera sido maravilloso para la Iglesia de Utah haber tenido acceso a los manuscritos originales mucho antes en nuestra historia, debemos una deuda de gratitud a la Iglesia RLDS (Comunidad de Cristo) por imprimir la traducción de la Biblia del Profeta José Smith y preservar los manuscritos en la medida en que pudieron.

El trabajo de Robert J. Matthews

El interés en la Traducción de José Smith, o *Versión Inspirada*, de la Biblia continuó tanto en la Iglesia SUD como en la Iglesia RLDS. Se llevaron a cabo estudios sobre la historia de la traducción de José Smith,⁵⁴ comparaciones entre esta y la versión King James,³⁵ y análisis textuales importantes³⁶ desde 1940 hasta 1969. El espíritu de investigación y el deseo de descubrir y profundizar en el significado y la importancia del trabajo de José Smith con la Biblia impulsaron numerosas tesis, disertaciones, artículos y libros durante muchos años.

En el verano de 1944, Robert J. Matthews escuchó una transmisión radial a través de la estación KSL, pronunciada por el presidente Joseph Fielding

Smith. En ese sermón, el presidente Smith citó Juan 1:18, “Ningún hombre ha visto a Dios en ningún tiempo,” así como 1 Juan 4:12, “Ningún hombre ha visto a Dios en ningún tiempo, excepto aquellos que creen.” El presidente Smith dijo: “Esos dos pasajes que estamos discutiendo fueron corregidos por el Señor en una revelación a José Smith,” y luego leyó las palabras de la traducción inspirada del Profeta: “Y ningún hombre ha visto a Dios en ningún tiempo, excepto el que ha dado testimonio del Hijo; porque, excepto a través de Él, ningún hombre puede ser salvo” (JST Juan 1:19; énfasis añadido). Robert Matthews tenía entonces solo dieciocho años y nunca antes había oído hablar de la JST. Sin embargo, de repente, se sintió profundamente impactado por el significado de lo que el presidente Joseph Fielding Smith acababa de decir y, al mismo tiempo, surgió en él un deseo de saber más sobre esta faceta del ministerio del Profeta.

No había ninguna edición impresa de la traducción de la Biblia de José Smith disponible en la ciudad natal del hermano Matthews, Evanston, Wyoming, ni había nadie que supiera mucho sobre el trabajo. Aquellos que sabían algo eran negativos al respecto, indicando por un lado que José Smith nunca terminó la traducción y, por otro, que la edición impresa no era confiable, ya que probablemente había sido alterada por la Iglesia RLDS. Finalmente, el joven hermano Matthews pudo obtener una impresión de 1947 de la *Versión Inspirada* de N. B. Lundwall de Salt Lake City, un hombre que había pertenecido anteriormente a la Iglesia RLDS y que también era conocido por numerosas compilaciones y publicaciones importantes en el mercado de libros SUD. De 1947 a 1950, el hermano Matthews comparó la versión King James y la traducción de José Smith. Citó frecuentemente de ella en discursos y lecciones, pero a menudo le decían en su barrio y en la Universidad Brigham Young que la Iglesia no aceptaba el libro y que era inapropiado incluso citarlo.

La introducción en 1944 de la “nueva edición corregida” de la *Versión Inspirada* había confirmado en la mente de muchos Santos de los Últimos Días que la Iglesia RLDS había alterado los manuscritos originales de la traducción de la Biblia de José Smith. Tales actitudes aumentaron el deseo de Robert Matthews de examinar los manuscritos por sí mismo para verificar la precisión de las ediciones impresas. El hermano Matthews comenzó a preguntar a los líderes de la Iglesia RLDS sobre la posibilidad de

examinar los documentos originales. Continuó con sus solicitudes durante quince años antes de que finalmente se le concediera permiso en 1968.

Mientras tanto, el hermano Matthews había aprendido que una copia parcial de los manuscritos—el *Manuscrito Bernhisel*—era conservada por la Iglesia en Salt Lake City. En gran parte gracias a los esfuerzos de Reed C. Durham y la amabilidad del presidente Joseph Fielding Smith, el historiador de la Iglesia en ese momento, el *Manuscrito Bernhisel* se puso a disposición para investigación en 1965. En 1960, Robert Matthews había escrito una tesis de maestría en la Universidad Brigham Young sobre los cuatro Evangelios y la traducción de la Biblia de José Smith, pero en ese estudio no tuvo acceso a los manuscritos originales. En 1968 completó un Ph.D. en BYU, con su disertación doctoral examinando las ediciones impresas de la traducción de José Smith y el *Manuscrito Bernhisel*. Este estudio abrió el camino para que la Iglesia RLDS permitiera al hermano Matthews tener acceso a los manuscritos originales, comenzando en 1968. En 1975, publicó su libro “*A Plainer Translation: Joseph Smith’s Translation of the Bible, a History and Commentary*,” en el que discutió la importancia histórica y doctrinal de la traducción de José Smith, basándose no solo en fuentes impresas (la *Versión Inspirada* y ediciones publicadas anteriormente de la traducción de la Biblia de José Smith), sino también en los manuscritos originales.

Entre las muchas contribuciones críticas del trabajo de Robert J. Matthews con los documentos originales, se descubrieron o confirmaron los siguientes puntos:

1. Las correcciones del Profeta no se hicieron en las páginas de la Biblia, sino en hojas de papel.
2. Varios escribas trabajaron con el Profeta en el registro de las correcciones.
3. Algunos pasajes fueron corregidos más de una vez, proporcionando información adicional en cada ocasión. Esto ayudó a demostrar cómo llega la revelación.
4. Los manuscritos revelaron fechas clave, lo que dio una indicación más clara del momento en que el Profeta estaba traduciendo ciertos capítulos. Estos hallazgos también establecieron la relación

doctrinal de la traducción de José Smith con el Doctrina y Convenios.

5. A través del acceso a las fechas en los manuscritos, quedó claro que el trabajo de traducción de la Biblia fue una actividad principal del Profeta y un asunto significativo en la historia de los Santos de los Últimos Días y en el desarrollo de la verdad en esta dispensación.
6. Finalmente, el trabajo del hermano Matthews sustenta y verifica el texto de la traducción de José Smith tal como fue impresa en la *Versión Inspirada*, proporcionando evidencia de que los lectores pueden sentirse cómodos con lo que ahora encuentran impreso. Con muy pocas excepciones,³⁸ el texto impreso sigue los manuscritos en contenido y significado.

La Edición de los Santos de los Últimos Días de la Biblia King James (1979)

En 1972, el presidente Harold B. Lee organizó un Comité de Ayudas Bíblicas para preparar una edición de la Biblia que proporcionara ayudas doctrinales e históricas para los estudiantes de las escrituras de los Santos de los Últimos Días. Entre los primeros temas propuestos en la preparación de la edición SUD de la Biblia estaba que se incluyeran los cambios significativos de la traducción de la Biblia del Profeta José Smith. A medida que avanzaba el trabajo en esta edición de la Biblia King James, quedó claro que tal proyecto llevaría naturalmente a una consideración del estado de la combinación triple también. El Comité de Ayudas Bíblicas se convirtió en el Comité de Publicaciones de las Escrituras, que finalmente consistió en los élderes Thomas S. Monson, Boyd K. Packer y Bruce R. McConkie. Estos tres miembros del Consejo de los Doce Apóstoles fueron asistidos principalmente por tres miembros de la facultad de Educación Religiosa de la BYU: Ellis T. Rasmussen, Robert C. Patch y Robert J. Matthews. Además, cientos de miembros del Sistema Educacional de la Iglesia ayudaron a producir la *Guía Temática* y un complejo sistema de referencias cruzadas entre todos los libros dentro de las obras estándar.

Hay mucho que recomendar en la innovadora edición SUD de la Biblia King James, publicada por primera vez en 1979 y nuevamente en 2013 con ortografía actualizada, ayudas de estudio y una nueva introducción a la Traducción de José Smith. Una de sus grandes fortalezas es la maravillosa

luz que arrojan los cambios hechos en la traducción de José Smith, ya sea en las notas al pie de página de cada página o en el Apéndice al final del libro. El élder Packer observó en 1982 acerca de las nuevas ediciones de las escrituras: “Serán consideradas, en la perspectiva de la historia, como el logro culminante en la administración del presidente Spencer W. Kimball.” Continuando, el élder Packer enseñó: “Con el paso de los años, estas escrituras producirán generaciones sucesivas de cristianos fieles que conocen al Señor Jesucristo y están dispuestos a obedecer Su voluntad.

“La generación anterior ha sido criada sin ellas, pero hay otra generación que está creciendo. Las revelaciones se abrirán para ellos como nunca antes en la historia del mundo. En sus manos ahora se entregan las varas de José y de Judá. Desarrollarán una erudición evangélica más allá de la que sus antepasados pudieron lograr. Tendrán el testimonio de que Jesús es el Cristo y serán competentes para proclamarlo y defenderlo.”

¿Qué es la Traducción de José Smith?

Desafortunadamente, José Smith no explicó la naturaleza de su traducción inspirada de la Biblia King James. Así como no estamos seguros de cómo exactamente tradujo el Libro de Mormón, tampoco estamos informados por el Profeta mismo acerca de lo que implicaba mientras estudiaba y meditaba sobre el texto bíblico. Se han sugerido las siguientes posibilidades⁴⁰ para explicar lo que representa la traducción de la Biblia de José Smith:

1. “Comentario profético inspirado” por el Profeta José Smith, percepciones que proporcionó para ayudar a un mundo moderno a comprender mejor un mensaje de tiempos antiguos. Esto podría ser similar a lo que Nefi se refería como la comparación de las escrituras con nosotros mismos (1 Nefi 19:23-24; 2 Nefi 11:8). Los documentos proféticos pueden ser interpretados y explicados por los profetas, y debemos una profunda deuda de gratitud a José Smith en este sentido.
2. Una armonización de conceptos doctrinales que fueron revelados a José Smith de forma independiente de su trabajo

con la Biblia, pero que resultaron ser el medio por el cual él llegó a reconocer una inexactitud bíblica.

3. Una restauración de contenido, ideas, eventos y dichos que no fueron registrados por los autores bíblicos o que fueron registrados por ellos pero que, desde entonces, se omitieron del registro. De una manera muy real, cuestionamos la integridad de José Smith, a menos que consideremos seriamente la propuesta de que muchos de los cambios del Profeta en su traducción de la Biblia podrían ser una restauración de contenido perdido. Una respuesta que recibo ocasionalmente de aquellos dentro de la fe SUD y de otros fuera de ella cuando se enteran de la traducción bíblica del Profeta es esta: “Pero, ¿no estaba José Smith simplemente ‘mormonizando’ la Biblia?” No obstante, no tarda mucho en darse cuenta de que había muy poco con lo que mormonizar la Biblia para 1833. Muchas doctrinas de los Santos de los Últimos Días que hoy se asocian típicamente con el mormonismo no llegaron sino hasta más tarde.

En su traducción de dos de los Evangelios, el Profeta cambió los títulos para que dijeran “El Testimonio de San Mateo” y “El Testimonio de San Juan.” Tal alteración no es sin importancia. Me resulta difícil imaginarlo agregando palabras a los sermones del Salvador, creando discusiones entre Jesús y los Doce, y produciendo escenarios y recreando eventos de los cuales no tenemos otro registro, salvo que esas palabras y eventos alguna vez fueron parte de los testimonios de los escritores del Evangelio. ¿No sugeriría esto deshonestidad (o orgullo o arrogancia) insertar o crear o inventar episodios o diálogos que no tienen base en hechos históricos? Las palabras del propio José Smith son conmovedoras en cuanto a pretender realizar una obra divina: “Después de que [DyC 67] fue recibida, W[illiam] E. McLellin, como el hombre más sabio en su propia estimación, teniendo más aprendizaje que sentido, intentó

escribir un mandamiento como uno de los menores de los del Señor, pero fracasó; fue una tremenda responsabilidad escribir en el nombre del Señor. Los élderes, y todos los presentes, que presenciaron este vano intento de un hombre de imitar el lenguaje de Jesucristo, renovaron su fe en la plenitud del evangelio, y en la verdad de los mandamientos y revelaciones que el Señor había dado a la iglesia a través de mi instrumento; y los élderes indicaron su disposición a dar testimonio de su verdad a todo el mundo.”

Mi convicción personal es cierta respecto a la integridad de José Smith. Creo que muchas de las alteraciones hechas en la traducción de José representan comentarios o armonizaciones. Igualmente creo que, como traductor y restaurador divinamente llamado, José Smith restauró lo que una vez se había registrado pero que luego fue intencionalmente removido, e incorporó lo que ocurrió o se dijo antiguamente, pero que no fue registrado por los escritores antiguos. Debemos siempre tener en cuenta que José, el traductor del Libro de Mormón y receptor de las revelaciones en el Doctrina y Convenios, era el mismo hombre llamado y empoderado como traductor de la Biblia.

Algunos dudan en reconocer o usar la Traducción de José Smith como una verdadera restauración porque los cambios a menudo no reflejan las lecturas o los significados más obvios en algunos de los textos más antiguos existentes. Los Santos, de todos los pueblos, deben ser cautelosos al evitar suposiciones superficiales sobre los manuscritos más antiguos disponibles.

Las variantes textuales a lo largo de los siglos son de dos tipos: no planificadas y planificadas. Las variantes no planificadas son frecuentemente las no intencionadas, resultado de errores humanos; son, de alguna manera, las más fáciles de manejar y aquellas a las que un crítico textual sincero podría dedicar toda una vida de estudio. Las variantes planificadas resultaron cuando un escriba decidió conscientemente agregar o omitir algo del manuscrito. En muchos casos, esas podrían haber sido adiciones o omisiones bien intencionadas, pero aún así son dañinas para la transmisión precisa del manuscrito anterior. En otros casos, las adiciones u omisiones podrían haber sido menos bien intencionadas, como cuando se

han alterado, quitado o retenido verdades valiosas. Incluso este último tipo de error podría corregirse si tuviéramos acceso a manuscritos originales o documentos posteriores pero no alterados de una época anterior. Pero no los tenemos.

La visión profética de Nefi trata sobre alteraciones dramáticas e intencionales a los textos más antiguos. El hermano Matthews observó: “Al leer las palabras del ángel [en 1 Nefi 13], descubrimos que el mundo nunca ha tenido una Biblia completa, porque fue masivamente, incluso catastróficamente, corrompida antes de ser distribuida.” No se necesita mayor fe para suponer que el Profeta José Smith vio más allá de los textos ahora disponibles hacia un texto anterior o más completo (o quizás incluso hacia un episodio o declaración no registrada previamente) que aceptar que él tradujo planchas de oro que contenían un lenguaje conocido solo por los nefitas (Mormón 9:34). En resumen, “las partes planas y preciosas que faltan aún no han sido reveladas a través de manuscritos y eruditos, sino que están disponibles solo a través del Libro de Mormón, la Traducción de José Smith y la revelación moderna por medio de la instrumentalidad de un profeta.”

Conclusión

Pocos asuntos en la historia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días demuestran de manera más dramática cómo los tesoros doctrinales generalmente nos han llegado línea por línea, precepto por precepto, que el proceso mediante el cual la Nueva Traducción llegó de José Smith, a través de la Iglesia Reorganizada, a los Santos en el siglo XX. Al observar detenidamente la historia de la Traducción de José Smith, podemos ver la mano del Señor de manera significativa: no solo el Señor dirigió los esfuerzos de su noble siervo José Smith en la traducción en sí, sino que también abrió puertas e intervino donde fue necesario para que una obra monumental pudiera ser entregada intacta a Israel moderno.

La actitud con la que José Smith abordó su tarea de traducir la Biblia es evidente en las declaraciones del Profeta mismo. Por ejemplo, en una carta a W. W. Phelps, José escribió: “Hemos terminado la traducción del Nuevo Testamento. Se han revelado cosas grandes y gloriosas, estamos haciendo rápidos avances en el antiguo libro y, en la fuerza de Dios, podemos hacer

todas las cosas conforme a su voluntad.”⁴⁴ Que José y su escriba reconocieran que el trabajo de traducción de la Biblia era mucho más que un ejercicio mental es evidente en una simple entrada en la parte superior de la página 1 del manuscrito de la traducción de José Smith de Mateo: “Una Traducción del Nuevo Testamento, traducida por el poder de Dios.”⁴⁵ En una revelación a Sidney Rigdon, el escriba principal de la traducción, Jesucristo nos da Su propia percepción sobre la naturaleza y el alcance de la traducción de José Smith: “Y te doy un mandamiento: que escribas por él; y las escrituras serán dadas, tal como están en mi propio seno, para la salvación de mis escogidos.” (DyC 35:20; énfasis añadido).

En 1832, el Señor advirtió a los Santos que, a menos que tomaran en serio el “nuevo convenio del Libro de Mormón, la Iglesia quedaría bajo condenación” (DyC 84:54-57). En 1831, José Smith había enseñado de manera similar acerca de su traducción de la Biblia: Dios había sellado frecuentemente los cielos por causa de la codicia en la Iglesia. Dijo que el Señor acortaría su obra en justicia y que, a menos que la Iglesia recibiera la plenitud de las Escrituras, aún caería.”⁴⁶

Hay tanta belleza y profundidad de doctrina y visión que se puede obtener dentro de la Traducción de la Biblia de José Smith que es un error estudiar y enseñar sin ella; hacerlo equivale a elegir lo que recibiremos del Señor y lo que no. Tal actitud es ciertamente ajena al verdadero buscador de la verdad. Aquellos que aman y reverencian el nombre y los trabajos de José Smith deberían estar complacidos y entusiasmados de recibir todo lo que Dios ha elegido revelar a través de su moderno vidente y legislador.

Debe ser obvio que vivimos en un día en que los efectos de la eliminación de verdades preciosas se sienten en el mundo religioso. Sin embargo, en cumplimiento de la gloriosa profecía de Moisés, Dios ha levantado en nuestros días a un moderno Moisés, a través de cuya instrumentalidad las verdades del cielo “se han vuelto a dar entre los hijos de los hombres—entre tantos como crean” (Moisés 1:41).

Capítulo 8

Sion. Los Puros de Corazón

Fayette, Nueva York, y Kirtland, Ohio, noviembre-diciembre de 1830. El Profeta José y sus escribas en la traducción de la Biblia, entre junio y septiembre de 1830, habían recorrido los primeros capítulos de Génesis y aprendieron detalles significativos sobre la obra y la gloria del Señor, la Creación y la Caída, y la eterna expiación de Jesucristo. En noviembre y diciembre de 1830, se hicieron conocer percepciones que se habían perdido del registro bíblico cientos de años antes, relacionadas con la vida, el ministerio y la eventual traducción del profeta-patriarca antediluviano Enoc. La Sion de Enoc proporcionó un patrón, un modelo, mediante el cual se podría establecer una Sion moderna.

Aunque la aceptación de Jesucristo y su mensaje de salvación es un esfuerzo individual, el cielo en la tierra y el cielo en el más allá deben ser traídos a cabo mediante el establecimiento de la unidad entre personas de buena voluntad. Aunque la paz y la rectitud definitivas en la tierra no podrán llegar hasta que el Rey de reyes regrese con gloria, majestad y poder, es responsabilidad del pueblo de Dios despojar sus almas del orgullo y la envidia, y de este modo establecer una unión espiritual significativa en la sociedad. El respetado erudito del Nuevo Testamento N. T. Wright escribió: “Parece que nosotros, los seres humanos, fuimos diseñados para encontrar nuestro propósito y significado no solo en nosotros mismos y en nuestras vidas internas, sino en los unos a los otros y en los significados y propósitos compartidos de una familia, una calle, un lugar de trabajo, una comunidad, una ciudad, una nación.”

Crecimiento y Comunidad

A medida que he sido testigo del crecimiento de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días desde el año de mi propio nacimiento (1947, cuando la Iglesia había crecido hasta incluir su primer millón de miembros)

hasta el presente, me siento asombrado pero inspirado por lo audaces que fueron los primeros líderes SUD, lo seguros que estaban, lo optimistas que estaban acerca del futuro crecimiento del reino del Señor. Intenta imaginar cómo se sintió un pequeño grupo de Santos de los Últimos Días cuando se reunieron en la casa de Peter Whitmer Sr. para la organización formal de la Iglesia el 6 de abril de 1830. Intenta imaginar lo que pasó por las mentes de los primeros misioneros cuando se les dijo por revelación que “la voz del Señor es para todos los hombres, y no hay ninguno que escape; y no hay ojo que no vea, ni oído que no oiga, ni corazón que no sea penetrado... Y la voz de advertencia será para todo el pueblo, por las bocas de mis discípulos, a quienes he escogido en estos últimos días” (DyC 1:2, 4).

Intenta imaginar la maravilla y asombro que debió haber embargado al pequeño grupo cuando se les instruyó que “el sonido debe salir de este lugar hacia todo el mundo, y hasta los confines de la tierra—el evangelio debe ser predicado a toda criatura, con señales siguiéndolos a los que crean” (DyC 58:64). Verdaderamente, el brazo del Señor sería revelado “convenciendo a las naciones... del evangelio de su salvación. Porque sucederá en ese día que cada hombre escuchará la plenitud del evangelio en su propia lengua, y en su propio idioma, a través de aquellos que han sido ordenados para este poder” (DyC 90:10-11).

Wilford Woodruff describió una reunión temprana de los Santos en Kirtland, Ohio: “El domingo por la noche, el Profeta llamó a todos los que sostenían el Sacerdocio a reunirse en la pequeña escuela de troncos que tenían allí. Era una casa pequeña, quizás de 4 metros cuadrados. Pero albergó a todo el Sacerdocio de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días que estaba entonces en la ciudad de Kirtland, y que se habían reunido para ir al Campamento de Sion... Cuando nos reunimos, el Profeta llamó a los Élderes de Israel para que dieran testimonio de esta obra... Cuando terminaron, el Profeta dijo: Hermanos, he sido muy edificado e instruido con vuestros testimonios esta noche, pero quiero decirles delante del Señor que no saben más sobre los destinos de esta Iglesia y este reino que un bebé en el regazo de su madre. No lo comprenden.’ Me sorprendió un poco. Dijo: ‘Es solo un pequeño puñado de Sacerdocio lo que ven aquí esta noche, pero esta Iglesia llenará América del Norte y del Sur—llenará el mundo.’”

José Smith declaró solo semanas antes de su muerte: “Calculo ser uno de los instrumentos para establecer el reino de [Dios que visionó] Daniel por la palabra del Señor, y tengo la intención de sentar una base que revolucionará todo el mundo. ¿Y cómo se realizará esto? ‘No será con espada ni con arma de fuego que este reino avanzará,’ dijo el Profeta. ‘El poder de la verdad es tal que todas las naciones estarán obligadas a obedecer el evangelio.’”

La visión de José Smith sobre el reino de Dios era cósmica. Consistía en más que predicación, estudio y servicios sabáticos; implicaba toda la renovación del orden de las cosas en la tierra, la transformación del hombre y la elevación de la sociedad. Y en el corazón de esa sublime escena estaba la doctrina de Sion, una doctrina y una cosmovisión que darían forma a la Iglesia primitiva y señalarían a los Santos de los siglos veinte y veintiuno hacia la comunidad ideal. En este capítulo, consideraremos más ampliamente la idea y el ideal de Sion como un pueblo o comunidad de creyentes, Sion como un lugar específico, y Sion como un estado de ser, los puros de corazón.

Sion Descubierta

José Smith parece haber encontrado por primera vez el concepto de Sion (en un sentido distinto al de la montaña santa o la ciudad santa en Jerusalén) en su traducción del Libro de Mormón. Los profetas del Libro de Mormón hablaron de Sion como un estado santo, una sociedad de los Santos, una forma de vida que debía ser establecida o traída a la existencia bajo la dirección de Dios; aquellos que lucharan contra ella incurriían en el desagrado de Dios. Los ciudadanos trabajan para el bienestar de Sion en lugar de por dinero. Además, en las palabras de Jesús resucitado encontradas en el Libro de Mormón, Sion fue identificada como un lugar específico en la tierra de América, una tierra de promesa y herencia para los descendientes de José de antaño (1 Nefi 13:37; 2 Nefi 10:11-13; 26:29-31; 28:20-24; 3 Nefi 16:16-18).

Como hemos mencionado, un momento clave en la historia de los Santos de los Últimos Días con respecto al descubrimiento del concepto de Sion ocurrió durante la traducción de José Smith de los primeros capítulos de Génesis. Para cuando Sidney Rigdon se unió al Profeta en diciembre de

1830 y se convirtió en el escriba principal en la traducción de la Biblia, ya comenzaban a darse a conocer detalles sobre el patriarca Enoc y su antigua ciudad de Sion. Un texto de la versión King James de tres versículos sobre Enoc y su pueblo se expandió a más de cien versículos, exponiendo el conocimiento sobre la manera en que toda una sociedad de personas que vivían antes del Diluvio fue espiritualmente despertada a la rectitud trascendental; los medios por los cuales este antiguo pueblo, anteriormente inclinado al egoísmo y al orgullo, cambió sus almas, atendió las necesidades de los pobres, y se convirtió en “un solo corazón y una sola mente” (Moisés 7:18); y cómo, a través de la aplicación de tal filosofía divina, fueron trasladados, sacados de la tierra al seno de Dios (Moisés 7). La Sion de Enoc se convirtió en el patrón, el prototipo escritural, para los Santos de los Últimos Días. En los meses que siguieron, varias revelaciones que ahora tenemos en el Doctrina y Convenios hablaron de la antigua Sion de Enoc (DyC 38:4; 45:12-14; 107:49) y también proporcionaron el marco general para que los Santos de los Últimos Días comenzaran a construir una sociedad moderna de Sion.

Múltiples Significados de Sion

Entre las primeras revelaciones registradas en el Doctrina y Convenios estuvo el mandamiento repetido: “Ahora, como me habéis pedido, he aquí, os digo, guarda mis mandamientos, y procura traer a cabo y establecer la causa de Sion” (DyC 6:6; ver también 11:6; 12:6; 14:6). Así, Sion pasó a asociarse con la Iglesia restaurada y la obra de la Restauración. Los fieles podían animarse en medio de sus problemas, porque Sion era la ciudad de Dios (DyC 97:19). De hecho, al hablar del lugar sagrado donde se congregaba el pueblo de Dios, el Señor dijo: “He aquí, la tierra de Sion—yo, el Señor, la sostengo en mis propias manos” (DyC 63:25). Seguramente el Rey de Sion (Moisés 7:53) trataría misericordiosamente con sus súbditos.

Que existiera una ubicación específica para la ciudad de Sion en las Américas fue dado a conocer muy temprano. Oliver Cowdery fue llamado en septiembre de 1830 para predicar entre los lamanitas, los nativos americanos. Se le instruyó que la ubicación específica de la ciudad de Sion “no ha sido revelada, y nadie sabe dónde se construirá la ciudad de Sion, pero se dará a conocer más adelante.” Luego, el Señor añadió que la

ubicación “será en las fronteras de los lamanitas” (DyC 28:9). El 20 de julio de 1831, justo cuando los líderes de los Santos comenzaron a llegar a Missouri, los primeros miembros de la Iglesia supieron que la tierra de Missouri era “la tierra que he designado y consagrado para la reunión de los santos. Por lo tanto, esta es la tierra de la promesa, y el lugar para la ciudad de Sion... El lugar que ahora se llama Independence es el lugar central” (DyC 57:1-3).

Sion es mencionada en las escrituras como una bandera, o enseña, alrededor de la cual un pueblo fatigado o acosado puede reunirse. También es un estándar contra el cual se deben evaluar la sustancia y la calidad de todas las cosas. Se espera que los Santos juzguen todas las cosas por un conjunto de pautas provenientes de una fuente más allá del hombre no iluminado. Observe el lenguaje de la revelación: “He aquí, yo, el Señor, he hecho mi iglesia en estos últimos días como un juez sentado sobre un monte, o en un lugar alto, para juzgar a las naciones. Porque sucederá que los habitantes de Sion juzgarán todas las cosas que conciernen a Sion” (DyC 64:37-38). Como ilustración de este principio, Joseph Young, hermano de Brigham Young, explicó que José Smith, el Profeta, “recomendó a los Santos cultivar el más alto estado de perfección en sus armonías musicales, como el estándar de la fe que él había traído era superior a la religión sectaria. Para lograr esto, les hizo entender que el refinamiento del canto dependería de la obtención del Espíritu Santo... Cuando se obtengan estas gracias, refinamientos y todas las atracciones afines que caracterizaron la antigua Sion de Enoc, entonces la Sion de los últimos días se volverá hermosa, será aclamada por los Santos de los cuatro vientos, quienes se reunirán a Sion con cantos de gozo eterno.”

Además, Sion es el enfoque, la convergencia y la concentración de todo lo que es bueno, todo lo que ennoblecen, todo lo que es instructivo e inspirador. En Sion, todas las cosas deben ser reunidas en una sola en Cristo (Efesios 1:10). En resumen, según Brigham Young, “cada logro, cada gracia pulida, cada logro útil en matemáticas, música, en toda ciencia y arte pertenece a los Santos.” Los Santos “recogen rápidamente la inteligencia que se otorga a las naciones,” dijo el presidente Young en otra ocasión, “porque toda esta inteligencia pertenece a Sion.”

Sion son las personas, el pueblo de Dios, aquellas personas que han salido del mundo de Babilonia hacia la maravillosa luz de Cristo. El Señor animó a su pequeño rebaño de los últimos días: “De cierto, así dice el Señor, deje que Sion se regocije, porque esta es Sion—LOS PUROS DE CORAZÓN; por lo tanto, deje que Sion se regocije, mientras todos los malvados lamenten” (DyC 97:21). Así, Sion es un estado de ser, un estado de pureza de corazón que otorga a uno el derecho de ser conocido como miembro de la familia de la fe. Brigham Young, por lo tanto, habló de los Santos teniendo a Sion en sus corazones: “A menos que el pueblo viva delante del Señor en obediencia a Sus mandamientos,” dijo, “no pueden tener a Sion dentro de ellos.” Además, “en cuanto al espíritu de Sion, está en los corazones de los Santos, de aquellos que aman y sirven al Señor con todo su corazón, alma y fuerza.” En otra ocasión, el presidente Young afirmó: “Sion será redimida y edificada, y los santos se regocijarán. Esta es la tierra de Sion; ¿y quiénes son Sion? Los puros de corazón son Sion; ellos tienen a Sion dentro de ellos. Purifíquense, santifiquen al Señor Dios en sus corazones, y tengan la Sion de Dios dentro de ustedes.”⁸ Finalmente, el presidente Young preguntó: “¿Dónde está Sion? Donde está la organización de la Iglesia de Dios. Y que habite espiritualmente en cada corazón; y vivamos de tal manera que siempre disfrutemos del Espíritu de Sion.”

Isaías, el profeta, había hablado unos setecientos años antes de Cristo sobre “el monte de la casa del Señor” siendo establecido en las cumbres de los montes (Isaías 2:2). En julio de 1840, José Smith declaró (en armonía con las enseñanzas en el Libro de Mormón; ver 3 Nefi 16:16-18) que “la tierra de Sion consiste en toda América del Norte y del Sur, pero que cualquier lugar donde los Santos se reúnan es Sion.” La última parte de esta declaración—que Sion representaba más que un lugar, una ubicación única, sino que más bien cualquier lugar de reunión—es significativa. Amplía la noción de Sion para incluir áreas alrededor del mundo donde las personas del pacto se congregan. Esta visión más amplia de Sion se refleja en la siguiente escritura: “Sion no será movida de su lugar, a pesar de que sus hijos estén esparcidos. Los que queden, y sean puros de corazón, volverán, y vendrán a sus herencias, ellos y sus hijos, con cantos de gozo eterno, para edificar los lugares desolados de Sion—y todas estas cosas para que se cumplan las profecías. Y he aquí, no hay otro lugar designado que aquel que

yo he designado; ni habrá ningún otro lugar designado que aquel que yo he designado, para la obra de la reunión de mis santos—hasta el día en que no haya más espacio para ellos; y entonces tengo otros lugares que designaré para ellos, y serán llamados estacas, para las cortinas o la fortaleza de Sion” (DyC 101:17-21; énfasis añadido).

En la oración dedicando el Templo de Kirtland, el Profeta suplicó en favor de los Santos “para que salgan hacia Sion, o hacia sus estacas, los lugares de tu designio, con cantos de gozo eterno” (DyC 109:39; énfasis añadido). Las revelaciones son claras en su declaración de que la seguridad y el refugio se hallan en las estacas de Sion. “Levántate y resplandece,” suplicó el Señor, “para que tu luz sea un estandarte para las naciones; y que la reunión sobre la tierra de Sion, y sobre sus estacas, sea para defensa, y para refugio de la tormenta, y de la ira cuando se derrame sin mezcla sobre toda la tierra” (DyC 115:5-6; énfasis añadido).

En cuanto al futuro de Sion, el élder Bruce R. McConkie escribió: “¡El lugar central! Que Israel se reúna en las estacas de Sion en todas las naciones. Que cada tierra sea una Sion para aquellos destinados a morar allí... Pero aún existe un lugar central, un lugar donde estará el principal templo, un lugar al que el Señor vendrá, un lugar de donde la ley saldrá para gobernar toda la tierra en aquel día cuando el Segundo David reine personalmente sobre la tierra. Y ese lugar central es lo que los hombres llaman ahora Independence, en el condado de Jackson, Missouri, pero que en un día venidero será la Sion de nuestro Dios y la Ciudad de Santidad de su pueblo.”

Aunque la Iglesia establecerá una presencia significativa en Independence, Missouri, y aunque el condado de Jackson se convertirá en el lugar central, siempre habrá, como se sugirió anteriormente, una necesidad de las estacas de Sion en toda la tierra, de norte a sur, una necesidad de que los Santos se reúnan en sus propias tierras y se congreguen con su propio pueblo.

Al igual que la Iglesia, el concepto de Sion ha crecido y se ha expandido con el tiempo. El élder Erastus Snow, miembro del Quórum de los Doce, señaló en 1884 que cuando los primeros Santos “oían por primera vez la plenitud del Evangelio predicada por los primeros Élderes, y leían las revelaciones dadas a través del Profeta José Smith, nuestras ideas sobre Sion eran muy

limitadas. Pero a medida que nuestras mentes comenzaron a crecer y expandirse, comenzamos a ver Sion como un gran pueblo, y las Estacas de Sion como numerosas... Dejamos de poner límites a Sion y sus Estacas.” Igualmente, el élder Joseph Young explicó que muchos Santos del siglo XIX malinterpretaron y calcularon erróneamente varios asuntos, incluido el momento en que los Santos debían regresar a Missouri y redimir Sion. “El Espíritu Santo acercó muchas cosas a sus mentes—parecían correctas, y por ello muchos fueron engañados... Sabía que la fe y el Espíritu Santo acercaron los designios de la Providencia, y mediante eso pudimos examinarles... pero no teníamos suficiente conocimiento para digerir y comprender completamente esas cosas.”

Sion es la Ciudad de Dios: Babilonia es la ciudad de Satanás. Ambas ejercen influencia sobre las almas de sus ciudadanos. Ambas buscan construir una lealtad y una fidelidad entre su pueblo. Mientras Sion busca fuerza y dirección en el Dios Todopoderoso, Babilonia se especializa en la idolatría: el pueblo de Babilonia “no busca al Señor para establecer su justicia, sino que cada hombre camina en su propio camino, y conforme a la imagen de su propio dios, cuya imagen es semejante al mundo, y cuya sustancia es la de un ídolo, que se envejece y perecerá en Babilonia, incluso en Babilonia la grande, que caerá” (DyC 1:16).

Mientras que al final Babilonia producirá almas marchitas y entenebrecidas cuyo objetivo principal es el engrandecimiento personal, Sion busca reconciliar lo irreconciliable, producir tanto la unión social como el individualismo maduro y dinámico. Stephen L. Richards, en ese entonces consejero en la Primera Presidencia, observó que “no hay valla entre Sion y el mundo, pero para quien tiene discernimiento, ellos [Sion y Babilonia] están separados más completamente que si cada uno estuviera rodeado por altas murallas inquebrantables. Sus conceptos subyacentes, filosofías y propósitos son completamente opuestos unos a otros. La filosofía del mundo es autosuficiente, egoísta, materialista y escéptica. La filosofía de Sion es humildad, no servilismo, sino un reconocimiento voluntario de la soberanía de Dios y dependencia de su providencia.”

Conclusión

Aunque es cierto que la salvación es un asunto individual, algunos aspectos significativos del carácter cristiano solo pueden desarrollarse en comunidad. Y desde la perspectiva del Profeta José, esa comunidad era Sion. Sion es un lugar. Sion es un pueblo. Sion es un estado santo de ser. En palabras del presidente Spencer W. Kimball, Sion es la “más alta orden de sociedad del sacerdocio.” Es la herencia de los Santos. “La edificación de Sion,” enseñó José Smith, “es una causa que ha interesado al pueblo de Dios en todas las edades; es un tema sobre el cual los profetas, sacerdotes y reyes se han deleitado de manera especial; han esperado con anticipación gozosa el día en el que vivimos; y animados con anticipaciones celestiales y alegres han cantado, escrito y profetizado sobre este nuestro día; pero murieron sin verlo; somos el pueblo favorecido que Dios ha escogido para hacer realidad la gloria de los últimos días.”¹⁶ Ese es el destino de aquellos que perseveran fielmente hasta el final. Por esa razón, “debemos tener la edificación de Sion como nuestro mayor objetivo.” Así que el deber y la responsabilidad de los Santos de Dios es establecer la Ciudad de Dios, la santa comuna, el lugar donde el Todopoderoso pueda venir y morar con su pueblo (Moisés 7:69).

Capítulo 9

Todo en común

Kirtland, Ohio, febrero de 1831. Las sociedades utópicas fueron numerosas en la temprana América. Una parte significativa de la búsqueda de la comunidad santa, la ciudad sobre una colina (Mateo 5:14), era el deseo de regresar al orden antiguo de las cosas, particularmente para implementar un sistema económico que permitiera a los buscadores cristianos modelarse según los seguidores de Jesús en el primer siglo (Hechos 2:44-45; 4:32-37; 5:1-11). La combinación de la traducción inspirada de la Biblia (Moisés 6-7) y las revelaciones al Profeta José (D&C 42, 51, 83) proporcionaría una base doctrinal y económica sólida sobre la cual edificar la ciudad de Dios en los últimos días.

El comienzo del siglo XIX a menudo se caracteriza como una época de movimientos significativos: en la geografía, en los valores, en las instituciones. Sin embargo, este movimiento de cuerpo y mente no fue sin propósito; muchos se estaban despegando de sus anclajes y estaban en busca activa de nuevas ideas, de un mejor camino. De manera similar, individuos viajaban de una parte del país a otra, buscando comprender cada esfuerzo social que se estaba probando. Fue una época de utopismo, y hombres y mujeres por doquier anhelaban la comunidad santa. El historiador Carl Russell Fish escribió sobre esta era: “Nunca antes en América las personas habían estado tanto fuera de sus hogares y en movimiento. Nunca antes hubo tantos viajeros observándolos, con tan fácil mercado para sus observaciones cuando se publicaban. Nunca los reporteros ocupados de los periódicos fueron tan numerosos y tan alerta para captar a la masa o al individuo en alguna postura inusual, algún gesto divertido.”

El contexto

Una idea común de la época era que el paraíso en la tierra, o el Edén, o la utopía, solo se alcanzaría a través del cambio en la sociedad; algunos estaban comprometidos con el axioma de que el comportamiento humano solo se altera a través de la manipulación del entorno humano. De esta postura surgió la idea de una “comunidad amada”, una ciudad modelo, una sociedad pura. “Confiados en que los hombres seguirían lo correcto si solo se les mostrara claramente, los reformadores que creían en una reconstrucción total de las instituciones sociales depositaron su fe en las comunidades modelo... Una vez establecida con éxito, una comunidad modelo se iniciaría a gran escala hasta que finalmente—y quizás en poco tiempo—la sociedad fuera transformada a su imagen... A veces se la conoce como ‘socialismo utópico’, porque se proponía usar la comunidad modelo como una palanca para la reforma generalizada de la sociedad—no solo en la esfera económica, sino también en la educación, la moral y la vida social en general.”

Al mismo tiempo, muchos reformadores seguían buscando restaurar las prácticas y las creencias del cristianismo del Nuevo Testamento. Un conjunto de pasajes bíblicos que tenía un significado especial para aquellos que buscaban el cambio y la restauración se encuentra en los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles. Aquí se describe un grupo de creyentes cristianos que eran “de un solo corazón y de una sola alma”, que “tenían todas las cosas en común, y que estructuraron su mundo social de tal manera que no había “ninguno entre ellos que careciera” (Hechos 4:32-34). En la mente de varios experimentadores sociales, por lo tanto, una perfecta unión espiritual solo se lograría a través de una organización comunal.

El historiador de los Santos de los Últimos Días, Milton Backman, caracterizó las sociedades comunales del siglo XIX. Primero, casi todos los grupos eran liderados por líderes carismáticos que afirmaban haber recibido una visión o una revelación de Dios o al menos sentían un espíritu de destino y dirección en su trabajo. Segundo, creían en la importancia de los dones del Espíritu. Tercero, poseían una conciencia milenarista, una creencia en que la segunda venida de Cristo era inminente. Cuarto, creían

en recompensas y castigos futuros. Quinto, adherían a códigos de salud. Sexto, practicaban formas de vida comunales. Y séptimo, creían en la confesión pública de los pecados, el pacifismo, la simplicidad de vida y la frugalidad.

Un interesante preludio al establecimiento de un sistema económico entre los Santos de los Últimos Días es la organización de “la familia”. Sidney Rigdon había roto con Alexander Campbell por ciertos asuntos doctrinales—específicamente, la creencia de Rigdon en la importancia de los dones del Espíritu y su compromiso con el establecimiento de una sociedad cristiana como la descrita en los Hechos. Antes de unirse a los Santos, Rigdon ayudó a organizar un grupo basado en el patrón encontrado en el Nuevo Testamento. Este grupo, llamado “la familia”, se asentó en una granja propiedad de Isaac Morley cerca de Kirtland, Ohio. La situación en la granja de Morley a principios de 1831 era un arreglo de stock común, y los miembros de “la familia” debían amarse unos a otros, compartir todas las cosas y, de este modo, convertirse en un pueblo “de un solo corazón y de una sola alma”. “En esta organización,” escribió un historiador, “seguían el concepto prevalente hecho por el hombre sobre lo que significa tener todas las cosas en común. Por ejemplo, todos usaban las camisas, zapatos, etc., de los demás. El primero en levantarse por la mañana a menudo era el mejor vestido de ese día.”

Tales prácticas pronto llevaron a la discordia. John Whitmer escribió sobre el experimento: “Los discípulos tenían todas las cosas en común, y se dirigían rápidamente a la destrucción en lo que respecta a las cosas temporales; pues consideraban, al leer las escrituras, que lo que pertenecía a un hermano pertenecía a cualquiera de los hermanos. Por lo tanto, tomaban la ropa y otras pertenencias de los demás y las usaban sin permiso, lo que causó confusión y decepción, ya que no entendían las escrituras.”

Un converso de la Iglesia escribió en su diario sobre su propio encuentro con “la familia”: “Isaac Morley... era barrilero de oficio y uno de los hombres más honestos y pacientes que he visto. La compañía que mantenía parecía lo suficientemente grande como para provocar una hambruna. No sé si vivían de él todo el tiempo o no. Mientras estaba en la habitación en

casa del ‘Padre Morley’, como todos lo llamábamos, Heman Bassett vino hacia mí, sacó mi reloj del bolsillo y se fue como si fuera suyo. Pensé que lo devolvería pronto, pero me decepcionó al venderlo. Le pregunté qué significaba eso de venderlo. ‘Oh,’ dijo él, ‘pensé que todo estaba en la familia.’ Le dije que no me gustaban esas costumbres familiares y que no las soportaría.”

“La familia” se disolvió a medida que la noticia de la Restauración a través de José Smith se fue extendiendo por la zona alrededor de Kirtland. José, el Profeta, lo registró simplemente en su diario: “El plan de stock común,” que había existido en lo que se llamaba la familia... fue rápidamente abandonado por la ley más perfecta del Señor.”

El Señor habla

Para José Smith y los primeros Santos de los Últimos Días, Sion representaba la fusión de lo temporal y lo espiritual: los asuntos aparentemente temporales tenían una base espiritual y se daban para lograr fines divinos; las leyes espirituales se cumplían y los objetivos espirituales se alcanzaban mediante el uso adecuado de los recursos temporales. Una revelación dada en 1830 afirmaba que todas las cosas eran espirituales para el Todopoderoso y que nunca se había dado una ley o mandamiento verdaderamente temporal a sus siervos terrenales (D&C 29:34). Brigham Young explicó que “el orden de Enoc... es en realidad el orden del cielo. Fue revelado a Enoc cuando él edificó su ciudad y reunió a la gente y los santificó, de modo que se hicieron tan santos que no pudieron vivir entre el resto de las personas y el Señor los llevó.”

En la Sion de Enoc, la gente no solo era justa, sino también equitativa. Es decir, la antigua ciudad de Sion—la cual se convirtió en el prototipo escritural para José Smith y los Santos—fue trasladada, no solo porque eran “de un solo corazón y una sola mente,” o simplemente porque “vivían en justicia,” sino también porque “no había pobres entre ellos” (Moisés 7:18). Los Santos de los Últimos Días pronto comenzaron a aplicar la expresión axiomática de que “una religión que no tiene el poder para salvar a un hombre temporalmente no tiene el poder para salvarlo espiritualmente,” pues “si no sois iguales en las cosas terrenales, no podéis ser iguales en la obtención de las cosas celestiales” (D&C 78:6).

El 9 de febrero de 1831, José Smith dictó lo que ha llegado a conocerse como una revelación “que abarca la ley de la iglesia.” En el *Doctrina y Convenios* 42 se introduce la ley de la consagración y la mayordomía, algunos de los principios del orden económico que los Santos creen fueron implementados por Enoc y su pueblo. Es un sistema destinado a minimizar y eventualmente eliminar las desigualdades y las distinciones de clase. Es dramáticamente diferente tanto de lo que experimentamos en la sociedad actual como de lo que experimentaron los Santos del siglo XIX.

En las palabras del Señor a los Santos de los Últimos Días: “No se ha dado que un hombre posea lo que es más que otro, por lo cual el mundo vive en pecado” (D&C 49:20). “Es mi propósito”, se les instruyó a los miembros de la Iglesia, “proveer para mis santos, porque todas las cosas son mías. Pero debe hacerse a mi manera; y he aquí, esta es la manera en que yo, el Señor, he decretado proveer para mis santos, que los pobres sean exaltados, en que los ricos sean humillados” (D&C 104:16; énfasis agregado). Los Santos debían estar constantemente “buscando a los pobres para administrar a sus necesidades humillando a los ricos y los orgullosos” (D&C 84:112).

La base de la consagración y la mayordomía era la negación de uno mismo y el amor fraternal. Como había escrito Adam Smith, autor de *La riqueza de las naciones* (1776), “Sentir mucho por los demás, y poco por nosotros mismos, restringir nuestros afectos egoístas, e indulgir nuestros afectos benevolentes, constituye la perfección de la naturaleza humana.”

Consagración e Igualdad

La ley de la consagración debía ser adoptada por elección, como un asunto de libre albedrío. Hablando años después de aquellos que entraron en una variante de este sistema en el Gran Valle, el Presidente Brigham Young dijo: “Estamos tratando de unir al pueblo en el orden que el Señor reveló a Enoc, que será observado y sostenido en los últimos días al redimir y edificar Sion... pero quiero decirles, mis hermanos y hermanas, que... los santos no están preparados para ver todo de una vez. Tienen que aprender poco a poco, y recibir un poco aquí y otro poco allá.”

En Ohio y Missouri, los miembros de la Iglesia ingresaron a este sistema consagrando, o dando, al Señor, a través del obispo local, todas sus

propiedades o bienes personales. “He aquí, recordarás a los pobres, y consagrarás de tus propiedades para su apoyo, lo que tienes para impartirles, con un convenio y una escritura que no podrá ser quebrantada” (D&C 42:30). La consagración debía ser un asunto de convenio entre el miembro de la Iglesia y Dios y debía ser reconocida por una escritura del obispo de la Iglesia al miembro. “Su convenio de consagración hacía que su acto fuera oficialmente vinculante ante Dios y la Iglesia, y la escritura lo vinculaba legalmente de acuerdo con la ley del país. Por lo tanto, la ley económica de Sion se fundaba tanto en los poderes religiosos de la fe y la conciencia como en el poder legal de la ley civil, para que por ambas se le diera sanción y protección.”

Según el élder Orson Pratt, la consagración era el primer paso para alcanzar la igualdad. Desde su perspectiva, una vez que un hombre ha dado de vuelta a Dios todas sus posesiones (pues todo le pertenece a Dios de todos modos; Salmo 24:1), entonces no posee nada. Cuando todos los miembros en la sociedad de Sion no tienen nada (es decir, cuando todos han consagrado), entonces todos son iguales, no poseen nada. Incluso lo que se devuelve como mayordomía no es propio: es de Dios. Por lo tanto, él creía que la igualdad inicial se asegura mediante una transición de la propiedad a la consagración.

Los Santos de los Últimos Días comprendieron que el acto de consagración era una restauración del patrón dado en el Nuevo Testamento, en el que los primeros cristianos, “todos los que poseían tierras o casas, las vendían, traían el precio de lo que se vendía y lo ponían a los pies de los apóstoles” (Hechos 4:34-35). Aunque la consagración era una ofrenda voluntaria, los miembros fueron enseñados que las bendiciones plenas de Sion estaban disponibles solo para aquellos que eligieran entrar en este orden. Un hombre está obligado, dijo José, “por la ley de la Iglesia, a consagrar al Obispo, antes de que pueda ser considerado heredero legal del reino de Sion.” Wilford Woodruff registró en su diario: “Sea conocido que yo, Wilford Woodruff, libremente hago un convenio con mi Dios, que consagro y dedico libremente mi persona, junto con todas mis propiedades y efectos al Señor, con el propósito de ayudar en la edificación de su reino, incluso Sion, en la tierra, para que pueda guardar su ley y poner todas las cosas

ante el obispo de su Iglesia, para que pueda ser un heredero legítimo en el reino de Dios, incluso el Reino Celestial.”

Recibiendo la Mayordomía

Habiendo consagrado todo a Sion, los miembros luego se aconsejaban con el obispo para determinar una mayordomía o herencia apropiada. La idea de la mayordomía era prevalente en el pensamiento temprano americano y tenía mucho que ver con la actitud de los puritanos hacia las posesiones.

“En la mente puritana, la idea bíblica de la mayordomía se asociaba con la idea del convenio. La doctrina de la mayordomía sostenía que Dios había dado a sus siervos fieles una responsabilidad especial para supervisar no solo sus propias posesiones materiales, sino también el viñedo del Señor (en su caso, Nueva Inglaterra) en su totalidad. En otras palabras, los puritanos se consideraban responsables del bienestar de toda la comunidad. No es sorprendente, entonces, aprender que diseñaron para sí mismos una sociedad altamente regulada. Los salarios y precios eran establecidos, se asignaban cuotas de producción, el comercio se gestionaba cuidadosamente, y las tasas de interés se controlaban.”

Entre los primeros Santos de los Últimos Días, la propiedad, los bienes o la responsabilidad se devolvían al individuo, basándose en el tamaño de la familia, las circunstancias, las necesidades, los deseos justos y las habilidades (D&C 51:3-4; 82:17). El sistema del Señor dejaba espacio para aquellos cuyos talentos, habilidades o asignaciones no eran estrictamente temporales. Por lo tanto, los Santos fueron instruidos de que “el que es nombrado para administrar cosas espirituales, el mismo es digno de su salario, así como aquellos que son nombrados para una mayordomía para administrar en cosas temporales” (D&C 70:12; compara con 72:14). Así que, por lo tanto, después de consultar con el obispo, una persona podría recibir una mayordomía que consistiera esencialmente en los mismos bienes que había consagrado. O, dependiendo de la decisión después de la consulta con el obispo, la persona podría recibir más o menos de lo consagrado.

José explicó: “El asunto de la consagración debe ser hecho por el consentimiento mutuo de ambas partes; porque dar al obispo el poder de decir cuánto debe tener cada hombre, y que él esté obligado a cumplir con el juicio del obispo, es darle al obispo más poder que el que tiene un rey; y,

por otro lado, dejar que cada hombre diga cuánto necesita y que el obispo esté obligado a cumplir con su juicio, es tirar a Sion al caos y hacer esclavo al obispo. El hecho es que debe haber un equilibrio o equilibrio de poder entre el obispo y el pueblo; y así la armonía y la buena voluntad pueden ser preservadas entre ustedes.”

Los Santos debían administrar sus mayordomías como si fueran su propia propiedad. Un hombre, para todos los efectos, tenía control total sobre cómo se manejaba su granja, lechería, mercado o asignación de enseñanza. Su mayordomía representaba tanto su responsabilidad o trabajo, como su contribución a la comunidad.

José F. Smith explicó: “Cada titular de una mayordomía—que podría ser la misma granja, taller, tienda o fábrica que esa misma persona había consagrado—debía administrarla de ahí en adelante en beneficio de toda la comunidad; todas sus ganancias debían revertir a un fondo común, del cual él recibiría el sustento suficiente para sí mismo y para aquellos que dependieran de él”. En realidad, y como afirman las escrituras, Dios era el dueño de la propiedad, y los ciudadanos de Sion debían servir como agentes productivos de Dios en la administración de los negocios del Señor. “He aquí, todas estas propiedades son mías”, declaró el Salvador, “y si las propiedades son mías, entonces ustedes son mayordomos” (D&C 104:55-56; énfasis agregado; ver también 42:32).

A cada mayordomo se le encargaba operar según los principios enseñados en la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30), para mejorar y expandir su mayordomía, lo que incluiría poner sus bienes o servicios a disposición del mercado abierto. Hace muchos años, el historiador destacado Leonard Arrington señaló que “cada miembro era libre de trabajar como quisiera dentro de las limitaciones de su mayordomía. El sistema de ganancias, las fuerzas de la oferta y la demanda, y el sistema de precios presumiblemente continuarían asignando recursos, guiando decisiones de producción y distribuyendo ingresos primarios o ganados. Algunas de las instituciones del capitalismo fueron por lo tanto retenidas y se permitió una cantidad considerable de libertad económica”.

El profesor Hyrum Andrus ofreció una opinión similar: “El sistema económico bajo la Ley de la Consagración es el de la libre empresa cristiana.

Bajo la ley, los santos producen para el mercado libre, no para el Almacén Común, que es meramente para almacenar las ganancias excedentes de cada mayordomo. Dado que los santos producen para el mercado libre, no hay razón para que los productos terminados no puedan venderse fuera del círculo de la comunidad mormona y competir con otras mercancías producidas por otros. Recíprocamente, los bienes extranjeros podrían competir en los mercados locales entre los santos”.

Debido a que los principios de consagración y mayordomía no fueron dados para fomentar la vida comunal, se esperaba que los individuos “pagaran por lo que reciban de su hermano” (D&C 42:54). Aunque la unión social y espiritual que se pretendía en Sion ciertamente llevaría al intercambio o trueque de bienes y servicios, parecería que el sistema se estableció como un orden basado en el dinero, donde el pago por la recepción de bienes o servicios era la norma de la sociedad (también 72:11).

Administrando la Mayordomía

Aunque faltan detalles sobre cómo se mantendría la igualdad después de que se otorgaran las mayordomías, había una cosa cierta: la consagración excedente (la cantidad por encima y más allá de lo que un mayordomo necesitaba después de la consagración inicial) y la producción excedente (cualquier exceso más allá de las necesidades personales y familiares resultante de la correcta y exitosa administración de la mayordomía) no debían ser retenidos por el mayordomo; se convertían en parte del almacén comunitario. El almacén era el centro de los intereses económicos de la comunidad. Los fondos del almacén (provenientes de la consagración excedente o de la producción excedente) se usarían para varios propósitos: mejoras comunitarias (D&C 42:34-35), expansión de las mayordomías (D&C 104:6, 77) y la creación de nuevas mayordomías (D&C 83:5). Además, las viudas, huérfanos y otros niños dependientes, así como los jóvenes adultos (por ejemplo, parejas recién casadas) debían ser asistidos a través de los fondos del almacén (D&C 83).

Así, otro medio por el cual los individuos se hacían iguales era a través de su derecho a extraer recursos del almacén común. “Y debéis ser iguales”, se les instruyó a los miembros, “o en otras palabras, debéis tener iguales derechos sobre las propiedades, para el beneficio de gestionar los asuntos

de vuestras mayordomías, cada hombre según sus deseos y necesidades, en tanto sus deseos sean justos” (D&C 82:17). Por lo tanto, tener “todas las cosas en común” significaba dos cosas para los Santos de los Últimos Días: un almacén común del cual extraer, y un consentimiento común sobre cómo se gastarían los fondos en la comunidad (D&C 104:71-75).

Cada mayordomo debía ser sabio en la administración de las propiedades del Señor. Se exigía responsabilidad, presumiblemente mediante un sistema de auditorías y entrevistas. “Se requiere del Señor, a mano de cada mayordomo, que rinda cuentas de su mayordomía, tanto en el tiempo como en la eternidad” (D&C 72:3; compara con 104:11-13). Rendir cuentas de la mayordomía en el tiempo probablemente se refería a una auditoría regular y a una entrevista en la que el obispo estuviera al tanto de la productividad del mayordomo. Rendir cuentas en la eternidad implica la responsabilidad de responder a Dios sobre la mayordomía. Cualquier miembro del orden encontrado culpable de violar los estándares de la Iglesia y el patrón establecido para Sion, y que fuera excomulgado de la comunión de los Santos, no tenía derecho al excedente de la consagración original; sin embargo, esa persona podría retener la mayordomía que había recibido. Es decir, “el que pequeño y no se arrepienta será echado de la iglesia, y no recibirá de nuevo lo que ha consagrado para los pobres y necesitados de mi iglesia, o en otras palabras, para mí” (D&C 42:37; ver también 32; 51:5). Hablando del transgresor, el Profeta explicó que “si se le encuentra como transgresor y se le debe cortar fuera de la iglesia, su herencia sigue siendo suya... Pero la propiedad que consagró a los pobres, para su beneficio, herencia y mayordomía [la consagración excedente], no podrá obtenerla nuevamente por la ley del Señor. Así que ven la propiedad de esta ley, que los hombres ricos no pueden tener poder para desheredar a los pobres al obtener de nuevo lo que han consagrado.”

Conclusión

Ninguna persona vive para sí misma, y Sion solo se establece por un pueblo cuyas preocupaciones trascienden su propio interés. “Las mayores bendiciones temporales y espirituales,” explicó José Smith, “que siempre fluyen de la fidelidad y el esfuerzo concertado, nunca acompañaron al

esfuerzo individual o la empresa personal. La historia de todas las épocas pasadas atestigua abundantemente este hecho.”

El primer intento de los Santos de los Últimos Días por vivir la ley de consagración fue relativamente breve. “Esto resultó en gran parte,” escribió Lyndon Cook, “de la inexperiencia, pero en parte también de la naturaleza egoísta del hombre. ... En la primavera de 1833, una demanda judicial resultó en el fracaso de la primera fase de la ley económica mormona en Misuri. El viernes 1 de marzo de 1833, un miembro de la Iglesia, de apellido Bates, proveniente de New London, Ohio, presentó una demanda contra Edward Partridge para que le devolviera sus propiedades consagradas. Aunque contractualmente Bates había renunciado a sus derechos sobre las propiedades, el tribunal en Independence fue más allá de la escritura de donación y del acuerdo de mayordomía en su revisión del caso.” El tribunal “rescindió el contrato porque determinó que era contrario a los estándares de equidad que la Iglesia Mormona exigiera a sus miembros ceder todas sus posesiones para permanecer en buena posición.”

Cook señala que el fracaso inicial del sistema no es sorprendente, ya que exigir a quienes ingresaban al orden “transferir todas sus propiedades al obispo y volver a consagrar sus excedentes anuales amenazaba el motivo de incentivo y llevaba a que los miembros retuvieran posesiones sin consagrárlas [comparar con Hechos 5:1-11] o buscaran inversiones privadas fuera del sistema.” En segundo lugar, el sistema fracasó porque “los miembros eran en su mayoría pobres antes de ingresar al sistema de consagración. La redistribución de la propiedad, por lo tanto, resultó en un igualamiento hacia abajo en lugar de un igualamiento hacia arriba del nivel de vida de los mayordomos.”

Desde la perspectiva del Señor, los intentos de los Santos por tener éxito en la consagración y la mayordomía fracasaron porque el pueblo no había “aprendido a ser obediente a las cosas que requerí de sus manos, sino que están llenos de toda clase de maldad, y no imparten de sus bienes, como corresponde a los santos, a los pobres y afligidos que hay entre ellos” (D&C 105:3). El élder Orson Pratt sugirió que los Santos “estaban tan acostumbrados a poseer propiedad individualmente, que era muy difícil lograr que cumplieran con esta ley del Señor.” La tendencia al egoísmo

parecía manifestarse en la negativa a reconocer y entregar el excedente personal. De nuevo, en palabras del élder Pratt: “Andad entre los Santos, entre los inmigrantes que se han reunido de tiempo en tiempo, y solo de vez en cuando ha habido un hombre que tuviera algún excedente de propiedad [si le] dejamos ser el juez.”

El Presidente Brigham Young, con su característico estilo directo, describió gráficamente el problema del egoísmo entre los primeros Santos de los Últimos Días: “Algunos estaban dispuestos a hacer lo correcto con su propiedad excedente, y de vez en cuando encontrabas a un hombre que tenía una vaca que consideraba excedente, pero generalmente era del tipo que patearía el sombrero de una persona, o los lobos le habían comido los pezones. De vez en cuando encontrabas a un hombre que tenía un caballo que consideraba excedente, pero al mismo tiempo tenía el hueso del anillo, estaba resollado, con espavina en ambas patas, con el mal del polo en el cuello y una fistula en el otro, y ambas rodillas torcidas.”

Durante la vida de José Smith, a los Santos se les dio un orden de consagración ligeramente diferente, en el que se les instruyó a consagrarse su excedente cada año y, además, a pagar un diezmo sobre sus intereses o ingresos (D&C 119:1-4). Más tarde, cuando los miembros de la Iglesia se establecieron en Nauvoo, Illinois, el Señor les entregó, a través de su Profeta, el endowment del templo, que recibimos hoy en los templos. En un sentido muy real, la consagración a la que los Santos son llamados en los templos sagrados es más alta y grandiosa, más profunda y más comprensiva que la que se esperaba de los Santos en Ohio y Missouri. Mientras que los miembros hoy no dan todos sus fondos y propiedades al obispo local, los Santos que han recibido el endowment son llamados a consagrarse a sí mismos—dar todo de sí mismos al trabajo del Señor y al establecimiento del reino de Dios en la tierra. Verdaderamente, “una religión que no requiere el sacrificio de todas las cosas nunca tiene poder para producir la fe necesaria para la vida y la salvación.”

No son solo nuestras carteras, sino también nuestras voluntades, lo que Cristo requiere de aquellos que desean heredar el grado más alto del reino celestial. El élder Neal A. Maxwell lo expresó hermosamente: “En la lucha por la sumisión última, nuestras voluntades constituyen todo lo que

realmente tenemos para darle a Dios. Los regalos usuales y sus derivados que le damos a Él podrían justificadamente ser sellados ‘Devolver al remitente,’ con una S mayúscula. Incluso cuando Dios recibe este único regalo a cambio, los plenamente fieles recibirán todo lo que Él tiene” (D&C 84:38). ¡Qué tasa de cambio!

Capítulo 10

Más cielos que uno

Hyrum, Ohio, febrero de 1832. La traducción de la Biblia realizada por José Smith no solo dio a conocer verdades notables acerca de los antiguos, sino que también impulsó al Profeta a encontrar y reconocer significados especiales, perspectivas, patrones y temas subyacentes en las escrituras sagradas, incluso a atreverse a hacer preguntas difíciles sobre cómo ciertas doctrinas habían sido entendidas y enseñadas durante generaciones. José Smith y Sidney Rigdon comenzaron a preguntarse, por ejemplo, acerca de las visiones del cielo y el infierno que habían sido promulgadas por los divinos y filósofos católicos romanos y protestantes durante cientos de años. Fue durante la traducción del quinto capítulo de Juan, particularmente el versículo 29, cuando la visión de las glorias se hizo evidente para el traductor y su escriba.

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios; creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, yo os lo habría dicho. Voy a preparar lugar para vosotros” (Juan 14:1-2). Parece que Cristo está enseñando a los Doce durante la Última Cena que la vida en el más allá consiste en más que simplemente un cielo y un infierno; si fuera de otra manera, él nos lo habría dicho. La razón sugiere que no todas las personas son igualmente buenas y, por lo tanto, no todas las personas buenas merecen la misma recompensa en la vida futura. Igualmente, no todas las personas malas son igualmente malas, y seguramente algunas son tan malas que merecen hundirse en el pozo más profundo del infierno. Algo tan fundamental, tan central para la salvación como este principio de justicia, seguramente formaría parte de lo que Dios haría saber durante los tiempos de restitución.

Contexto de la Visión

Recordamos de nuestra discusión en el capítulo 7 que en junio de 1830 el Profeta José Smith comenzó una traducción inspirada de la Versión Reina-Valera de la Biblia, un trabajo para el cual fue divinamente asignado (D&C 42:56; 76:15) y que él consideraba una rama de su “llamado.” El Profeta y sus escribas progresaron a través del libro de Génesis hasta el 7 de marzo de 1831, cuando el Señor le ordenó al Profeta que se concentrara en el Nuevo Testamento (D&C 45:60-61). El 12 de septiembre de 1831, para escapar de la persecución, los Smith se mudaron a Hiram, Ohio, para vivir con la familia de John Johnson.

Para el 16 de febrero de 1832, el Profeta y Sidney Rigdon habían traducido gran parte del quinto capítulo de Juan. En los versículos 28 y 29, el Salvador indica que llegará el momento en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán de la tumba, “los que hayan hecho lo bueno, para resurrección de vida; y los que hayan hecho lo malo, para resurrección de condenación.” El traductor sintió la inspiración de alterar el texto de la siguiente manera: “Y saldrán; los que hayan hecho lo bueno, para resurrección de los justos; y los que hayan hecho lo malo, para resurrección de los injustos” (Traducción de José Smith, Juan 5:29; D&C 76:17; énfasis añadido). “Ahora, esto nos causó asombro,” dijo José, “porque nos fue dado por el Espíritu. Y mientras meditábamos sobre estas cosas, el Señor tocó los ojos de nuestro entendimiento y fueron abiertos, y la gloria del Señor resplandeció alrededor” (D&C 76:18-19). La alteración en el texto, aunque interesante, no es trascendental ni abrumadora. Sin embargo, verdaderamente, “de las cosas pequeñas procede lo que es grande” (D&C 64:33).

“La escritura [Juan 5:29] planteaba la pregunta,” observó el historiador Richard Bushman, sobre cómo Dios podría dividir a las personas en categorías tan claras de salvos y condenados cuando los individuos eran tan evidentemente una mezcla en la vida ordinaria. Comentando más sobre el significado teológico de esta misma pregunta, Bushman continúa: “La pregunta que planteó José fue un enigma clásico poscalvinista. Durante más de un siglo, la cultura angloamericana había luchado por explicar los juicios arbitrarios del Dios calvinista que salvaba y condenaba según su propio

buen placer, sin apenas tener en cuenta el esfuerzo humano. Durante el siglo anterior, la noción calvinista de soberanía arbitraria había comenzado a parecer incongruente y ofensiva... El calvinismo aún florecía en formas sofisticadas en círculos teológicos, pero la gente comenzaba a hacer preguntas muy similares a las de Smith. ¿Es el juicio de Dios sobre la humanidad coherente con Su carácter benevolente?"

En esta ocasión, José Smith y su escriba recibieron uno de los oráculos más notables que se hayan dado jamás a hombres y mujeres en la tierra, uno que hemos llegado a conocer simplemente como la visión, o la visión de las glorias, tal como se registra en *Doctrina y Convenios* 76. Esta revelación es un comentario interpretativo sobre las palabras del Salvador acerca de las "muchas moradas" en el mundo venidero (Juan 14:2) y ofrece una visión invaluable sobre el comentario críptico de Pablo acerca de los diferentes tipos de cuerpos en la resurrección (1 Corintios 15:40-42).

Philo Dibble, quien estuvo presente en la casa de los Johnson cuando se recibió la visión, registró la siguiente fascinante narración: "La visión de los tres grados de gloria, que está registrada en *Doctrina y Convenios*, fue dada en la casa del 'Padre Johnson', en Hiram, Ohio, y durante el tiempo que José y Sidney estuvieron en el Espíritu y vieron los cielos abiertos, había otros hombres en la habitación, quizás doce, entre los cuales yo era uno durante parte del tiempo—probablemente dos tercios del tiempo. Vi la gloria y sentí el poder, pero no vi la visión.

"José llevaba ropa negra, pero en ese momento parecía estar vestido con un elemento de blanco glorioso, y su rostro resplandecía como si fuera transparente, pero no vi la misma gloria acompañando a Sidney..."

"José, a intervalos, decía: '¿Qué veo?' como quien podría decir mirando por la ventana y viendo lo que los demás en la habitación no podían ver. Luego relataba lo que había visto o lo que estaba mirando.

"Entonces Sidney respondía, 'Veo lo mismo.'

"Poco después Sidney decía, '¿Qué veo?' y repetía lo que había visto o lo que estaba viendo.

"Y José respondía, 'Veo lo mismo.'

“Este tipo de conversación se repitió a intervalos cortos hasta el final de la visión, y durante todo ese tiempo no se dijo una palabra por ninguna otra persona. No se hizo ningún sonido ni movimiento por parte de nadie, excepto José y Sidney, y me pareció que nunca movieron una articulación ni un miembro durante el tiempo que estuve allí, que creo que fue más de una hora, hasta el final de la visión.

“José se sentó firmemente y con calma todo el tiempo en medio de una gloria magnífica, pero Sidney estaba sentado flácido y pálido, aparentemente tan flexible como un trapo, observando eso, José comentó, sonriendo, ‘Sidney no está acostumbrado a esto como yo.’”

Visión de las Glorias

En cierto sentido, la visión de las glorias consta de seis visiones, cada una de las cuales consideraremos brevemente.

Visión I: La Gloria del Hijo

La primera visión establece brevemente el escenario para lo que sigue, colocando las cosas en perspectiva con respecto al trabajo de la redención y la salvación, a saber, que la salvación está en Cristo y viene a través del derramamiento de su propia sangre y su gloriosa resurrección a una nueva vida. Los traductores vieron así en visión “la gloria del Hijo, a la diestra del Padre, y recibieron de su plenitud; y vieron a los santos ángeles, y a los que son santificados ante su trono, adorando a Dios y al Cordero, que lo adoran por los siglos de los siglos” (D&C 76:20-21). De manera similar, el apóstol Juan había registrado sobre el Redentor, “Diez mil veces diez mil, y miles de miles; diciendo a gran voz, Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir poder, y riquezas, y sabiduría, y fuerza, y honra, y gloria, y bendición” (Apocalipsis 5:11-12).

El Profeta y su escriba dieron testimonio del Redentor con poderosas palabras: “Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, este es el testimonio, al final, que damos de él: ¡Que él vive! Porque lo vimos, aun a la diestra de Dios; y oímos la voz que daba testimonio de que él es el Unigénito del Padre—Que por él, y a través de él, y de él, los mundos son y fueron creados, y los habitantes de ellos son hijos e hijas

engendrados para Dios” (D&C 76:22-24). Verdaderamente, el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía (Apocalipsis 19:10), y todos los santos profetas, desde el principio, han testificado del Uno que los llamó y envió (Hechos 10:43; Jacob 4:4; 7:11; Mosiah 13:33).

Además, el testimonio de Sidney y José contiene una doctrina significativa. Por un lado, su testimonio afirma la carga de las escrituras—que Jehová, quien es Cristo, fue y es el Creador de mundos sin número (Moisés 1:33; 7:30; Efesios 3:9; Hebreos 1:1-2). También confirma la naturaleza infinita y eterna de la Expiación. Lo que sea que nuestro Señor y Maestro cree, él lo redime. Es decir, sus labores redentoras alcanzan más allá de los límites de nuestra tierra (Moisés 1:32-35). En 1843, el Profeta José Smith escribió en poesía un relato de esta visión. Los versículos 22 al 24 de *Doctrina y Convenios* 76 fueron redactados de la siguiente manera:

*Y ahora, después de todas las pruebas dadas de él,
Por testigos verdaderos, por quienes fue conocido,
Este es mío, al final de todo, que él vive; ¡sí, él vive!
Y se sienta a la diestra de Dios, en su trono.*

*Y oí una gran voz, dando testimonio desde el cielo,
Él es el Salvador, y unigénito de Dios—
Por él, de él, y a través de él, los mundos fueron creados,
Incluso todos los que corren en los cielos tan vastos.*

*Cuyos habitantes, también, desde el primero hasta el último,
Son salvados por el mismo Salvador nuestro;
Y, por supuesto, son engendrados hijas e hijos de Dios.
Por las mismas verdades, y los mismos poderes.*

O, como lo señaló un apóstol más reciente, el Presidente Russell M. Nelson, “la misericordia de la Expiación se extiende no solo a un número infinito de personas, sino también a un número infinito de mundos creados por Él.”

Visión II: La Caída de Lucifer

El Profeta José y su escriba recibieron una afirmación de un elemento vital del plan de salvación: la naturaleza de la oposición a través de Satanás y las influencias satánicas. Lucifer es descrito en la visión como aquel “que

estaba en autoridad en la presencia de Dios” (D&C 76:25), quien se rebeló contra el Padre y el Hijo en el consejo premortal en los cielos, convirtiéndose así en conocido como perdición, que significa “ruina” o “destrucción.” Debido a que, de hecho, era un hijo espiritual de Dios, “un hijo de la mañana” (D&C 76:26), los cielos lloraron por su defeción. Codició el trono del Padre y propuso salvar a todos los hijos e hijas de Dios de una manera contraria al plan del Padre (Moisés 4:1-4). “La contienda en los cielos fue—Jesús dijo que habría ciertas almas que no serían salvadas; y el diablo dijo que él podría salvarlas todas, y presentó sus planes ante el gran concilio, quien votó a favor de Jesucristo. Entonces el diablo se levantó en rebelión contra Dios, y fue echado abajo, con todos los que levantaron su voz por él.” Lucifer se convirtió así en un enemigo de Dios y de toda justicia: “Por lo tanto, hace guerra contra los santos de Dios, y los rodea por todas partes” (D&C 76:29).

Visión III: Los Hijos de Perdición

José y Sidney fueron autorizados a ver a aquellos que reciben luz y verdad, y las revelaciones del cielo, y luego eligen conscientemente negar esa luz y desafiar a Dios y su obra. Estos son los hijos de perdición, “vasos de ira, destinados a sufrir la ira de Dios, con el diablo y sus ángeles en la eternidad” (D&C 76:33). Verdaderamente, “es imposible para aquellos que una vez fueron iluminados, y han probado el don celestial, y han sido hechos partícipes del Espíritu Santo, y han probado la buena palabra de Dios, y los poderes del mundo venidero, si se apartan, renovarlos nuevamente para arrepentimiento” (Hebreos 6:4-6; compara con 10:26-29).

“¿Qué debe hacer un hombre para cometer el pecado imperdonable?” José el Vidente preguntó en el sermón de King Follet. “Debe recibir el Espíritu Santo, tener los cielos abiertos ante él, conocer a Dios, y luego pecar contra Él. Después de que un hombre haya pecado contra el Espíritu Santo, no hay arrepentimiento para él. Tiene que decir que el sol no brilla mientras lo ve; tiene que negar a Jesucristo cuando los cielos se le han abierto, y negar el plan de salvación con los ojos abiertos a la verdad de él; y a partir de ese momento comienza a ser un enemigo... No podéis salvar a tales personas;

no podéis traerlas al arrepentimiento; hacen guerra abierta, como el diablo, y terrible es la consecuencia.”

Todos los hijos e hijas de Adán y Eva resucitarán de la tumba en la resurrección, incluidos los hijos de perdición (D&C 88:32). Los hijos de perdición son culpables del pecado imperdonable (Alma 39:6), un pecado que no está cubierto por la expiación de Cristo, un pecado por el cual ningún sufrimiento personal corregirá los errores cometidos. No hay perdón para ellos, ni aquí ni en el más allá, porque “habiendo negado al Espíritu Santo después de haberlo recibido, y habiendo negado al Unigénito Hijo del Padre, habiéndolo crucificado para sí mismos y puesto en vergüenza abierta” (D&C 76:34-35), son culpables de derramar sangre inocente, lo que significa la sangre inocente de Cristo. “La blasfemia contra el Espíritu Santo,” atestigua una revelación posterior, “que no será perdonada en el mundo ni fuera del mundo, es el hecho de que cometan asesinato al derramar sangre inocente, y asientan a mi muerte, después de que hayan recibido mi nuevo y eterno convenio, dice el Señor Dios” (D&C 132:27; énfasis añadido). Los hijos de perdición son los únicos que estarán sujetos a la segunda muerte espiritual, la expulsión final de la presencia de Dios. Ellos, después de ser resucitados y presentados ante Dios para ser juzgados (2 Nefi 9:15), serán consignados a un reino sin gloria.

En medio de esta sombría escena, el Señor proporciona una de las definiciones más hermosas del evangelio de Jesucristo: las “buenas nuevas” de que “él vino al mundo, incluso Jesús, para ser crucificado por el mundo, y para llevar los pecados del mundo, y santificar el mundo, y limpiarlo de toda iniquidad; para que por él todos pudieran ser salvos, aquellos que el Padre ha puesto en su poder y hecho por él; quien glorifica al Padre, y salva todas las obras de sus manos, excepto aquellos hijos de perdición que niegan al Hijo después de que el Padre lo ha revelado” (D&C 76:40-43).

Esta tercera visión termina con un recordatorio solemne de que los detalles sobre el destino de los hijos de perdición no han sido revelados (D&C 76:45-48). En 1833, el Profeta José explicó que “el Señor nunca autorizó a [ciertos individuos] a decir que el diablo, sus ángeles o los hijos de perdición deberían ser restaurados; porque su estado de destino no fue revelado al hombre, no es revelado, ni será revelado, salvo a aquellos que son hechos

partícipes de ello: en consecuencia, aquellos que enseñan esta doctrina no la han recibido del Espíritu del Señor. Verdaderamente, el hermano Oliver declaró que era la doctrina de los demonios.”

Visión IV: La Gloria Celestial

El Profeta y Sidney luego estudiaron y aprendieron por contraste: su atención se desvió de aquellos que no heredarán gloria alguna hacia aquellos que heredarán la más alta. Vieron las glorias del reino celestial y proporcionaron amplias descripciones de aquellos que habitan en él. Fueron testigos de los habitantes de la “resurrección de los justos” (D&C 76:50), lo que llamamos la primera resurrección (Mosíah 15:21-25), la resurrección de personas celestiales y terrestres. Las personas celestiales son aquellas que reciben el testimonio de Jesús y aceptan los términos y condiciones del convenio del evangelio. Son “bautizadas de acuerdo con su sepultura” y reciben el don del Espíritu Santo, convirtiéndose así en “limpiadas de todos sus pecados” (D&C 76:51-52).

Aquellos que heredan una gloria celestial son los que vencen por la fe (D&C 76:53), los que han aprendido a “resistir toda tentación del diablo, con su fe en el Señor Jesucristo” (Alma 37:33). Vencen al mundo al abandonar los placeres mundanos y carnales y se entregan al Señor y a su obra. Estos son “sellados por el Espíritu Santo de la promesa, el cual el Padre derrama sobre todos los que son justos y verdaderos” (D&C 76:53). El Espíritu Santo de la Promesa es el Espíritu Santo, el Espíritu prometido a los Santos. Debido a que “el Consolador sabe todas las cosas” (D&C 42:17; Moisés 6:61), el Espíritu Santo es capaz de escudriñar las almas de los individuos y determinar el grado en que han realmente entregado sus corazones a Dios, el grado en que son “justos y verdaderos” (D&C 76:53). Así, ser sellado por el Espíritu Santo de la Promesa es tener la aprobación ratificadora del Espíritu Santo sobre nuestras vidas y sobre las ordenanzas y convenios en los que hemos entrado. Es haber pasado las pruebas de la mortalidad, haber calificado para la gloria celestial en la vida futura.

El poema continúa...

*Para aquellos que vencen, por su fe y sus obras,
Siendo probados en su vida, como el oro purificado.*

*Y sellados por el Espíritu de la promesa, para vida,
Por hombres llamados de Dios, como lo fue Aarón en el pasado.*

Los hombres y mujeres celestiales son “la Iglesia de los Primogénitos” (D&C 76:54). La Iglesia de los Primogénitos está compuesta por Santos fieles que han demostrado ser verdaderos y fieles a sus convenios. Así como el convenio del bautismo es la puerta de entrada a la membresía en la Iglesia de Jesucristo en la tierra, el convenio del matrimonio celestial abre la puerta a la membresía en la iglesia celestial. La Iglesia de los Primogénitos es la Iglesia más allá del velo, el cuerpo organizado de Santos que heredan la exaltación. Está compuesta por aquellos que califican para las bendiciones del Primogénito. Jesús es el Primogénito del Padre y, como tal, tiene derecho a la primogenitura. Como acto de misericordia y gracia consumada, nuestro bendito Salvador hace posible que heredemos, recibamos y poseamos las mismas bendiciones que él recibe, como si cada uno de nosotros fuera el Primogénito. Aquellos que ingresan a la Iglesia y viven dignos de la compañía del Espíritu Santo nacen de nuevo; se convierten en los hijos e hijas de Jesucristo por adopción (Mosíah 5:1-7). Si continúan siendo fieles, reciben después los convenios y ordenanzas del templo, incluyendo el endowment y el matrimonio celestial, y son fieles a esos convenios superiores, eventualmente se convertirán en los hijos e hijas de Dios, es decir, del Padre. Se convierten en herederos de Dios y coherederos, o co-herederos, con Jesucristo de todo lo que el Padre tiene, incluyendo la vida eterna. “Por lo tanto, como está escrito, ellos son dioses, incluso los hijos de Dios” (D&C 76:58). El Presidente Brigham Young declaró que “las ordenanzas de la casa de Dios son expresamente para la Iglesia de los Primogénitos”.

“Ellos son los que son sacerdotes y reyes, que han recibido de su plenitud y de su gloria” (D&C 76:56). Es decir, son reyes y reinas, sacerdotes y sacerdotisas, individuos que, mediante su firmeza e inamovilidad al guardar sus convenios, han recibido lo que los profetas llaman la “plenitud del sacerdocio” (D&C 124:28). Estos son los que acompañarán al Maestro cuando regrese en gloria, aquellos que, si ya han pasado por el velo de la muerte, saldrán de la tumba en gloriosa inmortalidad. La primera resurrección, que comenzó en el momento de la resurrección de Cristo, se reanudará. Estos son los que tienen sus nombres escritos en el cielo, en el

libro de la vida del Cordero (D&C 88:2), “donde Dios y Cristo son los jueces de todos” (D&C 76:68).

Y luego, para que no lleguemos a la conclusión de que tales personas han alcanzado este grado más alto de gloria por su cuenta, a través de sus propios méritos y logros morales o sin la ayuda divina, la santa palabra atestigua: “Estos son los que son justos, hombres hechos perfectos a través de Jesús, el mediador del nuevo convenio, quien obró esta perfecta expiación mediante el derramamiento de su propia sangre” (D&C 76:69; énfasis añadido). Ellos son hechos perfectos—completos, íntegros, completamente formados, espiritualmente maduros— a través de su unión con el Redentor en el convenio.

Visión V: La Gloria Terrestre

La visión de la primera resurrección o resurrección de los justos continúa. El Profeta y su escriba fueron testigos del estado final de aquellos que eligieron vivir de acuerdo con la bondad, la equidad y la decencia en su segunda estadía, pero también eligieron no recibir ni incorporar la plenitud de esa luz y poder que provienen de recibir el evangelio eterno. La gloria terrestre está compuesta por aquellos que en esta vida no recibieron el testimonio de Jesús—el testimonio de que él es el Salvador y Redentor de la humanidad—pero que después lo recibieron; es decir, recibieron ese testimonio en el mundo espiritual postmortal (D&C 76:73-74). El mundo terrestre también está habitado por aquellos que supieron en esta vida que Jesús era el Cristo, pero que no fueron lo suficientemente valientes en ese testimonio para recibir la plenitud del evangelio cuando les fue presentado. O, como lo expresó poéticamente el Profeta:

*No valientes por la verdad, no obtuvieron la corona,
Pero son de esa gloria que está simbolizada por la luna:
Son ellos los que vienen a la presencia de Cristo,
Pero no a la plenitud de Dios, en su trono.*

De hecho, aquellos que recibieron la plenitud del evangelio de Jesucristo—en nuestra época, aquellos que se unen a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días—y luego no demuestran ser valientes en su

testimonio. Estos son candidatos para el grado terrestre de gloria en el más allá.

Visión VI: La Gloria Telestial

Recordando que las personas celestiales reciben el testimonio de Jesús y también el convenio del evangelio, y que las personas terrestres reciben el testimonio de Jesús pero no el convenio del evangelio, ahora aprendemos acerca de los habitantes del mundo telestial: “Estos son los que no recibieron el evangelio de Cristo, ni el testimonio de Jesús” (D&C 76:82; ver también 101). Ellos “no niegan al Espíritu Santo” (D&C 76:83). Es decir, su maldad no es tal como para llevarlos a la perdición completa; no han cometido el pecado imperdonable, pero son “arrojados al infierno” (D&C 76:84); en el momento de su muerte mortal, entran en ese reino de la esfera postmortal que conocemos como infierno, o prisión de los espíritus, y se enfrentan a su pecaminosidad (2 Nefi 9:10-12; Alma 40:13-14). Estos no resucitan de la tumba hasta la última resurrección, hasta el final del Milenio, “hasta que el Señor, incluso Cristo el Cordero, haya terminado su obra” (D&C 76:85).

Como ocurre con los otros reinos de gloria, hay amplias clasificaciones de personas celestiales. Estos son los que “son de Pablo, y de Apolos, y de Cefas. Estos son los que dicen que son algunos de uno y algunos de otro—algunos de Cristo y algunos de Juan, y algunos de Moisés, y algunos de Elías, y algunos de Esaias, y algunos de Isaías, y algunos de Enoc; pero no recibieron el evangelio, ni el testimonio de Jesús, ni los profetas, ni el convenio eterno” (D&C 76:99-101). Además, el reino telestial es el morada final de mentirosos, hechiceros, adúlteros y fornicadores, y, como Juan el Revelador aprendió, de asesinos (D&C 76:103; Apocalipsis 21:8; 22:15).

Finalmente, esta parte de la visión agrega el detalle grave de que los habitantes del mundo telestial serán “tan innumerables como las estrellas en el firmamento de los cielos, o como la arena sobre la orilla del mar” y que los habitantes serán “siervos del Altísimo; pero donde Dios y Cristo moran, ellos no podrán llegar, mundos sin fin” (D&C 76:109, 112).

Aunque el reino telestial es el más bajo de los reinos de gloria, los habitantes de esa gloria serán “herederos de la salvación” en un mundo

que “superá todo entendimiento” (D&C 76:88-89). Generalmente, la palabra salvación significa en las escrituras exactamente lo mismo que exaltación o vida eterna (D&C 6:13; 14:7; Alma 11:40). Sin embargo, hay algunas ocasiones en las escrituras cuando salvación se refiere a algo menos que exaltación, y esta es una de esas veces (véase también, por ejemplo, D&C 132:17). En este sentido expansivo, nuestro Señor busca salvar a todos sus hijos con una salvación eterna. Y lo hace, en que todos excepto los hijos de perdición eventualmente heredarán un reino de gloria (D&C 76:43). De hecho, el élder Charles W. Penrose observó acerca del reino celestial: “Mientras haya una alma de esta raza, dispuesta y capaz de aceptar y obedecer las leyes de la redención, no importa dónde o en qué condición se encuentre, la obra de Cristo estará incompleta hasta que ese ser sea resucitado de la muerte y el infierno, y colocado en una posición de progreso, hacia arriba y hacia adelante, en tal gloria como sea posible para su disfrute y el servicio del gran Dios.”

“El castigo infligido será adecuado a los errores cometidos. En un sentido, el pecador siempre sufrirá sus efectos. Cuando la deuda sea pagada y la justicia satisfecha; cuando la obediencia sea aprendida a través de las lecciones de triste experiencia; cuando el alma agraciada y sometida salga del castigo eterno, completamente dispuesta a cumplir con las leyes que una vez rechazó; habrá un sentimiento duradero de pérdida. La plenitud de la gloria celestial en la presencia y sociedad de Dios y el Cordero está más allá del alcance de esa alma salvada pero no perfeccionada, para siempre. El poder de aumento, en el que están el dominio, la exaltación y las coronas de gloria incommensurable, no es para la clase de seres que han sido arrojados al infierno y han soportado la ira de Dios durante el período asignado por el juicio eterno...”

“No pueden ascender a la sociedad del Padre ni recibir la presencia del Hijo, pero tendrán ministraciones de mensajeros del mundo terrestre, y gozarán de una alegría más allá de todas las expectativas y la concepción de las mentes mortales no inspiradas. Todos se arrodillarán ante Cristo y servirán a Dios el Padre, y tendrán una eternidad de utilidad y felicidad en armonía con los poderes superiores. Recibirán la gloria celestial.”

No es raro que una persona, ni siquiera de nuestra fe, cuestione la idea de “más cielos que uno”, considerándola extraña, antibíblica o innecesaria. Pero, ¿qué tan extraña es realmente? ¿Qué tan inusual es esta creencia en los diferentes grados de recompensa en la vida venidera? San Agustín, quien ha ejercido quizás la influencia más significativa tanto en la teología católica romana como en la protestante, escribió: “¿Pero quién puede concebir, por no decir describir, qué grados de honor y gloria serán otorgados a los diversos grados de mérito? Sin embargo, no se puede dudar de que habrá grados. Y en esa ciudad bendita habrá esta gran bendición, que ningún inferior envidiará a ningún superior, como ahora los arcángeles no son envidiados por los ángeles, porque nadie deseará ser lo que no ha recibido.”

Durante el Primer Gran Despertar, el teólogo estadounidense Jonathan Edwards afirmó: “Hay muchas moradas en la casa de Dios porque el cielo está destinado a diversos grados de honor y bendición. Algunos están destinados a sentarse en lugares más altos allí que otros; algunos están destinados a ser elevados a grados más altos de honor y gloria que otros.” De manera similar, John Wesley, esencialmente el padre del metodismo, habló de algunas personas disfrutando de “grados más altos de gloria” en la vida venidera: “Hay una variedad inconcebible en los grados de recompensa en el otro mundo... En las cosas mundanas, los hombres tienen ambición de llegar lo más alto que puedan. Los cristianos tienen una ambición mucho más noble. La diferencia entre el estado más alto y el más bajo en el mundo no es nada comparado con la más pequeña diferencia entre los grados de gloria.”

La visión es un oráculo notable. “Nada podría ser más placentero para los Santos sobre el orden del Reino del Señor,” declaró José Smith, “que la luz que irrumpió en el mundo a través de la visión precedente. El Profeta la describió como ‘una transcripción de los registros del mundo eterno. La sublimidad de las ideas; la pureza del lenguaje; el ámbito para la acción... son tan superiores a la mentalidad estrecha de los hombres, que todo hombre se ve obligado a exclamar: ¡Vino de Dios!’”

Conclusión

El Profeta José Smith y Sidney Rigdon recibieron la visión de las glorias en febrero de 1832. Dios continuó revelándose a sí mismo, su plan y las doctrinas de la salvación, línea sobre línea, durante los siguientes doce años del ministerio mortal del Profeta y, posteriormente, a sus sucesores. Algun tiempo después de la venida de Elías y la restauración de los poderes de sellado y la plenitud del sacerdocio en abril de 1836, el Profeta introdujo la doctrina y la práctica del matrimonio celestial a los Santos. Enseñó que “en la gloria celestial hay tres cielos o grados; y para obtener el más alto, un hombre debe entrar en este orden del sacerdocio [refiriéndose al nuevo y eterno convenio del matrimonio]; y si no lo hace, no puede obtenerlo. Puede entrar en el otro, pero ese es el fin de su reino; no puede tener aumento” (D&C 131:1-4). O, como expresó el Profeta de otra manera, “salvo que un hombre y su esposa entren en un convenio eterno y sean casados para la eternidad, mientras estén en esta probación, por el poder y la autoridad del Santo Sacerdocio, cesarán de aumentar cuando mueran; es decir, no tendrán hijos después de la resurrección. Pero aquellos que estén casados por el poder y la autoridad del sacerdocio en esta vida, y continúen sin cometer el pecado contra el Espíritu Santo, continuarán aumentando y tendrán hijos en la gloria celestial” (D&C 131:1-4).

Verdaderamente, hay muchas moradas en la casa del Padre (Juan 14:1-2), y el Santo de Israel ha hecho provisión para que su pueblo alcance ese nivel de gloria en el más allá que estén dispuestos a recibir. Al describir la naturaleza revolucionaria de la visión, Richard Bushman señaló que “la salida más radical de ‘la visión’ no fue el cielo tripartito, sino la contracción del infierno... La doctrina reformuló la vida después de la muerte.” En la visión, “un infierno permanente amenazaba a muy pocos [los hijos de perdición]. La cuestión no era escapar del infierno, sino la cercanía a Dios. Dios ajustó las recompensas a la capacidad de cada persona.”

Aquí hay un mensaje de esperanza, un soplo de aire fresco en medio de los vientos ardientes de la teología sectaria, una doctrina que manifiesta la misericordia y la sabiduría de nuestro Divino Redentor.

Capítulo 11

“En el principio con Dios”

Kirtland, Ohio, mayo de 1833. Entre junio y octubre de 1830, mientras traducía la Biblia, José Smith y su escriba descubrieron una doctrina que, con el tiempo, se probaría como una de las enseñanzas más distintivas en el mormonismo: a saber, que la humanidad y todas las cosas en la tierra fueron creadas espiritualmente antes de ser creadas naturalmente sobre la faz de la tierra. Sin embargo, pasarían tres años antes de que esta monumental verdad fuera ampliada por una revelación adicional (D&C 93) y otros once años después de eso, antes de que alcanzara el cenit teológico que logró en el discurso de King Follett.

Durante mis años de licenciatura como estudiante en la Universidad Brigham Young, uno de mis instructores favoritos de religión comenzó nuestra clase de *Doctrina y Convenios* con palabras algo como estas: “Hoy discutiremos una de las revelaciones más grandes que jamás se hayan dado a la familia humana.” Me sorprendió un poco su comentario, dado que ya habíamos estudiado la visión de las glorias (D&C 76) y la revelación conocida como la Hoja de Olivo (D&C 88). El maestro añadió: “Si me dijieran que me están abandonando en una isla desierta y que solo me permitirán un documento religioso, creo que elegiría la revelación que vamos a estudiar.” Como clase, nos dirigimos a *Doctrina y Convenios* 93 y comenzamos lo que para mí fue una exploración de algunos de los más profundos conocimientos doctrinales de la Restauración. Aunque no hay forma, en un libro de este tamaño, de que podamos siquiera comenzar a profundizar en cada una de las revelaciones dadas al Profeta José Smith, he elegido dedicar este capítulo a una revelación, porque verdaderamente es una perla de gran precio. Aunque nuestro énfasis principal será sobre la doctrina de la existencia premortal, primero atenderemos otros conceptos teológicos magníficos en *Doctrina y Convenios* 93.

Dios puede ser conocido y visto

Durante siglos, los teólogos y los religiosos se habían sometido a la noción filosófica de Dios como la deidad distante, el completamente otro, el incognoscible, inalcanzable y, ciertamente, inconcebible. Habían sucumbido a la idea de que, debido a que Dios es infinito, eterno y perfecto, y porque nosotros somos finitos, mortales e imperfectos, cualquier concepto que los humanos pudieran idear acerca de Dios sería evidentemente deficiente en el mejor de los casos y pervertido en el peor. Es decir, dado que no podemos explicar qué es Dios ni quién es Él, solo podemos hablar en términos de lo que Él (o ella o ello) no es. Y además, debido a que Dios es inmaterial, porque no tiene forma ni sustancia, ciertamente nunca podrá ser visto por el ojo humano. Así que supongo que no es ni casual ni irrelevante que la sección 93 comience con este notable versículo: “En verdad, así dice el Señor: Sucederá que toda alma que deje sus pecados y venga a mí, y clame mi nombre, y obedezca mi voz, y guarde mis mandamientos, verá mi rostro y sabrá que yo soy” (D&C 93:1). Esta es una reafirmación de la promesa dada previamente a la Escuela de los Profetas: “Y si tu ojo está centrado en mi gloria, todo tu cuerpo será lleno de luz, y no habrá oscuridad en ti; y ese cuerpo que está lleno de luz comprenderá todas las cosas.”

Ahora, nota el mandato divino dado a los hijos del Señor: “Por lo tanto, santifíquense para que sus mentes se centren en Dios, y los días vendrán en los que lo verán; porque él desvelará su rostro ante ustedes, y será en su propio tiempo, y de su propia manera, y de acuerdo con su voluntad” (D&C 88:67-68; énfasis añadido).

Ahí está: lo que para el mundo cristiano en general habría sido impensable, se les dice claramente a los Santos. Podemos conocer a Dios. Podemos ser llenos de su luz. Podemos ser santificados y limpiados de la sangre y los pecados de este mundo. Podemos vivir de tal manera que, en el tiempo del Señor y de acuerdo con su voluntad omnisciente, podamos ver su rostro y tener nuestra fe y esperanza transformadas en conocimiento perfecto. El abismo teológico que había sido puesto en su lugar por los pensadores religiosos eruditos fue cerrado por medio de una revelación a un buscador no educado de la verdad.

La Luz de Cristo

Un día, ya sea en esta vida o en la próxima, las personas fieles cuyas vidas les califican para ver a su Maestro apreciarán más que nunca que él es “la luz verdadera que alumbría a todo hombre que viene al mundo” (D&C 93:2). Debido a que Jehová fue el Redentor y Salvador preordenado de los mundos (D&C 76:22-24; Moisés 1:32-35), el Cordero inmolado desde la fundación del mundo (Apocalipsis 5:6; 13:8; Moisés 7:47), el plan del Padre se convirtió en el suyo por adopción. El evangelio de Dios (Romanos 1:1-3) se conoció así como el evangelio de Jesucristo. Debido a que Elohim ha investido a su Hijo Amado con sus propios atributos y poderes (Mosíah 15:3; D&C 93:4) y porque el “Padre de las luces” (Santiago 1:17) ha ordenado que Cristo sea la Luz de las luces y la Luz del mundo, esos poderes de vida y luz que conocemos como el poder de Dios han llegado a ser conocidos como la Luz de Cristo o el Espíritu de Jesucristo.

La Luz de Cristo tiene tanto funciones naturales como redentoras. El élder Parley P. Pratt, un atento estudiante del Profeta José Smith, explicó: “Es, en su existencia menos refinada, la luz física que refleja del sol, la luna y las estrellas, y otras sustancias, y, por reflexión en el ojo, hace visibles las verdades del mundo exterior. También es, en sus grados más elevados, la luz intelectual de nuestros órganos internos y espirituales, por medio de la cual razonamos, discernimos, juzgamos, comparamos, comprendemos y recordamos los asuntos que están dentro de nuestro alcance. Su inspiración constituye el instinto en la vida animal, la razón en el hombre y la visión en los profetas, y está fluyendo continuamente desde la Divinidad a través de todas sus creaciones.” El Espíritu Santo, que es una persona masculina de espíritu, se vale de la Luz de Cristo para comunicar verdades sagradas y dispensar dones espirituales a una multitud de seres separados en tiempo y espacio (Moroni 10:17).

El mismo poder que nos hace posible ver con nuestros ojos físicos también nos permite ver con nuestros ojos espirituales (D&C 88:6-13). El discernimiento, la capacidad innata de distinguir entre el bien y el mal y lo relevante de lo irrelevante, también viene a través de este Espíritu de Jesucristo (Moroni 7:12-19). Además, aquellos que son fieles a este Espíritu dentro de ellos—lo que incluye su conciencia y, por lo tanto, los cánones

del bien y el mal y la decencia en la sociedad—serán guiados, ya sea en esta vida o en la próxima, hacia la luz más alta del Espíritu Santo que viene a través del convenio del evangelio (D&C 84:44-53).

El élder Bruce R. McConkie escribió: “La luz de Cristo (también llamada el Espíritu de Cristo y el Espíritu del Señor) es una luz, un poder y una influencia que procede de la presencia de Dios para llenar la inmensidad del espacio. ... Es la agencia del poder de Dios y la ley por la cual todas las cosas son gobernadas. También es la agencia usada por el Espíritu Santo para manifestar la verdad y dispensar dones espirituales a muchas personas al mismo tiempo. ... Es de esta manera que la persona del Espíritu Santo hace sentir su influencia en el corazón de cada persona justa al mismo tiempo.”

El Salvador continúa explicando en esta asombrosa revelación que aquellos que vean su rostro sabrán y entenderán que “Yo estoy en el Padre, y el Padre en mí, y el Padre y yo somos uno.” Un apóstol moderno, el élder Jeffrey R. Holland, habló sobre el concepto de los Santos de los Últimos Días acerca de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: “Creemos que estas tres personas divinas que constituyen una sola Cabeza de Dios están unidas en propósito, en manera, en testimonio, en misión. Creemos que Ellos están llenos del mismo sentido divino de misericordia y amor, justicia y gracia, paciencia, perdón y redención. Creo que es preciso decir que creemos que Ellos son uno en todos los aspectos significativos y eternos imaginables, excepto al creer que Ellos son tres personas combinadas en una sustancia, una noción trinitaria que nunca se ha presentado en las escrituras porque no es verdad.”

La revelación continúa con un lenguaje que recuerda las palabras de Abinadí, quien habló de Jesucristo como tanto el Padre como el Hijo (Mosíah 15:1-4). Cristo es el Padre porque Dios el Padre “me dio de su plenitud” (D&C 93:4)—la plenitud de sus poderes, atributos, gloria e incluso su nombre. Cristo es el Hijo “porque estuve en el mundo e hice carne mi tabernáculo, y moré entre los hijos de los hombres” (D&C 93:4).

La revelación luego habla en un lenguaje similar al encontrado en la primera parte del Evangelio de Juan, que generalmente se cree que proviene de los escritos de Juan el Bautista (D&C 93:6, 18). Juan “dio testimonio, diciendo: Vi su gloria, que él estaba en el principio, antes de

que el mundo fuera; por lo tanto, en el principio estaba la Palabra, porque él era la Palabra, incluso el mensajero de la salvación—la luz y el Redentor del mundo; el Espíritu de la verdad, que vino al mundo, porque el mundo fue hecho por él, y en él estaba la vida de los hombres y la luz de los hombres” (D&C 93:7-9). Hablaré más sobre la existencia premortal de Cristo en breve.

El Camino del Señor hacia la Divinidad

Con la ayuda divina, las personas están en una posición para crecer en los atributos y poderes del Espíritu a través del arrepentimiento y la fidelidad posterior: pueden recibir lo que este maravilloso oráculo llama “gracia por gracia.” Sobre el Salvador, la revelación establece que él “no recibió de la plenitud [de la gloria y poder del Padre] al principio, sino que recibió gracia por gracia” (D&C 93:12). Recibir gracia por gracia es recibir del Padre tal como damos a los demás. Un escritor lo expresó de esta manera: “La gracia puede definirse como un don o endowment no ganado, dado como una manifestación del amor y la compasión divinos, por el cual el receptor no paga un precio equivalente. Pero aunque la gracia no se gana, no debe ser inmerecida. Cuando Jesús recibió los atributos y poderes de la gloria de su Padre, recibió gracia por gracia; es decir, recibió los dones divinos de la gloria del Padre tal como él daba gracia a los demás. El servicio y la dedicación al bienestar de los demás, al hacer la voluntad del Padre, fueron, por lo tanto, principios fundamentales en el desarrollo espiritual de Cristo. Jesús también había hecho un convenio con el Padre de que consagraría la gloria que recibiría y la desarrollaría en otros para el Hombre de Santidad [Moisés 4:2]. Aquí, también, Él prometió dar gracia para recibir gracia.”

La revelación continúa: “Y él [Jesús] no recibió de la plenitud al principio, pero continuó de gracia en gracia, hasta que recibió una plenitud” (D&C 93:13). Crecer de gracia en gracia implica un proceso de desarrollo, una progresión de un nivel de logro espiritual a otro más alto. José Smith, en el sermón de King Follett, proporcionó una definición de la vida eterna como el conocer “al único Dios sabio y verdadero.” Él enseñó además: “Tienen que aprender cómo ser dioses ustedes mismos, y ser reyes y sacerdotes para Dios, tal como todos los dioses lo han hecho antes que ustedes, es decir, pasando de un pequeño grado a otro, y de una pequeña capacidad a

una gran; de gracia en gracia, de exaltación en exaltación, hasta que alcancen la resurrección de los muertos, y sean capaces de morar en los ardientes eternos.”

La revelación luego establece el verdadero significado de la adoración: “Les doy estas palabras”—con respecto a cómo y de qué manera Cristo recibió gracia por gracia y creció de gracia en gracia—“para que comprendan y sepan cómo adorar, y sepan a quién [a qué] adoran, para que puedan llegar al Padre en mi nombre, y en su debido tiempo recibir de su plenitud.

Porque si guardan mis mandamientos, recibirán de su plenitud, y él será glorificado en mí, así como yo lo soy en el Padre; por lo tanto, les digo que recibirán gracia por gracia” (D&C 93:19-20; énfasis añadido). Adoramos a Dios como lo hizo nuestro Maestro, Jesucristo, participando en lo que Santiago llamó “la religión pura”—es decir, visitando “a los huérfanos y viudas en su aflicción, y [manteniéndonos] sin mancha de los vicios del mundo” (JST, Santiago 1:27). Adoramos a Dios siguiendo el ejemplo de Aquel que anduvo haciendo el bien (Hechos 10:38). Así, la adoración perfecta es emulación, o lo que Tomás de Kempis llamó la “Imitación de Cristo.” Es ser santos como Jehová es santo. Es ser puros como Cristo es puro. Es hacer las cosas que nos permiten llegar a ser más y más como nuestro bendito Salvador.

En el principio

Claramente, una de las doctrinas más distintivas de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es la doctrina de la existencia premortal de toda la humanidad, el concepto de que cada ser humano vivió como espíritu antes de nacer en esta esfera de existencia. El mundo cristiano más amplio siempre ha creído en una existencia premortal, en lo que respecta a Dios el Padre y Cristo el Hijo; esa verdad está claramente expresada en Juan 1:1-2. La doctrina de la existencia premortal de todos los seres humanos fue, de hecho, expuesta principalmente por Orígenes, un hombre considerado por muchos como el primer teólogo cristiano significativo. Sin embargo, esta creencia fue oficialmente condenada por la Iglesia en el año 543 d.C. y desapareció de la escena de la doctrina cristiana.

Entonces, ¿dónde y cuándo se originó esta doctrina dentro de la Iglesia restaurada? Ciertamente creemos que se alude a ella en la Biblia (Job 38:4,

7; Jeremías 1:5-6; Juan 9:1-3; Apocalipsis 12:7-11). Sin embargo, parece que la primera mención de tal idea dentro del evangelio restaurado se encuentra en el *Libro de Mormón*, en Alma 13. Allí leemos acerca de los hombres siendo preparados y ordenados (hoy diríamos preordenados) al sacerdocio “desde la fundación del mundo”, una expresión que hemos llegado a equiparar con nuestra primera existencia. Se nos dice, por ejemplo, que estos fueron preordenados “a causa de su fe y buenas obras excesivas; en primer lugar [en esa existencia premortal] al ser dejados para elegir el bien o el mal; por lo tanto, ellos habiendo elegido el bien, y ejerciendo una fe extremadamente grande, son llamados con un llamado santo... Y así han sido llamados a este santo llamado a causa de su fe, mientras que otros rechazarían el Espíritu de Dios debido a la dureza de sus corazones y la ceguera de sus mentes, mientras que, si no hubiera sido por esto [su falta de fe en este mundo], podrían haber tenido el mismo privilegio que sus [hermanos fieles]” (Alma 13:3-4). Y, por supuesto, los profetas-escritores del *Libro de Mormón* hablan repetidamente del plan de salvación, la expiación de Jesucristo y las bendiciones del evangelio y del sacerdocio que fueron preparadas desde la fundación del mundo (1 Nefi 10:18; 2 Nefi 9:18; Mosíah 4:6-7; 15:19; 18:13; Alma 12:25, 30; 13:5, 7; 18:39; 22:13; 42:26; 3 Nefi 1:14; Éter 3:14; Moroni 8:12).

Al hablar de la doctrina de la existencia premortal de los hijos de Dios, el élder Orson Pratt señaló que esta doctrina “está inculcada en cierto grado en el *Libro de Mormón*. Sin embargo, no creo que hubiera discernido esta doctrina en ese libro si no hubiera sido por la nueva traducción de las Escrituras, que arrojó tanta luz e información sobre el tema, y luego busqué en el *Libro de Mormón* para ver si había indicios en él relacionados con la preexistencia del hombre.” El élder Pratt luego habló sobre redescubrir la aparición del Cristo premortal al hermano de Jared (Éter 3) y añadió: “Creo que hay uno o dos pasajes más en los que solo se hace referencia a ello.” Por lo que sabemos, lo que fue cierto para el hermano Orson puede también haber sido cierto para el hermano José: tal vez no haya comprendido las alusiones algo crípticas a la existencia premortal en el *Libro de Mormón*; ciertamente no parece haber referido estos pasajes del *Libro de Mormón* en sermones o escritos en los que la existencia premortal fuera el tema de conversación.

Como señaló el élder Pratt, esta doctrina comienza a hacerse visible de manera más clara en el gran escenario de la verdad restaurada a través de la inspirada traducción de las Escrituras del Profeta, la “nueva traducción de las Escrituras.” Este trabajo sagrado comenzó con la traducción de los primeros capítulos de Génesis en junio de 1830. Entre junio y octubre, los traductores avanzaron deliberadamente por esos primeros capítulos de la Biblia hasta llegar al final de la creación de los cielos y la tierra. Entonces aparecieron estas palabras en la Nueva Traducción: “Y ahora, he aquí, os digo que estas son las generaciones de los cielos y de la tierra, cuando fueron creados, en el día en que yo, el Señor Dios, hice los cielos y la tierra, y toda planta del campo antes que estuviera en la tierra, y toda hierba del campo antes que creciera. Porque yo, el Señor Dios, creé todas las cosas, de las cuales he hablado, espiritualmente, antes de que fueran naturalmente sobre la faz de la tierra. Porque yo, el Señor Dios, no había hecho llover sobre la faz de la tierra. Y yo, el Señor Dios, había creado a todos los hijos de los hombres; y aún no había un hombre que labrara la tierra; porque en el cielo los creé; y aún no había carne sobre la tierra, ni en el agua, ni en el aire” (JST, Génesis 2:4-6; Moisés 3:4-5; énfasis añadido).

Poco después, leemos en la traducción inspirada sobre el concilio en el cielo en el que Jehová fue elegido para ser el Salvador y Redentor, el principal proponente y defensor del plan de salvación del Padre, mientras que la nefaria oferta enmienda de Lucifer fue rechazada, y él y sus seguidores fueron arrojados a la tierra (JST, Génesis 3:1-5; Moisés 4:1-4). Unas semanas después, otra revelación habló de un grupo mucho más grande en el concilio: “Una tercera parte de los huestes del cielo se apartaron de mí a causa de su libre albedrío; y fueron arrojados, y así vino el diablo y sus ángeles” (D&C 29:36-37; énfasis añadido). Luego, en un plazo de tres meses, José y los Santos supieron a través de la traducción de la Biblia que Dios “llamó a nuestro padre Adán con su propia voz, diciendo: Yo soy Dios; hice el mundo, y a los hombres antes de que estuvieran en la carne” (JST, Génesis 6:52; Moisés 6:51; énfasis añadido).

“Sabemos que tuvimos nuestro libre albedrío antes de este mundo,” observó el Presidente Thomas S. Monson, “y que Lucifer intentó quitárnoslo. No tenía confianza en el principio del libre albedrío ni en nosotros, y argumentó a favor de una salvación impuesta. Insistió en que

con su plan nadie se perdería, pero parecía no reconocer—o quizás no le importaba—que, además, nadie sería más sabio, más fuerte, más compasivo o más agradecido si se siguiera su plan.”

Ahora, regresando a *Doctrina y Convenios* 93 (6 de mayo de 1833), leemos lo siguiente: “Y ahora, en verdad os digo, Yo estaba en el principio con el Padre, y soy el Primogénito; y todos aquellos que son engendrados por medio de mí participan de la gloria del mismo, y son la iglesia de los Primogénitos” (D&C 93:21-22; énfasis añadido). Aquí está la base escritural para el concepto de los Santos de los Últimos Días de que Jehová fue el primer hijo espíritu engendrado del Padre, una enseñanza que también se menciona en el Nuevo Testamento (Romanos 8:29; Colosenses 1:15). Una proclamación oficial de la Primera Presidencia de la Iglesia afirmó: “Jesús... es el primogénito entre todos los hijos de Dios—el primero engendrado en el espíritu, y el unigénito en la carne. Él es nuestro hermano mayor, y nosotros, al igual que Él, estamos a imagen de Dios.”

La sección 93 continúa: “También ustedes estaban en el principio con el Padre; aquello que es Espíritu, incluso el Espíritu de la verdad... El hombre también estaba en el principio con Dios. La inteligencia, o la luz de la verdad, no fue creada ni hecha, ni de hecho puede serlo. Toda la verdad es independiente en esa esfera en la que Dios la ha colocado, para actuar por sí misma, al igual que toda inteligencia también; de lo contrario no hay existencia” (D&C 93:23-30). Cuando se reflexiona sobre lo temprano que fue dada esta revelación dentro de la Restauración, es bastante asombroso contemplar lo que el Dios del cielo estaba dispuesto a comunicar a sus hijos: que hay algo dentro del ser humano—llámalo inteligencia o ego o alguna esencia primordial—que siempre ha vivido, de hecho no tiene principio. La mayoría de nosotros podemos comprender la verdad de que continuaremos viviendo después de que esta vida mortal llegue a su fin, que en realidad existe una inmortalidad del alma. Los cristianos en particular miran a la expiación y resurrección de Jesucristo con gratitud y asombro por su victoria sobre la tumba y la promesa de que, porque él resucitó de la tumba, también lo haremos cada uno de nosotros (1 Corintios 15:21-22).

Esta revelación a José Smith proporciona una visión única y profunda sobre el concepto de la inmortalidad, una perspectiva que es singularmente de los Santos de los Últimos Días—es decir, que hemos sido, somos y seremos siempre personas inmortales. Lo que Jesucristo hizo posible para cada uno de los habitantes de la tierra es la unión inseparable de cuerpo y espíritu que viene con la resurrección. Como lo expresó el filósofo Santo de los Últimos Días Truman Madsen: “El hombre, como un ser autónomo, tuvo un principio sin principio. Nunca ha sido identificado completamente con otro ser. Tampoco es un producto de la nada.”

En cuanto a qué exactamente es la inteligencia, el Presidente Joseph Fielding Smith escribió: “Los Santos de los Últimos Días creen que el hombre es un espíritu revestido con un tabernáculo de carne y huesos, cuya parte inteligente nunca fue creada ni hecha, sino que existió eternamente. Esta creencia se basa en una revelación dada a la Iglesia el 6 de mayo de 1833, en Kirtland, Ohio [D&C 93].... Algunos de nuestros escritores han intentado explicar qué es una inteligencia, pero hacerlo es inútil, porque nunca se nos ha dado una visión más allá de lo que el Señor ha revelado de manera fragmentaria sobre este asunto. Sabemos, sin embargo, que hay algo llamado inteligencia que siempre existió. Es la verdadera parte eterna del hombre, que no fue creada ni hecha. Esta inteligencia, combinada con el espíritu, constituye una identidad espiritual o individual.”

Otro asunto doctrinal relacionado con el primer estado del hombre que se enseña en esta revelación sublime merece al menos un breve comentario. El Señor declaró: “Todo espíritu de hombre fue inocente al principio; y Dios, habiendo redimido al hombre de la caída, los hombres llegaron a ser nuevamente, en su estado infantil, inocentes ante Dios” (D&C 93:38; énfasis añadido). Sabemos que uno de los beneficios y bendiciones incondicionales que derivan de la incomparable expiación de Cristo es que los niños pequeños vivirán; que son redimidos desde la fundación del mundo; que son liberados de lo que el mundo cristiano ha llegado a conocer como el “pecado original”; que aquellos que mueren antes de la edad de la rendición de cuentas son salvos en el reino celestial. En resumen, “los niños pequeños son íntegros, porque no son capaces de cometer pecado; por lo tanto, la maldición de Adán es quitada de ellos en mí; de modo que no tiene poder sobre ellos” (Moroni 8:8; véase también

Mosíah 3:16; 15:25; D&C 29:46; 74:7; 137:10; Moisés 6:53-54; JST, Mateo 19:13).

Entonces, ¿qué significaría el versículo escritural cuando afirma que las personas se convierten nuevamente, “en su estado infantil, inocentes ante Dios”? ¿No podría esta frase ser un testigo fiel del alcance infinito de la Expiación, en este caso, la naturaleza atemporal del sacrificio expiatorio de nuestro Señor? Como se discutió en el Capítulo 6, las escrituras de la Restauración y las declaraciones proféticas son consistentes al declarar que los profetas cristianos han proclamado la doctrina cristiana y oficiado en ordenanzas cristianas desde los días de Adán y Eva. Verdaderamente, “todos los que creyeran y fueran bautizados en su santo nombre, y perseveraran en la fe hasta el fin, serían salvos—no solo los que creyeron después de que Él vino en la meridiana de los tiempos, en la carne, sino todos los de antes de Su venida, todos los que creyeron en las palabras de los santos profetas... que verdaderamente testificaron de Él en todas las cosas, tendrían vida eterna, así como aquellos que vendrían después” (D&C 20:25-27; compárese Alma 39:17-19).

Ahora, llevemos esta conversación un paso más allá. ¿Qué querían decir Enoc y Juan el Revelador cuando se referían al Salvador como “el Cordero... inmolado desde la fundación del mundo”? (Moisés 7:47; Apocalipsis 13:8). Sabiendo, como sabemos, que hubo una gradación de espíritus en el mundo premortal, que después de su nacimiento espiritual, ningún dos espíritus permanecieron iguales, que hubo espíritus que eligieron seguir a Lucifer y rebelarse contra el Padre y su Hijo Amado, y así el pecado existió en el primer estado como existe en nuestro segundo estado—sabiendo esto, ¿estaban Enoc y Juan enseñando que el medio por el cual se podría obtener la remisión de los pecados allí, en el estado premortal, vino de la misma manera que nos llega a nosotros aquí, a través de la fe y el arrepentimiento en el nombre de Jesucristo y por virtud de la Expiación que Él llevaría a cabo en la meridiana de los tiempos?

El élder Orson Pratt enseñó: “No vemos ninguna impropiedad en que Jesús se ofreciera a sí mismo como una ofrenda aceptable y sacrificio ante el Padre para expiar los pecados de sus hermanos, cometidos no solo en el segundo, sino también en el primer estado. Ciertamente, el trabajo que

Jesús iba a llevar a cabo era conocido en el Gran Concilio donde comenzó la rebelión... ¿Por qué se consideró al Cordero como inmolado desde la fundación del mundo? Si no hubiera personas que hubieran pecado en su primer estado, que pudieran beneficiarse de los sufrimientos de su hermano mayor, entonces no vemos razón alguna para considerarlo ya inmolado en ese período temprano: el simple hecho de que la expiación que debía hacerse en un mundo futuro se considerara como ya hecha parece demostrar que había quienes habían pecado y que necesitaban de la expiación. La naturaleza de los sufrimientos de Cristo fue tal que podía redimir los espíritus de los hombres tanto como sus cuerpos.”

Perspectivas adicionales de Abraham

El 1 de marzo de 1842, el Profeta José comenzó a publicar extractos en *Times and Seasons* de su traducción del libro de Abraham. Algunos temas de esa traducción se relacionan específicamente con la existencia premortal. Abraham fue permitido ver a Dios cara a cara y luego se le concedió una visión de la naturaleza y el orden del cosmos. Pero su recitación de detalles sobre los planetas y las estrellas tenía como propósito hacerle más que un astrónomo competente; más bien, Abraham comprendió que estas realidades físicas apuntaban a realidades espirituales mayores y más grandiosas. La lección de Abraham fue una lección de gobierno del sacerdocio, porque así como hay una estrella sobre otra, moviéndose gradualmente más cerca de la estrella más alta, Kolob, la que “está cerca del trono de Dios” (Abraham 3:9), también hay un espíritu sobre otro, moviéndose gradualmente hacia el más grande de todos los espíritus, Jehová, que es “semejante a Dios.” “Y el Señor me dijo: Estas dos cosas existen, que hay dos espíritus, uno siendo más inteligente que el otro; habrá otro más inteligente que ellos; yo soy el Señor tu Dios, yo soy más inteligente que todos ellos” (Abraham 3:19).

La visión continúa, y Abraham es permitido presenciar “las inteligencias que fueron organizadas antes de que el mundo fuera; y entre todas ellas había muchas de las nobles y grandes; y Dios vio que estas almas eran buenas, y él estuvo en medio de ellas, y dijo: Estos haré yo mis gobernantes; porque él estuvo entre aquellos que eran espíritus, y vio que eran buenos; y me

dijo: Abraham, tú eres uno de ellos; tú fuiste escogido antes de nacer” (Abraham 3:22-23).

De ese relato aprendemos que los espíritus son “inteligencias organizadas.” Luego Abraham ve que los espíritus nobles y grandes fueron llamados a “descender, porque hay espacio allí, y... tomar de estos materiales, y... hacer una tierra donde estos [los hijos espirituales de Dios reunidos] puedan morar; y los probaremos aquí para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandará; y aquellos que guarden su primer estado serán añadidos;... y aquellos que guarden su segundo estado tendrán gloria añadida sobre sus cabezas por los siglos de los siglos.”

A continuación, sigue un resumen de dos versículos del hecho de que Dios el Padre aceptó la oferta de Jehová, el “semejante a Dios,” de sostener el plan del Padre para la salvación de sus hijos, y rechazó la propuesta egoísta y destructiva de Lucifer. “El segundo se enojó, y no guardó su primer estado; y en ese día, muchos lo siguieron” (Abraham 3:24-28).

Otras verdades vitales e importantes establecidas por el Profeta José Smith sobre la naturaleza eterna de los hijos de Dios llegaron precepto por precepto en su sermón de King Follett, pronunciado el 7 de abril de 1844. Al hablar de la mente del hombre—el “espíritu inmortal,” el Profeta dijo: “¿De dónde vino? Todos los hombres eruditos y doctores de la divinidad dicen que Dios lo creó en el principio; pero no es así: la misma idea rebaja al hombre en mi estimación... Nosotros decimos que Dios mismo es un ser autoexistente. ¿Quién les dijo eso? Es bastante cierto; pero ¿cómo les llegó esa idea? ¿Quién les dijo que el hombre no existía de la misma manera sobre los mismos principios? El hombre existe sobre los mismos principios... Estoy hablando sobre la inmortalidad del espíritu del hombre. ¿Es lógico decir que la inteligencia de los espíritus es inmortal, y sin embargo que tuvo un principio? La inteligencia de los espíritus no tuvo principio, ni tendrá fin. Eso es lógica. Lo que tiene un principio puede tener un fin. Nunca hubo un tiempo en que no existieran los espíritus; porque son coiguales con nuestro Padre en el cielo.” En resumen, esta propiedad, llamada por los filósofos *aseidad* o autoexistencia necesaria, es una característica tanto de la Deidad como de la humanidad.

Un extraño aquí

El gran apologista cristiano C. S. Lewis hablaba con frecuencia de esos momentos significativos en los que las personas sienten en lo más profundo de su corazón que hay mucho, mucho más en el universo de lo que habían supuesto; que nosotros, como seres humanos, somos parte de algo más grande que nuestra propia familia o comunidad; que en ocasiones parece que nos encontramos con algo eterno; y que, de manera vaga y algo extraña, somos extraños a la mortalidad, que fuimos hechos de la materia de la eternidad. Lewis observó: "Si encuentro en mí un deseo que ninguna experiencia en este mundo puede satisfacer, la explicación más probable es que fui hecho para otro mundo. Probablemente, los placeres terrenales nunca fueron destinados a satisfacerlo, sino solo a despertarlo, a sugerir la verdadera cosa... Debo mantener vivo en mí el deseo por mi verdadero país, el cual no encontraré hasta después de la muerte; no debo dejar que se cubra de nieve ni que se desvíe; debo hacer del deseo por esa otra patria el principal objetivo de mi vida y ayudar a otros a hacer lo mismo."

Terryl y Fiona Givens observaron que, desde una perspectiva de la Restauración, "es más que las recurrentes insinuaciones de una esfera diferente, un dominio diferente de existencia solo vagamente percibido, lo que nos persigue. Es la familiaridad que no podemos sacudir."

El vidente elegido, José Smith, no tuvo miedo de introducir conceptos teológicos a un mundo religioso que no estaba abierto a la novedad. Y sus puntos de vista fueron ciertamente novedosos, porque tocaban el núcleo de la base teológica cristiana y desafiaban audazmente a los religiosos de su tiempo a considerar sus caminos. No es pequeña la multitud de críticos que están ansiosos por atacar la noción de que las almas de los hombres y mujeres mortales son tan inmortales como un Dios infinito y omnipotente. Suponen que esta idea inevitablemente degrada o de alguna manera disminuye a la Deidad, cuando en realidad eleva la personalidad humana y proporciona una gran perspectiva sobre el propósito de la vida y las alegrías y delicias, así como las decepciones y tragedias, asociadas con este segundo estado. Terryl y Fiona Givens escribieron: "Nuestra frágil dependencia sentida profundamente disipa cualquier ilusión de que la coeternidad

significa co-igualdad. Nuestro anhelo perenne por el Hogar afirma una relación arraigada en el amor de un hijo por un tierno padre.”

Los profetas, videntes y reveladores de la Iglesia en días anteriores dijeron: “La doctrina de la preexistencia, revelada tan claramente, especialmente en los últimos días, vierte un maravilloso torrente de luz sobre el problema de lo que de otro modo sería un misterio, el origen del hombre. Muestra que el hombre, como espíritu, fue engendrado y nacido de padres celestiales, y criado hasta la madurez en las mansiones celestiales del Padre, antes de venir a la tierra en un cuerpo temporal para pasar por una experiencia en la mortalidad. Enseña que todos los hombres existieron en el espíritu antes de que cualquier hombre existiera en la carne, y que todos los que han habitado la tierra desde Adán han tomado cuerpos y se han convertido en almas de igual manera.”

Y en nuestros tiempos, la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles afirmaron que “todos los seres humanos—hombres y mujeres—fueron creados a imagen de Dios. Cada uno es un hijo o hija amado de padres celestiales, y como tal, cada uno tiene una naturaleza divina y un destino. El género es una característica esencial de la identidad y el propósito premortal, mortal y eterno de cada individuo. En el reino premortal, los hijos e hijas espirituales conocían y adoraban a Dios como su Padre Eterno y aceptaron Su plan por medio del cual cada uno de Sus hijos podría obtener un cuerpo físico y ganar experiencia terrenal para progresar hacia la perfección y finalmente realizar su destino divino como heredero de la vida eterna.”

“Importante como es el cuerpo,” señaló el Presidente Russell M. Nelson, “sirve como un tabernáculo para el espíritu eterno de uno. Nuestros espíritus existieron en el reino premortal y continuarán viviendo después de que el cuerpo muera. El espíritu da al cuerpo animación y personalidad. En esta vida y en la próxima, el espíritu y el cuerpo, cuando se unen, se convierten en un alma viviente de un valor supernal.”

Otro apóstol moderno, el Presidente Boyd K. Packer, observó: “No creo que el Señor esté tan desesperado con lo que está pasando en el mundo como nosotros. Él podría detener todo en cualquier momento. ¡Pero no lo hará! ¡No hasta que cada jugador tenga la oportunidad de enfrentar la prueba

para la cual nos estábamos preparando antes de que el mundo existiera, antes de que viniera a la mortalidad!” El Presidente Packer también observó: “Esta doctrina de la vida premortal era conocida por los cristianos antiguos. Durante casi quinientos años, se enseñó la doctrina, pero luego fue rechazada como una herejía... Una vez que rechazaron esta doctrina, la doctrina de la vida premortal... nunca pudieron desentrañar el misterio de la vida.”

Conclusión

Al principio de esta dispensación, Sidney Rigdon fue informado de que el Señor había “dado a él [el Profeta José] las llaves del misterio de aquellas cosas que han sido selladas, incluso las cosas que fueron desde la fundación del mundo, y las cosas que han de venir desde este tiempo hasta el tiempo de mi venida” (D&C 35:18; compárese con 28:7; 64:5). Y ciertamente uno de los misterios más grandes, grandiosos y profundos—temas sagrados que el mundo no puede comprender ni apreciar—es la doctrina de la existencia eterna de los hijos de Dios. ¡Y qué gloriosa es esta verdad! “Soy un hijo de Dios con un linaje espiritual hacia padres celestiales,” testificó el élder Dallin H. Oaks. “El conocimiento de esa ascendencia define nuestro potencial eterno. Esa idea poderosa es un potente antidepresivo. Puede fortalecer a cada uno de nosotros para tomar decisiones justas y buscar lo mejor que hay en nosotros.”

El presidente Dieter F. Uchtdorf habló con ternura a los Santos cuando afirmó: “Mientras miramos la vasta expansión del universo y decimos, ‘¿Qué es el hombre en comparación con la gloria de la creación?’ ¡Dios mismo dijo que somos la razón por la que Él creó el universo! Su obra y gloria—el propósito de este magnífico universo—es salvar y exaltar a la humanidad. En otras palabras, la vasta expansión de la eternidad, las glorias y misterios del espacio y el tiempo infinitos, están construidos para el beneficio de mortales comunes como tú y yo. Nuestro Padre Celestial creó el universo para que pudiéramos alcanzar nuestro potencial como Sus hijos e hijas.”

“Este es un parádox del hombre,” continuó el presidente Uchtdorf. “Comparado con Dios, el hombre no es nada; sin embargo, somos todo para Dios. Mientras que contra el fondo de la creación infinita, podemos

parecer nada, tenemos una chispa de fuego eterno ardiendo dentro de nuestro pecho. Tenemos la incomprensible promesa de exaltación—mundos sin fin—dentro de nuestro alcance. Y es el gran deseo de Dios ayudarnos a alcanzarlo.”

El filósofo Truman Madsen lo expresó tan bellamente: “Uno comienza la mortalidad con el velo echado, pero lentamente se le mueve a penetrar el velo dentro de sí mismo. Con el tiempo, se le lleva a buscar el ‘santo de los santos’ dentro del templo de su propio ser.” El élder Neal A. Maxwell comentó sobre esos momentos conmovedores: “Hermanos y hermanas, en algunos de esos preciosos y personales momentos de profundo descubrimiento, habrá una repentina oleada de reconocimiento de una visión inmortal, un déjà vu doctrinal. A veces experimentaremos un destello del espejo de la memoria que nos llama a avanzar hacia un horizonte lejano.”

Estas cosas son verdad. Son importantes. No son meramente el producto de exploraciones teológicas ingeniosas o caprichosas. Marcan el camino hacia el entendimiento de Dios a quien adoramos y el Redentor a quien buscamos emular, lo cual es el camino hacia la vida eterna (Juan 17:3). Cuando se reciben humildemente y con gratitud, estas enseñanzas son liberadoras y emocionantes. Nos apuntan hacia un pasado infinito y un futuro sin fin. Al entenderlas y aceptarlas, comenzamos a pasar las páginas de nuestro libro de posibilidades eternas.

Capítulo 12

Fe en La Vida y la Salvación

Kirtland, Ohio, Invierno 1834-1835. En la revelación conocida por los Santos como la Hoja de Olivo (D&C 88), el Señor llamó a los principales élderes para establecer un programa de instrucción, un foro de entrenamiento que beneficiaría especialmente a aquellos que pronto serían llamados al ministerio. La Escuela de los Profetas fue establecida en enero de 1833. Los relatos de diarios y cuadernos describen las experiencias espirituales sublimes disfrutadas por este grupo de hombres, así como algunos de los contenidos del currículo, que incluía cosas como gramática, lenguas bíblicas y, por supuesto, doctrina. Para el invierno de 1835-36, comenzó una serie formal de conferencias, impartidas por los principales Hermanos a los élderes de la Iglesia.

La Escuela de los Profetas resultó ser un tipo de centro de entrenamiento misionero temprano, para que aquellos enviados por todo el mundo a difundir la noticia del evangelio restaurado pudieran estar “preparados en todas las cosas cuando os envíe nuevamente para magnificar el llamamiento al que os he llamado, y la misión con la que os he comisionado” (D&C 88:80). La Escuela de Kirtland comenzó en febrero de 1833. De aquellos días, el Profeta informa que “tuvimos muchas gloriosas temporadas de refrigerio.” Además, “gran gozo y satisfacción brillaban continuamente en los rostros de la Escuela de los Profetas y los Santos, a causa de las cosas reveladas y nuestro progreso en el conocimiento de Dios.”

La Escuela fue interrumpida como resultado de la expulsión de los Santos de Missouri en 1833, pero en noviembre de 1834 se estaban haciendo los preparativos para continuar la instrucción. “Siendo ya el final del mes,” explicó José, “y los élderes comenzando a llegar, era necesario hacer los preparativos para la escuela de los élderes, donde pudieran ser instruidos

más perfectamente en las grandes cosas de Dios, durante el próximo invierno. Un edificio para una oficina de impresión [en Kirtland] estaba casi terminado, y el piso inferior de este edificio se apartó para ese propósito [la escuela] cuando se completara. Así que el Señor abrió el camino de acuerdo con nuestra fe y obras, y bendito sea Su nombre.”

Durante ese invierno de 1834-35, el Profeta José Smith y sus hermanos en la dirección de la Iglesia prepararon y pronunciaron una serie de conferencias a la Escuela de los Élderes. Estas conferencias llegaron a conocerse como las Conferencias sobre la Fe. Esta colección de discursos es un estudio sistemático sobre la fe—qué es, los objetos sobre los cuales descansa, y los frutos que fluyen de ella. Estas siete conferencias contienen algunas de las enseñanzas más profundas y expansivas de nuestra literatura y son más que dignas de una reflexión seria y sobria por parte de los Santos de los Últimos Días que desean crecer en fe y acercarse a Cristo. El presidente Joseph Fielding Smith expresó su pesar de que las conferencias fueran tan poco conocidas entre los Santos del siglo XX: “Supongo que la generación que surge sabe poco sobre las Conferencias sobre la Fe... En mi propio juicio, estas conferencias son de gran valor... No se quitaron del Doctrina y Convenios [en 1921] porque contuvieran doctrina falsa, y las considero de valor extremo en el estudio del evangelio de Jesucristo.” El presidente Smith añadió que el Profeta José las compiló y “las preparó. Puede haber habido algunas sugerencias de otros hermanos, pero el Profeta mismo revisó y preparó estas Conferencias sobre la Fe para su publicación.”

Las Conferencias sobre la Fe fueron incluidas en la primera edición (1835) del Doctrina y Convenios. Esa edición constaba de dos partes: la Parte I se llamaba “doctrina” y consistía en las Conferencias sobre la Fe; la Parte II se llamaba “convenios” y consistía en muchas de las revelaciones recibidas hasta ese momento. Las Conferencias sobre la Fe permanecieron en el Doctrina y Convenios hasta 1921.

Conferencia Uno

La Conferencia Uno es una discusión sobre la naturaleza de la fe. La conferencia describe la fe como “el primer principio en la religión revelada, y la base de toda justicia” (1:1). Muestra a partir de las escrituras que la fe

no solo es el principio subyacente detrás de toda acción, sino también “un principio de poder”. La conferencia observa que, como se enseña en Hebreos 11:3, “el principio de poder que existió en el seno de Dios, por el cual fueron formados los mundos, fue la fe; y... es por razón de este principio de poder existente en la Deidad que todas las cosas creadas existen; de modo que todas las cosas en el cielo, en la tierra o bajo la tierra existen por razón de la fe como existió en Él... Es el principio por el cual Jehová obra, y por el cual ejerce poder sobre todas las cosas temporales, así como sobre las eternas.”

La ecuación de la fe como un principio de poder es un concepto importante. Así, la fe se convierte en algo más que un deseo pasivo o incluso un anhelo o deseo fuerte por que ocurra alguna eventualidad. Nos ayuda a entender la declaración del Salvador: “Si tenéis fe, y no dudáis, no solo haréis esto que se hace al árbol de higuera [es decir, marchitarlo], sino que también, si dijereis a este monte: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:21-22).

El concepto de que fue por fe que Dios formó los mundos (Hebreos 11:3) y la posterior discusión de ese principio nos introduce a una noción bastante nueva para la mayoría de los Santos—es decir, que Dios opera por fe. En la Conferencia Uno aprendemos que “el principio de poder que existió en el seno de Dios, por el cual fueron formados los mundos, fue la fe; y que es por razón de este principio de poder existente en la Deidad que todas las cosas creadas existen; de modo que todas las cosas en el cielo, en la tierra o bajo la tierra existen por razón de la fe tal como existió en Él... Es el principio por el cual Jehová obra, y por el cual ejerce poder sobre todas las cosas temporales, así como sobre las eternas. Si tomas este principio o atributo—porque es un atributo—de la Deidad, Él dejaría de existir.”

Conferencia Dos

La Conferencia Dos es una declaración de cómo llega la fe—es decir, por el poder del testimonio humano. A los hermanos en la Escuela de los Élderes se les enseñó (a partir de la traducción inspirada de José de los primeros capítulos del Génesis, lo que ahora tenemos como el libro de Moisés) que después de que Adán y Eva fueron expulsados del Jardín de Edén, no perdieron el conocimiento que habían adquirido en Edén. Aunque el

conocimiento de su existencia premortal estaba velado de la memoria, “la transgresión de Adán no le privó del conocimiento previo con el cual fue dotado, relativo a la existencia y gloria de su Creador.” Es decir, Adán y Eva “retuvieron el conocimiento de [la existencia de Dios], y eso fue suficiente para moverlos a invocar a Él.”

Además, después de la expulsión del Edén, Dios continuó revelándose a nuestros primeros padres. Ellos, a su vez, enseñaron a sus hijos acerca del Todopoderoso y el plan de salvación. “Y las evidencias que estos hombres tenían de la existencia de un Dios fueron, en primera instancia, el testimonio de sus padres.” Este conocimiento fue transmitido de generación en generación, “al menos como una tradición; porque no podemos suponer que un conocimiento de este hecho tan importante pudiera haber existido en la mente de cualquiera de los individuos antes mencionados, sin que lo hubieran dado a conocer a su posteridad.” Y luego, después de una larga discusión sobre la edad de cada uno de los patriarcas cuando murió—un esfuerzo por demostrar cómo el poder del testimonio humano fue transmitido y fue, por lo tanto, el medio por el cual los hombres y mujeres pudieron tener fe en la existencia de Dios—llega esta notable conclusión en la conferencia: “Hemos visto que fue el testimonio humano, y solo el testimonio humano, lo que despertó esta investigación, en primer lugar, en sus mentes. Fue la credulidad que dieron al testimonio de sus padres, testimonio que despertó sus mentes para investigar el conocimiento de Dios; la investigación frecuentemente terminó”—y toma nota de esta profunda verdad—“de hecho, siempre terminaba, cuando se llevaba a cabo correctamente, en los descubrimientos más gloriosos y en una certeza eterna.”

Conferencias Tres y Cuatro

La Conferencia Tres da los requisitos previos para el ejercicio de la fe en Dios para la vida y la salvación:

- “1. La idea de que Dios realmente existe;
- “2. Una idea correcta de su carácter, perfecciones y atributos; y,
- “3. Un conocimiento real de que el camino en la vida que uno sigue está de acuerdo con la voluntad de Dios.”

Tanto las Conferencias Tres como Cuatro tratan sobre el carácter y los atributos de Dios, estableciendo que Dios posee todas las virtudes, rasgos y cualidades ennoblecedoras en su perfección. Eso es lo que significa ser Dios. Así, Dios es todo sabio, todo cariñoso, todo veraz, todo benevolente, todo paciente, y siempre consistente, constante y confiable. Además, para ejercer fe en Él, uno debe saber que Dios encarna todos estos atributos y cualidades. ¿Cómo, por ejemplo, podría uno invocar al Todopoderoso con confianza si existiera alguna duda sobre el juicio de Dios, su sentido de justicia o su accesibilidad? ¿Cómo podría uno atreverse a invocar a Dios para el perdón si existiera alguna duda sobre la disposición de Dios para perdonar? “Tal es la debilidad del hombre,” les enseñaron a los hermanos, “y tal son sus fragilidades, que es propenso a pecar continuamente, y si Dios no fuera largo en paciencia, lleno de compasión, gracioso y misericordioso, y de una disposición perdonadora, el hombre sería cortado de su presencia, como consecuencia de lo cual estaría en constante duda y no podría ejercer fe; porque donde hay duda, allí la fe no tiene poder.”

En la misma línea, consideremos nuestra situación si existiera alguna duda en la mente del hombre sobre si Dios tiene todo el poder o sabe todas las cosas. “Sin el conocimiento de todas las cosas, Dios no sería capaz de salvar ninguna porción de sus criaturas; porque es por razón del conocimiento que tiene de todas las cosas, desde el principio hasta el fin, que Él puede dar ese entendimiento a sus criaturas mediante el cual son hechas partícipes de la vida eterna; y si no fuera por la idea existente en la mente de los hombres de que Dios tiene todo conocimiento, sería imposible para ellos ejercer fe en Él.” Por lo tanto, cualquier persona que dude del poder, el conocimiento o la habilidad de Dios nunca adquirirá el tipo y la calidad de fe que conduce a la vida y la salvación. Verdaderamente, como se dijo en una conferencia anterior, “Dios es el único gobernador supremo y ser independiente en quien habita toda la plenitud y perfección; que es omnipoaciente, omnipresente y omnisciente; sin principio de días ni fin de vida; y... en Él habitan todos los buenos dones y todos los buenos principios.”

Conferencia Cinco

La Conferencia Cinco continúa una discusión sobre la naturaleza de Dios, centrándose principalmente en las perfecciones de la Deidad y la relación

de Dios el Padre con Dios el Hijo. Esta conferencia es particularmente profunda y penetrante, y requiere reflexión seria y con oración para captar su mensaje. Sobre la Conferencia Cinco, el Élder Bruce R. McConkie escribió: “Usando las santas escrituras como la fuente registrada del conocimiento de Dios, sabiendo lo que el Señor les ha revelado en visiones y por el poder del Espíritu, y escribiendo conforme a esa misma guía del Espíritu, José Smith y los primeros hermanos de esta dispensación prepararon una declaración de fe sobre la Trinidad. Sin lugar a dudas, es el resumen más excelente de la verdad revelada y eterna relativa a la Trinidad que ahora existe en lenguaje mortal. En ella se expone el misterio de la piedad; es decir, expone las personalidades, misiones y ministerios de esos seres santos que componen la presidencia suprema del universo. Para las personas espiritualmente analfabetas, puede parecer difícil y confuso; para aquellos cuyas almas están encendidas con luz celestial, es un resumen casi perfecto de aquellas cosas que deben ser creídas para alcanzar la salvación.” Más adelante había declarado: “En mi juicio, es la expresión más completa, inteligente e inspirada que ahora existe... en un solo lugar definiendo, interpretando, exponiendo, anunciando y testificando qué tipo de ser es Dios. Fue escrita por el poder del Espíritu Santo, por el espíritu de inspiración. En efecto, es escritura eterna; es verdadera.”

Como Santos de los Últimos Días, hacemos grandes esfuerzos para establecer que el Padre y el Hijo son personas separadas y distintas, seres separados, que no están fusionados mágicamente ni entrelazados, no son meramente dos manifestaciones del mismo Ser. Y, sin embargo, nuestro Padre Celestial y su Hijo Amado son infinitamente más uno de lo que son separados: Son separados en persona y ser, pero son uno en gloria, uno en propósito, uno en enfoque y misión, y uno en el sentido de que ambos poseen todos los atributos de la piedad en perfección. A los hermanos en la Escuela de los Élderes también se les enseñó que ellos son uno en mente, y que esa unidad de mente se asegura y mantiene a través de la presencia moradora del Espíritu Santo. El Padre y el Hijo poseen la misma mente, la misma sabiduría, gloria, poder y plenitud—llenando todo en todos; el Hijo siendo lleno con la plenitud de la mente, gloria y poder; o, en otras palabras, el espíritu, la gloria y el poder del Padre.

Lo que puede ser una declaración algo desconcertante en la Conferencia Cinco es la siguiente: “Hay dos personajes que constituyen el gran, inigualable, gobernante y supremo poder sobre todas las cosas, por medio de los cuales todas las cosas fueron creadas y hechas... Ellos son el Padre y el Hijo—el Padre siendo un personaje de espíritu, gloria y poder, poseyendo toda perfección y plenitud, el Hijo, que estaba en el seno del Padre, un personaje de tabernáculo... poseyendo toda la plenitud del Padre, o la misma plenitud con el Padre.” La parte desconcertante de esta declaración, por supuesto, es “el Padre siendo un personaje de espíritu.” Una posibilidad para entender este pasaje es que José Smith aún no comprendía la naturaleza corpórea o física de Dios el Padre. Tal vez no adquirió ese entendimiento como resultado de la Primera Visión en 1820, y, por supuesto, quizás aún no lo había comprendido incluso en el invierno de 1834-35, cuando se pronunciaron las Conferencias sobre la Fe. Su conocimiento—como el de todos los mortales—se adquirió a menudo de manera incremental, y su desarrollo en la comprensión doctrinal se llevó a cabo de principio en principio. La Primera Visión, en 1820, enseñó a José que los cielos ya no estaban sellados; que Satanás era más que un mito o una metáfora; y que el Padre y el Hijo eran Seres separados y distintos.

Como señalamos en el Capítulo 2, no hay ninguna mención en ninguno de sus relatos conocidos de la Primera Visión que Dios tenga un cuerpo físico. La referencia más temprana que tenemos a un sermón de José Smith sobre la corporeidad de Dios parece ser el 5 de enero de 1841. En esa ocasión, William Clayton registró al Profeta diciendo: “Lo que está sin cuerpo ni partes es nada. No hay otro Dios en el cielo sino aquel Dios que tiene carne y huesos.” Seis semanas después, “José dijo, respecto a la Trinidad [que] no era como muchos imaginaban—tres cabezas y solo un cuerpo; él dijo que los tres eran cuerpos separados.” El 9 de marzo de 1841 declaró que “el Hijo tenía un tabernáculo y también el Padre.” Finalmente, el 2 de abril de 1843, en Ramus, Illinois, el hermano José dio instrucciones que son la base para Doctrina y Convenios 130:22-23: “El Padre tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el de un hombre; el Hijo también; pero el Espíritu Santo... es un personaje de Espíritu.”

Otra posibilidad para entender este pasaje en la Conferencia Cinco es que José Smith sí entendía que Dios tiene un cuerpo, pero que el pasaje ha sido

malinterpretado. Si es así, ¿qué podría significar la frase? Para empezar, la expresión completa no es que Dios el Padre sea “un personaje de espíritu,” sino “un personaje de espíritu, gloria y poder.” Esta expresión podría ser más una descripción de la naturaleza divina de Dios—una declaración sobre su estado glorificado y exaltado—que sobre su ser físico. La palabra “espíritu”, como se usa, por ejemplo, en Moisés 1, es un sinónimo de gloria o poder: Su Espíritu es su gloria (Moisés 1:9, 20). En palabras del Élder McConkie, la frase “un personaje de espíritu” se refiere a la naturaleza espiritual de Dios (comparar 1 Corintios 15:44; Alma 11:45; D&C 88:27; Moisés 3:9)—que él es un ser resucitado e inmortal y, como tal, no está sujeto a la muerte; es decir, el cuerpo de Dios es espiritual. “Son los dos personajes que vinieron a José Smith en la primavera de 1820,” también escribió el Élder McConkie. “Son hombres exaltados. Cada uno es un personaje de espíritu; cada uno es un personaje de tabernáculo. Ambos tienen cuerpos, cuerpos tangibles de carne y huesos. Son seres resucitados... Un personaje de tabernáculo, como se usa aquí, es aquel cuyo cuerpo y espíritu están inseparablemente conectados y para quien no puede haber muerte. Un personaje de espíritu, como se usa aquí, ... es un personaje resucitado.”

Un último pensamiento sobre este asunto. El profesor Milton V. Backman dio a conocer hace muchos años una descripción del mormonismo hecha por un clérigo protestante en Ohio. Truman Coe, un ministro presbiteriano que había vivido durante cuatro años entre los Santos en Kirtland, publicó lo siguiente sobre las creencias de los Santos de los Últimos Días en el Ohio Observer del 11 de agosto de 1836: “Ellos sostienen que el Dios adorado por los presbiterianos y todos los demás sectarios no es mejor que un dios de madera. Creen que el verdadero Dios es un ser material, compuesto de cuerpo y partes; y que cuando el Creador formó a Adán a su propia imagen, lo hizo del tamaño y forma de Dios mismo.” Si un ministro de otra fe había observado ya en 1836 que los Santos de los Últimos Días enseñaban que Dios tiene un cuerpo, no es inconcebible que tales cosas fueran conocidas por José Smith uno o dos años antes, en el momento en que la Escuela de los Élderes se dedicaba al estudio de las Conferencias sobre la Fe.

La Conferencia Cinco continúa explicando cómo el hombre mortal—frágil y débil y en constante necesidad de intervención divina—puede crecer y

desarrollarse en una unión espiritual con los Dioses. El Espíritu Santo, que transmite la mente de Dios, “se derrama sobre todos los que creen en su nombre y guardan sus mandamientos; y todos aquellos que guardan sus mandamientos crecerán de gracia en gracia, y se convertirán en herederos del reino celestial, y coherederos con Jesucristo; poseyendo la misma mente, siendo transformados a la misma imagen o semejanza, incluso la imagen expresa de Aquel que llena todo en todo; siendo llenos con la plenitud de su gloria, y convirtiéndose en uno en Él, así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno.” Examinaremos las implicaciones de estas declaraciones en el Capítulo 20, cuando miremos más de cerca la doctrina de la deificación.

Conferencia Seis

La Conferencia Seis discute el tercer criterio para la fe—el conocimiento de que el camino que estamos siguiendo en la vida está conforme a la voluntad divina. Este puede ser el mayor desafío de todos. Los dos primeros requisitos nos exigen aprender y entender algo sobre Dios. El tercero requiere que sepamos algo sobre nosotros mismos. Es decir, la fe para la vida y la salvación depende de la confianza—una palabra que el Profeta usa de manera intercambiable con fe. Debemos tener confianza de que hay un Dios, confianza de que Él es quien dice ser y que tiene todo el poder. Y luego, debemos tener cierto grado de confianza en nosotros mismos, una segura certeza de que el Señor está complacido con nosotros. Las personas que dudan de su posición ante Dios, que constantemente cuestionan su propia bondad e impugnan su propia rectitud, que siempre se sienten inadecuadas e inferiores—esas personas no pueden desarrollar fe para la vida y la salvación. Aunque una cierta medida de humildad es típica de aquellos que se acercan al Señor (2 Nefi 4:17-18; Éter 3:2), también debe haber esa esperanza en Cristo—esa anticipación de la aceptación divina por Él, la seguridad de la vida eterna a través de Él, y la expectativa de gloria con Él—si uno ha de trazar un curso y seguirlo hasta la salvación.

“Un conocimiento real para cualquier persona de que el curso de vida que sigue está de acuerdo con la voluntad de Dios, es esencialmente necesario para permitirle tener esa confianza en Dios sin la cual ninguna persona puede obtener la vida eterna. Fue esto lo que permitió a los antiguos santos

soportar todas sus aflicciones y persecuciones, y aceptar con gozo la pérdida de sus bienes, sabiendo (no solo creyendo) que tenían una sustancia más perdurable.” De hecho, “tal fue, y siempre será, la situación de los santos de Dios, que a menos que tengan un conocimiento real de que el curso que están siguiendo está conforme a la voluntad de Dios, se fatigarán en sus mentes y desfallecerán.”

Dicho de otra manera, el pueblo de Dios necesita saber que el Señor está complacido con ellos y que sus actos y su fe son aceptables ante Él si han de tener el valor moral y la fe para vencer al mundo. “Para que un hombre entregue todo lo que tiene, su carácter y reputación, su honor y aplauso, su buen nombre entre los hombres, sus casas, sus tierras, sus hermanos y hermanas, su esposa e hijos, e incluso su propia vida también—contando todas las cosas como estiércol y basura por la excelencia del conocimiento de Jesucristo [comparar Filipenses 3:7–10]—se requiere más que mera creencia o suposición de que está haciendo la voluntad de Dios; se necesita un conocimiento real, dándose cuenta de que, cuando estos sufrimientos terminen, entrará en el descanso eterno y será partícipe de la gloria de Dios.”

¿Y cómo obtenemos tal conocimiento? ¿Cómo llegamos a saber que estamos en el camino correcto, que nuestras vidas están en orden y, por lo tanto, aprobadas por los cielos? A los miembros de la Escuela de los Élderes se les enseñó—y esta es una de las verdades trascendentales de la Restauración—que debemos estar dispuestos a sacrificar todas las cosas por la causa del evangelio. Si queremos convertirnos en herederos de todo lo que el Padre tiene, debemos estar dispuestos a renunciar a todo lo que tenemos. Con nosotros, debe ser el reino de Dios o nada. “Observe aquí,” aprendieron los hermanos, “que una religión que no requiera el sacrificio de todas las cosas nunca tiene poder suficiente para producir la fe necesaria para la vida y la salvación.” Solo una iglesia que pide todo a sus miembros—¡todo!—está en posición de producir en sus miembros la fe que los llevará a las riquezas de la eternidad. La entrega total a Dios siempre es un requisito previo para la victoria total. Solo aquellos que alcanzan el punto en su desarrollo espiritual donde finalmente son capaces de consagrarse completamente al Señor y a su Iglesia y reino, y hacerlo sin impedimentos, pueden ganar esa confianza ante Dios de la que hablan las escrituras (D&C

121:45), una confianza que resulta en la promesa de la vida eterna. Al hablar de los antiguos, los élderes fueron instruidos que “a través del conocimiento así obtenido [de que su curso de vida estaba en armonía con la voluntad divina] su fe se hizo lo suficientemente fuerte como para apoderarse de la promesa de la vida eterna... y obtener el fin de su fe, incluso la salvación de sus almas.”

Conferencia Siete

En la Conferencia Siete se encuentra un comentario fascinante sobre un pasaje del apóstol Pablo, a saber: “Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe, y que es galardonador de los que le buscan diligentemente” (Hebreos 11:6). ¿Por qué es imposible agradar a Dios sin fe? La respuesta sería—Porque sin fe es imposible que los hombres sean salvos; y como Dios desea la salvación de los hombres, Él debe, por supuesto, desear que tengan fe; y no podría estar complacido a menos que la tuvieran, o de lo contrario podría estar complacido con su destrucción.”

El Profeta y sus asociados enseñaron sobre los frutos de la fe, a saber, los dones espirituales que disfrutan los fieles y, en última instancia, la salvación completa otorgada a los completamente consagrados. Además, aprendemos que uno de los beneficios de la verdadera fe es que desarrolla en nosotros un carácter semejante al de Cristo, llevándonos hacia adelante para convertirnos cada vez más como Cristo, nuestro Maestro. Jesús es, de hecho, el prototipo de todos los seres salvados. “La salvación consiste en la gloria, autoridad, majestad, poder y dominio que posee Jehová y en nada más; y ningún ser puede poseerla sino Él mismo o uno semejante a Él.” El plan de salvación es en realidad “un sistema de fe—comienza con fe, y continúa por fe; y toda bendición que se obtiene en relación con él es el efecto de la fe, ya sea que pertenezca a esta vida o a la que ha de venir.”

Habiendo establecido lo que es la fe, lo que sustenta esa fe y lo que se requiere de nosotros para ser contados entre los favorecidos del cielo, la Conferencia Siete continúa: “Entendemos que cuando un hombre trabaja por fe, trabaja mediante el esfuerzo mental en lugar de la fuerza física. Es mediante palabras, en lugar de ejercer sus poderes físicos, con los que todo ser trabaja cuando trabaja por fe.” No debemos entender de esta

declaración, sin embargo, que ejercer fe es simplemente un ejercicio intelectual o que aquellos con capacidades mentales inusuales necesariamente tienen más fe. Más bien, el esfuerzo mental del que habla el Profeta parece ser el rigor y el arduo trabajo de la búsqueda del alma y la negación personal asociada con llegar a conocer la mente y la voluntad de Dios y luego actuar en consecuencia.

A veces es sorprendente observar cómo algunos de nosotros usamos la palabra fe en nuestra caminata y charla diaria. Un misionero en Viena le dice a su compañero o a su distrito: "Vamos, ¿dónde está vuestra fe? ¡Si tuviéramos fe, podríamos bautizar toda esta ciudad!" De vez en cuando, personas bienintencionadas pero insensibles pueden explicar a unos padres afligidos que si la familia tuviera suficiente fe, su hija, que ha luchado con la esclerosis múltiple durante cinco años, no estaría obligada a sufrir más. La fe no es el poder del pensamiento positivo, aunque ciertamente es mejor ser optimista que cínico. La fe no es la resolución personal que nos permite desear que una situación difícil desaparezca. La fe no es siempre la capacidad de convertir una tragedia en una celebración. No generamos la fe por nosotros mismos, porque es un don de Dios, un don del Espíritu (1 Corintios 12:9; Efesios 2:8; Moroni 10:11). No actuamos por nuestra cuenta para obtener fe, porque la fe es dada por Dios para sus propósitos y para bendecir el cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Las personas actúan con fe cuando actúan de acuerdo con la voluntad de Dios. Dicho de otra manera, tengo suficiente fe para mover el Monte Everest al medio del Lago Michigan solo cuando sé que el Señor quiere que se mueva. Tengo fe o poder para tocar los corazones de los demás con mi testimonio de la verdad solo cuando están preparados y listos para la palabra. Es decir, la fe no puede anular la agencia moral individual. Incluso el Maestro no pudo realizar milagros en medio de un pueblo sumido en la indiferencia espiritual. Jesús dijo al referirse a su recepción en Nazaret: "No hay profeta sin honra, sino en su propia patria, y entre su parentela, y en su casa. Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que impuso las manos sobre unos pocos enfermos y los sanó" (Marcos 6:4-5; énfasis añadido). De manera similar, el profeta-líder Mormón amaba a su pueblo y derramó su alma en oración en su favor; "sin embargo, fue sin fe, por la dureza de sus corazones" (Mormón 3:12; énfasis añadido). Alguien que observaba desde

la distancia, sin saber lo que realmente es la fe, podría haber gritado: “¡Vamos, Mormón, ¿dónde está tu fe?”

Permítanme compartir una experiencia personal que ilustra este punto. Recuerdo muy bien una cálida noche de junio en Luisiana, solo unos meses después de haber regresado de una misión, sentado con mi mamá y mi papá, viendo televisión. El teléfono sonó, y rápidamente llamaron a mi papá al hospital para dar una bendición del sacerdocio a alguien. Un chico de dieciséis años, amigo de mi hermana menor, se había desplomado repentinamente en el campo de softbol y fue llevado de urgencia al hospital. Le dijeron a mi papá que el chico había sido diagnosticado con una extraña enfermedad degenerativa de los nervios y que, si no ocurría algo pronto, moriría. Mi papá y yo corrimos al hospital, tomamos el ascensor hasta el quinto piso y nos apresuramos a la sala de espera. Nos dieron la noticia de que el joven había fallecido. Hicimos lo mejor que pudimos para consolar a los dolientes y luego nos dirigimos a casa.

Cuando entramos por la puerta trasera, mi hermana preguntó: “¿Cómo está él?”

Respondí que su amigo había muerto.

Ella respondió inmediatamente: “¿Entonces por qué no lo resucitaron?”

Siendo el experimentado y veterano misionero que era, y teniendo casi todas las respuestas a las preguntas de la vida, balbuceé por un segundo y luego me volví hacia mi papá. “Sí, ¿por qué no lo resucitamos?”

La respuesta de mi papá fue amable pero firme. También fue instructiva. “Porque el Espíritu del Señor no nos impulsó a hacerlo,” dijo él.

Debo admitir que en ese momento tal respuesta me pareció una especie de evasión espiritual. Pero en los años que siguieron, llegué a conocer algo sobre la fe de mi papá. Él había estado con su propio padre muchos años antes, cuando de hecho el Espíritu había impulsado y los muertos fueron levantados a la vida nuevamente. Mi papá sabía cuándo moverse y cuándo no moverse. Él tenía fe.

Ahora, una ilustración de la historia de la Iglesia. En 1838, Wilford Woodruff viajaba a Sión para asumir su nuevo asignamiento en el Quórum de los Doce Apóstoles. En el viaje, su esposa, Phoebe, se vio afectada por una fiebre muy alta. “Me detuve en una casa”, escribió el hermano Woodruff,

“y llevé a mi esposa y su cama dentro de ella, con la determinación de quedarme allí hasta que ella se recuperara de su salud o falleciera. Esto fue la mañana del domingo, 2 de diciembre.

“Después de llevar a mi esposa y sus cosas dentro de la casa y conseguir leña para mantener el fuego encendido, ocupé mi tiempo cuidando de ella. Parecía que solo le quedaba poco tiempo de vida.

“Me llamó a su lado por la noche y me dijo que sentía como si unos pocos momentos más acabarían con su existencia en esta vida. Manifestó gran confianza en la causa que había abrazado y me exhortó a tener confianza en Dios y guardar sus mandamientos.

“A todas luces, ella estaba muriendo. Puse las manos sobre ella... y pronto se recuperó y durmió algo durante la noche.

“El 3 de diciembre encontré a mi esposa muy mal. Pasé el día cuidándola... Ella parecía estar hundiéndose gradualmente, y por la noche su espíritu aparentemente dejó su cuerpo, y ella murió.

“Las hermanas se agruparon alrededor de su cuerpo, llorando, mientras yo me quedaba mirando con tristeza. El espíritu y el poder de Dios comenzaron a descansar sobre mí hasta que, por primera vez durante su enfermedad, la fe llenó mi alma, aunque ella yacía ante mí como muerta.

“Tenía algo de aceite que había sido consagrado para mi unción mientras estaba en Kirtland... Luego me incliné ante el Señor y oré por la vida de mi compañera, y ungí su cuerpo con el aceite en el nombre del Señor. Puse mis manos sobre ella, y en el nombre de Jesucristo reprendí el poder de la muerte y el destructor, y ordené que se apartara de ella, y que el espíritu de vida entrara en su cuerpo.

“Su espíritu regresó a su cuerpo, y a partir de esa hora ella fue sanada; y todos sentimos alabar el nombre de Dios, confiar en Él y guardar Sus mandamientos.”

“Mientras ocurría esta operación conmigo (como mi esposa relató después), su espíritu salió de su cuerpo, y vio su cuerpo tendido sobre la cama, y las hermanas llorando. Miró a ellas, a mí, y a su bebé, y mientras

observaba esta escena, dos personajes entraron en la habitación... y le dijeron que habían venido por ella... Uno de estos mensajeros le informó que podría tener una opción: podría descansar en el mundo espiritual, o, bajo una condición, tendría el privilegio de regresar a su tabernáculo y continuar su labor en la tierra. La condición era, si sentía que podía mantenerse al lado de su esposo, y con él pasar todas las preocupaciones, pruebas, tribulaciones y aflicciones de la vida que él tendría que atravesar por el bien del evangelio hasta el final. Cuando ella miró la situación de su esposo e hijo, dijo: ‘¡Sí, lo haré!’

“En el momento en que se tomó esa decisión, el poder de la fe descansó sobre mí, y cuando administré sobre ella, su espíritu entró en su tabernáculo, y vio a los mensajeros [salir] por la puerta.”

Aunque a los hermanos en la Escuela de los Élderse les enseñó que trabajar por fe es trabajar por el poder del “esfuerzo mental”, necesitamos entender que esto no significa que a mayor CI, mayor fe. De ninguna manera. “Puede que haya aquellos,” observó el Élder McConkie, “cuyos poderes mentales y procesos de pensamiento sean mayores que los de cualquiera de los santos, pero solo las personas que están en sintonía con el Infinito pueden ejercer las fuerzas y poderes espirituales que provienen de Él... Él... debe aprobar el uso de su poder en el caso que se presente. La fe no puede ser ejercida en contra del orden del cielo o en contra de la voluntad y los propósitos de quien es su poder. Los hombres trabajan por fe cuando están en sintonía con el Espíritu y cuando lo que buscan hacer mediante el esfuerzo mental y la palabra hablada es la mente y voluntad del Señor.”

Los hermanos fueron enseñados en las Conferencias sobre la Fe que “donde hay duda e incertidumbre, allí no está la fe, ni puede estar. Porque la duda y la fe no existen en la misma persona al mismo tiempo; de modo que las personas cuyos pensamientos están llenos de dudas y miedos no pueden tener confianza inquebrantable, y donde no hay confianza inquebrantable, la fe es débil.” “Recuerden,” declaró el presidente Thomas S. Monson, “que la fe y la duda no pueden existir en la misma mente al mismo tiempo, porque una disipará a la otra. Echen fuera la duda. Cultiven la fe... Hermanos y hermanas amados, no teman. Anímense. El futuro es tan brillante como su fe.”

Conclusión

Aproximadamente hace medio siglo, me encontré sentado en una clase de religión en la Universidad Brigham Young. Fue mi primera experiencia en el estudio serio del evangelio restaurado, más allá de mi estudio misionero, ya que no hubo programas de seminario o instituto durante los años de mi juventud en Luisiana. Mi clase en BYU fue Religión 325, la segunda parte del Doctrina y Convenios. A menudo, el instructor citaba o leía de las Conferencias sobre la Fe, lo cual me intrigó, porque nunca me había encontrado con ellas antes. Un día, después de clase, le hablé sobre ellas.

Él me preguntó: “¿Te gustaría entender realmente las Conferencias sobre la Fe?”

Respondí que sí.

Su respuesta me sorprendió. “Primero, léelas veinte veces, y luego empieza a estudiarlas.”

A lo largo de los años desde entonces, he tomado en serio el consejo de mi maestro, y los resultados han sido sorprendentemente dulces. No sé qué partes de las Conferencias fueron escritas por José Smith mismo, o qué partes pudieron haber sido preparadas por Sidney Rigdon o William W. Phelps o cualquiera de los otros primeros hermanos. Lo que sí sé es que el hermano José las compiló, las preparó para su publicación e incluyó en la primera edición del Doctrina y Convenios. Eso es una recomendación suficientemente fuerte para mí.

Las Conferencias sobre la Fe, aunque no están al mismo nivel de respeto canónico que las revelaciones y traducciones del Profeta, son, sin embargo, dignas de un estudio riguroso. En el prefacio de la primera edición del Doctrina y Convenios (1835) se encuentran estas palabras: “La primera parte del libro [las Conferencias sobre la Fe] contiene una serie de conferencias como las pronunciadas ante una clase teológica en este lugar, y debido a que abarcan la importante doctrina de la salvación, las hemos organizado en el siguiente trabajo.”

Siento que cualquiera que desee conocer y entender algo sobre la amplitud y profundidad de la mente de José Smith sería imprudente ignorar o tratar

ligeramente las Conferencias sobre la Fe. Nos señalan la verdad de que el plan de salvación es, en esencia, un “sistema de fe—comienza con fe, y continúa por fe; y cada bendición que se obtiene en relación con él es el efecto de la fe, ya sea que pertenezca a esta vida o a la que ha de venir.” Verdaderamente, cuando Jesús el Mesías ofreció salvar a la familia humana, esencialmente propuso “hacerlos semejantes a Él, y Él era semejante al Padre, el gran prototipo de todos los seres salvados; y para que cualquier parte de la familia humana sea asimilada a su semejanza es ser salvado.” Mi oración para todos nosotros es la que los miembros de los Doce en el meridiano del tiempo pronunciaron en un momento cuando el Salvador les encargó emprender una tarea difícil. Ellos le dijeron simplemente: “Aumenta nuestra fe” (Lucas 17:3-5).

Capítulo 13

Las Promesas hechas a los Padres

Kirtland, Ohio, marzo y abril de 1836. José Smith declaró el 30 de marzo de 1836: “*Observé a los quórum que ahora había completado la organización de la iglesia, y que habíamos pasado por todas las ceremonias necesarias; que les había dado toda la instrucción que necesitaban [para] salir y edificar el reino de Dios.*” Ciertamente, la Primera Presidencia, el Quórum de los Doce y el Quórum de los Setenta habían sido organizados y establecidos, al igual que las oficinas y los quórum del Sacerdocio Aarónico y Melquisedec. Luego, como resultado de lo que ocurrió el 3 de abril de 1836 en el Templo de Kirtland, nada sería lo mismo en la Iglesia restaurada.

Mucha inspiración y visión se pueden obtener mediante una simple lectura del libro de Génesis. Lecciones oportunas y eternas se encuentran en casi cada página—lecciones dolorosas y alegres de las vidas de hombres y mujeres del pasado. Moisés el Legislador, el autor del Pentateuco, lleva al lector rápidamente a través de la Creación, la Caída, el Diluvio y la dispersión de las naciones a través de la confusión de las lenguas. Para cuando hemos leído diez capítulos de Génesis—quince páginas en la edición de los Santos de los Últimos Días de la Versión King James de la Biblia—descubrimos que han pasado más de dos mil años desde la Caída. Es como si Moisés estuviera ansioso por llevar al lector sin demora a un punto específico en la historia. Ese punto en el tiempo es la vida de los patriarcas—Abraham, Isaac, Jacob y José.

Los Patriarcas

Hay suficiente información en nuestro actual Antiguo Testamento para entender, hasta cierto punto, las vidas de los patriarcas—su educación, fortalezas y talentos, y, por supuesto, sus pruebas y tribulaciones. Ciertamente, uno podría concluir de una lectura de Génesis por qué

Abraham llegó a ser conocido como el “padre de los fieles” y sentir una profunda gratitud y admiración por su bondad e integridad. Sin embargo, cuando estudiamos las vidas de los patriarcas a la luz de la revelación moderna, reconocemos claramente que muchas verdades claras y preciosas, así como muchos convenios del Señor, han sido realmente retirados de la Biblia (1 Nefi 13:20-29; Moisés 1:40-41).

Aunque atesoramos las lecciones eternas de la Biblia y conocemos su verdad esencial, el corazón del mensaje del evangelio falta en el Antiguo Testamento. El grado en que el evangelio de Jesucristo era conocido desde Adán hasta Malaquías es, en gran medida, un misterio.

Recordemos que—

1. Adán y Eva fueron enseñados el evangelio por Dios y los ángeles. Ellos fueron casados en el Jardín del Edén, bautizados y nacidos de nuevo (Moisés 5:1-12; 6:51-68). “Adán poseía el sacerdocio,” explicó el presidente Russell M. Nelson, “y Eva servía en una sociedad matriarcal asociada al sacerdocio patriarcal.”
2. La redención por medio del Santo Mesías ha sido declarada por los profetas desde los días de Adán (Jacob 4:4; 7:11; Mosíah 13:33; Alma 39:1-19; D&C 20:21-29). El evangelio fue predicado “desde el principio, siendo declarado por ángeles santos enviados desde la presencia de Dios, por su propia voz, y por el don del Espíritu Santo” (Moisés 5:58; ver también D&C 20:35).
3. La plenitud del evangelio es el “nuevo y eterno convenio” (D&C 1:22; 39:11; 45:9; 49:9; 66:2; 133:57). Es nuevo en el sentido de que es restaurado nuevamente, generalmente después de períodos de apostasía. Es eterno porque es atemporal.
4. Los principios y ordenanzas de la salvación son siempre los mismos. Es decir, al principio y siempre que la plenitud del evangelio ha estado sobre la tierra, los individuos han ejercido fe en el Señor Jesucristo, se han arrepentido de sus pecados, han sido bautizados por agua y por el Espíritu, y han sido investidos y sellados en lugares sagrados. El pueblo de Dios siempre ha sido mandado a edificar templos y officiar en ordenanzas sagradas en ellos (D&C 124:39). El Señor explicó a través del Profeta José que “en todas las edades del mundo, siempre que el Señor ha dado una

dispensación del sacerdocio a cualquier hombre por revelación actual, o a cualquier conjunto de hombres, este poder [de sellar] siempre ha sido dado” (D&C 128:9).

5. Abraham buscó las bendiciones de los padres y el derecho a administrar las mismas (Abraham 1:1-3). Su padre, Ierá, era un idólatra, por lo que las bendiciones de Abraham no podían ser recibidas de él de la manera tradicional de padre a hijo. En su lugar, Abraham buscó consejo, dirección y autoridad en Melquisedec, el gran sumo sacerdote de esa época. En su discusión sobre los antiguos que entraron en el reposo del Señor, Alma eligió a Melquisedec para ilustrar su doctrina. “Y ahora, hermanos míos,” dijo, “quisiera que os humillarais ante Dios, y que trajerais frutos dignos de arrepentimiento, para que también podáis entrar en ese reposo. Sí, humillaos como lo hicieron los pueblos en los días de Melquisedec, que también fue un sumo sacerdote según este mismo orden [el orden sagrado de Dios] del cual he hablado, que también tomó sobre sí el sacerdocio para siempre” (Alma 13:13-14).

Los Santos de Dios que vivieron en esa época, “la iglesia en los días antiguos,” llamaron al Sacerdocio Sagrado según el orden de Melquisedec (D&C 107:2-4). Alma destacó que Abraham pagó el diezmo a Melquisedec (Alma 13:15). Una revelación moderna nos informa que “Isaías... vivió en los días de Abraham, y fue bendecido por él—lo cual Abraham recibió del sacerdocio de Melquisedec, quien lo recibió a través de la línea de sus padres, hasta Noé” (D&C 84:13-14). Parece que Abraham buscó el mismo poder y autoridad que Melquisedec, el poder para administrar vidas sin fin, la plenitud de los poderes del sacerdocio. Según el Élder Franklin D. Richards, el Profeta José Smith explicó que el poder de Melquisedec “no es el poder de un profeta, ni de un apóstol, ni de un patriarca solamente, sino de un rey y sacerdote para Dios, para abrir las ventanas del cielo y derramar la paz y la ley de la vida eterna sobre el hombre. Y ningún hombre puede alcanzar la condición de coheredero con Jesucristo sin ser ministrado por alguien que posea el mismo poder y autoridad de Melquisedec.”

En resumen, el Profeta explicó: “Abraham le dice a Melquisedec: Creo todo lo que [tú] me has enseñado sobre el sacerdocio y la venida del Hijo del

Hombre; así que Melquisedec ordenó a Abraham y lo envió. Abraham se regocijó, diciendo: ahora tengo un sacerdocio.”

6. Dios estableció el orden patriarcal, un sistema de gobierno familiar presidido por un padre y una madre, modelado según lo que existía en el cielo. Como observó el presidente Ezra Taft Benson, “un orden de gobierno familiar donde un hombre y una mujer entran en un convenio con Dios—al igual que lo hicieron Adán y Eva—para ser sellados por la eternidad, tener posteridad y hacer la voluntad y obra de Dios a lo largo de su mortalidad.” El orden patriarcal, establecido en los días de Adán (D&C 107:40-42), era y es un orden del Sacerdocio de Melquisedec. De hecho, es lo que conocemos como el nuevo y eterno convenio del matrimonio (D&C 131:2). El orden patriarcal continuó a través de Abraham y sus descendientes justos hasta que Moisés fue trasladado, momento en el cual las llaves del Sacerdocio de Melquisedec fueron quitadas al pueblo (D&C 84:19-27).

7. Abraham vio los días de la venida del Hijo del Hombre y se regocijó. Aprendió por revelación del sacrificio expiatorio del Hijo de Dios y del poder de la resurrección de Cristo para resucitar a toda la humanidad de la tumba (JST, Génesis 15:9-12; Juan 8:56; Helamán 8:17).

8. Aunque las promesas del Señor a Abraham sobre una posteridad interminable y una tierra elegida se dan en Génesis (13:14-17; 15:1-6; 17:1-8), es el libro de Abraham en la *Pearl of Great Price* (Perla de Gran Precio) el que explica más completamente el convenio abrahámico. Dios llamó a Abraham y a su posteridad a ser un pueblo peculiar, a apartarse para siempre del mundo, a vivir vidas piadosas y rectas—para ser un pueblo de convenio y escogido. A cambio, el Señor prometió a Abraham y a su posteridad que tendrían derecho a las bendiciones del evangelio, el sacerdocio y la vida eterna (Abraham 2:8-11). Además, aprendemos que “además de los descendientes directos de Abraham, todos los que recibieran el Evangelio a partir de ese momento, también se convertirían en descendientes de Abraham por adopción, y su sangre se mezclaría entre las naciones para leudarles con los privilegios del Evangelio.”

9. El convenio fue renovado con Isaac, el hijo de Abraham (Génesis 26:1-4), y luego con Jacob, su nieto (Génesis 28; 35:9-13; 48:3-4). Abraham, Isaac y Jacob fueron fieles a su confianza y a sus convenios. Y, porque no hicieron

más que aquello que les fue mandado, han entrado en su exaltación, conforme a las promesas, y se sientan sobre tronos, y no son ángeles sino dioses” (D&C 132:37).

10. “Bajo el orden patriarcal, el derecho o herencia del primogénito se conoce como el derecho de nacimiento. Esto generalmente incluía una herencia territorial, así como la autoridad para presidir.” Supondríamos que los patriarcas que poseían el derecho de nacimiento eran aquellos que también poseían las llaves del sacerdocio, el derecho de presidencia (D&C 107:8), o poder directivo. Como Rubén, el mayor de los doce hijos de Jacob, perdió el derecho de nacimiento por desobediencia (Génesis 35:22; 1 Crónicas 5:1-2), el privilegio y la responsabilidad de presidir entre las tribus de Israel recayó en José y sus descendientes. ¿Por qué no en Simeón, el segundo nacido de Lea? Porque José era el primogénito de la segunda esposa, Raquel. El derecho de nacimiento pertenecía al primogénito.

11. Sabemos por la Biblia algo sobre los dones espirituales de José (Génesis 37:1-11; 40:1-23; 41:38), así como su nobleza, manifestada en su negativa a ceder al mal (Génesis 39:7-12). José también era un vidente y un revelador; José “profetizó verdaderamente acerca de toda su descendencia. Y las profecías que él escribió, no hay muchas mayores” (2 Nefi 4:2). Habló de Moisés el libertador y legislador, así como de Aarón, el hermano y portavoz de Moisés; de la venida de Siloh, o el Redentor; y del llamado de un “elegido vidente en los últimos días que—como descendiente de José (y uno llamado por su nombre)—reuniría a Israel en los últimos días para su Dios y restauraría los antiguos convenios entre el pueblo” (JST, Génesis 50; 2 Nefi 3).

Las Llaves Antiguas Restauradas

Jesucristo de Nazaret vino a la tierra en el meridiano del tiempo para salvarnos del pecado y de la muerte. Nuestro Señor vino entre los hombres también como restaurador, uno enviado por el Padre para traer de nuevo a la tierra el conocimiento, las llaves y las autoridades que se habían perdido durante los siglos de apostasía. Debido a que el Sacerdocio de Melquisedec no había estado disponible generalmente para el pueblo durante un milenio y medio—desde que Moisés y las llaves del sacerdocio fueron quitadas de Israel como cuerpo (D&C 84:19-27; JST, Éxodo 34:1-2; JST,

Deuteronomio 10:1-2)—Jesús restauró este orden sagrado. Cristo vino según las palabras de Juan, y Él fue mayor que Juan, porque Él poseía las llaves del Sacerdocio de Melquisedec y del reino de Dios. Él organizó una iglesia entre los hombres, ordenó a discípulos escogidos para el sagrado apostolado, y supervisó la conferición de llaves sagradas (Mateo 16:16-19; 17:1-9; 18:17-18). El Profeta José Smith explicó simplemente que “Jesús fue entonces el administrador legal, y ordenó a Sus Apóstoles.”

“También te digo a ti,” dijo el Salvador en Cesarea de Filipo, “que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos” (Mateo 16:13-19). Dentro de una semana, la promesa del Señor se cumplió: Jesús tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan—los principales apóstoles y la Primera Presidencia de la Iglesia meridiana—y los llevó a un monte alto a orar. Mientras estaban allí, estos cuatro fueron transfigurados—elevados espiritualmente a un plano más alto—y así se prepararon para una experiencia trascendental. Además, Moisés y Elías aparecieron y confirieron llaves sagradas del sacerdocio a la Primera Presidencia meridiana (Mateo 17:8-9). Estos poderes directivos permitirían a los apóstoles gobernar y dirigir la Iglesia en ausencia del Salvador y poner a disposición de los miembros de la Iglesia todas las bendiciones del evangelio eterno. Pedro, Santiago y Juan habían recibido el Sacerdocio de Melquisedec anteriormente y se les había dado poder y comisión apostólica en el momento de su nombramiento para los Doce. Como resultado de su experiencia en el Monte de la Transfiguración, se les concedió el derecho de atar y sellar en la tierra con la plena confianza de que sus acciones recibirían validez de sellado en los cielos.

La restauración del evangelio en esta dispensación final implicó la restauración del convenio abrahámico, la renovación de las promesas de Dios a Abraham, Isaac, Jacob, José y su innumerable posteridad. Así, los primeros misioneros fueron “llamados para hacer que se cumpla la reunión de mis elegidos; porque mis elegidos oyen mi voz y no endurecen su corazón” (D&C 29:7). “Y de cierto, de cierto os digo, que esta iglesia he establecido y he sacado de la desolación. Y de igual manera reuniré a mis elegidos de los cuatro rincones de la tierra, a todos los que crean en mí y

escuchen mi voz” (D&C 33:5-6). Se instruyó a los Santos a guardar los mandamientos y convenios por los cuales estaban ligados, “Y Israel será salvo en el tiempo que yo mismo designe; y por las llaves que he dado serán guiados, y no más serán confundidos” (D&C 35:24-25). James Covell, un ministro metodista, también fue dirigido a ser bautizado y limpiado de sus pecados, y luego a proclamar el evangelio restaurado: “Predicarás la plenitud de mi evangelio, que he enviado en estos últimos días, el convenio que he enviado para recuperar a mi pueblo, que es de la casa de Israel” (D&C 39:10-11).

Moisés, Elías y Elías

Lo que ocurrió en el monte santo seis meses antes de la muerte del Salvador sirve como un patrón para lo que debía ocurrir en nuestros días. El domingo 3 de abril de 1836, una semana después del servicio de dedicación del Templo de Kirtland, los Santos se reunieron nuevamente en la casa del Señor. En la mañana, Thomas B. Marsh, entonces presidente del Consejo de los Doce Apóstoles, y David W. Patten fueron llamados a hablar. En la tarde, la Primera Presidencia y los Doce participaron en un servicio de sacramento, después del cual José Smith y Oliver Cowdery se arrodillaron en oración detrás de cortinas cerradas junto a los grandes púlpitos en el lado oeste del piso principal del templo. Tras levantarse de la oración, una visión maravillosa se les apareció.

Jesucristo apareció. Él vino a su templo, el primero que fue autorizado por Él en siglos. Allí aceptó la ofrenda de sus Santos, este templo construido con gran sacrificio, y luego amplió su visión respecto a la importancia de lo que habían logrado: “Sí, los corazones de miles y decenas de miles se regocijarán grandemente a consecuencia de las bendiciones que serán derramadas, y la investidura con la que mis siervos han sido investidos en esta casa” (D&C 110:9).

“Después de que esta visión [de Cristo] se cerró, los cielos se abrieron nuevamente para nosotros; y Moisés se apareció ante nosotros, y nos entregó las llaves de la reunión de Israel desde las cuatro partes de la tierra, y la conducción de las diez tribus desde la tierra del norte” (D&C 110:11). Las llaves restauradas por el antiguo Legislador formalizaron la obra de reunir al pueblo en el redil. El presidente de La Iglesia de Jesucristo de los

Santos de los Últimos Días, el hombre designado “para presidir sobre toda la iglesia, y ser como Moisés” (D&C 107:91), recibió las llaves para reunir a Israel moderno. Así como Moisés lideró a Israel en la antigüedad fuera de la esclavitud egipcia, José Smith, como Presidente de la Iglesia, recibió las llaves para reunir a Israel de los últimos días en Sión.

“Después de esto, Elías se apareció, y entregó la dispensación del evangelio de Abraham, diciendo que en nosotros y nuestra descendencia todas las generaciones después de nosotros serían bendecidas” (D&C 110:12). La identidad de Elías no se da en la revelación. Este mensajero celestial restauró las llaves necesarias para establecer el convenio abrahámico, haciendo que José Smith y los Santos fieles que reciban el matrimonio celestial sean herederos de las bendiciones y “promesas hechas a los padres”—Abraham, Isaac y Jacob (D&C 27:10; 98:32). Así, Elías restauró el orden patriarcal, el poder por el cual las familias eternas son organizadas a través del nuevo y eterno convenio del matrimonio.

“Como causa culminante de asombro, ese Dios que no hace acepción de personas ha dado una promesa similar [a la de Abraham y José Smith] a cada [miembro] en el reino que ha ido al santo templo y ha entrado en el bendito orden del matrimonio allí realizado. Cada persona casada en el templo por tiempo y toda la eternidad ha sellado sobre ella, condicionado a su fidelidad, todas las bendiciones de los antiguos patriarcas, incluyendo la promesa culminante y la seguridad del aumento eterno, lo que significa, literalmente, una posteridad tan numerosa como las partículas de polvo de la tierra” (D&C 132:37).

Después de que esta visión se cerró, otra gran y gloriosa visión se desató sobre nosotros; porque Elías el profeta, que fue llevado al cielo sin probar la muerte, se presentó ante nosotros y dijo: “He aquí, ha llegado plenamente el tiempo de lo que fue hablado por la boca de Malaquías—atestiguando que él [Elías] debía ser enviado, antes de que venga el gran y terrible día del Señor—para volver los corazones de los padres a los hijos, y los de los hijos a los padres, no sea que toda la tierra sea herida con una maldición” (D&C 110:13-15). Precisamente el día en que ocurrió la aparición de Elías, los judíos de todo el mundo estaban participando en la celebración de la Pascua. Desde los tiempos de Malaquías, los judíos de todo el mundo han

esperado la venida de Elías con una ansiosa anticipación. Elías vino, pero no a los hogares judíos; vino, más bien, a un santuario de los Santos y a los administradores legales del Salvador en la tierra. Allí otorgó llaves de un valor incalculable.

En su primera aparición a José Smith en 1823, Moroni citó numerosos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento y presentó Malaquías 4:5-6 sobre la venida de Elías de una manera algo diferente a la forma en que ese pasaje está registrado en la Versión King James. “La profecía comenzó: ‘He aquí, os revelaré el Sacerdocio, por la mano de Elías el profeta, antes de la venida del gran y terrible día del Señor’” (D&C 2:1; Historia de José Smith 1:38). José y Oliver habían sido ordenados al Sacerdocio de Melquisedec y se les había dado poder apostólico y comisión tan pronto como en 1829. ¿Cómo fue, entonces, que Elías revelaría el sacerdocio? Elías fue enviado en 1836 para revelar las llaves del sacerdocio y los poderes de sellar que aún no habían sido plenamente comprendidos o no estaban plenamente operativos en esta dispensación. Elías restauró las llaves por las cuales las familias (organizadas en el orden patriarcal a través de los poderes entregados por Elías) podrían ser atadas y selladas para la eternidad. “El espíritu, poder y llamamiento de Elías es que tenéis el poder para sostener la llave de la revelación, ordenanzas, oráculos, poderes y dones de la plenitud del Sacerdocio de Melquisedec y del reino de Dios sobre la tierra.”

Elías vino para “plantear en los corazones de los hijos las promesas hechas a los padres” por las cuales “los corazones de los hijos [se volverían] a sus padres” (D&C 2:2; Historia de José Smith 1:39). El Espíritu del Señor da testimonio a los fieles Santos de los Últimos Días del lugar central del matrimonio eterno y de las sublimes alegrías asociadas con la continua existencia eterna de la familia. A través de los templos, las promesas de Dios a los padres—las promesas relacionadas con el evangelio, el sacerdocio y el aumento eterno (Abraham 2:8-11)—se extienden a todos los Santos fieles en todas las épocas. Los corazones de los hijos se vuelven a los antiguos padres porque los hijos ahora son participantes y receptores de las bendiciones de los padres. Siendo profundamente agradecidos por tales privilegios, los miembros de la Iglesia, motivados por el espíritu de Elías, también encuentran sus corazones volviéndose a sus padres más inmediatos, y hacen todo lo que está a su alcance (a través de la

investigación genealógica y el trabajo en el templo correspondiente) para asegurar que las bendiciones de Abraham, Isaac, Jacob y José sean disfrutadas tanto por los antepasados como por la posteridad. “Si no fuera así [es decir, si Elías no hubiera venido], toda la tierra sería completamente destruida en su venida” (D&C 2:3; Historia de José Smith 1:39).

¿Por qué? Porque la tierra no habría cumplido su propósito predestinado: establecer en su superficie un sistema familiar modelado según el orden del cielo. Si no existieran los poderes de sellar por los cuales las familias pueden unirse, la tierra nunca “respondería al fin de su creación” (D&C 49:16). Estaría desperdiciada y maldita, pues todos los individuos estarían por siempre sin raíz ni rama, sin ascendencia ni posteridad. Sin embargo, debido a que Elías vino, todas las ordenanzas para los vivos y los muertos (bautismos, confirmaciones, ordenaciones, lavados, unciones, investiduras, sellamientos) tienen un verdadero significado y son eficaces, virtuosas y poderosas en la eternidad.

Las ordenanzas asociadas con el ministerio y la entrega de llaves por Moisés, Elías y Elías (culminando en los templos del Señor) son las bendiciones culminantes del evangelio de Jesucristo y la consumación de la obra del Padre: proporcionan propósito y perspectiva para todos los demás principios y ordenanzas del evangelio. Más que cualquier otra obra en esta Iglesia, estas llaves y poderes, y estos convenios y ordenanzas, nos vinculan con los antiguos Santos; de este modo, se nos sellan sobre nosotros las bendiciones de Abraham, Isaac, Jacob y José.

Descendientes de los Patriarcas

Al hablar del ángel Moroni, el Profeta José Smith declaró: “Este mensajero proclamó ser un ángel de Dios, enviado para traer las alegres nuevas de que el convenio que Dios hizo con el antiguo Israel estaba por cumplirse, que la obra preparatoria para la segunda venida del Mesías debía comenzar rápidamente; que el tiempo estaba cerca para que el Evangelio en toda su plenitud fuera predicado con poder a todas las naciones, para que un pueblo estuviera preparado para el reino milenario. Me informaron que fui escogido para ser un instrumento en las manos de Dios para cumplir algunos de Sus propósitos en esta gloriosa dispensación.”

José de antaño profetizó que su homónimo de los últimos días sería levantado por Dios para llevar al pueblo de los últimos días al conocimiento de los convenios que Dios había hecho con los antiguos padres (2 Nefi 3:7; comparar 1 Nefi 13:26). El nombre José es un nombre bendito y significativo. Ya sea tomado de la palabra hebrea *Yasaf*, que significa “añadir”, o de la palabra hebrea *Asaph*, que significa “reunir,” uno siente que el Vidente de los últimos días estaba destinado a realizar una labor monumental en cuanto al cumplimiento del convenio abrahámico en la última dispensación. Verdaderamente, la tribu de José ha sido predestinada a “empujar al pueblo de un lado a otro de la tierra” (D&C 58:45; ver también Deuteronomio 33:17).

José Smith fue descendiente de Abraham, un “puro efraimita.” Por linaje, tenía derecho al sacerdocio, al evangelio y a la vida eterna (Abraham 2:8-11). En una revelación recibida el 6 de diciembre de 1832, el Salvador dijo: “Así dice el Señor a vosotros, con quienes el sacerdocio ha continuado a través del linaje de vuestros padres—porque sois herederos legales, según la carne, y habéis sido escondidos del mundo con Cristo en Dios—por tanto, vuestra vida y el sacerdocio han permanecido, y deben permanecer a través de vosotros y vuestro linaje hasta la restauración de todas las cosas dichas por la boca de todos los santos profetas desde que comenzó el mundo” (D&C 86:8-10).

El Señor habló de Sus Santos de los Últimos Días como “un remanente de Jacob, y los que son herederos según el convenio” (D&C 52:2). “Despierta, despierta; ponte en pie, o Sión,” registró Isaías; “ponte tus hermosos vestidos, o Jerusalén, ciudad santa” (Isaías 52:1). Una revelación moderna proporciona nuestro mejor comentario sobre este pasaje y explica que Jehová “se refería a aquellos a quienes Dios llamaría en los últimos días, quienes tendrían el poder del sacerdocio para traer nuevamente a Sión, y la redención de Israel; y ponerse en pie, significa ponerse la autoridad del sacerdocio, la cual ella, Sión, tiene derecho a recibir por linaje; y regresar a ese poder que había perdido” (D&C 113:8). El Señor también animó a Israel a través de Isaías a sacudirse del polvo y liberarse de las ataduras alrededor de su cuello (Isaías 52:2). Es decir, “se exhorta a los remanentes dispersos a regresar al Señor de donde han caído; lo cual, si lo hacen, la promesa del Señor es que Él les hablará, o les dará revelación.” Al hacer esto, Israel se

libera de “las maldiciones de Dios sobre ella,” es decir, su “condición dispersa entre los gentiles” (D&C 113:10).

José Smith se convirtió en un padre de los fieles para los de esta dispensación final, el medio por el cual el linaje elegido podría ser identificado, reunido, organizado como unidades familiares y sellado para siempre en la casa de Israel a su Dios. El Patriarca en los días de la Iglesia primitiva, José Smith Sr., bendijo a su hijo José de la siguiente manera: “Una obra maravillosa y un prodigo ha hecho el Señor por tu mano, incluso aquella que preparará el camino para que los remanentes de su pueblo vengan entre los gentiles, con su plenitud, cuando las tribus de Israel sean restauradas. Te bendigo con las bendiciones de tus Padres Abraham, Isaac y Jacob; y hasta las bendiciones de tu padre José, el hijo de Jacob. He aquí, él veló por su posteridad en los últimos días, cuando ellos serían dispersados y perseguidos por los gentiles.” O, como declaró Dios, “Como le dije a Abraham respecto a los linajes de la tierra, así te digo a ti, mi siervo José: En ti y en tu descendencia serán bendecidos los linajes de la tierra” (D&C 124:58; énfasis añadido). Además, Abraham recibió promesas respecto a su descendencia, y del fruto de sus lomos—de cuyos lomos sois, a saber, mi siervo José—las cuales continuarán mientras estuvieran en el mundo; y en cuanto a Abraham y su descendencia, fuera del mundo continuarán; tanto en el mundo como fuera del mundo continuarán tan innumerables como las estrellas; o, si contaran la arena en la orilla del mar, no podrían numerarlas. *Esta promesa es vuestra también, porque sois de Abraham* (D&C 132:30-31; énfasis añadido).

A través de José Smith, las bendiciones de Abraham, Isaac y Jacob están disponibles para todos aquellos que se unan a la Iglesia y se demuestren dignos de las bendiciones del templo. El ruego de Jehová a través de Isaías, de que el pueblo del convenio se convierta en luz para las naciones, para que sea su “salvación hasta los confines de la tierra” (Isaías 49:6), se realiza así mediante la restauración del evangelio. De este modo, como el Vidente Escogido declaró, “la elección de la simiente prometida continúa, y en los últimos días se les restaurará el sacerdocio, y serán ‘salvadores en el monte Sión’” (D&C 133:34). Nuestras bendiciones patriarcales significan lo que dicen—tenemos derecho, ya sea por linaje directo o por adopción, a las promesas hechas a los padres. Aquellos que no descienden directamente

de Israel y se unen a la Iglesia no deben sentirse de ninguna manera desfavorecidos o menos elegidos. Ser elegido es un estatus basado en la elección de seguir al Señor y asociarse con su pueblo, y la entrada en la verdadera Iglesia nos califica para las bendiciones de Abraham. “Porque... cuantos de los gentiles que se arrepientan son el pueblo del convenio del Señor; ... porque el Señor hace convenio con ninguno salvo con aquellos que se arrepienten y creen en su Hijo, que es el Santo de Israel” (2 Nefi 30:2).

“Somos... hijos del convenio,” explicó el presidente Russell M. Nelson. “Hemos recibido, como lo hicieron ellos de antaño, el sacerdocio santo y el evangelio eterno. Abraham, Isaac y Jacob son nuestros antepasados. Somos de Israel. Tenemos derecho a recibir el evangelio, las bendiciones del sacerdocio y la vida eterna. Las naciones de la tierra serán bendecidas por nuestros esfuerzos y por los trabajos de nuestra posteridad. La simiente literal de Abraham y aquellos que son reunidos en su familia por adopción reciben estas bendiciones prometidas—predicadas en la aceptación del Señor y la obediencia a sus mandamientos” (D&C 124:58).

Conclusión

“Somos un pueblo de convenio,” explicó el presidente Gordon B. Hinckley, “y eso es un asunto muy serio. Cuando esta obra fue restaurada y el Señor estableció los propósitos de esa Restauración, Él dijo que una de las razones de la Restauración era que Su convenio eterno pudiera ser establecido, o restablecido” (D&C 2:1). Los Santos de los Últimos Días deben, por lo tanto, leer el Antiguo Testamento con un ojo cuidadoso, pues sabemos que el convenio de Dios con los descendientes de Abraham, Isaac, Jacob y José— las “promesas hechas a los padres”—no se cumplió completamente cuando se cerró el Antiguo Testamento ni siquiera con la venida del Mesías a la tierra en el meridiano del tiempo (D&C 27:10; 98:32).

El Profeta José Smith enseñó: “Ha llegado finalmente el tiempo en que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob ha puesto su mano nuevamente por segunda vez para recuperar los remanentes de su pueblo... Cristo, en los días de Su carne, propuso hacer un convenio con [Israel], pero ellos lo rechazaron a Él y Sus propuestas, y como consecuencia de ello, fueron cortados, y no se hizo convenio con ellos en ese momento. Pero su

incredulidad no ha hecho que la promesa de Dios sea de ningún efecto.” De hecho, Nefi declaró que todos los linajes de la tierra no podrían ser bendecidos, como fue prometido a los antiguos patriarcas, a menos que Dios “descubra su brazo,” o revele Su poder, en los últimos días. “Por tanto, el Señor Dios procederá a descubrir su brazo ante los ojos de todas las naciones, trayendo sus convenios y su evangelio” a aquellos que viven en la última dispensación (1 Nefi 22:8-11). Dios ha hecho precisamente eso en nuestra dispensación, y las llaves, los poderes y las bendiciones han llegado a nosotros línea sobre línea.

Como pueblo del convenio, hemos sido llamados como heraldos de salvación—llamados a llevar las buenas nuevas, a llevar el mensaje del evangelio restaurado a todas las naciones, a proporcionar “salvación hasta los confines de la tierra” (Isaías 49:6; 2 Nefi 21:6). Como pueblo del convenio, se espera de nosotros caminar con fidelidad y devoción, levantar el estandarte o la bandera de la verdad ante un mundo que necesita desesperadamente dirección. Tal es nuestro desafío, nuestra gloria o nuestra condena.

Capítulo 14

Los que Nunca Oyeron el Evangelio

Kirtland, Ohio, enero de 1836. José Smith y otros primeros líderes de la Iglesia habían comenzado a reunirse en el Templo de Kirtland antes de su finalización y participaron en lavados, unciones y bendiciones. La noche del jueves 21 de enero de 1836, el Profeta y varios líderes de la Iglesia de Kirtland y Missouri se reunieron en el tercer piso, o ático, del Templo de Kirtland, en la sala de traducción, o la Sala del Presidente. Despues de una “reunión de bendición”, en la que los hombres presentes bendijeron tanto al Padre Smith como a José Jr. mediante la imposición de manos, se le dio una visión al Profeta, una comunicación divina que aborda uno de los problemas más desconcertantes y complejos en la historia cristiana.

Una pregunta difícil que las personas en nuestro día tienen que responder es el problema del mal y el sufrimiento. En esencia, la pregunta es la siguiente: Si nuestro Dios es todo amoroso, todo sabio y todo poderoso, ¿por qué hay tanto mal y sufrimiento en el mundo? Si Dios conoce el dolor en este planeta (porque es omnisciente), si tiene el poder para cambiar las cosas (porque es omnipotente), ¿cómo puede ser todo amoroso si no pone fin a este mal y sufrimiento? Las doctrinas y perspectiva de la Restauración ofrecen una visión significativa sobre este difícil asunto, particularmente cuando consideramos las enseñanzas de la Restauración sobre la naturaleza de Dios, los propósitos de la vida y el lugar vital de la agencia humana.

Por ahora, sin embargo, centrémonos en otro problema relacionado, que ha sido llamado el problema soteriológico del mal. La soteriología es el estudio de la salvación—qué es y cómo llega a los hijos de Dios. El problema soteriológico del mal y el sufrimiento puede expresarse de esta manera: Si Jesucristo es el único nombre, el único medio, por el cual la salvación ha de llegar a la familia humana (Hechos 4:12), entonces ¿qué hacemos con el

hecho de que la mayoría de la humanidad se irá a sus tumbas sin haber escuchado siquiera el nombre de Cristo, mucho menos el mensaje del cristianismo?

Un escritor cristiano evangélico planteó la siguiente pregunta: “¿Cuál es el destino de aquellos que mueren sin haber oído el evangelio de Cristo? ¿Están todos los ‘gentiles’ perdidos? ¿Existe una oportunidad para aquellos que nunca han oído hablar de Jesús de ser salvados?

“Estas preguntas plantean uno de los problemas más desconcertantes, provocativos y perennes que enfrentan los cristianos. Ha sido considerado por filósofos y granjeros, cristianos y no cristianos... De lejos, esta es la pregunta apologética más formulada en los campus universitarios de EE. UU.

“Aunque no hay manera de saber exactamente cuántas personas han muerto sin haber oído nunca acerca de Israel o la iglesia, parece seguro concluir que la gran mayoría de los seres humanos que han vivido caen en esta categoría.

“En términos de números absolutos, entonces, una indagatoria sobre la salvación de los no evangelizados es de un interés inmenso. ¿Qué se puede decir acerca del destino de incontables billones que han vivido y muerto sin tener ningún entendimiento de la gracia divina manifestada en Jesús?”

Precepto sobre Precepto

No podemos evitar apreciar que cuando el Profeta José Smith aprendió el evangelio, lo aprendió primero y ante todo del *Libro de Mormón*. Más tarde, se le revelarían, tanto en su traducción de la Biblia como a través de las revelaciones de la Restauración, doctrinas auxiliares que expandirían su mente y ampliarían la comprensión de los Santos sobre el plan de salvación.

¿Qué aprendió él del *Libro de Mormón* sobre la salvación para todas las personas? Aprendió que el bautismo es una ordenanza esencial, una que debe ser debidamente realizada para admitir a una persona en el reino de Dios (2 Nefi 31; Mosíah 18). Aprendió que “esta vida es el tiempo para que los hombres se preparen para encontrarse con Dios; sí, he aquí que el día de esta vida es el día para que los hombres realicen sus labores” y que

“después de este día de vida, que nos ha sido dado para prepararnos para la eternidad, he aquí, si no mejoramos nuestro tiempo mientras estamos en esta vida, entonces viene la noche de oscuridad en la cual no se puede realizar ninguna labor” (Alma 34:32-33). Es decir, en los años formativos de su ministerio, el Profeta fue instruido en gran parte por el *Libro de Mormón*—un registro escritural que, al igual que Deuteronomio, establece esencialmente la doctrina de los dos caminos: las cosas son o negras o blancas, buenas o malas, y nuestras decisiones nos conducen a bendición o maldición.

Entre el 16 de febrero de 1832 y el 2 de febrero de 1833, José Smith y Sidney Rigdon estuvieron involucrados en la traducción de la epístola a los Hebreos. El Profeta tradujo los versículos 39 y 40 del capítulo 11 de la siguiente manera: “Y todos estos, habiendo obtenido un buen testimonio por la fe, no recibieron las promesas; Dios habiendo provisto algunas cosas mejores para ellos por medio de sus sufrimientos, pues sin sufrimientos no podrían ser hechos perfectos.” La importancia de este cambio—que refleja el contexto del capítulo sobre los desafíos, pruebas y sufrimientos asociados con obtener fe para la salvación—radica en lo que parece no transmitir.

La Versión King James traduce el pasaje de la siguiente manera: “Dios habiendo provisto algo mejor para nosotros, para que ellos sin nosotros no sean perfeccionados.” La alteración del texto de la King James por parte del Profeta, una contribución importante por derecho propio, puede sugerir que en esta fecha temprana, José Smith aún no comprendía el concepto de la salvación para los muertos. Si lo hizo, no existe un registro público de enseñanzas sobre el asunto en ese momento.

Uno de los primeros relatos que tenemos de enseñanzas relacionadas con la salvación de los muertos se encuentra en una experiencia de Lydia Goldthwait, quien más tarde se casó con Newel Knight. Lydia creció en Massachusetts y Nueva York, y a la edad de dieciséis años se casó con Calvin Bailey. Calvin tenía un serio problema con el alcohol y eventualmente dejó a Lydia y a su hijo. En ese momento, Lydia también estaba esperando otro bebé. El bebé murió al nacer, y en pocos meses su primer hijo también murió. Cuando tenía veinte años, Lydia se mudó a Canadá para quedarse

con la familia Freeman Nickerson. Allí fue introducida al evangelio restaurado y se familiarizó con el Profeta José Smith. El 24 de octubre de 1833, la familia se sentó alrededor de la mesa y escuchó al Profeta. El Espíritu se derramó sobre el grupo de manera notable, y Lydia incluso habló en lenguas.

Al día siguiente, cuando la compañía de José se preparaba para regresar a Kirtland, el Profeta “caminaba de un lado a otro en la sala de estar en profundo estudio. Finalmente dijo: ‘He estado reflexionando sobre la condición solitaria de la hermana Lydia, y preguntándome por qué es que ha pasado por tanto sufrimiento y aflicción y está así separada de todos sus familiares. Ahora lo entiendo. El Señor lo ha permitido así, tal como permitió que José de antaño fuera afligido, quien fue vendido por sus hermanos como esclavo a una tierra lejana, y a través de eso se convirtió en un salvador para la casa y el país de su padre. Así será con ella; la mano del Señor lo sobrellevará para bien para ella y la familia de su padre.’

“Volviéndose hacia la joven, continuó: ‘Hermana Lydia, grandes son tus bendiciones. El Señor, tu Salvador, te ama, y sobrellevará todas tus penas y aflicciones pasadas para bien de ti. Deja que tu corazón se consuele. Eres de la sangre de Israel descendida a través de los lomos de Efraín. Aún serás una salvadora para la casa de tu padre. Por lo tanto, consuélate, y deja que tu corazón se regocije, porque el Señor tiene una gran obra para ti. Sé fiel y persevera hasta el fin y todo estará bien.’”

Esta declaración representa una de las primeras declaraciones de linaje, así como una de las primeras referencias en esta dispensación a individuos que se convierten en lo que el profeta del Antiguo Testamento, Abdías, llamó “salvadores en el monte Sión” (ver Abdías 1:21). Más tarde en su vida, Lydia participó en la obra de ordenanzas por alrededor de setecientos de sus familiares fallecidos en el Templo de St. George, cumpliendo así la profecía de José Smith.

Una Visión del Reino Celestial

El Profeta registró que el 21 de enero de 1836, “al principio de la noche, me reuní con la Presidencia en la sala de la escuela del oeste, en el Templo, para atender la ordenanza de ungir nuestras cabezas con aceite santo;

también los [Consejos] Altos de Kirtland y Sión se reunieron en las dos salas contiguas, y esperaron en oración mientras nosotros atendíamos la ordenanza. Tomé el aceite con mi mano izquierda, el Padre Smith estaba sentado ante mí, y el resto de la Presidencia lo rodeaba. Luego extendimos nuestras manos derechas hacia el cielo, bendijimos el aceite y lo consagramos en el nombre de Jesucristo.

“Luego pusimos nuestras manos sobre el anciano Padre Smith e invocamos las bendiciones del cielo. La Presidencia entonces... recibió su unción y bendición bajo las manos del Padre Smith. Y a su vez, mi padre ungí mi cabeza y selló sobre mí las bendiciones de Moisés, para liderar a Israel en los últimos días, así como Moisés lo lideró en los días de antaño; también las bendiciones de Abraham, Isaac y Jacob. Todos los de la Presidencia pusieron sus manos sobre mí, y pronunciaron sobre mi cabeza muchas profecías y bendiciones, muchas de las cuales no mencionaré en este momento. Pero como dijo Pablo, así digo yo, lleguemos a visiones y revelaciones.”

El Profeta José Smith había aprendido por visión en febrero de 1832 la naturaleza de aquellos que heredarían el cielo más alto, o el reino celestial. Estas personas son aquellas que “vencen por la fe, y son selladas por el Espíritu Santo de promesa,” quienes “a quienes el Padre ha dado todas las cosas” (D&C 76:53, 55). En la visión dada a José Smith en el Templo de Kirtland en 1836, “los cielos se abrieron sobre nosotros, y vi el reino celestial de Dios, y la gloria de este, ya sea en el cuerpo o fuera de él, no lo sé. Vi la belleza trascendental de la puerta por la que los herederos de ese reino entrarán, la cual era semejante a llamas circulares de fuego; también el trono resplandeciente de Dios, donde estaba sentado el Padre y el Hijo. Vi las hermosas calles de ese reino, que parecían estar pavimentadas con oro” (D&C 137:1-4).

La visión de José Smith sobre el reino celestial no fue muy diferente de la visión dada a Juan el Revelador de la ciudad santa, la tierra en su estado santificado y celestial: “Los cimientos del muro de la ciudad,” escribió Juan, “estaban adornados con toda clase de piedras preciosas.” Además, “la calle de la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente” (Apocalipsis 21:19, 21).

Alvin Smith: El Protótipo Escritural

El relato de la visión de José continúa: “Vi a Padre Adán y Abraham; y a mi padre y mi madre; a mi hermano Alvin, que ya ha dormido hace mucho tiempo; y me sorprendió cómo es que él había obtenido una herencia en ese reino, viendo que él había partido de esta vida antes de que el Señor pusiera su mano para reunir a Israel por segunda vez, y no había sido bautizado para la remisión de los pecados” (D&C 137:5-6).

La visión de José fue un vistazo al futuro reino celestial, pues vio a sus padres en el reino de los justos, cuando en realidad ambos aún vivían en mortalidad en 1836. El Padre José no moriría hasta 1840, y la Madre Smith viviría como viuda durante diecisésis años después de eso. El Padre Smith estaba, como mencionamos anteriormente, en la misma habitación con su hijo en el momento en que se recibió la visión.

El Profeta también vio a su hermano Alvin, quien fue el hijo mayor de José Sr. y Lucy Mack Smith. Nació el 11 de febrero de 1798 en Tunbridge, Vermont. Su temperamento era agradable y amoroso, y siempre buscaba oportunidades para ayudar a la familia en sus dificultades financieras. Lucy Mack Smith describió a Alvin como “un joven de una bondad singular de disposición” y habló de cómo él había sido una bendición “cada hora de su existencia”.

Lucy Mack Smith escribió que en la mañana del 15 de noviembre de 1823, “Alvin se enfermó gravemente con cólico biliar,” probablemente apendicitis. Un médico se apresuró a llegar a la casa de los Smith y administró calomel, un medicamento experimental, a Alvin. La dosis de calomel “se alojó en su estómago, y al tercer día de enfermedad Alvin reconoció que iba a morir. Pidió que cada uno de los hijos Smith viniera a su lecho de muerte para recibir sus consejos de despedida y su última expresión de amor. Según el registro de la Madre Smith, “Cuando llegó a José, dijo: ‘Ahora voy a morir, la angustia que sufro, y los sentimientos que tengo, me dicen que mi tiempo es muy corto. Quiero que seas un buen muchacho, y hagas todo lo que esté a tu alcance para obtener el Registro.’ [José había sido visitado por Moroni menos de tres meses antes de este tiempo.] Sé fiel en recibir instrucción, y en guardar cada mandamiento que se te dé.”

Alvin murió el 19 de noviembre de 1823. La Madre Smith escribió sobre el dolor que rodeaba su fallecimiento y cómo “el lamento y el llanto llenaron todo el vecindario en el que residía.” José escribió muchos años después: “Recuerdo bien los dolores de tristeza que se hincharon en mi pecho juvenil y casi rompieron mi tierno corazón cuando él murió. Él era el mayor y el más noble de la familia de mi padre... Vivió sin mancha desde que era niño... Fue uno de los hombres más sobrios, y cuando murió, el ángel del Señor lo visitó en sus últimos momentos.”

Debido a que Alvin había muerto siete años antes de la organización de la Iglesia y no había sido bautizado por la autoridad adecuada, José se preguntó durante su visión cómo era posible que su hermano hubiera alcanzado el cielo más alto. La familia de Alvin se sorprendió y entristeció con los comentarios de un ministro presbiteriano en su funeral. William Smith, el hermano menor de Alvin, recordó: “Hyrum, Samuel, Katherine y madre eran miembros de la Iglesia Presbiteriana. Mi padre no quería unirse. No le gustaba porque el Rev. Stockton había predicado en el sermón del funeral de mi hermano e insinuó muy fuertemente que él había ido al infierno, porque Alvin no era miembro de la iglesia, pero era un buen chico, y a mi padre no le gustó.”

Qué alegría y emoción deben haber llenado las almas de José Smith Jr. y Sr. cuando escucharon la voz de un Dios omnisciente y omnibondadoso decir: “Todos los que hayan muerto sin conocimiento de este evangelio, que lo hubieran recibido si se les hubiera permitido permanecer, serán herederos del reino celestial de Dios; también todos los que mueran de aquí en adelante sin conocimiento de él, que lo hubieran recibido con todo su corazón, serán herederos de ese reino: porque yo, el Señor, juzgaré a todos los hombres conforme a sus obras, conforme al deseo de sus corazones” (D&C 137:7-9).

Dios no tiene en cuenta a nadie por una ley del evangelio de la que haya sido ignorante. El Profeta José Smith aprendió que cada persona tendrá la oportunidad, ya sea aquí o en el más allá, de aceptar y aplicar los principios del evangelio de Jesucristo. Solo Dios es capaz de un juicio perfecto, y por lo tanto solo Él puede discernir completamente los corazones y las mentes de los hombres y las mujeres mortales. Él solo sabe cuándo una persona ha

recibido suficiente conocimiento o impresiones del Espíritu para constituir una oportunidad válida de recibir el mensaje de salvación. Esta visión reafirmó que el Señor juzgará a los hombres no solo por sus acciones, sino también por sus actitudes—los deseos de sus corazones (ver Alma 41:3).

La Salvación de los Niños

Otra doctrina profundamente hermosa enunciada en la visión del reino celestial trata sobre el estado de los niños que mueren. “Y también vi que todos los niños que mueren antes de llegar a la edad de la responsabilidad serán salvos en el reino celestial de los cielos” (D&C 137:10). Esta parte de la visión afirmó lo que los profetas anteriores habían enseñado. El rey Benjamín había aprendido de un ángel que “el infante no perece que muere en su infancia” (Mosíah 3:18). Después de haber descrito la naturaleza de aquellos que resucitarán en la primera resurrección, Abinadí dijo simplemente: “Los niños pequeños también tienen vida eterna” (Mosíah 15:25). Una revelación dada a José Smith en septiembre de 1830 había especificado que “los niños pequeños son redimidos desde la fundación del mundo por medio de mi Unigénito” (D&C 29:46; comparar JST, Mateo 19:13-15; D&C 74:7). José Smith enseñó más tarde que “el Señor lleva a muchos, incluso en la infancia, para que escapen de la envidia del hombre, y de las tristezas y males de este mundo presente; eran demasiado puros, demasiado hermosos, para vivir en la tierra; por lo tanto, si se considera correctamente, en lugar de lamentarnos, tenemos razones para regocijarnos ya que han sido librados del mal, y pronto los tendremos de nuevo.”

Por virtud de su infinita comprensión de la familia humana, “debemos asumir que el Señor sabe y organiza de antemano quién será llevado en la infancia y quién permanecerá en la tierra para someterse a las pruebas que se necesiten en sus casos.”

¿Serán los niños que mueren antes de la edad de la responsabilidad sujetos a tentación y prueba? Amulek nos informó que nuestra disposición aquí será nuestra disposición en el más allá (Alma 34:32-35). Tal es el caso con los niños pequeños. Fueron puros en esta existencia mortal, serán puros en el mundo de los espíritus y saldrán en la resurrección de los puros de corazón en el momento adecuado. En el momento de la segunda venida de

Cristo, la maldad será limpiada de la faz de la tierra. El Milenio será inaugurado con gran poder, y entonces Satanás y sus huestes serán atados por la rectitud del pueblo (1 Nefi 22:26). Durante este glorioso tiempo, la tierra será dada a los justos “por herencia; y se multiplicarán y se fortalecerán, y sus hijos crecerán sin pecado para salvación” (D&C 45:58).

Algunos pueden preguntar: ¿No será liberado el diablo al final del Milenio? ¿No podrían aquellos que dejaron la mortalidad sin prueba ser probados durante esa pequeña temporada? No, porque estos niños ya habrán resucitado como seres inmortales e inmortales. ¿Cómo podrían ser probados tales personas, cuya salvación ya está asegurada? El presidente Joseph Fielding Smith observó que “Satanás será liberado para reunir sus fuerzas después del milenio. Las personas que serán tentadas serán las personas que viven en esta tierra [mortales], y tendrán toda la oportunidad de aceptar el evangelio o rechazarlo. Satanás no tendrá nada que ver con los niños pequeños, ni con los adultos que hayan recibido su resurrección y hayan entrado al reino celestial. Satanás no puede tentar a los niños pequeños en esta vida, ni en el mundo de los espíritus, ni después de la resurrección. Los niños pequeños que mueren antes de llegar a la edad de responsabilidad no serán tentados.”

La visión del reino celestial desbloquea uno de los misterios de la eternidad: el bendito concepto de que el trabajo de la salvación de las almas continúa después de que esta vida haya terminado, mucho más allá de la tumba. La obra del Señor avanza, aquí y en el más allá. No comenzamos a ejercer fe en el plan de redención en esta segunda estate; aquí y ahora es solo una continuación de allí y entonces. En el más allá, continuaremos trabajando por nosotros mismos y por nuestros hermanos y hermanas.

Verdaderamente, “el curso del Señor es un eterno círculo” (1 Nefi 10:19).

Desplegando la Doctrina

La tarde del martes 8 de mayo de 1838, el Profeta José respondió una serie de preguntas sobre la fe y las prácticas de los Santos de los Últimos Días. Una de las preguntas fue: “Si la doctrina mormona es verdadera, ¿qué ha sido de todos aquellos que murieron desde los días de los apóstoles?” El Profeta respondió: “Todos aquellos que no han tenido la oportunidad de escuchar el evangelio, y ser ministrados por un hombre inspirado en la

carne, deben tenerlo en el futuro, antes de que puedan ser finalmente juzgados.” No podemos evitar concluir que el Profeta debe haber hablado de este asunto doctrinal desde el momento de su visión de Alvin más de dos años antes, pero no tenemos registro de tal conversación.

El primer discurso público del Profeta sobre esta dulce y sagrada doctrina y práctica se pronunció el 15 de agosto de 1840 en el funeral de Seymour Brunson, un miembro del Consejo Supremo de Nauvoo. Simon Baker describió la ocasión: “Estuve presente en un discurso que el profeta José dio sobre el bautismo por los muertos el 15 de agosto de 1840. Leyó la mayor parte del capítulo 15 de Corintios y comentó que el Evangelio de Jesucristo traía buenas nuevas de gran gozo, y luego comentó que vio a una viuda en esa congregación que tenía un hijo que murió sin haber sido bautizado, y esta viuda al leer las palabras de Jesús ‘a menos que un hombre nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos,’ y que ni una iota ni una tilde de las palabras del Salvador pasaría, sino que todo se cumpliría. Luego dijo que esta viuda debería tener buenas nuevas en ese asunto. También dijo que el apóstol [Pablo] estaba hablando a un pueblo que entendía el bautismo por los muertos, porque se practicaba entre ellos. Continuó diciendo que ahora la gente podía actuar por sus amigos que habían partido de esta vida, y que el plan de salvación estaba diseñado para salvar a todos los que estuvieran dispuestos a obedecer los requisitos de la ley de Dios. Luego continuó y dio un discurso muy hermoso.”

Después de la reunión, la viuda, Jane Nyman, fue bautizada por su hijo por Harvey Olmstead en el río Misisipi. Apenas un mes después, el 14 de septiembre de 1840, en su lecho de muerte, el Patriarca, Joseph Smith Sr., hizo una solicitud final a su familia para que alguien fuera bautizado en nombre de su hijo mayor, Alvin. Hyrum cumplió con ese deseo y fue bautizado por su hermano mayor en 1840 y nuevamente en 1841.

En una epístola a los Doce fechada el 19 de octubre de 1840, el Profeta José Smith afirmó: “Supongo que la doctrina del ‘bautismo por los muertos’ ya ha llegado a vuestros oídos, y puede que haya suscitado algunas preguntas en vuestras mentes respecto a lo mismo. No puedo en esta carta daros toda la información que deseáis sobre el tema; pero además de los

conocimientos independientes de la Biblia, diría que ciertamente se practicaba en las antiguas iglesias.” El Profeta luego citó 1 Corintios 15:29 y continuó: “Primero mencioné la doctrina en público cuando predicaba el sermón fúnebre de Brother Seymour Brunson; y desde entonces he dado instrucciones generales en la Iglesia sobre el tema. Los Santos tienen el privilegio de ser bautizados por aquellos de sus parientes que han muerto, quienes creen que hubieran abrazado el Evangelio, si hubieran tenido el privilegio de escucharlo, y que han recibido el Evangelio en el espíritu, a través de la instrumentalidad de aquellos que han sido comisionados para predicarles mientras estaban en prisión.”

El 19 de enero de 1841 se dio la revelación ahora registrada en Doctrina y Convenios 124. En este notable oráculo, el Señor da una severa advertencia sobre la necesidad de completar un templo en Nauvoo para que los bautismos por los muertos sean aceptables ante Él (D&C 124:29-36). Además, José aprendió que la ordenanza del bautismo por los muertos fue “instituida antes de la fundación del mundo” (D&C 124:33; comparar D&C 128:5, 22). El 3 de octubre de 1841, el Profeta declaró que el bautismo por los muertos era “la única forma en que los hombres pueden aparecer como salvadores en el Monte Sión.”

El 20 de marzo de 1842, el Profeta afirmó que si tenemos la autoridad para realizar bautismos válidos por los vivos, es nuestra responsabilidad poner esas mismas bendiciones a disposición de aquellos que han pasado por la muerte. El 15 de abril de 1842, en un editorial en el *Times and Seasons*, José el Profeta instó a los Santos a expandir su visión más allá de las visiones estrechas de la humanidad no iluminada. “Mientras una porción de la raza humana juzga y condena a la otra sin misericordia,” dijo, “el gran padre del universo observa a toda la familia humana con un cuidado paternal y una consideración paternal; Él los ve como Sus descendientes, y sin ninguno de esos sentimientos contraídos que influyen en los hijos de los hombres.” Observó que es una opinión generalmente aceptada que el destino del hombre está irreversiblemente fijado en su muerte; y que se hace eternamente feliz o eternamente miserable; que si un hombre muere sin conocimiento de Dios, debe ser eternamente condenado... (O) nuestro Salvador dice que toda clase de pecado y blasfemia será perdonada a los hombres con los que blasfemen; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo

no será perdonada, ni en este mundo, ni en el venidero, mostrando evidentemente que hay pecados que pueden ser perdonados en el mundo venidero.”

A esta declaración doctrinal, el Profeta añadió: “El gran Jehová contempló todo lo relacionado con los eventos conectados con la tierra, [y] el pasado, presente y futuro, estaban y están con Él, en un eterno ahora.” Además, el hermano José declaró: “Crisóstomo [349-407 d.C.] dice que los marcionitas practicaban el bautismo por los muertos.”

... La iglesia, por supuesto, en ese momento estaba degenerada, y la forma particular podría ser incorrecta, pero la idea es suficientemente clara en las escrituras. De nuevo citó 1 Corintios 15:29 y concluyó refiriéndose a la restauración de esta vital dimensión del “orden antiguo de las cosas” como el cumplimiento de las palabras de Abdías sobre los salvadores en el monte Sión (Abdías 1:21). “Una visión de estas cosas reconcilia las escrituras de la verdad, justifica los caminos de Dios hacia el hombre; coloca a la familia humana en un pie de igualdad, y armoniza con cada principio de rectitud, justicia y verdad.”

Las dos epístolas de la Iglesia preservadas en Doctrina y Convenios 127 y 128 fueron escritas a principios de septiembre de 1842. Contienen consejos prácticos sobre el registro de ordenanzas sagradas (127:5-7; 128:3-4) y también una base doctrinal profunda sobre la cual descansan esas ordenanzas. La salvación de los muertos es un aspecto central de la obra más grande de reunir todas las cosas en una—personas así como principios y preceptos—in la dispensación de la plenitud de los tiempos (D&C 128:15-18). En Doctrina y Convenios 128, el Profeta combinó magistralmente varios pasajes de las escrituras para desarrollar el drama doctrinal de la Restauración. Él dijo: “Estos son principios en relación con los muertos y los vivos que no pueden ser pasados por alto, como concernientes a nuestra salvación.” Y luego, estando a la luz plena del conocimiento revelado sobre estos asuntos, un conocimiento que tal vez no poseía aún en el momento de su trabajo en la Biblia, añadió: “Porque su salvación es necesaria y esencial para nuestra salvación, como dice Pablo acerca de los padres [en Hebreos 11:40]—que sin nosotros no pueden ser perfeccionados—ni nosotros podemos ser perfeccionados sin nuestros muertos” (D&C 128:15).

El 11 de junio de 1843, mientras hablaba sobre la recolección de Israel, José Smith explicó que la doctrina del bautismo por los muertos “era la razón por la que Jesús dijo a los judíos, ‘¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos bajo sus alas, y no quisisteis!’—para que atendieran las ordenanzas del bautismo por los muertos, así como otras ordenanzas del sacerdocio, y recibieran revelaciones del cielo, y fueran perfeccionados en las cosas del reino de Dios—pero no quisieron. Esto ocurrió el día de Pentecostés: esas bendiciones se derramaron sobre los discípulos en esa ocasión. Dios ordenó que Él salvaría a los muertos, y lo haría reuniendo a su pueblo.”

El 7 de abril de 1844, como parte del sermón de King Follett, José el Vidente declaró: “Abriré vuestros ojos en relación con vuestros muertos. Todas las cosas, todo lo que Dios, en su infinita sabiduría, ha considerado conveniente revelarnos en nuestro estado mortal en cuanto a nuestros cuerpos mortales, nos son reveladas como si no tuviéramos cuerpos. Y esas revelaciones, que salvarán a nuestros muertos, salvarán nuestros cuerpos... De ahí la terrible responsabilidad que recae sobre nosotros por nuestros muertos, pues todos los espíritus deben obedecer el evangelio o ser condenados. ¡Pensamiento solemne! ¡Pensamiento aterrador!” Según el informe de William Clayton, el Profeta también dijo: “Cuando [los mandamientos de Dios] nos enseñan, lo hacen en vista de la eternidad. La mayor responsabilidad en este mundo es buscar a nuestros muertos.”

Un día después, el Profeta enseñó que debía haber una casa donde “los hombres puedan recibir la investidura para hacer [de ellos] reyes y sacerdotes ante el Dios Altísimo... Cuando queremos salvar a nuestros muertos, pasamos por todas las ordenanzas, lo mismo que para nosotros, desde el bautismo hasta la ordenación y la investidura.”

Y luego, el 2 de mayo de 1844, enseñó: “Con respecto a la ley del Sacerdocio, debe haber un lugar donde todas las naciones vengan de vez en cuando a recibir su investidura; y el Señor ha dicho que este será el lugar para los bautismos por los muertos. Todo hombre que haya sido bautizado y pertenezca al reino tiene derecho a ser bautizado por aquellos que han partido antes; y tan pronto como la ley del Evangelio sea obedecida aquí por sus amigos que actúan como representantes por ellos, el Señor tiene

administradores allí para liberarlos.” Verdaderamente, como podemos ver claramente, en las propias palabras de José, el tema del bautismo por los muertos parecía “ocupar mi mente, y presionar mis sentimientos más fuerte, desde que he sido perseguido por mis enemigos” (D&C 128:1).

Precepto sobre precepto, aquí un poco y allí un poco, el Señor dio a conocer verdades significativas en relación con el trabajo en favor de los muertos. Con el tiempo, los Santos llegaron a entender, por ejemplo, que los hombres deben recibir las ordenanzas por los hombres, y las mujeres por las mujeres. En Nauvoo, se desarrolló una práctica entre los miembros de la Iglesia de ser “sellados” o “adoptados” a líderes prominentes de la Iglesia. Sin embargo, existía una inquietud, una ansiedad entre algunos de los líderes, una realización silenciosa de que la mente completa y la voluntad de Dios aún no se había dado a conocer sobre el asunto.

Cincuenta años después de la muerte del Profeta José Smith, el presidente Wilford Woodruff escribió: “Cuando fui ante el Señor para saber a quién debía ser adoptado (en ese entonces estábamos siendo adoptados a profetas y apóstoles), el Espíritu de Dios me dijo, '¿No tienes un padre, que te engendró? Sí, lo tengo. Entonces, ¿por qué no honrarlo? ¿Por qué no ser adoptado por él? 'Sí', dije yo, 'eso es lo correcto.' Fui adoptado por mi padre, y debería haber sellado a mi padre a su padre, y así sucesivamente hacia atrás; y el deber que quiero que cada hombre que preside un Templo vea realizado desde este día en adelante y para siempre, a menos que el Señor Todopoderoso mande lo contrario, es que cada hombre sea adoptado a su padre.”

El presidente Woodruff instruyó además a los Santos: “Queremos que los Santos de los Últimos Días, a partir de este momento, rastreen sus genealogías tanto como puedan, y se sellen a sus padres y madres. Que los hijos sean sellados a sus padres, y que esta cadena se continúe hasta donde puedan llegar... Esta es la voluntad del Señor para su pueblo, y creo que cuando reflexionen sobre ello, encontrarán que es verdad.” Este mandato divino fue, por supuesto, fundamental para el establecimiento de la Sociedad Genealógica y para lo que ahora conocemos como historia familiar asociada con el trabajo de redimir a los muertos en los templos.

Conclusión

Cuando se contempla la contribución más significativa de José Smith al mundo del pensamiento religioso—y a las billones de personas que eventualmente se verían afectadas por esta doctrina—sin duda, la redención de los muertos ocupa un lugar destacado en la lista. El hermano José una vez comentó: “Frecuentemente nos hacen la pregunta, ¿qué ha sido de nuestros padres? ¿Serán todos condenados por no obedecer el Evangelio, cuando nunca lo escucharon? Ciertamente no. Pero poseerán el mismo privilegio que nosotros disfrutamos aquí, a través del medio del sacerdocio eterno, que no solo administra en la tierra, sino también en el cielo, y las sabias dispensaciones del gran Jehová.”

Las buenas nuevas, o las nuevas de gran gozo, de la salvación en Cristo están destinadas a elevar nuestra mirada y traer esperanza a nuestras almas, a “atar a los quebrantados de corazón, a proclamar libertad a los cautivos, y la apertura de la prisión a los que están atados” (Isaías 61:1). Esa esperanza en Cristo es esperanza en la capacidad infinita de un Ser infinito para salvar a toda la humanidad, tanto de la ignorancia como del pecado y la muerte. El Dios de Abraham, Isaac y Jacob es, de hecho, el Dios de los vivos (Mateo 22:32), y su influencia y misericordias redentoras atraviesan el velo de la muerte. El apóstol Pablo escribió que “si en esta vida solamente tenemos esperanza en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres” (1 Corintios 15:19).

Entonces, ¿qué pasa con aquellos que nunca tienen la oportunidad en esta vida de conocer a Cristo y su evangelio, que nunca tienen la oportunidad de ser bautizados para la remisión de los pecados y para entrar en el reino de Dios, que nunca tienen el privilegio de ser sellados en matrimonio y unidos en la unidad familiar? En una sociedad atrapada por el cinismo, ahogada por la desesperanza y espiritualmente sin rumbo en un mundo donde ha disminuido el sentido de pertenencia, las escrituras y revelaciones de la Restauración dan testimonio de un Dios de misericordia y visión, de un Ser omnipotente cuyo alcance hacia sus hijos no está bloqueado por la distancia ni apagado por la muerte. Verdaderamente, “todos aquellos que no han tenido la oportunidad de escuchar el Evangelio, y ser ministrados

por un hombre inspirado en la carne, deben tenerlo en el futuro, antes de ser finalmente juzgados” (D&C 128:8).

Y así, después de que se sentara la base doctrinal, Dios dio a conocer a través del Profeta de la Restauración esas verdades ennoblecedoras que se refieren a la vida y la salvación, tanto aquí como en el más allá. Verdaderamente, como explicó José, “no es más increíble que Dios salve a los muertos, que que él resucite a los muertos.” Seguramente, ninguna obra podría representar una causa más noble, una empresa más valiente. Y ningún trabajo en el tiempo podría tener implicaciones más eternas.

Capítulo 15

Creemos

Nauvoo, Illinois, marzo de 1842. El Profeta José recibió los papiros egipcios en el verano de 1835 y comenzó a traducirlos en poco tiempo. Ese trabajo de traducción fue interrumpido y retrasado mientras José se ocupaba de asuntos como la construcción y dedicación del Templo de Kirtland, el envío de misioneros a Gran Bretaña, la apostasía en Kirtland, la persecución en Missouri y el liderazgo de una Iglesia en crecimiento. Para marzo de 1842, los papiros ya habían sido traducidos, y los escritos de Abraham, junto con los facsímiles, se estaban preparando para su publicación en Times and Seasons. Durante este mismo tiempo, John Wentworth solicitó información al Profeta sobre el origen y progreso de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. La carta de José a Wentworth contenía una breve historia y luego trece afirmaciones no numeradas sobre creencias y prácticas.

Pocas enseñanzas son más conocidas por los Santos que las declaraciones que llamamos los Artículos de Fe, los cuales fueron escritos por José Smith para presentar un resumen bastante completo de nuestras creencias y prácticas. Los niños pequeños los memorizan en la Primaria, los misioneros los ponen a disposición de las personas que investigan la Iglesia, y millones de miembros de todo el mundo se refieren a ellos cuando se les pregunta qué creemos. Son, en muchos aspectos, una guía práctica de nuestra fe, un tratamiento sistemático de las principales doctrinas del evangelio restaurado.

Los Artículos de Fe fueron la parte final de lo que los Santos han llamado durante décadas la Carta Wentworth. John Wentworth, editor del popular periódico Chicago Democrat, fue abordado por un conocido llamado George Barstow, quien estaba buscando información sobre los mormones, presumiblemente para un libro de historia de New Hampshire que estaba escribiendo. Wentworth se acercó al Profeta y recibió de él una breve pero

bellamente escrita historia del origen y progreso de la Iglesia. Adjunto a esta historia había trece afirmaciones no numeradas sobre creencias. La carta Wentworth apareció por primera vez impresa el 1 de marzo de 1842 en *Times and Seasons*. Estas trece declaraciones de creencias religiosas fueron canonizadas por votación de la Iglesia como parte de la Perla de Gran Precio en la conferencia general de octubre de 1880.

Respecto a los Artículos de Fe, el élder B. H. Roberts escribió lo siguiente: “Estos Artículos de Fe no fueron producidos por los esfuerzos trabajosos y las convenciones armonizadas de los académicos, sino que fueron redactados por una mente inspirada en un solo esfuerzo para hacer una declaración de aquello que la Iglesia cree con seguridad, para quien haga una búsqueda sincera de la verdad. La combinación de la directez, claridad, simplicidad y amplitud de esta declaración de los principios de nuestra religión puede considerarse como una fuerte evidencia de la inspiración divina que descansaba sobre el Profeta, José Smith.”

Significado doctrinal

Cada uno de los Artículos de Fe es una expresión clara y directa de doctrina o práctica. En algunos casos, estas declaraciones también indican algunas de las creencias teológicamente distintivas de la Restauración, es decir, cómo el evangelio restaurado y La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se diferencian de otras iglesias o denominaciones establecidas.

Artículo de Fe 1

Creemos en Dios el Padre Eterno, en Su Hijo, Jesucristo, y en el Espíritu Santo.

La Primera Visión fue, como discutimos en el Capítulo 2, el inicio de la revelación de Dios al hombre en estos últimos días. En esa visión celestial, el joven profeta se convirtió en testigo de primera mano de que el Padre y el Hijo eran Personas separadas y Seres distintos. “Siempre he declarado que Dios es una persona distinta,” enseñó José Smith, solo once días antes de su muerte, “Jesucristo es una persona separada y distinta de Dios el Padre, y que el Espíritu Santo es una persona distinta y un Espíritu; y estos tres constituyen tres personas distintas y tres Dioses.” Tal declaración

claramente habría estado en desacuerdo con las enseñanzas de los judíos, los cristianos tradicionales y los musulmanes. Ser monoteísta es creer en un solo Dios. Desde una perspectiva judía, ese único Dios es Yahvé o Jehová. Para los musulmanes es Alá. Para los cristianos tradicionales, es un Dios que se manifiesta en pluralidad y unidad, una Trinidad compuesta por tres personas distintas pero un solo ser: Padre, Hijo y Espíritu Santo, de una sola esencia o sustancia.

José Smith y los Santos de los Últimos Días se consideran monoteístas. No somos deístas ni politeístas. “En el sentido último y final de la palabra,” escribió el élder Bruce R. McConkie, “solo hay un Dios verdadero y viviente. Él es el Padre, el Todopoderoso Elohim, el Ser Supremo, el Creador y Gobernante del universo... Cristo es Dios; Él solo es el Salvador. El Espíritu Santo es Dios; Él es uno con el Padre y el Hijo. Pero estos dos son el segundo y el tercer miembros de la Divinidad. El Padre es Dios sobre todos, y es, de hecho, el Dios del Hijo.” José Smith enseñó que es responsabilidad del Padre presidir como el Jefe o Presidente, de Jesucristo ser el Mediador, y del Espíritu Santo ser el Testigo o Testificador. “El Hijo [tiene] un tabernáculo y el Padre también [lo tiene], pero el Espíritu Santo es una persona de espíritu sin tabernáculo.”

Equilibraremos este entendimiento con el hecho de que amar al Padre es amar al Hijo, tener fe en el Padre es tener fe en el Hijo, servir al Padre es servir al Hijo, y adorar al Padre es adorar al Hijo. No nos especializamos en los miembros de la Divinidad. Sabemos que son identidades separadas, Personas separadas y Seres separados, pero no dividimos nuestra lealtad ni disecionamos nuestra devoción. Creemos en Dios.

Creemos en un solo Dios en el sentido de que creemos en una sola Divinidad, una sola Presidencia Divina del universo. Las escrituras de la Restauración afirman que estos tres Dioses, tres Seres, son uno (2 Nefi 31:21; Alma 11:44; Mormón 7:7; D&C 20:28). ¿Cómo es esto? Como aprendieron los hermanos en la Escuela de los Ancianos, “Estos tres constituyen el gran y incomparable poder gobernante y supremo sobre todas las cosas; por medio de quienes todas las cosas fueron creadas y hechas que fueron creadas y hechas, y estos tres constituyen la Divinidad, y son uno; el Padre y el Hijo poseen la misma mente, la misma sabiduría,

gloria, poder y plenitud.” Además, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son infinitamente más uno de lo que son separados, pero, desde la perspectiva de los Santos de los Últimos Días, son Seres separados, Dioses separados. En palabras del élder Jeffrey R. Holland: “Creemos que estas tres personas divinas que constituyen una sola Divinidad están unidas en propósito, en manera, en testimonio, en misión. Creemos que están llenos del mismo sentido divino de misericordia y amor, justicia y gracia, paciencia, perdón y redención. Creo que es preciso decir que creemos que Ellos son, en todos los aspectos significativos y eternos que podamos imaginar, excepto creer que Ellos son tres personas combinadas en una sustancia, una noción trinitaria no presentada en las escrituras porque no es verdadera.” Añadió: “Nuestra visión de la Divinidad rompe con la historia cristiana posterior al Nuevo Testamento y regresa a la doctrina enseñada por el mismo Jesús.”

Artículo de Fe 2

Creemos que los hombres serán castigados por sus propios pecados, y no por la transgresión de Adán.

Desde los primeros siglos de la Iglesia Cristiana, la doctrina de la depravación humana—la noción de que el alma humana está torcida, deformada, contaminada por el “pecado original de nuestros primeros padres”—dominó por completo los corazones y las mentes de casi todos los religiosos cristianos y creyentes en todo el mundo. Entonces, llegó el débil y sencillo Profeta de la Restauración, y sus enseñanzas fueron como una brisa refrescante para un pueblo que había sido abrasado por las llamas del alto calvinismo. José tradujo estas simples palabras en el *Libro de Mormón*, palabras que tendrían profundas implicaciones:

“Y ahora, he aquí, si Adán no hubiera transgredido, no habría caído, pero habría permanecido en el jardín de Edén... Y no habrían tenido hijos; por lo cual habrían permanecido en un estado de inocencia, sin saber lo que era el dolor; no haciendo el bien, pues no conocían el pecado. Pero he aquí, todas las cosas han sido hechas en la sabiduría de Aquel que sabe todas las cosas. Adán cayó para que los hombres existieran; y los hombres existen para que tengan gozo. Y el Mesías viene en la plenitud del tiempo, para redimir a los hijos de los hombres de la caída” (2 Nefi 2:22-25; énfasis añadido).

En una carta a su hijo Moroni, Mormón ofreció una corrección doctrinal a una herejía que había penetrado en la cultura nefitas. Citando al Salvador, Mormón escribió: “Los niños pequeños son íntegros, porque no son capaces de cometer pecado; por lo tanto, la maldición de Adán ha sido quitada de ellos en mí, y no tiene poder sobre ellos. Mormón agregó que “los niños pequeños están vivos en Cristo, desde la fundación del mundo” (Mormón 8:8, 12). “La doctrina de bautizar a los niños,” declaró enfáticamente el hermano José, “o de rociarlos, o que deben ahogarse en el infierno, es una doctrina que no es cierta, no está respaldada en las Escrituras Sagradas, y no es consistente con el carácter de Dios. Todos los niños son redimidos por la sangre de Jesucristo, y en el momento en que los niños dejan este mundo, son llevados al seno de Abraham.”

En su traducción inspirada de Génesis, el Profeta registró las siguientes palabras de Dios a Adán: “Te he perdonado tu transgresión en el Jardín de Edén.” Luego, Enoc escribió: “De aquí vino la declaración entre el pueblo de que el Hijo de Dios ha expiado la culpa original, en la que los pecados de los padres no pueden ser responsables sobre las cabezas de los hijos, pues ellos son íntegros desde la fundación del mundo” (JST, Génesis 6:55-56; Moisés 6:53-54). Estas maravillosas verdades fueron repetidas una y otra vez en revelaciones modernas (D&C 29:46-47; 74:7; 137:10). En febrero de 1841, se informa que el Profeta José dijo: “Adán no cometió pecado al comer el fruto, pues Dios había decretado que él debía comer y caer... Por lo tanto, el Señor nos destinó a caer y también nos redimió, porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.”

James Burgess registró que escuchó al Profeta decir lo siguiente sobre la Creación y la Caída: “A imagen de los Dioses los creó, varón y hembra, inocentes, inofensivos e impecables, llevando el mismo carácter e imagen que los Dioses. Y cuando el hombre cayó, no perdió su imagen, pero su carácter aún retenía la imagen de su Creador. Cristo, que está a imagen del hombre, también es la imagen expresa de la persona de su Padre... A través de la Expiación de Cristo y la resurrección, y la obediencia al evangelio, seremos nuevamente conformados a la imagen de su Hijo, Jesucristo; entonces habremos alcanzado la imagen, gloria y carácter de Dios.”

Mensajes profundamente significativos están contenidos en esos pasajes breves: Adán y Eva necesitaban caer; su caída fue una “caída afortunada”; si no hubieran caído, habrían permanecido espiritualmente estancados; si no hubieran caído, no habrían tenido hijos; debido a que cayeron, obtuvieron el conocimiento del bien y del mal y, por lo tanto, pudieron adquirir experiencia y gozo. La Caída abrió la puerta a la Expiación. La Expiación de Cristo anula el efecto de la transgresión de nuestros primeros padres. Por implicación, Cristo vino a hacer mucho más que equilibrar las cuentas, mucho más que equilibrar la justicia y la misericordia, tan importante como fue eso; vino a reclamar y redimir a la humanidad, pues la humanidad redimida ascenderá a alturas espirituales más grandiosas que la humanidad no caída.

El élder Dallin H. Oaks explicó en la conferencia general que “fue Eva quien primero transgredió los límites del Edén para iniciar las condiciones de la mortalidad. Su acto, sea cual fuere su naturaleza, fue formalmente una transgresión pero eternamente una necesidad gloriosa para abrir la puerta a la vida eterna. Adán mostró su sabiduría al hacer lo mismo...

“Algunos cristianos condenan a Eva por su acto, concluyendo que ella y sus hijas están de alguna manera manchadas por ello. Pero los Santos de los Últimos Días, informados por la revelación, celebran el acto de Eva y honran su sabiduría y valentía en el gran episodio llamado la Caída.”

Artículo de Fe 3

Creemos que por la expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio.

En contraste con las creencias de muchos cristianos del siglo XIX, particularmente aquellos que suscribían las enseñanzas de Juan Calvino, el mensaje del evangelio restaurado fue que ningún ser humano llega a la tierra que esté fuera del alcance de la redención y la salvación. Todos los que respiran el aliento de vida son capaces de escuchar la palabra de la verdad (aquí o en el más allá), ser tocados por esa palabra, acercarse a Cristo por medio del convenio, nacer de nuevo a una vida renovada, contribuir al establecimiento del reino de Dios en la tierra y, finalmente, disfrutar de la vida eterna en el cielo más alto.

El élder D. Todd Christofferson nos recordó la dura realidad de que “por virtud de la Caída y nuestra propia desobediencia, la ley nos condena a la muerte temporal y espiritual. La ley, o la justicia, no es un concepto agradable cuando uno es condenado por ella y ‘miserable para siempre’. Las filosofías mundanas intentan resolver esta miseria y culpabilidad tratando de borrar la ley divina o definirla fuera de la existencia. ... [Si] pudiéramos deshacernos de la ley, no existiría el pecado y, por lo tanto, no habría miseria. Con Coriantón, hoy en día hay muchos que ‘tratan de suponer que es injusto que el pecador sea condenado a un estado de miseria’ (Alma 42:1). Sin embargo, este enfoque, si pudiera tener éxito, también eliminaría nuestro potencial para la felicidad. Necesitamos preservar la justicia por nuestro propio bien, por nuestro propio potencial de felicidad.

“Hay un mejor camino. Ese mejor camino no es negar la ley, sino salir de su condena. Los justos son apoyados por la ley, una posición agradable en la que estar. Pero para lograr ese estatus, necesitamos más que la ley sola. Necesitamos un Salvador. Necesitamos un Mediador.”

Jesucristo de Nazaret eligió, por su infinito amor, ofrecerse a sí mismo como rescate por nuestros pecados y hacer disponible así el perdón y la renovación espiritual para toda la humanidad. Todo esto es posible gracias al don de Jesucristo, pero es un don que debe ser recibido (D&C 88:33). Viene por gracia, por su asistencia divina no ganada, su poder habilitador, pero debemos ejercer fe y participar en las obras que evidencian nuestra fe.

Las escrituras de la Restauración revelan la doctrina que amplía la mente de que la Expiación de Cristo es una “expiación infinita” (2 Nefi 9:7; 23:16; Alma 34:14; D&C 76:22-24). El presidente Russell M. Nelson declaró que la Expiación del Salvador “es infinita—sin fin. También fue infinita en cuanto a que toda la humanidad sería salva de la muerte interminable. Fue infinita en términos de su inmenso sufrimiento. Fue infinita en el tiempo, poniendo fin al prototipo anterior de los sacrificios animales. Fue infinita en alcance—se iba a hacer una vez para siempre. Y la misericordia de la Expiación se extiende no solo a un número infinito de personas, sino también a un número infinito de mundos creados por Él. Fue infinita más allá de cualquier escala humana de medición o comprensión mortal.”

Artículo de Fe 4

Creemos que los primeros principios y ordenanzas del Evangelio son: primero, Fe en el Señor Jesucristo; segundo, Arrepentimiento; tercero, Bautismo por inmersión para la remisión de los pecados; cuarto, Imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo.

El evangelio de Jesucristo es la buena nueva, las alegres noticias de la redención del pecado, la muerte, el infierno y el tormento eterno. “He aquí, os he dado mi evangelio,” dijo el Señor resucitado a los hebreos de América, “y este es el evangelio que os he dado: que vine al mundo para hacer la voluntad de mi Padre, porque mi Padre me envió. Y mi Padre me envió para que fuera levantado sobre la cruz” (3 Nefi 27:13-14). En las escrituras de la Restauración, el Profeta José y Sidney Rigdon dieron una definición similar del evangelio: “Y este es el evangelio, las alegres noticias... que él vino al mundo, aun Jesús, para ser crucificado por el mundo, y para llevar los pecados del mundo, y para santificar al mundo, y limpiarlo de toda injusticia; que por medio de él todos pudieran ser salvos a quienes el Padre puso en su poder y los hizo por él” (D&C 76:40-42). En resumen, el evangelio es la Expiación, las alegres noticias de que hay esperanza para la recuperación espiritual, esperanza para la renovación y recreación, esperanza para la inmortalidad del alma. Sin embargo, las escrituras también testifican que el evangelio es la buena nueva de que existe un camino, una vía, un curso específico que seguir para apropiarse de los poderes y bendiciones de la Expiación. Y ese camino es lo que llamamos los primeros principios y ordenanzas del evangelio (3 Nefi 27:19-21; D&C 33:11-12; 39:5-6). Estos son los que el Profeta llamó los “artículos de adopción,” los medios por los cuales somos adoptados en la familia del Señor Jesucristo.

Con la Reforma Protestante, que comenzó en el siglo XVI, y con la introducción de la noción de un sacerdocio de “todos los creyentes,” vino necesariamente un cambio de actitud hacia las ordenanzas, o sacramentos, de la Iglesia. El consejo del Salvador a Nicodemo de que un hombre debe nacer de agua y del Espíritu, debe ser correctamente bautizado (Juan 3:3-5)—un requisito del mismo Hijo de Dios—comenzó a ser visto en términos figurativos y a tomarse algo a la ligera. Los teólogos razonaron que el

bautismo no podía ser requerido para la salvación, ya que eso significaría que algo debía añadirse a lo que llamaban la “obra terminada de Jesucristo.” Sugerir, como había hecho la Iglesia Cristiana durante catorce siglos, que uno debía ser bautizado era hacer del bautismo una obra suplementaria, y como todos los buenos cristianos saben, no somos salvos por nuestras obras. Así fue como las ordenanzas cayeron en la categoría de lo recomendado y quizás incluso lo esperado, pero ciertamente no lo requerido. Una vez le pregunté a un ministro protestante: “¿Es esencial el bautismo para la salvación?” Él hizo una pausa por un momento y respondió: “Bueno, es necesario pero no esencial.” Separar esas dos palabras no es tarea fácil.

La Restauración hizo sonar el llamado de manera clara y fuerte: Jesucristo es el único camino por el cual la humanidad puede ser salva. Su Expiación hace posible el perdón de los pecados, la transformación de la naturaleza humana y la liberación de las inclinaciones del hombre natural hacia el reino de la experiencia divina. Y el mensaje se extiende aún más: las ordenanzas de la salvación son necesarias, deben realizarse correctamente y en orden, y por el poder de la autoridad del sacerdocio restaurado. “He aquí, os digo que todos los antiguos convenios he hecho que sean anulados en esta cosa; y este es un nuevo y eterno convenio, incluso aquel que fue desde el principio. Por tanto, aunque un hombre se bautice [sin autoridad] cien veces, no le sirve de nada, porque no podéis entrar por la puerta estrecha por la ley de Moisés, ni por vuestras obras muertas. Porque es por vuestras obras muertas que he hecho que se construya este último convenio y esta iglesia para mí, tal como en los días antiguos. Por tanto, entrad por la puerta, como os he mandado, y no busquéis aconsejar a vuestro Dios. Amén” (D&C 22:1-4).

Artículo de Fe 5

Creemos que el hombre debe ser llamado por Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad, a fin de que pueda predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas.

No necesitamos insistir en el punto que ya hemos mencionado, es decir, que la autoridad divina puede ser el mayor punto de división entre La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y todas las demás

denominaciones religiosas (ver Capítulo 4). José Smith fue llamado para servir como revelador de doctrina, sin duda, y la mayoría de nuestra discusión en este libro se ocupa de demostrar que lo que él aprendió por revelación y lo que enseñó a los Santos es quizás el mayor fruto o evidencia de su llamado profético. Pero también fue llamado para ser un administrador legal, uno a través del cual el sacerdocio, las llaves, las autoridades y una comprensión correcta de los quórumes y los consejos fueron restaurados a la tierra. José sabía, y sus seguidores hoy lo reconocen, que uno no es ordenado al recibir un título ministerial o un certificado de graduación; más bien, la ordenación llega por la imposición de manos de aquellos que han sido previamente y debidamente ordenados.

Artículo de Fe 6

Creemos en la misma organización que existió en la Iglesia Primitiva, esto es, apóstoles, profetas, pastores, maestros, evangelistas, etc.

El sexto artículo de fe resalta la necesidad de una iglesia, una congregación de Santos, un cuerpo de creyentes, lo que los primeros apóstoles llamaron el “cuerpo de Cristo”. El cristianismo implica más que oración, ayuno y estudio de las escrituras, más que un esfuerzo individual por vivir los principios del evangelio de Jesucristo. Por vitales que sean la devoción personal y el esfuerzo individual, el cristianismo solo se vive plenamente en comunidad. Hoy en día, millones de personas en todo el mundo afirman ser espirituales pero no religiosas, deseando una experiencia mística sin afiliarse a una organización religiosa. Aprendemos a través de la doctrina restaurada y las prácticas reveladas a través de José Smith que, sin la Iglesia, uno no puede recibir las ordenanzas necesarias para la salvación o la exaltación; no puede desarrollar esas cualidades y atributos cristianos que solo vienen a través de la asociación y la afiliación con otros individuos que están luchando por básicamente las mismas cosas; no puede participar en el servicio continuo y el sacrificio organizado que solo puede venir a través de trabajar con otros. Sin la Iglesia y la afiliación e involucramiento en ella, simplemente no se puede cultivar la luz del evangelio que emana libre y atractivamente de los miembros de la Iglesia que se esfuerzan y se extienden.

El presidente Henry B. Eyring habló de un intento de una persona por ir por su cuenta: "He oído la jactancia de un hombre que se alejó lentamente de la Iglesia, al principio dejando de enseñar su clase de Escuela Dominical, luego alejándose de la iglesia y luego olvidando el diezmo de vez en cuando. A lo largo del camino me decía: 'Me siento tan espiritual como antes de dejar esas cosas y tan en paz como antes. Además, disfruto más los domingos que antes; es más un día de descanso.' O, 'Creo que he sido bendecido temporalmente tanto o más que cuando pagaba el diezmo.' Él no podía notar la diferencia, pero yo sí. La luz en sus ojos y hasta el resplandor en su rostro se iban apagando. Él no podía darse cuenta, ya que uno de los efectos de desobedecer a Dios parece ser la creación de un anestésico espiritual justo suficiente para bloquear cualquier sensación mientras se cortan los lazos con Dios. No solo el testimonio de la verdad se fue erosionando lentamente, sino que incluso los recuerdos de lo que era estar en la luz comenzaron a parecerle una ilusión."

La Iglesia de Jesucristo se construye y siempre se construirá sobre el fundamento de apóstoles y profetas (Efesios 2:20). Estos son los principales oficiales dentro del hogar de la fe, los administradores legales que presiden, los encargados de ser testigos especiales del nombre de Cristo en todo el mundo, los comisionados para edificar la Iglesia y regular todos sus asuntos en la tierra (D&C 107:23, 34). Ellos son los profetas, los videntes y los reveladores, aquellos llamados para ver cosas "de lejos" (D&C 101:54), para ser vigilantes sobre la torre de Israel, los mayordomos de la casa de Dios. Al igual que Enoc, ven "cosas que [no son] visibles al ojo natural" (Moisés 6:36).

En cuanto a los otros oficios y llamamientos que componen la Iglesia, siempre habrá, por supuesto, una necesidad de maestros, predicadores, pastores (obispos y presidentes de estaca) y patriarcas. Pero los nombres y funciones de los llamamientos y asignaciones pueden cambiar según sea necesario, porque no solo nuestra Iglesia es verdadera, sino también viva (D&C 1:30). El élder Neal A. Maxwell, un apóstol moderno, expresó esto de la siguiente manera: "Cuando se usa la palabra 'viva', lleva una connotación divina y deliberada. La Iglesia no está muerta ni moribunda. Tampoco está herida. La Iglesia, al igual que el Dios vivo que la estableció, está viva, consciente y funcionando. No es un museo que alberga una fe fosilizada;

más bien, es un reino cinético caracterizado por una fe viva en discípulos vivos.”

Así que no necesitamos creer que en la Iglesia Primitiva, la Iglesia establecida por Cristo en el primer siglo, existían Representantes Regionales, Asistentes de los Doce, un Obispado Presidente, agentes regionales de bienestar o representantes de Adultos Solteros para defender nuestro sexto artículo de fe. Más bien, la Iglesia del Señor siempre tendrá alguna organización, pero la organización particular puede y cambiará según las necesidades, las circunstancias y la dirección divina continua. Lo que no cambiará es que siempre será dirigida por profetas y videntes debidamente ordenados que hacen conocer la mente y la voluntad actuales del Todopoderoso.

El 11 de marzo de 1844, José Smith dio una tarea muy inusual a un grupo de hermanos. Les pidió que prepararan una especie de constitución para el reino de Dios. Más tarde en la semana, John Taylor, como representante de ese grupo de tres, respondió que no se había hecho ningún progreso hacia la realización de esa tarea. José reconoció su fracaso al declarar que sabía que tal cosa no se podía hacer. Se había presentado ante el Señor, buscando que tal constitución fuera dada por revelación. La respuesta llegó de una manera muy interesante: “Vosotros sois mi constitución y yo soy vuestro Dios y vosotros sois mis voceros, por lo tanto, de aquí en adelante guardad mis mandamientos.” Los líderes de Sion deben gobernar por revelación—revelación moderna, actual, incluso diaria—y no solo por documentos escritos. Todos los propósitos y diseños de Dios para sus hijos no pueden y no deben ser codificados (Mormón 6:9; D&C 20:45; 46:2), al menos no en una Iglesia viva.

Artículo de Fe 7

Creemos en el don de lenguas, profecía, revelación, visiones, sanidades, interpretación de lenguas, etc.

El Evangelio de Marcos contiene un registro de las últimas instrucciones del Salvador resucitado antes de su ascensión, que ha llegado a conocerse como la gran comisión: “Y les dijo: Id por todo el mundo, y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas

el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán serpientes; y si beben cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:15-18).

Como hemos mencionado, en el siglo XIX, las opiniones sobre el asunto de los dones espirituales eran mixtas. Algunos, como Sidney Rigdon, creían que debían encontrarse entre aquellos que profesaban ser cristianos, mientras que personas como John Wesley (el “entusiasta razonable”) y Alexander Campbell (un religioso racional) eran más escépticos, o al menos nerviosos e incómodos con tales dones. Incluso en el mundo cristiano de hoy, existen individuos y denominaciones conocidos como “continuacionistas”, que sostienen que los dones del Espíritu han continuado desde la época de la Iglesia del primer siglo. Hay otros, conocidos como “cesacionistas”, que creen que todos esos dones y derramamientos espirituales cesaron con la Iglesia del primer siglo y no deben ser practicados ni disfrutados hoy en día. Hoy en día, existen pentecostales que hablan en lenguas y profetizan, así como teólogos y predicadores que condenan tales prácticas como un “caos carismático”.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es una manifestación viva y respirante de la verdad de que Dios habla, que los ángeles se aparecen, que se reciben visiones, que los profetas profetizan, que las sanaciones y las lenguas están vivas y bien en la Iglesia restaurada. De hecho, como dijo Jesús, si estas manifestaciones de la obra del Espíritu no están presentes, entonces la Iglesia de Jesucristo no está en la tierra. Mormón enseñó que si los milagros han cesado o los ángeles ya no se aparecen, es porque la fe ha cesado entre los hijos de los hombres (Mormón 7:37-38).

Contempla por un momento escenas como la Primera Visión; la venida de Moroni; la traducción de las planchas de oro; las visitas de Juan el Bautista, así como de Pedro, Santiago y Juan; los derramamientos espirituales en Kirtland; el ministerio de Moisés, Elías, Elías, Miguel, Rafael, y “diversos ángeles... todos declarando su dispensación, sus derechos, sus llaves, sus honores, su majestad y gloria, y el poder de su sacerdocio; dándonos línea sobre línea, precepto sobre precepto; aquí un poco, allá un poco; dándonos

consuelo al presentar aquello que está por venir, confirmando nuestra esperanza” (D&C 128:21). Reflexiona sobre el maravilloso día del poder del Señor cuando decenas de personas fueron sanadas milagrosamente en Nauvoo, Illinois, y en Montrose, Iowa. Medita por un momento sobre las miles y miles de entradas de diario de los Santos de los Últimos Días que registran milagros, maravillas y señales abundantes, desde Palmyra hasta París y desde Salt Lake City hasta Sao Paulo. De hecho, si el pueblo de Dios vive para recibirlos, los dones del Espíritu son frecuentes, continuos y vigorizantes; nos recuerdan que esta es la obra del Dios Todopoderoso, y que aunque “la fe no viene por señales”, las señales de hecho “siguen a los que creen” (D&C 63:9).

Artículo de Fe 8

Creemos que la Biblia es la palabra de Dios hasta donde esté traducida correctamente; también creemos que el Libro de Mormón es la palabra de Dios.

El élder M. Russell Ballard declaró en la conferencia general: “La Santa Biblia es bien llamada. Es santa porque enseña la verdad, santa porque nos calienta con su espíritu, santa porque nos enseña a conocer a Dios y entender Sus tratos con los hombres, y santa porque testifica a lo largo de sus páginas del Señor Jesucristo. ... Un estudio honesto y diligente de la Biblia nos hace mejores y mejores. ... Hermanos y hermanas, estoy seguro de que muchos de ustedes han tenido la experiencia de escuchar a personas decir que los mormones no son cristianos porque tienen su propia Biblia, el *Libro de Mormón*. Para aquellos que tienen este malentendido, decimos que creemos en el Señor Jesucristo como nuestro Salvador y autor de nuestra salvación y que creemos, veneramos y amamos la Santa Biblia. Tenemos escrituras sagradas adicionales, incluido el *Libro de Mormón*, pero este apoya a la Biblia, nunca la sustituye”.

Finalmente, el élder Ballard testificó que la Biblia “es uno de los pilares de nuestra fe, un poderoso testigo del Salvador y de la influencia continua de Cristo en la vida de aquellos que lo adoran y lo siguen. Cuanto más leemos y estudiamos la Biblia y sus enseñanzas, más claramente vemos los fundamentos doctrinales del evangelio restaurado de Jesucristo. Tendemos

a amar las escrituras con las que pasamos tiempo. Puede que necesitemos equilibrar nuestro estudio para amar y comprender toda la escritura.”

El élder Dallin H. Oaks se refirió a las escrituras estándar y a la Traducción de la Biblia de José Smith como la “familia real de las escrituras”. Y no amamos a un hijo de nuestra familia más que a otro.

La eliminación de verdades preciosas de la Biblia tuvo lugar en el proceso de la traducción del texto, así como a través del proceso de transmisión a lo largo de las generaciones. Es cierto que la traducción, o el paso de un idioma a otro, es una barrera potencialmente seria para la comunicación de verdades sagradas. El élder Bruce R. McConkie escribió que cuando las palabras de las escrituras “caían de labios videntes y fluían de plumas proféticas”, hacían conocer la mente y voluntad de Dios. “Desde entonces ha habido adiciones y eliminaciones, cambios editoriales y otros cambios, y traducciones a lenguas que a menudo no tienen palabras o frases equivalentes para transmitir el significado original y preciso” de la palabra inspirada por el Espíritu. Explicó que “aparte del lamentable estado del texto debido a la incompetencia académica, había un problema mucho más serio, a saber, el sesgo teológico de los traductores. Esto les llevó a cambiar el significado o parafrasear textos que eran poco claros o que les resultaban embarazosos”. Así, la comprensión de las doctrinas fue influenciada por el proceso de traducción.

A medida que las verdades fueron eliminadas o retenidas (1 Nefi 13:26, 28, 32, 34), las lagunas, o huecos, en el manuscrito afectarían lo que quedaba, lo que llevaba a más confusión y malentendidos. Solo se puede traducir lo que está allí, solo se puede hacer una traducción honesta con lo que queda. La pregunta no es si ha habido errores de copistas a lo largo de los siglos—los ha habido. La pregunta no es si la Biblia es la palabra de Dios—lo es. “La pregunta no es si se puede confiar en la Biblia con confianza si, de hecho, ha habido errores—se puede”.

Los Santos de los Últimos Días no creen que la Biblia deba haber llegado en una forma perfectamente intacta para ser espiritualmente normativa y eternamente valiosa. Los errores en la Biblia no empañan su imagen para nosotros. De hecho, mientras que los Santos de los Últimos Días aceptan el *Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y La Perla de Gran Precio* como

escrituras sagradas, no nos apresuraríamos a proclamar su inerrancia. El mayor asombro es que un Ser infinito y perfecto puede trabajar a través de seres humanos finitos e imperfectos para entregar su palabra a sus hijos.

José Smith creía, sin duda, que el mensaje de la Biblia era verdadero y provenía de Dios. Podríamos decir que él creía que la Biblia era “la palabra de Dios”. No estoy tan seguro de que él o los líderes modernos de la Iglesia estarían convencidos de que cada oración registrada en los Testamentos necesariamente contiene “las palabras de Dios”, entendiendo esto como una cita directa o una transcripción de dirección divina. Rowan Williams, el ex Arzobispo de Canterbury, escribió: “Incluso con la estimación más conservadora de los relatos de [los cuatro Evangelios], deben haber habido episodios imperfectamente vistos o entendidos, episodios donde faltaba evidencia directa de testigos oculares, junto con testimonios parcialmente conflictivos. Aceptar esto es simplemente permitir que la inspiración de los relatos del Evangelio no sea el don para los escritores de una vista milagrosa desde el ojo de Dios. Si la vida de Jesús es realmente humana, el testimonio de su vida debe ser humano también, y el testimonio humano rara vez es directo o completo.”

No necesitamos decir más sobre la corrección del *Libro de Mormón* o su solidez doctrinal más allá de lo que ya hemos discutido (ver Capítulo 3). Solo necesitamos ser recordados de que, mientras que la veracidad de un asunto espiritual solo puede ser conocida por el poder del Espíritu de Dios (1 Corintios 2:11-14), su significado espiritual a menudo puede ser discernido por el tipo de oposición que genera. Si no supiera, por ejemplo, por el poder del Espíritu Santo, que los templos son verdaderamente la casa del Señor y que se realizan allí ordenanzas sagradas y exaltadoras, podría sospechar razonablemente que eso es lo que ocurre al ser testigo del veneno vicioso con el que seres humanos, de lo contrario sanos y sofisticados, se ponen en fila para gritar y protestar contra la construcción de tales casas de adoración.

Ahora bien, el *Libro de Mormón* ciertamente ha tenido sus enemigos, aquellos que con ferocidad rabiosa se apresuran a denunciarlo como falso, incluso diabólico. Uno tiene que preguntarse qué es lo que causa tales actitudes y comportamientos, especialmente con respecto a un libro que

anima a las personas a amar a Dios y hacer el bien. Nos recuerda las escalofriantes palabras de Nefi: “Sí, ¡ay de aquel que sabe, y dice: Hemos recibido, y no necesitamos más! Y, en resumen, ¡ay de todos aquellos que tiemblan y se enojan por la verdad de Dios! Porque he aquí, el que está edificado sobre la roca lo recibe con alegría” (2 Nefi 28:27-28).

Artículo de Fe 9

Creemos todo lo que Dios ha revelado, todo lo que actualmente revela, y creemos que aún revelará muchos grandes e importantes asuntos pertenecientes al reino de Dios.

En varias ocasiones a lo largo de los años he tenido la oportunidad de hablar con personas que han elegido dejar *La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días* y unirse a otra denominación religiosa. A menudo les pregunto si extrañan algo en particular, ahora que se han separado formalmente de la fe de los Santos de los Últimos Días. Muchos de ellos comentan que extrañan la cultura—las personas, la hermandad, las actividades, los proyectos de servicio, los servicios de adoración o el templo. Un número sorprendente de ellos me ha expresado que lo que más extrañan es escuchar sobre la revelación, tanto general como personal. Dependiendo del tipo de iglesia a la que se han unido, expresan que rara vez oyen hablar de los líderes de esa tradición en particular buscando o recibiendo dirección divina, ni reciben mucho, si acaso, aliento para buscar revelación personal cuando enfrentan desafíos familiares, preguntas espirituales o decisiones que tomar. No es que las iglesias, particularmente las iglesias cristianas, no crean que los hijos de Dios pueden recibir lo que podrían llamar iluminación o dirección del cielo, porque lo creen. Sin embargo, lo que rara vez mencionan es la revelación, al menos la revelación más allá de las escrituras sagradas. Desde su perspectiva, si de hecho la Biblia es la palabra final, completa e infalible de Dios, ¿por qué alguien necesitaría buscar en otro lugar?

José Smith recibió revelación directamente de Dios, y él se presentó como el profeta y revelador, el cabeza de la dispensación. Pero también animó a cada miembro de la Iglesia a buscar y esperar la guía del Señor. La membresía en la Iglesia restaurada implicaba la recepción del Espíritu Santo y, como enseñó José, ningún hombre puede recibir el Espíritu Santo y no

recibir revelación, porque el Espíritu Santo es un revelador. No es solo que los Santos tengan la oportunidad de conocer las cosas de Dios; más bien, tienen la responsabilidad de calificar y buscar tales cosas. Esto viene con la membresía en la Iglesia del Señor. La fuerza de esta obra moderna se encuentra en el testimonio, la convicción y la revelación personal adquirida por los débiles y sencillos, los niños y las niñas, los hombres y las mujeres que saben en lo más profundo de su corazón que pueden acercarse a Dios y recibir ayuda celestial en forma de consuelo, guía y dirección continua.

El élder Jeffrey R. Holland destacó el punto vital de que “las escrituras no son la fuente última de conocimiento para los Santos de los Últimos Días. Son manifestaciones de la fuente última. La fuente última de conocimiento y autoridad para un Santo de los Últimos Días es el Dios vivo. La comunicación de esos dones proviene de Dios como revelación divina, viva y vibrante... Expreso el más profundo agradecimiento personal de que los ‘trabajos’ de [Dios] nunca terminan y Sus ‘palabras... nunca cesan. Doy testimonio de tal atención divina y amorosa y de su registro” .

Artículo de Fe 10

Creemos en la congregación literal del pueblo de Israel y en la restauración de las Diez Tribus; que Sion (la Nueva Jerusalén) será edificada sobre el continente americano; que Cristo reinará personalmente sobre la tierra, y que la tierra será renovada y recibirá su gloria paradisíaca.

La mención de José sobre “la congregación literal de Israel” por sí sola es una desviación significativa de las creencias de la mayoría de los cristianos del siglo XIX en América. Para la época de la Restauración, los estadounidenses hablaban con frecuencia de forma simbólica de los cristianos como el “Israel moderno” vagando por el desierto en busca de la tierra prometida. Pero era solo simbólico, porque muy pocos tomaban en serio la verdad de que el pacto que Dios había hecho con el padre Abraham se cumpliría a través de la obra de sus “descendientes literales”. Entonces apareció José Smith y los Santos de los Últimos Días, un pueblo que leía el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento, el *Libro de Mormón* y *Doctrina y Convenios*, y salieron de su estudio de las escrituras convencidos de que la palabra profética debía tomarse literalmente, que de hecho eran parte de un pueblo escogido.

Solo con su estudio del *Libro de Mormón* llegarían a entender que los judíos modernos no eran los únicos descendientes de Jacob de antaño. En una revelación dada a través de José Smith en el momento de una conferencia de la Iglesia donde se realizaron las primeras ordenaciones al oficio de sumo sacerdote, el Señor dijo: “Yo, el Señor, os haré saber lo que debo que hagáis desde este momento hasta la próxima conferencia, que se celebrará en Missouri, sobre la tierra que consagraré a mi pueblo, que es un remanente de Jacob, y aquellos que son herederos según el pacto” (D&C 52:2; énfasis añadido).

“Ahora, ¿ven la importancia de su bendición patriarcal?” preguntó el presidente Russell M. Nelson. “Espero que cada uno de ustedes haya obtenido una. Es preciosa. Es escritura personal para ti. Declara tu linaje especial. Te recuerda tu conexión con el pasado. Y te ayudará a realizar tu potencial futuro. Literalmente, puedes reclamar al Señor el cumplimiento de esas bendiciones a través de tu fidelidad.”

Como mencionamos brevemente en el Capítulo 8, los Santos de los Últimos Días llegaron a saber que las profecías de Isaías, Jeremías y Ezequiel sobre el establecimiento de Sion, la ciudad de Dios, tendrían su gran cumplimiento en la dispensación de la plenitud de los tiempos; que Sion no se limitaba al Monte Santo en Jerusalén; que Sion estaba dondequiera que los puros de corazón habitaran en las estacas a través del mundo (D&C 97:21); que eventualmente el lugar central debía estar en Independence, Jackson County, Missouri (D&C 57:1-3; 101:17-21). Fue a este lugar central al que el Rey de reyes vendría a su templo y al consejo del sacerdocio en Adam-ondi-Ahman (Malaquías 3:1; D&C 84:2-5; 116). Los Santos se regocijaron en el conocimiento de que sus pruebas y vicisitudes eran temporales y que el Mesías milenario un día limpiaría la tierra de toda maldad y viviría en paz durante mil años sobre una tierra paradísica con su pueblo del pacto.

Artículo de Fe 11

Reclamamos el derecho de adorar a Dios Todopoderoso conforme a los dictados de nuestra propia conciencia, y concedemos a todos los hombres el mismo privilegio: que adoren cómo, dónde o lo que deseen.

José Smith, el Profeta, amaba los Estados Unidos de América. Creía con todo su corazón que los padres fundadores habían sido levantados por Dios (D&C 98:4-10; 101:76-80) para establecer un sistema de gobierno que asegurara el tipo de libertad religiosa que permitiría y daría la bienvenida a un nuevo orden de religión—un orden restaurado, basado en gran medida en las enseñanzas del Cristianismo Primitivo. Observó que “la Constitución de los Estados Unidos es un glorioso estándar; está fundada en la sabiduría de Dios. Es un estandarte celestial; es para todos aquellos que tienen el privilegio de gozar de los dulces frutos de la libertad, como las sombras refrescantes y las aguas calmantes de una gran roca en una tierra sedienta y fatigada. Es como un gran árbol bajo cuyas ramas los hombres de todos los climas pueden ser resguardados de los ardientes rayos del sol.”

El Profeta dijo en otra ocasión: “Consideramos que es un principio justo, y es uno cuya fuerza creemos que debe ser debidamente considerada por cada individuo, que todos los hombres son creados iguales, y que todos tienen el privilegio de pensar por sí mismos en todos los asuntos relativos a la conciencia. En consecuencia, entonces, no estamos dispuestos, si tuviéramos el poder, a privar a nadie de ejercer esa independencia de mente libre que el cielo tan generosamente ha otorgado a la familia humana como uno de sus más grandes dones.”

Una apertura de mente y amplitud de espíritu caracterizó al Profeta de la Restauración, un genuino respeto por los hombres y mujeres nobles de diversas inclinaciones y una búsqueda constante de la verdad dondequiera que pudiera encontrarse. José identificó el “primer y fundamental principio de nuestra santa religión” como la creencia de que “tenemos derecho a abrazar toda verdad, y cada elemento de la verdad, sin limitación ni sin ser circunscritos ni prohibidos por los credos o nociones supersticiosas de los hombres, o por las dominaciones de unos a otros, cuando esa verdad esté claramente demostrada a nuestra mente, y tengamos el más alto grado de evidencia de la misma.”

Artículo de Fe 12

Creemos en estar sujetos a los reyes, presidentes, gobernantes y magistrados; en obedecer, honrar y sostener la ley.

En septiembre de 1830, el Señor reveló un principio que proporcionaría una perspectiva distintiva sobre la vida para el Profeta José Smith y los miembros de la Iglesia restaurada. El Salvador declaró: “Por tanto, en verdad os digo que todas las cosas para mí son espirituales, y en ningún momento os he dado una ley que fuera temporal” (D&C 29:34). Porque la obra y la gloria de Dios, su más alta prioridad, es “traer a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39), todo lo que Él hace—y todo lo que nosotros hacemos—tiene implicaciones eternas. Esto incluiría nuestras responsabilidades cívicas y políticas como ciudadanos de una nación o principado.

El Salvador mismo estableció el principio que debe guiar cómo llevamos a cabo nuestras responsabilidades como ciudadanos de un país. Los fariseos y herodianos trataron de atrapar a Jesús cuando le preguntaron, “¿Es lícito dar tributo a César, o no?” Ellos, por supuesto, esperaban que el Maestro, el legítimo Rey de los judíos, demostrara con su respuesta ser desleal al emperador o en general a sus señores romanos. Pero, una vez más, Jesús arruinó sus planes al responder, “Dad... a César lo que es de César; y a Dios lo que es de Dios” (Mateo 22:15-21).

De manera similar, el apóstol Pablo aconsejó a los santos de Corinto que “sean sujetos a las autoridades superiores. Porque no hay autoridad sino de Dios.” Ahora, noten este comentario significativo: “Las autoridades que existen son ordenadas por Dios. Por tanto, quien resiste la autoridad, resiste la ordenanza de Dios” (Romanos 13:1-2; énfasis añadido).

El 17 de agosto de 1835 se estaba preparando la primera edición de *Doctrina y Convenios* para ser enviada a los Santos y al mundo. En ese día, un documento sobre gobiernos y leyes en general (presumiblemente preparado por Oliver Cowdery, pero ciertamente aprobado por el Profeta) fue aceptado para su inclusión en esa primera edición y ha llegado hasta nosotros como la sección 134.

A los miembros de *La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días* se les ha encargado por el Señor ser ciudadanos leales en los lugares donde residen; apoyar y sostener las leyes del país; y, si se requiere un cambio, trabajar por él mediante medios legales y apropiados. Un sucesor de José Smith, el presidente Howard W. Hunter, nos recordó que “si los

funcionarios ejecutivos han sido elegidos por el voto del pueblo, después de que ese voto esté completo y la mayoría haya hablado, tenemos la obligación de apoyar y sostener a aquellos que han sido elegidos por la mayoría... En las ramas legislativas de nuestro gobierno, puede haber leyes promulgadas que nos resulten difíciles de sostener como individuos, pero mientras sigan siendo leyes, tenemos la obligación de cumplirlas y apoyarlas. Puede ser que pensemos que la ley debería ser diferente, pero mientras los estatutos se mantengan y hasta que sean revocados por el pueblo o por acción legislativa o judicial, debemos sostener esas leyes... Espero que, como miembros de la Iglesia, podamos mantenernos firmes en estos principios apoyando y sosteniendo a nuestros gobiernos dondequiera que vivamos y sosteniendo a los oficiales de esos gobiernos con nuestras oraciones también.”

El sucesor inmediato del presidente Hunter, el presidente Gordon B. Hinckley, pidió decencia, respeto, tolerancia y civilidad en los asuntos políticos. “Es un sistema saludable y maravilloso el que tenemos,” señaló, “bajo el cual las personas son libres para expresarse eligiendo a aquellos que los representarán en los consejos del gobierno. Espero que los concernidos se dirijan a los temas y no a las personalidades. Los temas deben ser discutidos libremente, abiertamente, con franqueza y con fuerza. Pero, repito, espero que se evite descalificar a las personalidades.”

Porque “el Señor Dios no obra en la oscuridad” (2 Nefi 26:23), los líderes de la Iglesia, encargados por ese mismo Señor y Dios de llevar el mensaje de la Restauración a todas las naciones (D&C 68:8-9), han buscado hacerlo de manera abierta, respetuosa y en armonía con los gobiernos y políticas locales. Siempre se busca permiso oficial cuando los Hermanos sienten que deben entrar a un país. En resumen, la Iglesia siempre entra por la puerta principal para buscar el estatus oficial o para obtener permiso para que los misioneros Santos de los Últimos Días entren a ese país.

Artículo de Fe 13

Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer el bien a todos los hombres; en verdad, podemos decir que seguimos la admonición de Pablo: Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas, y esperamos poder sufrir todas las cosas. Si hay algo

virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos.

No es insignificante que el Vidente Escogido haya reservado para el final el tema del decimotercer artículo de fe, ni que haya agotado lo que podría haberse mencionado sobre las creencias de *La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días*. Más bien, este artículo es una declaración poderosa de que la proclamación de la doctrina sólida debe y siempre debe preceder y sentar las bases para una vida buena, una vida cristiana, la vida que debe caracterizar a los seguidores de nuestro Maestro. Como enseñó Alma, Dios dio los mandamientos antiguamente a su pueblo después de haberles hecho conocer el plan de redención (Alma 12:32). Las reglas, pautas y regulaciones tienen propósito y valor—y logran los fines deseados por el Señor—solo cuando se construyen sobre la base de la doctrina del evangelio. Por eso el presidente Boyd K. Packer, en nuestros días, declaró que “la verdadera doctrina, comprendida, cambia las actitudes y el comportamiento. El estudio de las doctrinas del evangelio mejorará el comportamiento más rápidamente que el estudio del comportamiento mejorará el comportamiento... Por eso enfatizamos con tanta fuerza el estudio de las doctrinas del evangelio.”

“El decimotercer Artículo de Fe es, de hecho, un apéndice de todos los demás,” escribió el élder McConkie. Este artículo en particular “proporciona la ocasión ideal para mostrar la relación entre las grandes doctrinas de los artículos anteriores y los principios éticos establecidos en esta declaración formal final de creencias.”

“Es una cosa enseñar principios éticos, y otra muy distinta proclamar las grandes verdades doctrinales, que son la base del verdadero cristianismo y de las cuales proviene la salvación eterna. Es cierto que la salvación está limitada a aquellos en cuyos corazones abundan los principios éticos, pero también es cierto que la ética cristiana, en el sentido pleno y salvador, se convierte automáticamente en parte de la vida de aquellos que primero creen en las doctrinas cristianas.”

Conclusión

Los Artículos de Fe son más que una guía útil para las creencias de los Santos de los Últimos Días, aunque ciertamente lo son. Son un patrón para entender qué conceptos y enseñanzas son fundamentales y esenciales para nuestra fe y forma de vida; establecen un orden, un orden significativo, que es sumamente instructivo sobre cuáles son los asuntos de mayor importancia. Claramente, hay un propósito en el orden en que los artículos están escritos.

Obviamente, José Smith no abordó cada creencia de los Santos de los Últimos Días. También podría haber enseñado que creemos en el Sacramento de la Cena del Señor, la existencia premortal de toda la humanidad, la redención de los muertos en el mundo espiritual postmortal, el matrimonio y la familia eternos, los grados de gloria en la vida después de esta, y otros principios doctrinales que completan el glorioso tejido del evangelio restaurado. Sin embargo, lo que sí incluyó son características vitales e importantes de nuestra forma de vida, verdades superlativas que nos hacen ser quienes somos.

Qué bendición es tener un corazón creyente, y qué privilegio supremo es tener la verdad—la verdad que puede despertar recuerdos lejanos de un pasado premortal, la verdad que coloca las cosas en el orden adecuado y nos ayuda a entender la vida, la verdad que nos hace libres y salva nuestras almas eternas.

Capítulo 16

“Investidura, Consuelo e Instrucción”

Kirtland, Ohio, 1836, and Nauvoo, Illinois, 1842-1843. Los primeros Santos fueron informados de que en Ohio, “os daré mi ley; y allí seréis investidos con poder de lo alto” (D&C 38:32). Dos meses después se les encargó “santificarse y seréis investidos con poder” (D&C 43:16). De hecho, el Salvador más tarde prometió que Él había preparado “una gran investidura y bendición que serán derramadas sobre ellos” (D&C 105:12). El cumplimiento de esas profecías llegó con la construcción del Templo de Kirtland. Allí, durante una temporada pentecostal de dones espirituales y manifestaciones (de enero a mayo de 1836), el Dios de Abraham, Isaac y Jacob derramó Su Espíritu de una manera muy inusual y también entregó una investidura parcial a Su pueblo escogido. En mayo de 1842, se dio una investidura más completa al pueblo del Señor en la hermosa ciudad de Nauvoo, y en 1843 se administraron la plenitud de las bendiciones del templo.

El despliegue de la verdad divina y la autoridad del sacerdocio, incluyendo los ritos y ordenanzas del templo, vino gradualmente, precepto sobre precepto. Juan el Bautista, el profeta sobre el cual el Salvador declaró que no había ninguno mayor (Lucas 7:28), apareció a José Smith y Oliver Cowdery el 15 de mayo de 1829 (ver Capítulo 4). Juan, el hombre que conectó dos dispensaciones—terminando la dispensación mosaica e iniciando la mesiánica—ordenó a José y Oliver y les confirió las llaves del Sacerdocio Aarónico, fortaleciendo así nuestro vínculo con el pasado (D&C 13). Pedro, Santiago y Juan, quienes fueron instruidos, entrenados y ordenados por el Señor Jesucristo y que también recibieron llaves de manos de los antiguos profetas Moisés y Elías en el Monte de la Transfiguración (Mateo 17:1–9), aparecieron unas semanas después para restaurar la autoridad apostólica y las llaves del sacerdocio de Melquisedec (D&C 18:9;

20:3; 27:12; 128:20). La Iglesia fue organizada el 6 de abril de 1830 con José y Oliver como sus primeros y segundos ancianos. Los primeros sumos sacerdotes fueron ordenados en junio de 1831, la Primera Presidencia se estableció en 1832, y el Cuórum de los Doce Apóstoles y el Primer Cuórum de los Setenta fueron establecidos en febrero de 1835.

Endowed from on High

Los Santos fueron instruidos muy temprano que “vosotros debéis ser enseñados desde lo alto. Santificaos y seréis investidos con poder, para que podáis dar como yo os he hablado” (D&C 43:16). Además, en la revelación que conocemos como la Hoja de Olivo (D&C 88), el Señor dio instrucciones para la *Escuela de los Profetas*, directrices que anticipaban el culto en el templo: “Santificaos; sí, purificad vuestros corazones, y limpiad vuestras manos y vuestros pies ante mí, para que pueda haceros limpios.” Además, a los primeros líderes se les dijo: “Organizaos; preparad todo lo necesario; y estableced una casa, incluso una casa de oración, una casa de ayuno, una casa de fe, una casa de aprendizaje, una casa de gloria, una casa de orden, una casa de Dios” (D&C 88:74, 119; comparar 109:14-16).

El 12 de noviembre de 1835, el Profeta José se reunió con los Doce. Les dijo: “La casa del Señor debe ser preparada, y la asamblea solemne convocada y organizada en ella, según el orden de la casa de Dios. ...

“El orden de la casa de Dios ha sido, y siempre será, el mismo, incluso después de que Cristo venga; y después de la terminación de los mil años, será el mismo; y finalmente entraremos en el reino celestial de Dios, y lo disfrutaremos por siempre.” Añadió: “Necesitáis una investidura, hermanos, para que podáis estar preparados y ser capaces de vencer todas las cosas.”

La investidura prometida a los Santos de los Últimos Días fue como la investidura prometida a los Santos de los Días Antiguos. Justo antes de su ascensión al cielo, Jesús dijo a sus Doce de la meridiana de los tiempos: “He aquí, os envío la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos [vestidos, o investidos] con poder de lo alto” (Lucas 24:49; ver también Hechos 1:4). En nuestros días, ese mismo Señor declaró: “Os di un mandamiento de que debíais edificar

una casa, en la cual casa yo tengo designado para investir a aquellos a quienes he escogido con poder de lo alto; porque esta es la promesa del Padre para vosotros; por tanto, os mando que permanezcáis, así como mis apóstoles en Jerusalén” (D&C 95:8-9). La investidura en la Iglesia cristiana del primer siglo, al igual que la investidura en la Iglesia restaurada, fue doble: un derramamiento inusual del Espíritu de Dios y la participación en los convenios y ordenanzas sagradas del templo.

Se nos dice en Lucas que Jesús “se mostró vivo después de su pasión [sufrimiento] por muchas pruebas infalibles, siendo visto por ellos durante cuarenta días, y hablando de las cosas que pertenecen al reino de Dios” (Hechos 1:3). Robert J. Matthews ha sugerido que pudo haber sido durante el ministerio de cuarenta días del Salvador, después de su resurrección pero antes de su ascensión final, cuando se estableció la organización de la Iglesia tal como más tarde sería mencionada por Pablo en Efesios 4:11-14. Además, es fascinante descubrir ordenanzas como lavados, unciones, vestimentas sagradas, nuevos nombres y ceremonias de matrimonio sagrado mencionadas en lo que se conoce como la literatura apócrifa de los Cuarenta Días.

El día de Pentecostés se erige como el recordatorio scriptural del bautismo por fuego que llegó a los primeros cristianos. En esa ocasión predicaron, profetizaron y hablaron en lenguas, inspirados y empoderados divinamente de una manera que no habían conocido ni experimentado antes (Hechos 2). Este derramamiento, combinado con su encuentro con el Señor resucitado, transformó a un grupo de discípulos simples y temerosos en testigos poderosos e infatigables de la obra. Además, según Willard Richards, José el Profeta enseñó que “en un momento dado, Dios obtuvo una casa donde Pedro lavó y ungíó, etc., en el día de Pentecostés.”

Un derramamiento similar del Espíritu tuvo lugar entre los Santos de los Últimos Días. Milton Backman escribió: “Durante un período de quince semanas, desde el 21 de enero hasta el 1 de mayo de 1836, probablemente más Santos de los Últimos Días vieron visiones y presenciaron otras manifestaciones espirituales inusuales que en cualquier otra era en la historia de la Iglesia. Hubo informes de Santos que vieron seres celestiales en diez reuniones diferentes celebradas durante ese tiempo. En ocho de

estas reuniones, muchos informaron haber visto ángeles; y en cinco de los servicios, individuos testificaron que Jesús, el Salvador, apareció. Mientras los Santos estaban así en comunión con huestes celestiales, muchos profetizaron, algunos hablaron en lenguas y otros recibieron el don de interpretación de lenguas.”

La segunda parte de la promesa del Señor, la ordenanza de la investidura tal como se administra ahora en los templos de los Santos de los Últimos Días, llegó a nosotros de manera incremental, al igual que todas las verdades de la Restauración.

A partir de enero de 1833, los Santos en Kirtland participaron en lo que hemos llegado a conocer como una “investidura parcial,” que consistió en lavados, unciones, sellado de unciones y el lavado de pies. Además, la visión del Profeta José Smith sobre el reino celestial (D&C 137), recibida el 21 de enero de 1836 (ver Capítulo 14), desveló uno de los misterios de la eternidad—el bendito concepto de que la obra para la salvación de las almas continúa después de que esta vida haya terminado: La obra del Señor avanza, aquí y en el más allá.

Esta visión preparó a los Santos para recibir la doctrina de la redención de los muertos. Como indicamos anteriormente, pasaron otros cuatro años antes de que el Profeta hablara del bautismo por los muertos en un sermón público, en el funeral de Seymour Brunson el 15 de agosto de 1840, pero la base ya había sido sentada. Además, Moisés, Elías y Elíás vinieron en abril de 1836 (D&C 110) para restaurar llaves esenciales asociadas con la formación y el sellado de unidades familiares eternas. Moisés restauró las llaves de la congregación de Israel. Elías restauró las llaves asociadas con el establecimiento de familias eternas mediante las bendiciones del matrimonio celestial, el nuevo y eterno convenio del matrimonio. Y Elías restauró la plenitud del sacerdocio, el poder y las llaves suficientes para sellar a individuos y familias para siempre.

Investidos en Nauvoo

El confinamiento del Profeta en la cárcel de Liberty en el invierno de 1838-39, aunque infernal en términos de hambre, privación y alienación, resultó ser una gran bendición para los Santos debido al impacto espiritual que

tuvo en José Smith. Los meses de soledad en lo que el élder B. H. Roberts llamó el “templo prisión” también fueron meses de rendición sagrada y profunda reflexión en oración sobre cosas de valor eterno, una especie de período de gestación espiritual. Los años relativamente pacíficos en Nauvoo resultaron en grandes derramamientos de luz y verdad, en un gran desarrollo doctrinal, tanto en entornos formales de revelación como en discursos públicos. El élder Neal A. Maxwell señaló que “anteriormente, José tenía a Oliver Cowdery y Sidney Rigdon no solo como sus ayudantes, sino también en cierta medida como sus voceros. Después de la experiencia de la cárcel de Liberty, sin embargo, José claramente se convirtió en su propio vocero. Desde ese momento en adelante, comenzamos a recibir los sermones que expandían las doctrinas más poderosas del evangelio.” Y, por supuesto, entre las enseñanzas y revelaciones más profundas de José estuvo la investidura del templo expandida en Nauvoo.

En una revelación recibida el 19 de enero de 1841, el Señor dio instrucciones para construir un templo en Nauvoo. Los Santos debían “edificar una casa para mi nombre, para que el Altísimo habite en ella. Porque no se ha hallado un lugar en la tierra adonde él pueda venir y restaurar nuevamente aquello que se perdió para vosotros, o lo que él ha quitado, incluso la plenitud del sacerdocio” (D&C 124:27-28). El Señor continuó diciendo que la ordenanza del bautismo por los muertos pertenece “a mi casa, y no puede ser aceptable para mí, salvo en los días de vuestra pobreza, en los cuales no sois capaces de edificar una casa para mí. Pero os mando, a todos vosotros, mis santos, que edifiquéis una casa para mí; y os concedo el tiempo suficiente para edificar una casa para mí; y durante este tiempo vuestros bautismos [realizados en el río Misisipi o en una fuente portátil] serán aceptables para mí” (D&C 124:30-31). Así, sería a través de las bendiciones del templo que el pueblo del pacto llegaría a conocer “cosas que han estado guardadas desde antes de la fundación del mundo, cosas que pertenecen a la dispensación de la plenitud de los tiempos” (D&C 124:41).

En 1884, Lucius Scoville recordó lo siguiente: “Puedo testificar que el 3 de mayo de 1842, José Smith el Profeta llamó a cinco o seis, a saber: Shadrach Roundy, Noah Rogers, Dimick B. Huntington, Daniel Cairns y a mí mismo (no estoy seguro de si Hosea Stout también estaba allí) para reunirnos con él (el

Profeta) en su oficina de negocios (en la parte superior de su tienda de ladrillos). Nos dijo que su propósito era que fuéramos a trabajar para acondicionar esa habitación en preparación para dar investiduras a unos pocos hermanos, de modo que pudiera darles todas las llaves del poder relativas al Sacerdocio Aarónico y el Sacerdocio de Melquisedec.

“Por lo tanto, nos pusimos a trabajar haciendo los arreglos necesarios, y todo se organizó representando el interior de un templo tanto como las circunstancias lo permitieron, él estando con nosotros dictando todo... Algunas semanas antes de la dedicación nos dijo que tendríamos el privilegio de recibir todos los ordenamientos a su debido tiempo. La historia de José Smith habla por sí misma. Pero puedo y doy testimonio de que sé con certeza que esa habitación fue acondicionada por su orden, la cual terminamos en la mañana del 4 de mayo de 1842. Y nos dio a entender que su intención era que todo se hiciera por él mientras permaneciera con nosotros. Dijo que su obra estaba casi terminada y que debería poner la carga del reino sobre los hombros de los Doce. Soy el único que vive que conozco, que ayudó a acondicionar esa habitación, salvo Hosea Stout, [que] estuvo allí.”

Lo siguiente es del diario del Profeta José Smith con fecha del 4 de mayo de 1842: “Pasé el día en la parte superior de la tienda, es decir, en mi oficina privada... en consejo con el general James Adams, de Springfield, el patriarca Hyrum Smith, los obispos Newel K. Whitney y George Miller, y el presidente Brigham Young, y los élderes Heber C. Kimball y Willard Richards, instruyéndolos en los principios y el orden del Sacerdocio, atendiendo a los lavados, unciones, investiduras y la comunicación de las llaves relativas al Sacerdocio Aarónico, y así sucesivamente hasta el orden más alto del Sacerdocio de Melquisedec, exponiendo el orden relativo al Anciano de Días, y todos esos planes y principios por los cuales cualquiera es habilitado para asegurar la plenitud de esas bendiciones que han sido preparadas para la Iglesia del Primogénito, y subir y morar en la presencia de Elohim en los mundos eternos. En este consejo se instituyó por primera vez en estos últimos días el antiguo orden de las cosas... [Por lo tanto, que los Santos sean diligentes en edificar el Templo, y todas las casas que les han sido, o que en el futuro les serán, mandadas por Dios edificar.]”

El presidente Brigham Young nos enseñó que “vuestra investidura es recibir todas esas ordenanzas en la casa del Señor, que son necesarias para ustedes, después de que hayan partido de esta vida, para permitirles regresar a la presencia del Padre, pasando junto a los ángeles que están como centinelas... y ganar vuestra exaltación eterna.”

Como sabemos, José el Vidente nunca vivió para ver el Templo de Nauvoo completado y dedicado. El deber de administrar la investidura a miles de Santos antes del éxodo al Gran Valle recayó en el presidente Brigham Young y el Cuórum de los Doce Apóstoles.

Un Año de Expansión Doctrinal

El año 1843 fue un año sumamente importante en términos de crecimiento y desarrollo doctrinal. Fue un año lleno de instrucciones sobre cosas sagradas. Lo siguiente son solo ilustraciones de lo que Dios enseñó a Su pueblo a través del instrumento de José Smith.

Ángeles y Espíritus Ministrantes

El élder Parley P. Pratt había estado fuera en una misión y se perdió parte de la instrucción que los Doce recibieron durante ese tiempo. Así, el 9 de febrero de 1843, José pasó tiempo conversando con el élder Pratt sobre cómo discernir espíritus y ángeles (seres resucitados), lo que ahora tenemos como Doctrina y Convenios 129.

Cuando Aparece el Salvador

El 2 de abril de 1843, el Profeta asistió a una reunión en Ramus, Illinois, en la que Orson Hyde habló sobre la aparición de Cristo en el momento de su segunda venida como un guerrero montado sobre un caballo y cómo cada uno de nosotros puede tener al Padre y al Hijo morando en nuestros corazones. “Comimos con mi hermana Sophronia McCleary,” dijo el Profeta, “cuando le dije al élder Hyde que iba a hacer algunas correcciones a su sermón de esta mañana. Él respondió: ‘Serán recibidas con gratitud’. Entonces, José entregó lo que ahora tenemos como los primeros diecisiete versículos de Doctrina y Convenios 130. Explicó, entre otras cosas, que cuando el Salvador aparezca, lo hará como un hombre y que la idea de que el Padre y el Hijo moren en nuestros corazones es una noción sectaria

antigua y falsa. Más tarde ese día se dieron las instrucciones que constituyen los versículos 18-23 de la sección 130.

Llamado y Elección

Al principio de su ministerio, José Smith enseñó que, a medida que los individuos vivan de tal manera que cultiven el don y los dones del Espíritu Santo, eventualmente recibirán la certeza de la vida eterna: harán su llamado y elección segura. “Después de que una persona tenga fe en Cristo,” enseñó el Profeta, “se arrepienta de sus pecados, sea bautizada para la remisión de sus pecados y reciba el Espíritu Santo (por la imposición de manos), que es el primer Consolador, entonces debe seguir humillándose ante Dios, y el Señor pronto le dirá: ‘Hijo, serás exaltado’. Cuando el Señor lo haya probado completamente y vea que el hombre está dispuesto a servirle a toda costa, entonces el hombre encontrará su llamado y su elección hecha segura.” Es decir, el Señor sella la exaltación sobre él, lo que significa que lo sella para la vida eterna. El individuo ha pasado, por lo tanto, las pruebas de la mortalidad y se ha calificado para la exaltación y la gloria en la vida futura.

El 14 de mayo de 1843, Wilford Woodruff registró un sermón del Hermano José explicando las palabras de Pedro en su segunda epístola acerca de un momento significativo en el Monte de la Transfiguración. El Salvador y sus apóstoles fueron transfigurados, se confirieron las llaves del sacerdocio y se escuchó la voz de Dios el Padre dando testimonio de la divinidad del Hijo de Cristo. Pedro añadió que los apóstoles también tenían una “palabra más segura de profecía.” ¿Cómo podría uno tener una certeza “más segura que escuchar la voz misma del Todopoderoso?” Aunque pudieran escuchar la voz de Dios y saber que Jesús era el Hijo de Dios, aclaró el Profeta, “esto no sería evidencia de que su elección y llamado estaban hechos seguros, que tenían parte con Cristo, y eran coherederos con Él. Entonces, desearían esa palabra más segura de profecía [el conocimiento de que han sido sellados para la vida eterna; D&C 131:5-6], que estaban sellados en los cielos y tenían la promesa de la vida eterna en el reino de Dios. Entonces, teniendo esta promesa sellada para ellos, era un ancla para el alma, segura y firme.” José Smith luego dio esta seria exhortación: “Les exhorto a que continúen y sigan llamando a Dios, hasta que hagan su llamado y elección seguros para

ustedes mismos, obteniendo esta palabra más segura de profecía, y esperen pacientemente la promesa hasta que [la reciban].”

“Cuando nuestra comprensión crece,” explicó el élder Robert D. Hales, “cambiamos para siempre, hasta que ya no tengamos más disposición a hacer el mal, sino a hacer el bien continuamente” (Mosíah 5:2). De esta manera, nuestro aprendizaje a lo largo de la vida desarrolla en nosotros un ojo único para la ‘gloria de Dios’ (D&C 82:19), y nuestro llamado a regresar con honor a Él y a Su Hijo, Jesucristo, se hace seguro.”

La Plenitud del Sacerdocio

En el otoño de 1843, José Smith comenzó a conferir a hombres y mujeres la plenitud de las bendiciones del sacerdocio. “Aquellos que tienen la plenitud del Sacerdocio de Melquisedec son reyes y sacerdotes del Dios Altísimo,” explicó José, “teniendo las llaves del poder y las bendiciones. De hecho, ese sacerdocio es una ley perfecta de teocracia, y está como Dios para dar leyes al pueblo, administrando vidas eternas a los hijos e hijas de Adán. Abraham le dice a Melquisedec, ‘Creo todo lo que me has enseñado acerca del sacerdocio y la venida del Hijo del Hombre’; así que Melquisedec ordenó a Abraham y lo envió. Abraham se alegró, diciendo, ‘Ahora tengo un sacerdocio.’”

El registro de James Burgess de este sermón es el siguiente: “Abraham dio una décima parte de todos sus despojos y luego recibió una bendición bajo las manos de Melquisedec, incluso la última ley o la plenitud de la ley o el sacerdocio, que lo constituyó [a Abraham] un rey y sacerdote según el orden de Melquisedec o una vida eterna.”

En los últimos años, el élder Dallin H. Oaks ofreció una valiosa clarificación sobre la doctrina del sacerdocio, en términos de las responsabilidades y bendiciones que fluyen tanto para mujeres como para hombres. Enseñó que “el trabajo de la Iglesia realizado por mujeres u hombres, ya sea en el templo o en las barrios o ramas, se realiza bajo la dirección de aquellos que poseen las llaves del sacerdocio.” Más tarde en su discurso, ofreció este significativo comentario: “No estamos acostumbrados a hablar de que las mujeres tengan la autoridad del sacerdocio en sus llamamientos de la Iglesia, pero ¿qué otra autoridad podría ser? Cuando una mujer—joven o

adulta—es apartada para predicar el evangelio como misionera de tiempo completo, se le otorga autoridad del sacerdocio para realizar una función del sacerdocio. Lo mismo sucede cuando una mujer es apartada para funcionar como oficial o maestra en una organización de la Iglesia bajo la dirección de quien posee las llaves del sacerdocio. Quien sea que funcione en un oficio o llamamiento recibido de quien posee las llaves del sacerdocio ejerce autoridad del sacerdocio al realizar sus deberes asignados.”

Las bendiciones más altas del templo vienen para un esposo y una esposa juntos. El presidente Charles W. Penrose declaró que “cuando una mujer es sellada a un hombre que posee el Sacerdocio, ella se convierte en una con él... La gloria, el poder y el dominio que él ejercerá cuando tenga la plenitud del Sacerdocio y se convierta en un ‘rey y sacerdote ante Dios,’ ella los compartirá con él.”

Asegurando a los Hijos a través del Pacto

El poder del pacto eterno trasciende nuestra capacidad finita para comprender plenamente la voluntad de un Dios infinito y el plan eterno para salvar a todos aquellos que elijan ser salvados. Sabemos tan poco. En un mundo que lucha por la equidad, a menudo cerramos los ojos a las tiernas misericordias y la gracia interminable de un Salvador amoroso. El Maestro demuestra Su infinita misericordia, por ejemplo, al negarse a condonar a aquellos que eran ignorantes del mensaje del evangelio y sus requisitos (2 Nefi 9:25-26; Mosíah 3:11; Moroni 8:22; D&C 137:7-9), incluyendo a los niños pequeños que murieron antes de la edad de responsabilidad (Mosíah 3:16; 15:25; Moroni 8:8-12, 22; D&C 29:46-47; 74:7; 137:10). Él ofrece el sublime don—la vida eterna—a esos obreros que se unen a la obra en la viña en la última hora, el mismo don que ofrece a aquellos que han trabajado todo el día (Mateo 20:1-16).

Al hablar en los servicios funerarios para el juez Elias Higbee el 13 de agosto de 1843, el Profeta declaró: “Si tuviera inspiración, revelación y pulmones para comunicar lo que mi alma ha contemplado en tiempos pasados, no habría un alma en esta congregación que no se fuera a sus hogares y cerrara sus bocas en silencio eterno sobre la religión hasta que hubieran aprendido algo.” Más tarde en el sermón, se refirió a los cuatro ángeles mencionados en Apocalipsis 7. “Cuatro ángeles destructores que tienen

poder sobre los cuatro puntos de la tierra hasta que los siervos de Dios sean sellados en sus frentes.” Este sellado en la frente “significa sellar la bendición sobre sus cabezas, lo que significa el pacto eterno, asegurando así su llamado y elección seguros. Cuando un sello se pone sobre el padre y la madre, asegura su posteridad, de modo que no se perderán, sino que serán salvos por virtud del pacto de su padre y madre.”

Creemos que aquellos que son fieles en su primer estado vienen a la tierra con ciertas predisposiciones para recibir y abrazar la verdad. El Profeta mismo declaró que aquellos de la casa de Israel que entran en la Iglesia lo hacen con una receptividad tranquila hacia el Espíritu del Señor y una apertura a la pura inteligencia. De manera similar, no tenemos dificultad al hablar del “espíritu de Elías alcanzando, tocando, dirigiendo e impulsando a las personas a buscar a sus muertos y realizar las ordenanzas salvadoras.” ¿Por qué tendríamos dificultades para aceptar la verdad de que el poder del pacto podría extenderse, tocar, redirigir e impulsar a las ovejas errantes? ¿Podría ser que ese poder es de hecho el mismo espíritu de Elías, el Espíritu que convierte los corazones de los hijos hacia el pacto hecho con sus padres?

El élder Orson F. Whitney, miembro del Cuórum de los Doce Apóstoles a principios del siglo XX, ofreció el siguiente comentario poderoso sobre las palabras de José Smith: “El Profeta José Smith declaró—y nunca enseñó una doctrina más reconfortante—que los sellamientos eternos de los padres fieles y las promesas divinas hechas a ellos por su valiente servicio en la Causa de la Verdad salvarían no solo a ellos mismos, sino también a su posteridad. Aunque algunas de las ovejas puedan vagar, el ojo del Pastor está sobre ellas, y tarde o temprano sentirán los tentáculos de la Providencia Divina alcanzándolas y atrayéndolas de regreso al redil. Ya sea en esta vida o en la vida venidera, regresarán. Tendrán que pagar su deuda con la justicia; sufrirán por sus pecados; y pueden andar por un camino espinoso; pero si finalmente los lleva, como al penitente Hijo Pródigo, al corazón y al hogar de un padre amoroso y perdonador, la dolorosa experiencia no habrá sido en vano. Ora por tus hijos descuidados y desobedientes; sujetalos con tu fe. Sigue con esperanza, confía hasta que veas la salvación de Dios...”

“Padres de los obstinados y los desobedientes: No los abandonen. No los rechacen. No están completamente perdidos. El Pastor encontrará a sus ovejas. Ellas fueron Suyas antes que vuestras—mucho antes de que Él las confiara a vuestro cuidado; y no podéis comenzar a amarlas como Él las ama. Se han extraviado por ignorancia del Camino Recto, y Dios es misericordioso con la ignorancia. Solo la plenitud del conocimiento trae la plenitud de la responsabilidad. Nuestro Padre Celestial es mucho más misericordioso, infinitamente más caritativo, que incluso los mejores de Sus siervos, y el Evangelio Eterno es más poderoso para salvar de lo que nuestras mentes finitas pueden comprender.”

El élder Robert D. Hales ofreció el siguiente consuelo: “Los padres nunca son fracasos cuando hacen lo mejor que pueden. Su fe, oraciones y esfuerzos serán consagrados para el bien de ellos y sus hijos ahora y en la eternidad.” Además, “como padres de hijos que luchan, debemos tener cuidado de que nuestra esperanza no flaquee y nuestra fe no se tambalee. Las decisiones de nuestros hijos nunca deben debilitar nuestro compromiso con el Salvador. Nuestra dignidad no será medida según su justicia.”

Quizás solo aquellos que se han convertido en participantes en el doloroso drama de ver a un ser querido alejarse del evangelio y de la mayoría de lo que fueron enseñados pueden apreciar plenamente la belleza y esperanza que fluye de esta magnífica enseñanza.

Conclusión

Todos los aspectos del evangelio restaurado, hechos conocidos a través de José Smith el Profeta, fueron establecidos de manera correcta, en el orden adecuado, precepto sobre precepto. Desde el momento en que el niño profeta ingenuo vio a Dios el Padre y a Jesucristo el Hijo en el huerto en Palmyra, Nueva York, hasta que ese mismo profeta maduro sufrió el martirio en Carthage, Illinois, el Señor Dios abrió los cielos y reveló preciosas verdades y entregó poderes consumados, una verdad y poder edificando sobre otro, hasta que los Santos estuvieron en una posición para ser unidos y sellados como familias por siempre. Al poner todas las cosas en perspectiva, el propósito “de toda actividad en la Iglesia es ver que un hombre y una mujer con sus hijos sean felices en el hogar, sellados juntos para el tiempo y la eternidad.”

“Las recompensas por la obediencia a los mandamientos,” nos recordó el presidente Russell M. Nelson, “son casi incomprensibles para los mortales. Aquí, los hijos del pacto se convierten en una estirpe de almas resistentes al pecado. Y en la eternidad... cada generación será vinculada con la que la precedió.”

Un profeta es, ante todo, un testigo de Dios. Su competencia como testigo se basa en el conocimiento, es decir, en la medida en que revela los cielos y manifiesta la mente y voluntad del Todopoderoso. Luego, es un revelador y un maestro; da a conocer y aclara los principios de la salvación. El mensaje no es suyo, sino del Padre, quien lo envió. El profeta debe ser un vaso puro para que el mensaje no se ensucie. Sobre lo que enseñó, José Smith dijo: “Esta es buena doctrina. Sabe bien. Puedo saborear los principios de la vida eterna, y ustedes también. Me son dados por las revelaciones de Jesucristo; y sé que cuando les digo estas palabras de vida eterna tal como me son dadas, ustedes las saborean, y sé que las creen. Ustedes dicen que la miel es dulce, y yo también. También puedo saborear el espíritu de la vida eterna. Sé que es bueno; y cuando les hablo de estas cosas que me fueron dadas por inspiración del Espíritu Santo, están obligados a recibirlas como dulces, y se regocijarán más y más.”

Nos regocijamos en esas enseñanzas. Al estudiarlas, enseñarlas y escribir sobre ellas, nos encontramos regocijándonos “más y más.” Su sabor es dulce. Son luz y verdad. Levantan el alma y expanden la mente. Proveen paz y perspectiva en medio de la turbulencia. Llevan dentro de sí, como toda verdad, la evidencia de su propia veracidad. Separadas y colectivamente, testifican que José Smith fue un profeta autorizado de Dios.

Capítulo 17

Un Nuevo y Eterno Pacto

Nauvoo, Illinois, julio de 1843. La promesa de Malaquías de que Elías, el profeta, sería enviado para “volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres” (Malaquías 4:6)—el decreto eterno de que los poderes de atar y sellar del cielo vendrían una vez más—tendría su cumplimiento definitivo en la dispensación de la plenitud de los tiempos. Y fundamental para la realización de esa promesa profética, central en su implementación, fue la revelación del pacto de matrimonio eterno, el comienzo formal de una nueva unidad familiar eterna. José Smith y algunos de los principales hermanos ya habían contraído matrimonios polígamos, pero el 12 de julio de 1843, José dictó la revelación sobre el matrimonio eterno y plural a William Clayton, quien la escribió tal como el Profeta la dictó.

Las profundas verdades contenidas en Doctrina y Convenios 132 (cuando se leen junto con otras revelaciones, particularmente la sección 131) constituyen la autoridad escritural para el concepto único y exaltado del matrimonio y la familia entre los Santos de los Últimos Días. En un día en que abunda la iniquidad y el amor de muchos ha comenzado a enfriarse (D&C 45:27), las revelaciones de Dios a través de sus profetas proporcionan un ancla para el alma angustiada. Doctrina y Convenios 132 es un mensaje que es tanto pacífico como penetrante, un oráculo divino que puede traer orden y organización a las cosas en la tierra, así como señalar a hombres y mujeres hacia sus infinitas posibilidades en los mundos por venir. Las revelaciones de la Restauración subrayan con fuerza que el matrimonio no es solo incidentalmente una ceremonia civil; es principalmente un rito religioso. “El matrimonio [es] una institución del cielo,” enseñó José Smith, “instituida en el jardín de Edén.”

El pacto de matrimonio eterno es una parte vital del “nuevo” y eterno pacto, que es la plenitud del evangelio de Jesucristo (D&C 39:11; 45:9; 66:2;

133:57). Algunos cuatro o cinco siglos antes del nacimiento de Cristo, Jehová habló a través de Malaquías: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y el Señor, a quien vosotros buscáis, vendrá repentinamente a su templo, aun el mensajero del pacto, en quien vosotros os complacéis; he aquí, él vendrá, dice el Señor de los ejércitos” (Malaquías 3:1). Esta profecía se cumplió ciertamente en la meridiana de los tiempos con la venida de Juan el Bautista como un Elías, un precursor ante su Maestro, Jesucristo. Su cumplimiento en los últimos días, sin embargo, aguardaría la dispensación final, un tiempo en el cual Dios reuniría todas las cosas en Cristo (Efesios 1:10). En nuestro día, el Señor dio a conocer a través del Profeta José que el evangelio restaurado era en sí mismo un “mensajero” enviado para preparar al pueblo de la tierra para la Segunda Venida. “Vine a los míos,” dijo el Salvador, “y los míos no me recibieron; pero a cuantos me recibieron, les di poder para hacer muchos milagros, y para llegar a ser los hijos de Dios; y aun a aquellos que creyeron en mi nombre les di poder para obtener la vida eterna. Y así he enviado mi eterno pacto al mundo, para ser luz para el mundo, y para ser un estándar para mi pueblo, y para que los gentiles lo busquen, y para ser un mensajero delante de mi rostro para preparar el camino delante de mí” (D&C 45:8-9; énfasis añadido).

Contexto Histórico

El matrimonio eterno, el rito mediante el cual las parejas entran en el orden patriarcal (D&C 131:1-4), se denomina en el versículo 2 de la sección 132 un “nuevo y eterno pacto”. Es un nuevo y eterno pacto dentro del nuevo y eterno pacto del evangelio o la plenitud del evangelio. Es un elemento crucial en la restitución de todas las cosas en nuestros días (D&C 132:40, 45). El matrimonio eterno es ese pacto y ordenanza que lleva a las bendiciones consumadas del evangelio; es ese orden del sacerdocio que, cuando se entra en él de manera digna, unirá a los antepasados con la posteridad y, de este modo, evitará que la tierra sea totalmente destruida en el momento de la segunda venida del Salvador en gloria (D&C 2; Historia de José Smith 1:39).

Parece que José Smith aprendió sobre la doctrina del matrimonio eterno—como en muchos otros asuntos—de manera gradual, línea por línea,

precepto por precepto. José Noble, un cercano colaborador del Profeta, observó que la revelación sobre el matrimonio eterno fue dada a José “mientras estaba involucrado en el trabajo de la traducción de las Escrituras [la Traducción de José Smith]”. Más específicamente, parece evidente que los primeros indicios de comprensión sobre el matrimonio plural surgieron tan temprano como en 1831, mientras el Profeta estaba ocupado en su estudio del Génesis. El versículo inicial de la sección 132 sugiere fuertemente que José había indagado sobre las personalidades del Antiguo Testamento y su participación en el matrimonio plural.

Es difícil saber exactamente en qué momento de la historia de la Iglesia José Smith comenzó a comprender y enseñar los principios asociados con el matrimonio eterno. William W. Phelps indica que aprendió algunas cosas sobre la eternidad del pacto matrimonial tan temprano como en 1835.

Escribió: “Nueva luz de vez en cuando se derrama en nuestras mentes sobre las sagradas escrituras, por lo cual estoy verdaderamente agradecido. Pronto aprenderemos que estuvimos con Dios en otro mundo, antes de la fundación del mundo, y que teníamos nuestra agencia; que vinimos a este mundo y tenemos nuestra agencia, con el fin de que podamos prepararnos para un reino de gloria; convertirnos en arcángeles; incluso los hijos de Dios, donde el hombre no está sin la mujer, ni la mujer sin el hombre en el Señor: Una consumación de gloria, felicidad y perfección tan grandemente deseada, que no la perdería por la fama de diez mundos.”

En 1839-40, José explicó principios similares a Parley P. Pratt. “En Filadelfia”, escribe Parley, “tuve la felicidad de encontrarme una vez más con el presidente Smith, y de pasar varios días con él y otros, y con los santos de esa ciudad y sus alrededores. Durante estas entrevistas, me enseñó muchos grandes y gloriosos principios sobre Dios y el orden celestial de la eternidad”.

Parley explicó detalles sobre la belleza y la amplitud de esta ordenanza trascendental, a la que volveremos en la conclusión de este capítulo.

El Profeta compartió detalles de la revelación sobre el matrimonio plural con varios de sus asociados más cercanos cuando consideraba que cada uno podía ser confiable para preservar una confidencia sagrada. Entre 1831 y 1843, varios de los líderes de la Iglesia fueron instruidos sobre la

pluralidad de esposas y se les dijo que, eventualmente, muchos de los fieles serían llamados a cumplir con la voluntad del Señor. Al hablar con una congregación de la Iglesia Reorganizada de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en Plano, Illinois, en 1878, Orson Pratt “explicó las circunstancias relacionadas con la aparición de la revelación sobre el matrimonio plural. Refutó la afirmación y creencia de los presentes de que Brigham Young fue el autor de la revelación; demostró que José Smith el Profeta no solo había comenzado la práctica de ese principio él mismo, y lo enseñó a otros, antes de que el presidente Young y los Doce regresaran de su misión a Europa, en 1841, sino que José realmente recibió revelaciones sobre ese principio tan temprano como en 1831”.

La mayoría de aquellos que se convirtieron en Santos de los Últimos Días durante el siglo XIX habían estado asociados con otras sociedades religiosas antes de su conversión y habían sido criados en hogares tradicionales y monógamos. Por lo tanto, la idea de que un esposo tuviera más de una esposa contrastaba drásticamente con todo lo que habían sido enseñados a creer. Así que, el matrimonio plural fue inicialmente extremadamente difícil para muchos Santos de aceptar, incluidos los presidentes de la Iglesia José Smith, Brigham Young y John Taylor. El presidente Taylor comentó que “fue una de las mayores cruces que jamás se haya tomado por ningún grupo de hombres desde que el mundo existió”. El presidente Young declaró: “Fue la primera vez en mi vida que deseé la tumba, y casi no pude superarlo por mucho tiempo. Cuando vi un funeral, sentí envidia del cadáver por su situación, y lamenté no estar yo en el ataúd”.

Una de las personas para quienes el principio del matrimonio plural fue especialmente difícil fue Emma Smith, esposa del Profeta. Parece, por lo tanto, que una de las principales razones para la revelación formal en 1843 fue ayudar a Emma a reconocer la fuente divina de esta difícil doctrina. William Clayton, secretario privado del hermano José, registró lo siguiente: “En la mañana del 12 de julio de 1843, José y Hyrum Smith entraron en la oficina del piso superior del ‘Brick-store’, en la orilla del río Misisipi. Estaban hablando sobre el tema del matrimonio plural, [y] Hyrum dijo a José: ‘Si escribes la revelación sobre el matrimonio celestial, yo la llevaré y se la leeré a Emma, y creo que puedo convencerla de su veracidad, y tendrás paz desde entonces’. José sonrió y comentó: ‘No conoces a Emma tan bien

como yo'. Hyrum repitió su opinión y añadió: 'La doctrina es tan clara, que puedo convencer a cualquier hombre o mujer razonable de su veracidad, pureza y origen celestial', o palabras de ese efecto... José y Hyrum entonces se sentaron, y José empezó a dictar la revelación sobre el matrimonio celestial, y yo la escribí, oración por oración, según la dictaba. Cuando todo estuvo escrito, José me pidió que la leyera lentamente y con cuidado, lo cual hice, y él la declaró correcta".

El hermano Clayton registró en su diario ese mismo día: "Esta mañana escribí una revelación consistente en 10 páginas sobre el orden del sacerdocio, mostrando los designios en Moisés, Abraham, David y Salomón con sus muchas esposas y concubinas, etc. Después fue que los presidentes José y Hyrum la presentaron y la leyeron a [Emma], quien dijo que no creía ni una palabra de ello y que se mostró muy rebelde".

La justificación

Doctrina y Convenios 132 es una revelación que trata sobre el matrimonio eterno. También contiene información y explicaciones referentes a la práctica del matrimonio plural, que es un subconjunto muy pequeño del matrimonio eterno. El historiador Santos de los Últimos Días Daniel Bachman sugirió que la sección 132 consiste en gran parte en las respuestas del Señor a tres preguntas críticas planteadas por el Profeta José Smith.

Pregunta 1. La primera pregunta planteada por José parece ser por qué las acciones polígamás de los notables profetas-líderes del Antiguo Testamento recibieron la aprobación divina. ¿Por qué, se preguntaba el Profeta, los profetas, patriarcas y reyes podían tener muchas esposas y concubinas? En la respuesta del Señor, se le dijo a José que preparara su corazón para las instrucciones que se iban a dar (D&C 132:3). En este caso, la explicación para el fenómeno antiguo iba acompañada de un mandamiento de instituir eventualmente la práctica en los tiempos modernos. Buscar más luz y conocimiento había llevado al Profeta a mayores y más grandes obligaciones; mucho iba a ser dado, y mucho iba a ser requerido (D&C 82:3).

Pregunta 2. La segunda pregunta planteada por el Profeta José Smith parece estar relacionada con una declaración críptica de Jesús en respuesta

a la trampa de los saduceos: “Erráis, no conociendo las escrituras, ni el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casan ni se dan en casamiento, sino que son como los ángeles de Dios en el cielo” (Mateo 22:29-30; comparar Lucas 20:34-36). Esta expresión, poco comprendida en los días del Profeta José, es repetidamente citada hoy como evidencia escritural contra la doctrina del matrimonio eterno de los Santos de los Últimos Días. La consulta de José Smith sobre su significado llevó a un comentario revelado moderno sobre el pasaje bíblico y nos señala la realidad de que Jesucristo parece haber enseñado la doctrina del matrimonio eterno durante su ministerio mortal.

Para comprender adecuadamente el pasaje escritural disputado, preguntamos, ¿A quién se dirigió la declaración del Salvador? Claramente, se dirigía a los saduceos, una secta judía que negaba la vida después de la muerte, la resurrección del cuerpo, los ángeles o los espíritus. Además, obviamente rechazaban a Jesús el Mesías y su evangelio, considerando al Señor como una amenaza para su influencia entre el pueblo. En un sentido más amplio, el texto se aplica a todos los que rechazan el evangelio y el poder y la autoridad para actuar en el nombre de Dios. Ninguno de ellos puede reclamar un vínculo de sellado entre los esposos más allá de la tumba.

El equivalente moderno sería para una mujer que no acepta el evangelio restaurado o nuestra creencia en la resurrección o la vida después de la muerte, preguntarle al Presidente de la Iglesia cuál de los siete hombres con los que se ha casado en ceremonias civiles será su esposo en el mundo venidero. La respuesta, por supuesto, es ninguno de ellos. Porque se le ha dicho a una incrédula que sus matrimonios civiles no son vinculantes en la eternidad, y por lo tanto que sus maridos e hijos no pueden ser asegurados en el más allá, no significa que esto sea cierto para todos los demás, especialmente para aquellos cuyos matrimonios se han solemnizado en templos santos por la autoridad correcta. “Y de hecho,” enseñó el élder Bruce R. McConkie, “no existe ninguna revelación, ni antigua ni moderna, que diga que no hay casamiento ni se da en casamiento en el cielo para los justos. Todo lo que las revelaciones establecen es que tal cosa está negada a los saduceos y otras personas mundanas y impías.” Tampoco constituye una justificación doctrinal para la idea de que ningún ser resucitado puede

casarse o que otros ritos del evangelio no puedan ser realizados por personas después de haber sido resucitadas.

De Doctrina y Convenios 132 aprendemos que aquellos que “ni se casan ni se dan en casamiento” en la eternidad son los que eligen no entrar por la puerta estrecha y participar del nuevo y eterno pacto del matrimonio. Incluso las personas que califiquen de cualquier otra manera para las glorias del reino celestial, pero que rechacen las oportunidades para el matrimonio celestial, no podrán alcanzar el más alto grado de la gloria celestial (comparar D&C 131:1-4). Tales personas son “ángeles asignados en el cielo, los cuales son siervos ministradores, para ministrar a aquellos que son dignos de una gloria mucho más excelente, y un peso eterno de gloria.” Debido a que no cumplieron con la ley del Señor, “no pueden ser engrandecidos, sino que permanecen separados y solos, sin exaltación, en su condición salvada, por toda la eternidad; y de aquí en adelante no son dioses, sino ángeles de Dios por los siglos de los siglos” (D&C 132:16-17). Al comentar sobre el estatus de los ángeles, José dijo: “Los dioses tienen supremacía sobre los ángeles. Los ángeles permanecen siendo ángeles, [mientras] algunos son resucitados para llegar a ser dioses.”

El Espíritu Santo de Promesa es el Espíritu Santo, el Espíritu Santo prometido a los fieles. El Espíritu Santo es un miembro de la Deidad con roles vitales e importantes en la salvación de los hijos de Dios. Él es un revelador, un testigo y un certificador, el medio por el cual se obtiene una convicción espiritual de la verdad. Él es un santificador, el medio por el cual la impureza y las escorias se queman fuera del alma humana como si fuera por fuego. Una de las funciones más altas que el Espíritu Santo cumple es la de ser un sellador, como el Espíritu Santo de Promesa. En esta capacidad, él examina el corazón, certifica que una persona está justificada ante Dios, y luego sella una exaltación sobre esa persona. Al comentar sobre Doctrina y Convenios 132:7 (respecto a que todos los contratos, pactos, etc., deben tener el sello del Espíritu Santo de Promesa), el élder McConkie observó: “Como ilustración, esto significa que el bautismo, la participación del sacramento, la administración a los enfermos, el matrimonio y cualquier pacto que el hombre haga con el Señor... deben ser realizados en justicia por y para personas que son dignas de recibir la bendición que esté

involucrada, de lo contrario, lo que sea hecho no tiene ningún efecto vinculante y sellador en la eternidad.”

“Cuando el Espíritu Santo de Promesa coloca su sello ratificador sobre un bautismo, un matrimonio o cualquier pacto... el sello es una aprobación o ratificación condicional; es vinculante en la eternidad solo en caso de obediencia posterior a los términos y condiciones de cualquier pacto involucrado.

Pero cuando el sello ratificador de aprobación se coloca sobre alguien cuya llamada y elección se hacen seguras—porque no hay más condiciones que cumplir por la persona obediente—este acto de ser sellado para la vida eterna es de tal importancia trascendental que por sí mismo se llama ser sellado por el Espíritu Santo de Promesa, lo que significa que, en este sentido culminante, ser sellado es lo mismo que tener la llamada y elección hechas seguras.”

Como un tipo de seguimiento a las primeras preguntas, José recibió conocimientos adicionales sobre los requisitos que se les hicieron a los individuos en tiempos antiguos. Se le instruyó al patriarca Abraham que tomara a Agar, la sierva de Sara, como segunda esposa, como parte de cumplir las promesas hechas anteriormente al Padre de los Fieles de que su posteridad sería tan numerosa como las estrellas en los cielos o la arena de la orilla del mar (Génesis 13:14-16; 15:5; 22:17; Abraham 3:14). Así, la revelación moderna ayuda a aclarar considerablemente la historia del Antiguo Testamento (Génesis 16) y muestra que la decisión de tomar una esposa adicional fue una directiva inspirada por Dios y no simplemente una medida desesperada o ingeniosa por parte de Sara para asegurar la posteridad mortal para su esposo afligido. Se le dijo a José Smith que, debido a la perfecta obediencia de Abraham, se le concedió el privilegio de un incremento eterno. Luego el Señor le dijo a José: “Esta promesa también es vuestra, porque sois de Abraham, y la promesa fue hecha a Abraham” (D&C 132:31). Luego vino el mandamiento para José Smith, quien en 1836 había recibido las llaves necesarias para convertirse en un padre moderno de los fieles (D&C 110:12): “Id, por lo tanto, y haced las obras de Abraham; entrad en mi ley, y seréis salvos” (D&C 132:32; comparar 124:58).

El Señor explicó además que Abraham, Isaac y Jacob alcanzaron la divinidad debido a su obediencia. Más específicamente, porque tomaron esposas adicionales solo en la medida en que esas esposas les fueron dadas por Dios, han entrado en su exaltación. David y Salomón también recibieron dirección a través de los administradores legales de su tiempo para tomar esposas adicionales, y disfrutaron de la aprobación del cielo mientras permanecieron dentro de los límites que el Señor había establecido. Sin embargo, cuando se salieron de esos límites y comenzaron a adquirir esposas y concubinas por razones egoístas o lujuriosas (por ejemplo, David en el caso de Betsabé, 2 Samuel 11; Salomón al tomar “mujeres extrañas” como esposas que “desviaron su corazón de las cosas de la justicia”, 1 Reyes 11), ofendieron a Dios y perdieron las recompensas eternas que podrían haber sido suyas. Jacob, hijo de Lehi en el Libro de Mormón, advirtió a su pueblo: “He aquí, David y Salomón verdaderamente tuvieron muchas esposas y concubinas, lo cual fue abominable ante mí, dice el Señor” (Jacob 2:24).

Cuando ambos pasajes escriturales (Jacob 2 y D&C 132) se leen juntos, queda claro que el Señor estaba condenando—sin lugar a dudas—los matrimonios plurales no autorizados y no el principio de la pluralidad de esposas en sí. Más adelante en Jacob 2, llegó la palabra del Señor: “Porque si yo quiero, dice el Señor de los Ejércitos, levantar descendencia para mí, mandaré a mi pueblo; de lo contrario, ellos escucharán estas cosas” (Jacob 2:30). La instrucción del Señor para los Santos de nuestros días también es “id... y haced las obras de Abraham” (D&C 132:32), no a través de la práctica del matrimonio plural—porque tal práctica ha sido discontinuada por mandamiento divino—sino entrando en templos santos y participando en el nuevo y eterno pacto del matrimonio.

Pregunta 3. Doctrina y Convenios 132:41 sugiere la tercera pregunta que José Smith parece haber hecho al Señor. En esencia, la pregunta del Profeta fue: “¿Por qué tales relaciones polígamias no eran violaciones de la ley de castidad? ¿Por qué no se consideraba adulterio?” La respuesta del Señor fue simple y directa, aunque considerable espacio se dedica a este tema en la revelación: cualquier acción inspirada, autorizada o mandada por Dios es moral y buena. Más específicamente, los matrimonios aprobados por el Todopoderoso son reconocidos y reconocidos como sagrados. José escribió

en 1839: “¡Cuánto más dignos y nobles son los pensamientos de Dios, que las vanas imaginaciones del corazón humano!” Doctrina y Convenios 132:36 arroja luz sobre el principio de que todo lo que Dios requiere es correcto: “A Abraham se le mandó ofrecer a su hijo Isaac; sin embargo, estaba escrito: No matarás. Abraham, sin embargo, no se negó, y se le contó como justicia.”

En una carta escrita en 1842 a Nancy Rigdon, hija de Sidney, José buscó explicar (aunque en un lenguaje velado) la idoneidad del matrimonio plural cuando es sancionado por Dios: “La felicidad es el objeto y el diseño de nuestra existencia, y será el fin de la misma si seguimos el camino que nos lleva hacia ella; y este camino es la virtud, la rectitud, la fidelidad, la santidad y el cumplimiento de todos los mandamientos de Dios. Pero no podemos cumplir todos los mandamientos sin antes conocerlos, y no podemos esperar conocerlos todos, o más de lo que ahora sabemos, a menos que cumplamos con los que ya hemos recibido. Lo que es incorrecto en una circunstancia, puede ser y a menudo es, correcto en otra. Dios dijo no matarás—en otro momento dijo que debías destruir por completo. Este es el principio en el que se conduce el gobierno del cielo—por revelación adaptada a las circunstancias en las que se encuentran los hijos del reino. Todo lo que Dios requiere es correcto, sin importar lo que sea, aunque no veamos la razón de ello hasta mucho después de que los eventos sucedan. Si buscamos primero el reino de Dios, todas las cosas buenas nos serán añadidas.”

Preguntas que surgen

El matrimonio plural es un tema difícil, incluso para el creyente más comprometido. Plantea una serie de preguntas, tales como las siguientes:

1. *¿Por qué José Smith instituyó esta práctica?* Se han sugerido las siguientes razones para que José Smith instituyera la práctica del matrimonio plural: (1) Fue mandado por Dios a hacerlo; (2) la práctica fue instituida como parte de la “restitución de todas las cosas” (Hechos 3:21); (3) la práctica debía servir como una prueba significativa para la fe de muchos de los Santos; (4) la práctica era para proporcionar un medio para multiplicar y llenar la tierra; y (5) la práctica debía proporcionar la oportunidad para que más de una mujer digna fuera sellada a un hombre

justo en el nuevo y eterno pacto del matrimonio. De hecho, uno no puede comenzar a entender esta práctica a menos que se dé cuenta de que, una vez que el Profeta José Smith fue capaz de vislumbrar el significado de temas como los poderes de sellado, el matrimonio celestial y las familias eternas, el esfuerzo por hacer estas bendiciones disponibles para tantos hijos e hijas de Dios como fuera posible se convirtió en una obligación urgente. ¿Por qué? Porque, como dijo el Profeta, “Aquellos que no cumplen ninguna ley eterna en esta vida o no hacen ningún contrato eterno son solitarios y aislados en el mundo eterno.”

2. *¿Está prohibido el matrimonio plural en la Biblia?* Existe un precedente escritural para el matrimonio plural en las vidas de hombres y mujeres nobles y fieles en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, Abraham, Jacob y Moisés tomaron esposas adicionales (Génesis 16:1-11; 29:28; 30:4, 9, 26; Éxodo 2:21; Números 12:1), y no hay indicios de que Dios desaprobara sus acciones. Dios sí condenó la relación no autorizada del rey David con Betsabé (2 Samuel 11-12) y los matrimonios del rey Salomón con mujeres extranjeras que apartaron su corazón del culto a Jehová (1 Reyes 11). Además, la evidencia sugiere que se realizaron matrimonios plurales autorizados en los días de Jesús.²⁴

3. *¿Estaban todos los hogares Santos de los Últimos Días involucrados en esta práctica?* No. Los únicos miembros de la Iglesia autorizados a entrar en este orden de matrimonio eran aquellos que lo hacían bajo la dirección de las autoridades presidenciales de la Iglesia. El élder Orson Pratt, uno de los primeros apóstoles Santos de los Últimos Días que inicialmente se oponía al principio, dijo más tarde: “¿Cómo deben llevarse a cabo estas cosas? ¿Se deben dejar al azar? ¿Está cada siervo de Dios en libertad de ir de aquí para allá, buscando a las hijas de los hombres como esposas para sí mismo, sin ninguna restricción, ley o condición? No. Encontramos que estas cosas estaban restringidas en tiempos antiguos. ¿No recuerdan las circunstancias de la llegada del profeta Natán a David? Él vino para reprenderlo por cierta desobediencia... Natán el profeta, en relación con David, fue el hombre que tenía las llaves respecto a este asunto en los días antiguos [ver D&C 132:39]; y estaba gobernado por las leyes más estrictas.

“Así que en estos últimos días... hay un solo hombre en todo el mundo, al mismo tiempo, que puede tener las llaves de este asunto, pero un solo hombre tiene el poder de girar la llave para consultar al Señor, y decir si yo, o estos mis hermanos, o cualquiera de los demás de esta congregación, o los Santos en toda la faz de la tierra, podemos recibir esta bendición de Abraham. Él tiene las llaves de estos asuntos ahora, al igual que Natán, en su día.”

4. *¿Por qué algunas de las mujeres a las que se les pidió convertirse en esposas plurales eran tan jóvenes?* Es tentador para nosotros, en el siglo XXI, aplicar las costumbres y estándares actuales a tiempos anteriores, y juzgar el comportamiento de épocas pasadas por lo que hoy se considera apropiado o no. En el siglo XIX no era raro que las mujeres se casaran siendo adolescentes jóvenes. Debemos tener en cuenta que este era un tiempo antes de la existencia del fenómeno sociológico que conocemos como adolescencia. Al escribir específicamente sobre la propuesta de matrimonio de José Smith a Helen Mar Kimball, de catorce años, el historiador de los Santos de los Últimos Días J. Spencer Fluhman explicó que “las mujeres del siglo XIX se casaban en promedio más jóvenes que hoy; los entendimientos legales tempranos estadounidenses sobre el matrimonio juvenil pueden desconcertar a los lectores modernos. Tomando prestado de las tradiciones del derecho común inglés, la ley estadounidense en la década de 1840 fijó la edad legal para el matrimonio en doce años para las mujeres y catorce para los hombres. De manera similar, las leyes de edad de consentimiento previas a la Guerra Civil establecían un estándar bajo: no fue sino hasta la década de 1880 cuando los estados comenzaron a aumentar la edad de consentimiento femenino de diez o doce a dieciséis años. En las comunidades rurales donde las mujeres en edad de casarse podían ser escasas, la edad para el matrimonio podía ser mucho más baja que las convenciones modernas—por ejemplo, Martin Harris se casó con su esposa Lucy en 1808 cuando ella tenía quince años.”

5. *¿Es cierto que José Smith se casó con varias mujeres que ya estaban casadas?* Es importante saber que durante esta época “los Santos de los Últimos Días distinguían entre sellamientos para el tiempo y la eternidad y sellamientos solo para la eternidad. Los sellamientos para el tiempo y la eternidad incluían compromisos y relaciones durante esta vida,

generalmente con la posibilidad de relaciones sexuales. Los sellamientos solo para la eternidad indicaban relaciones solo en la próxima vida.

La evidencia indica que José Smith participó en ambos tipos de sellamientos... Algunas de las mujeres que fueron selladas a José Smith testificaron que sus matrimonios eran para el tiempo y la eternidad, mientras que otras indicaron que sus relaciones eran solo para la eternidad..."

"Existen varias explicaciones posibles para esta práctica. Estos sellamientos pueden haber proporcionado una manera de crear un vínculo eterno entre la familia de José y otras familias dentro de la Iglesia. Estos lazos se extendían tanto verticalmente, de padres a hijos, como horizontalmente, de una familia a otra. Hoy en día, tales lazos eternos se logran a través de los matrimonios en el templo de individuos que también están sellados a sus propias familias de nacimiento, vinculando de esta manera a las familias entre sí. Los sellamientos de José Smith con mujeres ya casadas pueden haber sido una versión temprana de vincular una familia con otra. En Nauvoo, la mayoría, si no todas, de las primeras esposas parecían seguir viviendo en el mismo hogar con sus maridos durante la vida de José, y las quejas sobre estos sellamientos con José Smith prácticamente no existen en el registro documental..."

Varias de estas mujeres estaban casadas con no mormones o exmormones, y más de una de ellas expresó más tarde descontento en sus matrimonios actuales. Viviendo en una época cuando el divorcio era difícil de obtener, estas mujeres podrían haber creído que un sellamiento con José Smith les otorgaría bendiciones que no recibirían de otro modo en la próxima vida."

6. *¿Cómo se sentían las mujeres Santos de los Últimos Días en el siglo XIX sobre la práctica?* Por supuesto, hubo mujeres que eligieron no entrar en la práctica, o que, habiéndola aceptado, decidieron dejar el matrimonio.²⁵ Sin embargo, en su mayoría, las mujeres que buscaron guía divina y un testimonio de la veracidad del principio recibieron un testimonio confirmatorio de que la práctica era aprobada por Dios. Décadas después de que se introdujera el principio y frente a una campaña nacional contra la poligamia, las mujeres Santos de los Últimos Días sorprendieron a sus hermanas del este (quienes habían asociado el matrimonio plural con la

opresión de las mujeres) al demostrar públicamente a favor de su derecho a vivir el matrimonio plural como un principio religioso. Por ejemplo, en enero de 1870 miles de mujeres se reunieron en el Tabernáculo de Salt Lake en lo que llamaron la “Gran Reunión de Indignación”; estas mujeres se reunieron para manifestar su indignación y protestar contra las leyes contra la poligamia.

7. ¿Cuánto tiempo continuó la práctica del matrimonio plural? ¿Por qué cesó? La oposición pública en los Estados Unidos a la práctica del matrimonio plural creció durante el último cuarto del siglo XIX. Varios oficiales de la Iglesia fueron encarcelados, y el gobierno amenazó con confiscar la propiedad de la Iglesia, incluidos los templos. A raíz de las leyes opresivas, el presidente Wilford Woodruff, presidente de la Iglesia desde 1887 hasta 1898, después de buscar revelación del Señor, emitió lo que ha llegado a ser conocido como el Manifiesto. Este documento pedía la discontinuación del matrimonio plural, y una asamblea constitutiva de los Santos de los Últimos Días en conferencia general lo aceptó en octubre de 1890. El Manifiesto provocó un cambio notable en las actitudes públicas hacia la Iglesia, y para 1896, Utah obtuvo la condición de estado. Algunas personas continuaron con la práctica hasta que se emitió un segundo manifiesto (1904).

8. ¿Qué pasa con aquellos que, desde el inicio del siglo XX y hasta el día de hoy, siguen practicando y defendiendo el matrimonio plural? El presidente Gordon B. Hinckley explicó: “Deseo declarar categóricamente que esta Iglesia no tiene absolutamente nada que ver con aquellos que practican la poligamia. Ellos no son miembros de esta Iglesia. La mayoría de ellos nunca han sido miembros. ... Si alguno de nuestros miembros es hallado practicando el matrimonio plural, será excomulgado, la pena más seria que la Iglesia puede imponer. ... Hace más de un siglo, Dios reveló claramente ... que la práctica del matrimonio plural debía ser descontinuada, lo que significa que ahora está en contra de la ley de Dios.”

9. ¿Qué hace la Iglesia hoy para hacer responsables a aquellos que practican el matrimonio plural?

Los Santos de los Últimos Días creen en “obedecer, honrar y sostener la ley” (Artículos de Fe 1:12). Aunque se oponen firmemente a la práctica del

matrimonio plural hoy en día, dejan a los magistrados locales la responsabilidad de hacer cumplir la ley civil. El presidente Hinckley dijo sobre aquellos que siguen practicando el matrimonio plural: “Están violando la ley civil. Saben que están violando la ley. Están sujetos a sus penas. La Iglesia, por supuesto, no tiene ninguna jurisdicción en este asunto.”

10. ¿Cómo enfrentan los Santos de los Últimos Días modernos esta práctica del siglo XIX como parte de la historia de la Iglesia? ¿No sacude su fe? Solo puedo hablar por mí mismo. Al igual que con muchos otros aspectos del evangelio restaurado, aceptar el matrimonio plural es una cuestión de fe. Así como la Primera Visión debe ser aceptada por fe, una fe acompañada por un sólido testimonio del Espíritu, lo mismo ocurre con los otros eventos milagrosos y sobrenaturales de la Restauración—la aparición y traducción del Libro de Mormón, las ordenaciones bajo las manos de mensajeros celestiales, la visión concedida a los testigos del Libro de Mormón, la visión de las glorias (D&C 76) así como la visión del reino celestial (D&C 137), las apariciones del mismo Jesucristo, y la miríada de revelaciones y traducciones dadas al Profeta José Smith y sus sucesores. Todos estos son fundamentales para la creencia en la veracidad de las reclamaciones de *La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días*. Pero son cuestiones de fe, e incluyen eventos que no presenciamos personalmente, pero de los cuales el Espíritu Santo del Dios Viviente ha testificado y afirmado a millones de Santos de los Últimos Días. Si no sé todos los detalles, si ahora no tengo en mi posesión todas las piezas del rompecabezas, puedo esperar y anticipar; puedo confiar y creer; puedo avanzar con fe. No lo hago ignorante o ingenuamente, porque, nuevamente, lo hago después de décadas de estudio y cientos de horas de búsqueda, reflexión y oración ferviente. Elijo ejercer fe en todo el asunto, “esperar por cosas que no se ven, las cuales son verdaderas” (Alma 32:21).

Ni José Smith ni sus sucesores proféticos nos han pedido que creamos que son hombres perfectos; no creemos en la infalibilidad apostólica o profética. El presidente Gordon B. Hinckley dijo: “He trabajado con siete presidentes de esta Iglesia. He reconocido que todos han sido humanos. Pero nunca me ha preocupado esto. Tal vez hayan tenido algunas debilidades. Pero esto nunca me ha inquietado. Sé que el Dios del cielo ha

usado a hombres mortales a lo largo de la historia para cumplir Sus divinos propósitos.”³¹ En otra ocasión, el presidente Hinckley instó a los Santos que “mientras continuamos nuestra búsqueda de la verdad... busquemos fortaleza y bondad en lugar de debilidad y defectos en aquellos que hicieron una gran obra en su tiempo. Reconocemos que nuestros antepasados fueron humanos.”

“Dudablemente cometieron errores... Solo hubo un hombre perfecto que alguna vez caminó por la tierra. El Señor ha usado a personas imperfectas en el proceso de construir Su sociedad perfecta. Si algunos de ellos tropiezan ocasionalmente, o si sus caracteres pudieron haber tenido algunos defectos de una u otra manera, lo asombroso es aún mayor que hayan logrado tanto.”³²

Conclusión

Recordemos que el matrimonio plural es la excepción, un subconjunto de la doctrina y práctica más amplia—el matrimonio eterno. Como Santos de los Últimos Días, quizás no siempre nos tomemos el tiempo de reflexionar seriamente sobre lo que es un tesoro, una perla de gran precio, lo que se nos ha dado en la doctrina y práctica restauradas del matrimonio eterno. Consideraremos esta declaración de un respetado líder cristiano, un punto de vista que sería generalmente aceptado por la mayoría de los pastores y teólogos cristianos, pero que estaría en desacuerdo con lo que sabemos como Santos de los Últimos Días:

“La pregunta que más me hacen acerca del cielo es: ‘¿Estaré casado con la misma esposa en el cielo?’...

‘El matrimonio y otros asuntos de esta vida a veces pueden entrometerse en cuestiones más importantes de preocupación eterna... Así que, si puedes permanecer soltero, hazlo. Concédele tu atención a las cosas del Señor, porque el matrimonio es solo una provisión temporal...’

‘Mientras que las parejas casadas son herederos juntos de la gracia de esta vida (comparar 1 Pedro 3:7), la institución del matrimonio está desapareciendo. Hay valores eternos más altos...’

‘Pero, ¿qué de aquellos de nosotros que estamos felizmente casados, qué debemos pensar de esto? Amo a mi esposa. Ella es mi mejor amiga y mi compañera más querida en todos los aspectos de la vida. Si esos son tus pensamientos sobre tu esposa también, ¡no desesperes! Disfrutarás de una compañerismo eterno en el cielo que es más perfecto que cualquier relación terrenal. La diferencia es que tendrás una relación tan perfecta con cada otra persona en el cielo también. Si tener una relación tan profunda con tu esposa aquí es tan maravilloso, ¡imagina lo glorioso que será disfrutar de una relación perfecta con cada ser humano en todo el vasto cielo—¡por siempre!”

José Smith puso todas las cosas en la perspectiva correcta. Nos ayudó a ver que algunas cosas realmente importan más que otras, que la vida familiar, las asociaciones familiares y el amor familiar importan más que la fama y la fortuna, más que el reconocimiento intelectual, más que la adquisición de los bienes de este mundo. El élder Parley P. Pratt escribió: “Fue en este momento [en Filadelfia en 1839-40] cuando recibí de [José Smith] la primera idea sobre la organización familiar eterna, y la unión eterna de los sexos en esas relaciones tan entrañables que solo los más intelectuales, los refinados y los puros de corazón saben apreciar, y que están en la base misma de todo lo que merece ser llamado felicidad.

“Hasta entonces, había aprendido a estimar los afectos y simpatías familiares como pertenecientes únicamente a este estado transitorio, como algo de lo que el corazón debe ser completamente despojado para poder estar preparado para su estado celestial.

Fue José Smith quien me enseñó a valorar las relaciones entrañables de padre y madre, esposo y esposa; de hermano y hermana, hijo e hija.

“Fue de él que aprendí que la esposa de mi pecho podría ser asegurada a mí por tiempo y toda la eternidad; y que las simpatías y afecciones refinadas que nos unían provenían de la fuente del amor divino eterno. Fue de él que aprendí que podríamos cultivar estos afectos, y crecer y aumentar en los mismos por toda la eternidad...”

Más recientemente, el presidente Russell M. Nelson escribió: “Pero, ¿qué pasa con los muchos miembros maduros de la Iglesia que no están casados?

A causa de ninguna falla de su parte, enfrentan las pruebas de la vida solos. Que todos seamos recordados de que, a la manera y tiempo del Señor, ninguna bendición será retenida de Sus fieles Santos. El Señor juzgará y recompensará a cada individuo según el deseo sincero, así como la acción.”

Hace años, estaba sentado en mi oficina en la Universidad Brigham Young cuando alguien llamó a mi puerta. Era un miembro muy devoto de otra fe con quien había desarrollado una relación cordial. Charlaron por un momento, y él dijo, esencialmente, “Bob, he estado pensando bastante sobre algunas de nuestras conversaciones, y para ser honesto contigo, hay un asunto con el que me siento particularmente incómodo—tu enseñanza sobre los templos, sobre el matrimonio y la familia en la vida venidera. Simplemente no lo veo en las escrituras. No entiendo por qué es necesario.”

Yo respondí: “Déjame hacerte esta pregunta. ¿Amas a tu esposa?”

Él respondió, “Claro que amo a mi esposa. Lo sabes. Estoy loco por ella, iy por alguna extraña razón ella parece sentir lo mismo por mí!”

Sonréí. “Bien, déjame llevar esto un poco más lejos. ¿Amas a tus hijos?”

Él me miró con una expresión curiosa y dijo: “Sí, amo a mis hijos. Has estado en nuestra casa. Sabes lo que significan para mí, ¿verdad?”

Asentí afirmativamente. “Entonces, ¿entiendo que realmente amas a tu familia? ¿Cuánto los amas?”

Él dijo con voz muy seria: “Bob, además de mi amor por Dios y mi Salvador, amo a mi familia más que a cualquier cosa en este mundo.”

Lo miré por un momento. Aquí estaba un hombre maravilloso, temeroso de Dios, afirmador de Cristo, profundamente enfocado en las cosas que realmente importan. Le pregunté si estaría dispuesto a poner en suspenso lo que le habían enseñado toda su vida en la iglesia, solo por un minuto o dos. Le pedí si podría ser simplemente un buscador espiritualmente dispuesto a la verdad religiosa.

Se rió. “Lo que sea que te haga feliz.”

Lo miré profundamente a los ojos. “Realmente crees que tú y tu familia estarán juntos en el cielo, ¿verdad?”

Él me miró de vuelta mientras las lágrimas llenaban sus ojos y respondió: “Sí, lo creo.”

Entonces dije, “Todo lo que los Santos de los Últimos Días hacen en los templos es formalizar e institucionalizar lo que tú sabes en lo más profundo de tu corazón que es cierto. ¿Entiendes lo que quiero decir?”

Él asintió.

Uno solo tiene que asistir a algunos funerales cristianos y escuchar atentamente lo que el pastor o sacerdote dice como consuelo a los afligidos para comprender la profunda verdad de que los matrimonios eternos y las familias para siempre son una doctrina que yace profundamente en el hueso mismo de nuestra existencia y aún más profundamente en nuestras almas. ¿Cuántas veces escuchamos a aquellos de otras fes ofrecer un dulce consuelo con palabras como: “Tú y tu dulce esposo estarán juntos de nuevo algún día” o “Descansa seguro que, porque Jesucristo resucitó de entre los muertos, tú y tu amado hijo vivirán juntos nuevamente como una familia”? Es mucho, mucho más que solo un pensamiento deseado; es el tipo de pensamiento que sale naturalmente de los labios de los líderes religiosos porque tales nociones nacen naturalmente del corazón humano.

El presidente Russell M. Nelson afirmó que “mientras la salvación es un asunto individual, la exaltación es un asunto familiar. Solo aquellos que están casados en el templo y cuyo matrimonio está sellado por el Espíritu Santo de Promesa continuarán como esposos después de la muerte y recibirán el más alto grado de gloria celestial, o exaltación. ... El más noble anhelo del corazón humano es por un matrimonio que pueda perdurar más allá de la muerte. La fidelidad a un matrimonio en el templo lo permite. Permite que las familias estén juntas para siempre.”

Dios es nuestro Padre, Jesucristo es nuestro Señor y Salvador, y ellos son el objeto de nuestra adoración. Nos dedicamos a Su obra y nos esforzamos, por el poder del Espíritu Santo, para crecer en gracias espirituales y atributos divinos, para que algún día podamos calificar para estar con Ellos

y, al menos en algún grado, ser como Ellos (1 Juan 3:1-3). De hecho, la obra y la gloria del Padre y del Hijo es lograr la inmortalidad y la vida eterna de los hijos de Dios (Moisés 1:39). Esa vida eterna está destinada a incluir, como una dimensión vital y sagrada del mundo por venir, la unión, el cumplimiento y la alegría que desarrollamos y con la que somos dotados al vivir la ley del matrimonio eterno.

“El hogar debe ocupar su lugar preeminente en nuestra forma de vida,” advirtió el presidente Thomas S. Monson, “porque es la única base posible sobre la cual una sociedad de seres humanos responsables ha encontrado que es práctico construir para el futuro y mantener los valores que aprecian en el presente.” El primer consejero del presidente Monson, el presidente Henry B. Eyring, también aconsejó a los Santos: “Podemos entender por qué nuestro Padre Celestial nos manda reverenciar la vida y considerar los poderes que la producen como sagrados. Si no tenemos esos sentimientos en esta vida, ¿cómo podría nuestro Padre dárnoslos en las eternidades? La vida familiar aquí es el aula en la que nos preparamos para la vida familiar allá. Y darnos la oportunidad de tener vida familiar allá fue y es el propósito de la creación.” Y ciertamente, el cielo nunca podría ser cielo sin nuestra familia.

Capítulo 18

La Vida más allá de la Tumba

Nauvoo, Illinois, 1843-1844. Mientras que algunos elementos de la doctrina de los Santos de los Últimos Días sobre la muerte y la vida después de la muerte fueron revelados línea por línea, un insight aquí y un principio allí, fue en Nauvoo, durante un tiempo de relativa paz, cuando el Profeta comenzó a desvelar con sorprendente detalle la última pieza del rompecabezas de la existencia eterna del hombre y la respuesta a preguntas tan antiguas como “Si un hombre muere, ¿vivirá de nuevo?” (Job 14:14). ¿A dónde vamos cuando morimos y qué hacemos? Muchas de las respuestas a tales preguntas vinieron durante el periodo de Nauvoo, especialmente en los comentarios del Profeta José en los servicios funerarios de hombres como Ephraim Marks (9 de abril de 1842), Lorenzo Parties (16 de abril de 1843), el juez Elias Higbee (13 de agosto de 1843), James Adams (9 de octubre de 1843) y King Follett (7 de abril de 1844).

Nada es más sobrio que la muerte. Es un tema que la mayoría de nosotros prefiere evitar. Nos sentimos incómodos al tener que enfrentarnos a nuestra propia mortalidad—podemos estar ansiosos por las glorias que nos esperan después de la resurrección, pero extremadamente nerviosos por lo que se necesita para llegar allí. ¿Por qué tememos a la muerte? Para algunos de nosotros, es por nuestra ignorancia de lo desconocido, la ansiedad asociada con ir a un lugar que no entendemos. Otros se preocupan por los asuntos terrenales que quedaron sin resolver. Incluso los fieles dudan en soltar, en rendirse a los poderes de la eternidad y liberar su agarre sobre la mortalidad y sobre aquellos a quienes aman. Seguramente un Dios que tiene poder sobre todas las cosas, incluso sobre la muerte, sería lo suficientemente misericordioso con sus hijos como para revelar la verdad suficiente para prepararnos y consolarnos sobre lo que nos aguarda. Y así lo ha hecho.

José Smith aprendió muy temprano en su ministerio sobre la vida más allá de la tumba. Como discutimos en el capítulo 2, Dios el Padre Eterno y su Hijo Jesucristo se aparecieron al joven profeta en el Bosque Sagrado en la primavera de 1820. La misma presencia de esos dos seres santos atestiguó la realidad de la vida más allá. Mensajeros celestiales del Antiguo y Nuevo Testamento enviados para otorgar conocimiento, llaves y poderes testificaron a los Santos de los Últimos Días que la muerte no es el fin. “Todos los hombres saben que deben morir”, explicó José a los Santos de los Últimos Días en Nauvoo. “Y es importante que comprendamos las razones y causas de nuestra exposición a las vicisitudes de la vida y de la muerte, y los diseños y propósitos de Dios al venir al mundo, nuestros sufrimientos aquí y nuestra partida de aquí. ... Es razonable suponer que Dios revelaría algo al respecto, y es un tema que deberíamos estudiar más que cualquier otro.” José Smith mismo dio a conocer los principios básicos sobre la vida después de la muerte, y más conocimiento y comprensión de este tema tan misterioso continuaron llegando, línea por línea, a través de aquellos que fueron sus sucesores apostólicos y proféticos.

Enfrentando lo inevitable

Nada es más común en esta vida que la muerte; es el destino común de todos los que vienen a esta vida dejarla. Todos nacemos como infantes indefensos, y todos partimos de esta esfera igualmente indefensos ante la muerte. El presidente Thomas S. Monson preguntó: “¿Qué ser mortal, enfrentado con la pérdida de un ser querido o, de hecho, estando él mismo o ella misma en el umbral de la eternidad, no ha reflexionado más allá del velo que separa lo visible de lo invisible?” En otra ocasión, declaró: “Con frecuencia la muerte llega como una intrusa. Es un enemigo que aparece repentinamente en medio del banquete de la vida, apagando sus luces y su alegría... La muerte pone su pesada mano sobre los que nos son queridos y, a veces, nos deja desconcertados y preguntándonos. En ciertas situaciones, como en un gran sufrimiento o enfermedad, la muerte llega como un ángel de misericordia. Pero la mayor parte del tiempo, la pensamos como el enemigo de la felicidad humana.”

Incluso entre aquellos que leen bajo la lámpara del entendimiento del evangelio, la muerte se ve frecuentemente con temor y temblor. Wilford

Woodruff “se refirió a una frase de José Smith, que lo escuchó decir (de esta manera), que si la gente supiera lo que hay detrás del velo, tratarían por todos los medios de... llegar allí. Pero el Señor, en su sabiduría, había implantado el temor a la muerte en cada persona para que se aferraran a la vida y así cumplieran los designios de su Creador.”

Y ese temor a la muerte hace que tales despedidas sean particularmente dolorosas. “Independientemente de la edad,” explicó el presidente Russell M. Nelson, “lamentamos por los que amamos y hemos perdido. El lamento es una de las expresiones más profundas de amor puro... Además, no podemos apreciar completamente las alegres reuniones en el futuro sin las separaciones llorosas ahora. La única manera de quitar el dolor de la muerte es quitar el amor de la vida.”

Hablando estrictamente, no hay muerte ni muertos. Cuando las personas mueren, no dejan de ser; simplemente dejan de estar en este mundo. La vida continúa. La muerte es una transición, un cambio de asignación, una transferencia a otro reino. Cuando morimos, nuestro espíritu sigue viendo, actuando, sintiendo y asociándose; es solo el cuerpo físico el que se vuelve inactivo y sin vida por una temporada. Y así es que usamos el término muerte para describir lo que parece ser desde nuestra perspectiva limitada. Sin embargo, desde una perspectiva eterna, solo hay vida.

A menudo hablamos de la muerte prematura de una persona. Generalmente, nos referimos a que es prematura para nosotros, los que quedamos atrás. Aunque es cierto que los individuos pueden acelerar su muerte y así acortar su día de prueba, para los fieles no hay nada prematuro en la muerte. El presidente Joseph Fielding Smith, sobrino bisnieto de José el Vidente, declaró en el funeral del élder Richard L. Evans: “Puedo decir, para el consuelo de los que lloran y para el consuelo y la guía de todos nosotros, que ningún hombre justo es tomado antes de su tiempo. En el caso de los santos fieles, simplemente son transferidos a otros campos de labor. La obra del Señor continúa en esta vida, en el mundo de los espíritus y en los reinos de gloria donde los hombres van después de su resurrección.”

Verdaderamente, la muerte pasa sobre todos los mortales “para cumplir el plan misericordioso del gran Creador” (2 Nefi 9:6). La muerte es

misericordiosa en el sentido de que nos libera de los trabajos y las agonías de esta vida. “Cuando los hombres están preparados,” observó el Profeta, “es mejor que se vayan de aquí.” La muerte también es misericordiosa porque nos abre a una nueva fase de la vida, un tiempo en el que las restricciones de este cuerpo mortal desaparecen y la mente o el espíritu pueden elevarse. “¿Cómo sabemos,” preguntó el élder Orson Pratt, “cuando este espíritu se libera de este tabernáculo mortal, que todos [nuestros] sentidos no se ampliarán enormemente? ... Creo que seremos liberados, en el próximo mundo, en gran medida, de estos métodos limitados y contraídos de pensar. En lugar de pensar en un solo canal, y seguir un cierto curso de razonamiento para encontrar una verdad determinada, el conocimiento fluirá desde todas las direcciones... informando al espíritu y dando comprensión sobre diez mil cosas a la vez; y la mente será capaz de recibir y retener todo.”

Perder a miembros de la familia por muerte es particularmente doloroso, y los de la casa de la fe no están exentos de tales sentimientos. “Viviréis juntos en amor, de tal manera que lloraréis por la pérdida de los que mueren” (D&C 42:45). Lloramos y anhelamos una reunificación, pero no lloramos como aquellos que no tienen esperanza (1 Tesalonicenses 4:13), porque hacerlo sería expresar una falta de fe en los propósitos y el plan de Dios e ignorar la promesa de la reunión y restauración. Así, en el proceso del tiempo, seguimos adelante, buscando siempre ver las cosas como las ve Dios. “Preciosa es a los ojos del Señor, declara la palabra revelada, la muerte de sus santos” (Salmo 116:15). Tenemos la seguridad de la revelación moderna de que “los que mueren descansarán de todos sus trabajos, y sus obras los seguirán; y recibirán una corona en las moradas de mi Padre, que he preparado para ellos” (D&C 59:2).

El ciclo de la vida continúa eternamente. Si no hubiera muerte, no habría vida. Si no hubiera muerte, el crecimiento, desarrollo y expansión que nos esperan estarían siempre retenidos de nosotros. Hay propósito en la vida, y también en la muerte. Él que lo sabe todo sabe lo que es mejor para nosotros y orquesta los eventos de nuestra existencia.

Un mundo postmortal

Los profetas modernos atestiguan que la transición del tiempo a la eternidad es inmediata. Al respirar nuestro último aliento, nuestro espíritu deja el cuerpo y pasa directamente al mundo espiritual postmortal. José Smith enseñó: “Los espíritus de los justos son exaltados a una obra mayor y más gloriosa; por lo tanto, son bendecidos al partir de aquí. Envueltos en fuego llameante, no están lejos de nosotros, y conocen y entienden nuestros pensamientos, sentimientos y emociones, y a menudo se duelen de ello.” “¿Está el mundo espiritual aquí?” preguntó el presidente Brigham Young. “No está más allá del sol, sino que está en esta tierra que fue organizada para las personas que han vivido y que viven y vivirán en ella.” El élder Parley P. Pratt explicó de manera similar que el mundo espiritual “está aquí, en el mismo planeta donde nacimos.”

En el momento de la entrada al mundo espiritual, el individuo experimenta lo que el presidente Joseph F. Smith, sobrino de José, llamó un “juicio parcial.” Él o ella va a paraíso o a infierno o tinieblas exteriores (ver también 1 Nefi 15:29; 2 Nefi 9:12). El paraíso es la morada de los fieles, un estado de felicidad, “un estado de descanso, un estado de paz, donde descansarán de todos sus trabajos y de toda su preocupación, y tristeza” (Alma 40:12). El paraíso es un lugar donde los espíritus “se expanden en sabiduría, donde tienen descanso de todos sus problemas, y donde la preocupación y la tristeza no los molestan.” Por otro lado, los espíritus de los impíos “serán echados fuera a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto, lamento y crujir de dientes, y esto por su propia iniquidad, siendo cautivos por la voluntad del diablo” (Alma 40:13).

La revelación moderna también deja claro que todo el mundo espiritual, no solo la parte conocida como infierno o tinieblas exteriores, es, en cierto sentido, una prisión espiritual. Aunque existen divisiones de algún tipo entre los justos y los impíos, todos los espíritus postmortales están en un solo mundo, así como lo están en la carne. En el mundo espiritual postmortal, los desincorporados anhelan ser liberados de su presente condición; ven la ausencia de sus espíritus de sus cuerpos como una esclavitud (D&C 45:17; 138:50; ver también 138:15-18, 23). “Cuando nuestros espíritus dejen estos cuerpos, ¿serán felices?” preguntó el élder

Orson Pratt. "No perfectamente," respondió. "¿Por qué? Porque el espíritu está ausente del cuerpo; no puede ser perfectamente feliz mientras una parte del hombre esté en la tierra... Serán felices, estarán tranquilos en el paraíso; pero aún así, estarán buscando una casa donde su espíritu pueda entrar y actuar como lo hacía antes."

El presidente Brigham Young preguntó: "¿Dónde están los espíritus de los impíos? Están en prisión. ¿Dónde están los espíritus de los justos, los profetas y los apóstoles? Están en prisión, hermanos; allí es donde están. Continuó: Sé que es una idea sorprendente decir que el Profeta y el perseguidor del Profeta van todos juntos a la prisión... pero aún no tienen sus cuerpos, por lo tanto, están en prisión." El Profeta José enseñó: "Hades, el griego, o Sheol, el hebreo, estos dos significados significan un mundo de espíritus. Hades, Sheol, paraíso, espíritus en prisión, todos son lo mismo: es un mundo de espíritus." Así, para que el apóstol Pedro declare que Jesús fue, después de su muerte mortal, a predicar a los "espíritus en prisión" (1 Pedro 3:18-20)—y sabiendo por las escrituras modernas que el Maestro no ministró personalmente a los impíos (D&C 138:20-22, 29, 37)—concluimos que él predicó a los espíritus en prisión en el sentido de que "de entre los justos, organizó sus fuerzas y nombró mensajeros, revestidos con poder y autoridad, y los comisionó para ir y llevar la luz del evangelio a aquellos que estaban en tinieblas, incluso a todos los espíritus de los hombres" (D&C 138:30).

Era bastante común en el siglo XIX, y lo sigue siendo hoy, que la mayoría de los cristianos imaginen el infierno como un lugar al que van los individuos impíos y no redimidos después de su muerte y donde permanecerán en las llamas del infierno para siempre. En junio de 1843, José Smith ofreció una visión invaluable sobre este tema: "La gran miseria de los espíritus de los muertos en el mundo de los espíritus, donde van después de la muerte, es saber que no alcanzaron la gloria que otros disfrutan y que ellos mismos pudieron haber disfrutado, y son sus propios acusadores." O, como lo expresó diez meses después, "Un hombre es su propio atormentador y su propio condenador. De ahí la expresión: Irán al lago que arde con fuego y azufre [ver Apocalipsis 21:8]. El tormento de la decepción en la mente del hombre es tan exquisito como un lago ardiente con fuego y azufre. Digo, así es el tormento del hombre."

Así como hay variaciones entre los justos en el paraíso, también debe haber diferencias entre los que están en el infierno. Están los muy impíos que, como explicó Alma, están sujetos a confrontación, sufrimiento y amarga penitencia. Hay otros—personas buenas en general—que no han disfrutado de las bendiciones de la plenitud del evangelio porque estas no estaban disponibles para ellos. Estos trabajan, crecen, aprenden y se desarrollan. Muchos de ellos abren sus corazones al mensaje del evangelio y son enseñados. Los profetas modernos han aclarado aún más que una vez que el mensaje del evangelio es entregado y aceptado por individuos en el mundo espiritual, y una vez que las ordenanzas apropiadas han sido realizadas por aquellos en la carne que actúan como representantes de los difuntos, “el Señor tiene administradores allí para liberarlos.” Es decir, una vez que una persona ha recibido el evangelio y sus ordenanzas salvíficas, se le permite cruzar ese abismo que separa el infierno del paraíso y después disfrutar de una dulce asociación con los fieles (Lucas 16:26; ver también 1 Nefi 15:28-30).

Cualquier número de factores puede afectar la capacidad de una persona para ver, sentir, oír y recibir la verdad. Algunos de esos factores nos afectan a todos, y algunos están más allá de nuestro control. A medida que nos acercamos al gran día milenario, la maldad se expandirá y la malignidad se multiplicará. El índice de contaminación moral aumentará, lo que hará cada vez más difícil permanecer indemne e ileso en la guerra contra el mal. “Es mi convicción,” testificó el élder Boyd K. Packer, “que esas influencias malignas algún día serán anuladas.”

“En este espacio entre la muerte y la resurrección del cuerpo, las dos clases de almas permanecen, en felicidad o en miseria, hasta el tiempo que Dios ha señalado para que los muertos resuciten y sean reunidos tanto el espíritu como el cuerpo.” Y así, el mundo espiritual postmortal es una parada intermedia para toda la humanidad. Es un lugar de espera, de arrepentimiento y sufrimiento, de paz y descanso, y de instrucción y preparación. Aquellos que reciben y disfrutan de las bendiciones del evangelio (celestial), o al menos que reciben el testimonio de Jesús (terrestre), saldrán del mundo espiritual en el momento de la primera resurrección, o resurrección de los justos (D&C 76:51, 74, 82). Aquellos que sigan afirmando su propia voluntad y rechacen la oferta del Salvador de

iluminación y renovación permanecerán en el mundo espiritual hasta que terminen los mil años. Entonces, en esa segunda, o última resurrección, saldrán ya sea hacia una gloria celestial o hacia un reino sin gloria (como hijos de perdición—ver D&C 76:32, 88:24).

“Este día... en el paraíso”

En el Gólgota, Jesús colgó en la cruz entre dos ladrones. Uno de ellos “lo insultó, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Pero el otro, respondiendo, lo reprendió, diciendo: ¿No temes a Dios, viendo que estás en la misma condena? Y nosotros, a la verdad, justamente; porque recibimos el pago de nuestros hechos, pero este hombre no ha hecho nada malo. Y dijo a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Y Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:39-43).

Como podríamos esperar, este pasaje ha dado lugar a una serie de interpretaciones, siendo quizás la más prevalente la creencia en una especie de arrepentimiento de última hora. Sin duda, es bueno arrepentirse, sin importar cuándo lo hagamos. Es decir, es mejor arrepentirse que permanecer en nuestros pecados. El Profeta José enseñó que “nunca hay un momento en que el espíritu sea demasiado viejo para acercarse a Dios. Todos están dentro del alcance de la misericordia perdonadora, que no han cometido el pecado imperdonable.” Por lo tanto, aunque nunca devaluariamos el valor del arrepentimiento sincero—sin importar cuán tarde sea en la probación mortal de uno (Mateo 20:1-16)—reconocemos la palabra divina que “el que se arrepiente y guarda los mandamientos del Señor será perdonado” (D&C 1:32). El Salvador afirmó: “No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Por otro lado, el Profeta José enseñó en una ocasión: “El infiel se aferra a cualquier salvavidas hasta que la muerte lo encara, y entonces su infidelidad se va, porque las realidades del mundo eterno descansan sobre él con gran poder; y cuando todo apoyo terrenal y sostén lo falla, entonces siente sensiblemente las verdades eternas de la inmortalidad del alma. Debemos tomar esto como una advertencia y no esperar hasta la cama de

muerte para arrepentirnos... Que esto sirva como advertencia para no procrastinar el arrepentimiento ni esperar hasta la cama de muerte, pues es la voluntad de Dios que el hombre se arrepienta y le sirva en salud, en la fuerza y el poder de su mente, para asegurar su bendición, y no esperar hasta que se le llame a morir."

Además, debemos profundizar un poco más en este asunto para entender lo que realmente dijo el Salvador en esta ocasión. ¿Realmente prometió el Maestro al ladrón en la cruz que, en el momento de su muerte, entraría en el paraíso, la morada de los justos? ¿Se pasarían por alto todos sus pecados? José Smith declaró: "Diré algo sobre los espíritus en prisión. Se ha dicho mucho por los divinos modernos sobre las palabras de Jesús (cuando estaba en la cruz) al ladrón, diciendo: 'Este día estarás conmigo en el paraíso.' Los traductores de la versión de King James lo interpretaron como paraíso. Pero ¿qué es el paraíso? Es una palabra moderna; no responde en absoluto a la palabra original que Jesús usó. Encuentra el original de la palabra paraíso. Podrías tan fácilmente encontrar una aguja en un pajar. Aquí hay una oportunidad para el debate, sabios hombres. No hay nada en la palabra original en griego de la que se tomó esto que signifique paraíso; pero era—'Este día estarás conmigo en el mundo de los espíritus.'"

Josiah Quincy, un hombre que más tarde se convirtió en el alcalde de Boston, visitó al Profeta José Smith en Nauvoo y escribió sobre una ocasión en la que José habló sobre la necesidad del bautismo para la salvación. Un ministro en la audiencia discutió lo siguiente con el Profeta:

Ministro: ¡Alto! ¿Qué dices al caso del ladrón arrepentido?

Profeta: ¿Qué quieres decir con eso?

Ministro: Sabes que nuestro Salvador le dijo al ladrón: "Este día estarás conmigo en el paraíso", lo que demuestra que no pudo haber sido bautizado antes de su admisión.

Profeta: ¿Cómo sabes que no fue bautizado antes de convertirse en ladrón?

Ante esta respuesta, una especie de risa, provocada por un golpe inesperado, recorrió la audiencia; pero esta demostración de simpatía fue reprendida por una mirada severa de Smith, quien continuó diciendo: "Pero

esa no es la verdadera respuesta. En el griego original, como este caballero [mirando hacia mí] les informará, la palabra que se ha traducido como 'paraíso' significa simplemente un lugar de espíritus departidos. A ese lugar fue llevado el ladrón arrepentido."

Los profetas de esta dispensación han dado testimonio repetido del amor y la luz que conocerán aquellos que hayan vivido fielmente y luego hayan pasado a través del velo de la muerte hacia el mundo espiritual postmortal. "Yo testifico de la extraordinaria paz y tranquilidad que esperan a aquellos más allá del velo que han seguido la luz y el conocimiento que han recibido en esta vida," dijo el élder Robert D. Hales. "Si pudiéramos experimentar, aunque solo fuera por un momento, la escena que espera a los justos allá, nos costaría mucho regresar a la mortalidad. Sé esto por experiencia."

Resurrección y Juicio

Si los mayores logros de Jesús consistieron en su bondad, generosidad y sabias enseñanzas, entonces nuestra esperanza de felicidad en el más allá no sería fundada (1 Corintios 15:19). Al igual que Pablo, el profeta del Libro de Mormón, Jacob, declaró que si Cristo no hubiera resucitado de entre los muertos (como se profetizó que lo haría), entonces todos, en el momento de la muerte, seríamos condenados a la ruina espiritual y a la destrucción; seríamos para siempre sujetos al padre de la mentira. ¿Por qué? Porque si Jesús no tuvo el poder de resucitar de entre los muertos y así redimir el cuerpo de la tumba, entonces ciertamente no tenía el poder de perdonar los pecados y así redimir el espíritu del infierno (2 Nefi 9:7-9; comparar 1 Corintios 15:12-17). Verdaderamente, el evento más glorioso, reconfortante y asegurador de toda la historia humana había tenido lugar: la victoria sobre la muerte. El dolor y la agonía de Getsemaní y el Calvario habían sido borrados. La salvación de la humanidad había sido asegurada. La Caída de Adán había sido redimida.

El Profeta enfatizó que si Cristo no hubiera resucitado de entre los muertos, "las manos de la muerte temporal estarían rotas, y la tumba no tendría victoria. Y entonces, si la tumba no tiene victoria, aquellos que guardan los dichos de Jesús y obedecen Sus enseñanzas no solo tienen la promesa de una resurrección de entre los muertos, sino también la seguridad de ser admitidos en Su glorioso reino." Debido a que Jesucristo ha resucitado de

entre los muertos, nosotros también resucitaremos de entre los muertos. Porque Él vive, nosotros también viviremos, más allá de la tumba.

José Smith y los primeros hermanos enseñaron que ciertas llaves del sacerdocio—llaves que ahora no poseemos pero que serán conferidas a aquellos que sean exaltados—incluyen las llaves de la resurrección. El Profeta José habló con anhelo de su gran deseo de ser enterrado cerca de su familia, para que pudieran “oír el sonido de la trompeta que los llamará para ver [al Salvador], para que en la mañana de la resurrección puedan salir de sus tumbas y levantarse inmediatamente de sus sepulcros y darse la mano en la gloria eterna y la felicidad.”

En la Conferencia del Área de Manchester, Inglaterra, el presidente de la Iglesia, Spencer W. Kimball, explicó a los poseedores del sacerdocio: “Tu esposa es tu contraparte, y juntos usáis los poderes dados por Dios... para crear a esta gran persona que nace de ustedes mismos [sus hijos]. Ahora te conviertes en siervo del Señor, con Su poder. Lo que tienes ahora es un poder en miniatura. Quiero decir que quizás no haya nadie en esta sala que esté disfrutando de su poder hasta su límite máximo... Tienes poder sobre los elementos. Tendrás muchos otros poderes que aún no has pensado ni soñado. Algún día tendrás el poder de la resurrección. ¿Te has dado cuenta de eso?

“Hoy tú o yo no podríamos estar aquí y llamar a la vida a una persona muerta, pero el día llegará en que podré tomar a mi esposa de la mano y levantarla de la tumba en la resurrección. El día llegará en que tú podrás traer a cada uno de tus familiares que te han precedido en la muerte y devolverlos a un ser resucitado para vivir para siempre.”

Menos de un año después, el presidente Kimball habló de manera similar en una reunión general del sacerdocio: “Tú y yo—¡qué criaturas tan indefensas somos! ¡Qué poder tan limitado tenemos, y cuán poco podemos controlar el viento, las olas y las tormentas! Recordamos las numerosas escrituras que, concentradas en una sola línea, fueron dichas por un profeta anterior, Lorenzo Snow: ‘Como es el hombre, Dios una vez fue; y como es Dios, el hombre puede llegar a ser.’ Este es un poder disponible para nosotros a medida que alcanzamos la perfección y recibimos la experiencia y el poder.”

El presidente Russell M. Nelson enseñó que “en el momento de nuestra resurrección, tomaremos nuestros tabernáculos inmortales. Los cuerpos que ahora envejecen, se deterioran y se descomponen ya no estarán sujetos a procesos de degeneración...

“El gran poder del sacerdocio de la resurrección está investido en el Señor de este mundo. Él enseñó, ‘Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra’ (Mateo 28:18). Aunque Él suplicó a Su Padre por ayuda en la última hora, la victoria final sobre la muerte fue ganada por el Hijo... Las llaves de la resurrección reposan de manera segura con nuestro Señor y Maestro.”³⁴ En resumen, el élder Dallin H. Oaks explicó, “el sacerdocio es el poder por el cual seremos resucitados y procederemos a la vida eterna.”

El cuerpo resucitado es un cuerpo espiritual, lo que significa que es inmortal, no sujeto a la muerte (1 Corintios 15:44; Alma 11:45; D&C 88:27). La promesa escritural es que resucitaremos del sepulcro con un cuerpo resucitado adecuado al respectivo reino que heredaremos: “Los que son de un espíritu celestial recibirán el mismo cuerpo que era un cuerpo natural; sí, recibirán vuestros cuerpos, y vuestra gloria será aquella gloria por la cual vuestros cuerpos son vivificados. Vosotros que sois vivificados por una porción de la gloria celestial [en mortalidad], recibiréis entonces [en la resurrección] de la misma, incluso una plenitud. Y los que sois vivificados por una porción de la gloria terrestre recibiréis entonces de la misma, incluso una plenitud. Y también los que sois vivificados por una porción de la gloria celestial recibiréis entonces de la misma, incluso una plenitud. Y los que permanezcan [los hijos de perdición] también serán vivificados; sin embargo, regresarán a su propio lugar, para disfrutar de aquello que estén dispuestos a recibir, porque no estuvieron dispuestos a disfrutar de aquello que podrían haber recibido” (D&C 88:28-32).

Las escrituras de la Restauración también aclaran la naturaleza del cuerpo resucitado. “El alma [entendiendo en este caso como el espíritu] será restaurada al cuerpo,” explicó Alma, “y el cuerpo al alma; sí, y cada miembro y articulación será restaurado a su cuerpo; sí, ni siquiera un cabello de la cabeza se perderá; sino que todas las cosas serán restauradas a su propio y perfecto estado” (Alma 40:23; ver también 11:43). Al hablar de los justos que esperaban ansiosamente la entrada del Salvador al paraíso, el presidente Joseph F. Smith escribió: “Su polvo dormido será

restaurado a su perfecto estado, hueso a su hueso, y los tendones y la carne sobre ellos, el espíritu y el cuerpo serán unidos para no separarse nunca más, para que puedan recibir una plenitud de gozo” (D&C 138:17; comparar 93:33).

En una ocasión, el élder Orson Pratt señaló que el cuerpo mortal de una persona está constantemente cambiando—las células viejas son reemplazadas por nuevas, etc. El Profeta José respondió: “No hay principio fundamental que pertenezca a un sistema humano que jamás pase a otro en este mundo o en el mundo venidero; no me importa cuáles sean las teorías de los hombres... Tenemos el testimonio de que Dios nos levantará, y Él tiene el poder para hacerlo. Si alguien supone que alguna parte de nuestros cuerpos, es decir, las partes fundamentales de los mismos, pasa a otro cuerpo, se equivoca.” En efecto, la revelación declara con claridad que “recibiréis vuestros cuerpos, y vuestra gloria será aquella gloria por la cual vuestros cuerpos son vivificados” (D&C 88:28; énfasis añadido). El presidente Russell M. Nelson añadió: “El Señor que nos creó en primer lugar seguramente tiene el poder para hacerlo nuevamente. Los mismos elementos necesarios ahora en nuestros cuerpos estarán aún disponibles—bajo Su mandato. El mismo código genético único ahora incrustado en cada una de nuestras células vivas seguirá estando disponible para formar nuevas entonces.”

Tenemos la reconfortante seguridad de que, aunque los hombres y las mujeres sean refinados, renovados y perfeccionados en cuerpo y alma en la resurrección, mantendrán su identidad. Conoceremos a amigos y seres queridos en y después de la resurrección, tal como los conocemos ahora. Al hablar de encontrarse con un ser querido que ha partido en el futuro, el presidente Joseph F. Smith enseñó: “Espero poder reconocerla, tal como podría reconocerla mañana, si ella estuviera viva... porque su identidad es fija e indestructible, tan fija e indestructible como la identidad de Dios el Padre y Jesucristo el Hijo. Ellos no pueden ser otro que ellos mismos. No pueden ser cambiados: son de eternidad en eternidad, eternamente los mismos; así será con nosotros. Progresaremos, nos desarrollaremos y creceremos en sabiduría y entendimiento, pero nuestra identidad nunca cambiará.”

En el Libro de Mormón, la resurrección y el juicio eterno son doctrinas compañeras, al igual que lo son la Caída y la Expiación. Por lo tanto, el Profeta instruyó a los Santos que “las doctrinas de la resurrección de los muertos y el juicio eterno son necesarias para predicar entre los primeros principios del Evangelio de Jesucristo.”

Uno de los grandes actos de misericordia y gracia es que todos los que tomaron un cuerpo físico, incluidos los hijos de perdición, serán resucitados y luego serán llevados ante Dios para ser juzgados según sus obras. En cierto sentido, por lo tanto, la Expiación vence la muerte espiritual para todos, al menos por una corta temporada en la que todas las personas estarán de nuevo en la presencia divina. Jacob escribió: “Y sucederá que cuando todos los hombres hayan pasado de esta primera muerte a la vida, en la medida en que se hayan hecho inmortales, deberán comparecer ante el tribunal del Santo de Israel; y luego vendrá el juicio, y entonces serán juzgados según el juicio santo de Dios” (2 Nefi 9:15; ver también Helamán 14:15; 3 Nefi 27:13-16). Finalmente, Moroni dio testimonio de que “por Jesucristo vino la redención del hombre. Y por la redención del hombre, que vino por Jesucristo, son devueltos a la presencia del Señor; sí, esto es en lo que todos los hombres son redimidos” (Mormón 9:12-13; énfasis añadido).

Conclusión

“Más dolorosos para mí son los pensamientos de la aniquilación que la muerte,” declaró una vez José Smith.⁴⁰ Con la restauración de las verdades divinas sobre el plan de salvación de Dios, sabemos de dónde venimos. Sabemos por qué estamos aquí. Y sabemos a dónde vamos cuando la muerte nos llame a cada uno de nosotros para pasar por el velo que separa el tiempo de la eternidad. No hay agravios que no se rectifiquen en el tiempo o la eternidad, no hay cargas que no se levanten, no hay historias que queden sin contar. A través del poder del Cordero de Dios, inmolado desde antes de la fundación del mundo, tenemos la dulce seguridad de que la muerte habrá sido vencida, la tumba habrá sido despojada de su cautivo, y todos los trabajos de la mortalidad habrán desaparecido. “Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos; y no habrá más muerte, ni tristeza, ni llanto, ni habrá más dolor: porque las primeras cosas han pasado”

(Apocalipsis 21:4; ver también 7:17). Y ¿qué mortal que posea siquiera un pedazo de esperanza en el plan de nuestro Padre Eterno no mira con dulce anticipación hacia ese día?

Capítulo 19

El Fin de los Tiempos

Desde Palmyra hasta Nauvoo, septiembre de 1830 – junio de 1844. La Iglesia restaurada había sido organizada formalmente apenas seis meses cuando el Señor comenzó a revelar a los Santos de los Últimos Días el panorama profético, incluyendo las señales que precederían la segunda venida del Salvador, así como la naturaleza de la vida en la tierra milenaria. Los detalles proféticos llegaron ocasionalmente en revelaciones que trataban casi exclusivamente de eventos futuros y también en pequeñas pero significativas revelaciones que cubrían una amplia gama de temas (D. y C. 29; 43; 63; 77; 84; 88; 133).

Puede que José Smith nos haya dado a conocer más sobre el pasado que sobre el futuro. Dicho esto, me apresuro a añadir que él y sus sucesores ciertamente nos han proporcionado un cuadro sorprendente y notablemente completo de lo que está por venir. El Profeta declaró muy temprano en su ministerio:

“Cuando contemplo la rapidez con que avanza el día grande y glorioso de la venida del Hijo del Hombre, cuando Él venga a recibir a Sus Santos consigo, donde morarán en Su presencia, y serán coronados con gloria e inmortalidad; cuando considero que pronto los cielos serán sacudidos, y la tierra temblará y se moverá de un lado a otro; y que los cielos serán enrollados como un pergamo que se enrolla; y que todo monte e isla huirán, clamo en mi corazón: ¡Qué clase de personas debemos ser en toda santa conversación y piedad!”

Mirando hacia Su venida

Los cristianos de toda la nación en el siglo XIX estaban divididos en cuanto a cómo, cuándo y de qué manera vendría a la tierra el Rey de reyes y tomaría el control. Algunos creían que gran parte de la responsabilidad recaía en el pueblo y que su tarea era edificar el reino de Dios, establecer la rectitud en

toda la tierra, difundir el cristianismo en todos los ámbitos de la vida y, en general, trabajar para transformar la sociedad y preparar al mundo para la Segunda Venida. Desde esta perspectiva (conocida como posmilenialismo), el Milenio sería introducido por la propagación gradual de la rectitud. Otros (premilenialistas) sostenían que Dios intervendría pronto y de manera dramática en la historia, destruiría a los inicuos, ataría a Satanás e inauguraría mil años de paz, descanso y bondad universal. El Milenio sería introducido por el poder, el poder divino.

Aunque José Smith y sus seguidores parecen encajar mejor en la categoría de los premilenialistas, también se sintieron impulsados a extender su fervor religioso más allá de las reuniones de la Iglesia y llevarlo al mundo cotidiano. Los miembros de la Iglesia restaurada fueron encargados por sus líderes de edificar el reino de Dios en preparación para el venidero reino de los cielos (D. y C. 65:5–6). Un eminent historiador describió la situación de esta manera:

“Los mormones no aguardaban pasivamente el reino milenario de Cristo, sino que trabajaban para prepararlo. Su modalidad de premilenialismo era tan activa como cualquier posmilenialismo, y aún más convencida de un papel especial para América.”

En agosto de 1843, José Smith declaró: “Una vez estaba orando con gran fervor para saber el tiempo de la venida del Hijo del Hombre, cuando oí una voz que repetía lo siguiente: *José, hijo mío, si vives hasta los ochenta y cinco años de edad, verás el rostro del Hijo del Hombre; por lo tanto, deja que esto baste, y no me inquietes más sobre este asunto.*”

La evaluación que hizo el Profeta de la respuesta algo vaga del Señor fue: “Quedé así, sin poder decidir si esta venida se refería al comienzo del milenio o a alguna manifestación previa, o si yo habría de morir y así ver su rostro. Creo que la venida del Hijo del Hombre no será antes de ese tiempo” (D. y C. 130:14–17).

Unos siete meses más tarde, el Profeta declaró: “Jesucristo nunca reveló a hombre alguno el tiempo preciso en que vendría. Vayan y lean las Escrituras, y no podrán hallar nada que especifique la hora exacta en que Él vendría; y todos los que digan lo contrario son falsos maestros.”

De la Nueva Traducción de la Biblia

La traducción del Profeta de Mateo 24 es lo que ahora llamamos José Smith—Mateo en la *Perla de Gran Precio*. El versículo 34 de Mateo 24 en la Versión del Rey Santiago de la Biblia ha sido, por mucho tiempo, un versículo problemático. Dice:

“De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca.”

“Todo esto” incluye la destrucción del templo, falsos Cristos, guerras y rumores de guerras, hambres, pestilencias, terremotos, falsos profetas, el aumento de la iniquidad, la predicación del evangelio a todo el mundo, la congregación de Israel y la señal del Hijo del Hombre.

Claramente, “todo esto” no ocurrió antes del final de la generación del Salvador, lo que llevó a muchos eruditos a lo largo de los siglos a concluir que: (1) Jesús no sabía lo que vendría, o (2) Jesús simplemente se equivocó. Su profecía no se cumplió.

Pero nótese cómo la traducción del Profeta de este versículo 34 nos ayuda: “De cierto os digo, que esta generación en la cual se mostrarán estas cosas [es decir, la generación en la que los signos realmente tengan lugar], no pasará hasta que todo lo que os he dicho se cumpla” (énfasis añadido).

La traducción inspirada de Mateo 24 también aclara otro asunto: el significado de la frase “fin del mundo” y la diferencia entre el fin del mundo y el “fin de la tierra”. Aquí aprendemos que el fin del mundo es “la destrucción de los inicuos”, o la destrucción de la mundanalidad que tendrá lugar en la segunda venida del Salvador en gloria (vv. 4, 31). Además, en el último versículo de José Smith—Mateo leemos: “Y así llega el fin de los inicuos, de acuerdo con la profecía de Moisés, que dice: Serán desarrraigados de entre el pueblo [Hechos 3:22–23; 3 Nefi 20:23; 21:11; D. y C. 1:38]; pero el fin de la tierra aún no es, sino que vendrá en su debido tiempo” (énfasis añadido). El fin de la tierra es el fin del Milenio (D. y C. 38:5; 43:31; 88:101).

Muchos estudiantes del Nuevo Testamento han concluido que los primeros apóstoles cristianos y los Santos en general sentían que la segunda venida

del Salvador era inminente y que seguramente vivirían para verla. Como segunda ilustración suelen citar algunos de los escritos del apóstol Pablo. Parece que los santos en Tesalónica, por ejemplo, estaban particularmente preocupados acerca de cuándo volvería el Señor y qué sucedería con sus justos muertos. De la Versión del Rey Santiago: “Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos [es decir, no tendremos preferencia sobre] los que durmieron. Porque el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:15–18; énfasis añadido).

Es fácil reconocer cuán sencillo sería concluir que el gran apóstol de los gentiles no tenía del todo definida su cronología teológica. De hecho, la traducción de José Smith de Mateo 24 simplemente cambia la frase “nosotros que vivimos y quedamos” por “ellos que viven.”

En la *Historia de la Iglesia*, bajo la fecha de marzo de 1832, se encuentran estas palabras: “En conexión con la traducción de las Escrituras, recibí la siguiente explicación de la Revelación de San Juan.” Entonces sigue Doctrina y Convenios 77, una revelación sumamente inusual. Es esencialmente una sesión de preguntas y respuestas entre el Señor y Su profeta. Algunos de los asuntos que aborda incluyen: la tierra como un mar de vidrio (vv. 1–2); las cuatro bestias vistas por Juan en Apocalipsis 4 (vv. 2–4); los veinticuatro ancianos que rodean el trono de Dios (v. 5); los siete sellos con los que está sellada la historia de la humanidad (vv. 6–7); los diversos ángeles descritos en Apocalipsis 7 (vv. 8–9); los 144,000 sumos sacerdotes mencionados en Apocalipsis 7 y 14 (v. 11); y los dos testigos enviados a profetizar durante el tiempo de la batalla de Armagedón (v. 15). Las respuestas a estas preguntas que se hallan en la sección 77 son muy instructivas.

Jesús enseñó: “Bienaventurados aquellos siervos, a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo, que se ceñirá, y hará que se

sienten a la mesa, y vendrá y les servirá. Porque, he aquí, viene en la primera vigilia de la noche, y también vendrá en la segunda vigilia, y otra vez vendrá en la tercera vigilia. Y de cierto os digo, que ya ha venido, como de él está escrito” (JST, Lucas 12:40–42; énfasis añadido).

¡Qué declaración tan extraña! ¿Cómo es que nuestro Señor viene en la primera vigilia de la noche y también en la segunda y tercera vigilias? Además, ¿cómo es que ya ha venido? El élder Bruce R. McConkie ofreció el siguiente comentario esclarecedor: “Uno de los grandes incentivos que anima y atrae a los hombres a vivir vidas de rectitud personal es la doctrina de la Segunda Venida del Mesías.

...Todos los ministros del Señor, todos los miembros de la Iglesia y, en realidad, todos los hombres en todas partes ('lo que a uno digo, a todos lo digo'), reciben el consejo de esperar con rectitud la venida del Señor. Sin embargo, la mayoría de los hombres morirán antes de que Él venga, y solo aquellos que vivan entonces se regocijarán o temblarán, según sea el caso, en su presencia personal. Pero todos los que se hayan preparado serán recompensados como si hubieran vivido cuando Él vino, mientras que los inicuos serán cortados y asignados a su parte con los hipócritas tan ciertamente como si hubiesen vivido en el mismo día de terror y venganza. Así, en efecto, el Señor viene en cada vigilia de la noche, en toda ocasión en que los hombres son llamados a enfrentar la muerte y el juicio.”

Las apariciones privadas del Señor

José Smith nos dio a entender que habría varias apariciones del Salvador, algunas de ellas privadas y la última muy pública; todos sabrán cuándo venga en gloria (D. y C. 49:23; 133:19–22). Primero, el Señor hará una aparición preliminar en su templo en Independence, condado de Jackson, Misuri (Malaquías 3:1; véase también D. y C. 36:8; 42:36). Esta parece ser una aparición privada a aquellos que poseen las llaves de poder en el reino terrenal. El élder Orson Pratt, al hablar de esta aparición, dijo: “Todos los que sean puros de corazón contemplarán el rostro del Señor, y eso incluso antes de que Él venga en su gloria en las nubes del cielo, porque vendrá de repente a su templo, y purificará a los hijos de Moisés y de Aarón hasta que estén preparados para ofrecer en ese templo una ofrenda que sea aceptable ante los ojos del Señor [véase Malaquías 3:3; D. y C. 13; 84:31]. Al

hacer esto, purificará no solo las mentes del Sacerdocio en ese templo, sino que también purificará sus cuerpos hasta que sean vivificados, renovados y fortalecidos, y serán parcialmente transformados, no a la inmortalidad, sino cambiados en parte para que puedan ser llenos con el poder de Dios, y puedan estar en la presencia de Jesús y contemplar su rostro en medio de ese templo.”

En segundo lugar, el Señor hará una aparición en Adam-ondi-Ahmán, “el lugar donde Adán vendrá a visitar a su pueblo, o el Anciano de Días se sentará” (D. y C. 116). Este gran concilio será la ocasión de una gran reunión sacramental, un momento en que el Hijo del Hombre volverá a participar del fruto de la vid con sus amigos terrenales. ¿Y quiénes estarán presentes? Las revelaciones especifican: Moroni, Elías, Juan el Bautista, Elías el Profeta, Abraham, Isaac, Jacob, José, Adán, Pedro, Santiago, Juan, “y también — aclara el Salvador— todos aquellos que mi Padre me ha dado del mundo” (D. y C. 27:5–14); es decir, multitudes de santos fieles desde el principio hasta el fin de los tiempos.

Esta será una aparición privada, en el sentido de que será desconocida para el mundo. Será una reunión de liderazgo, un tiempo de rendir cuentas sobre las mayordomías del sacerdocio. El profeta José Smith explicó: “Adán, el Anciano de Días, convocará a sus hijos y celebrará un concilio con ellos para prepararlos para la venida del Hijo del Hombre. Él (Adán) es el padre de la familia humana, y preside sobre los espíritus de todos los hombres, y todos los que han tenido las llaves deberán presentarse ante él en este gran concilio. ... El Hijo del Hombre se presenta ante él, y le es dada [a Cristo] la gloria y el dominio. Adán entrega su mayordomía a Cristo, aquella que le fue conferida al recibir las llaves del universo, pero conserva su posición como cabeza de la familia humana.”

El presidente Joseph Fielding Smith observó: “Esta reunión de los hijos de Adán, donde miles y decenas de miles se congregarán en juicio, será uno de los acontecimientos más grandes que esta atrabilada tierra haya visto jamás. En esta conferencia, o concilio, todos los que han poseído las llaves de dispensaciones rendirán un informe de su mayordomía. Adán hará lo mismo, y luego entregará a Cristo toda autoridad. Entonces Adán será confirmado en su llamamiento como príncipe sobre su posteridad y será

oficialmente instalado y coronado eternamente en este llamamiento presidencial. Luego Cristo será recibido como Rey de reyes y Señor de señores. No sabemos cuánto tiempo durará esta reunión, ni cuántas sesiones se llevarán a cabo en este gran concilio. ... Se les dictará juicio, porque esta es una reunión de los justos. ... No será el juicio de los inicuos. ... Esto precederá al gran día de destrucción de los inicuos y será la preparación para el Reinado Milenial.”

Cómo habrá de cumplirse esto, cómo todos estos poseedores del sacerdocio y administradores legales estarán presentes, no ha sido revelado. Pero considerando lo que somos capaces de hacer aun en nuestra propia época en términos de comunicación satelital, no es imposible concebir tal reunión.

En tercer lugar, el Salvador se aparecerá a los judíos en el Monte de los Olivos. Será en el tiempo de la batalla de Armagedón, un día en que su pueblo se encontrará con la espalda contra la pared. En ese momento, el Salvador vendrá en rescate de su pueblo del convenio:

“Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está enfrente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio, hacia el oriente y hacia el occidente, haciendo un valle muy grande; y la mitad del monte se apartará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur” (Zacarías 14:3–4).

Entonces se cumplirá la conversión de una nación en un solo día: la aceptación de los judíos de su Mesías.

“Y entonces mirarán los judíos sobre mí y dirán: ¿Qué son estas heridas en tus manos y en tus pies? Entonces sabrán que yo soy el Señor; porque yo les diré: Estas heridas son las heridas con que fui herido en la casa de mis amigos. Yo soy aquel que fue levantado. Yo soy Jesús que fue crucificado. Yo soy el Hijo de Dios. Y entonces llorarán a causa de sus iniquidades; entonces se lamentarán porque persiguieron a su rey” (D. y C. 45:51–53; véase también Zacarías 12:10; 13:6).

El retorno de Enoc

En una revelación dada a la Iglesia en marzo de 1831, el “Dios de Enoc” habló de la antigua Sion como habiendo sido: “separada de la tierra, y ... recibida para mí: una ciudad reservada hasta que venga un día de justicia” (D. y C. 45:11–12). Sabemos, por la traducción inspirada de la Biblia realizada por el Profeta José, que Enoc, el séptimo desde Adán, fue fiel a su llamamiento y predicó el evangelio con un poder espiritual extraordinario, siendo el medio para preparar a un pueblo (durante un período de 365 años; D. y C. 107:49) para llegar a ser Sion, la Ciudad de Santidad, una comunidad santa en la cual el pueblo “era de un corazón y una mente, y moraba en rectitud; y no había pobres entre ellos” (Moisés 7:18).

El élder Joseph Young, hermano de Brigham Young, recordó haber escuchado al Profeta José Smith explicar que: “el pueblo y la ciudad, y los cimientos de la tierra sobre los que reposaba, habían participado en tal medida de los elementos inmortales, otorgados a ellos por Dios mediante las enseñanzas de Enoc, que se volvió filosóficamente imposible para ellos permanecer por más tiempo sobre la tierra.”

“Y todos los días de Sion, en los días de Enoc, fueron trescientos sesenta y cinco años. Y Enoc y todo su pueblo caminaron con Dios, y habitó él en medio de Sion; y aconteció que Sion no fue más, porque Dios la recibió en su propio seno; y de allí salió el dicho: Sion ha huido” (Moisés 7:68–69).

Aprendemos, en la parte de la traducción de las Escrituras realizada por José Smith que conocemos como el libro de Moisés, que en los últimos días la justicia sería enviada desde el cielo y que la verdad saldría de la tierra, preparando el camino para el establecimiento de una Sion de los últimos días, una Nueva Jerusalén. El glorioso relato escritural entonces habla de una gran reunión, una unión de los pueblos que son puros de corazón, una verdadera comunión de los santos:

“Y dijo el Señor a Enoc: Entonces tú y toda tu ciudad os reuniréis allí [en la Nueva Jerusalén sobre la tierra], y nosotros los recibiremos en nuestro seno, y ellos nos verán; y nos echarémos sobre sus cuellos, y ellos se echarán sobre nuestros cuellos, y nos besaremos mutuamente; y allí estará mi morada, y será Sion” (Moisés 7:63–64).

Claramente, la ciudad de Enoc volverá. La Sion de arriba se unirá con la Sion de abajo. Como parte de su traducción inspirada, el Profeta llegó a comprender algo más acerca del arco iris, la señal del convenio con Enoc (ratificado con Noé; Moisés 7:50–51; Génesis 9:11–17) de que la tierra nunca más sería destruida por agua. Reflexionemos sobre las siguientes verdades profundas pronunciadas por Jehová a Noé: “Estará el arco en las nubes; y lo miraré, para acordarme del convenio sempiterno que hice con tu padre Enoc; que cuando [en los últimos días] los hombres guarden todos mis mandamientos, Sion volverá a estar sobre la tierra, la ciudad de Enoc, la cual he llevado a mí.

Y este es mi convenio sempiterno: que cuando tu posteridad reciba la verdad y mire hacia lo alto, entonces Sion [la de arriba, la Sion de Enoc] mirará hacia abajo, y todos los cielos se estremecerán de gozo, y la tierra temblará de alegría; Y la asamblea general de la iglesia del Primogénito descenderá del cielo y poseerá la tierra, y tendrá lugar hasta que venga el fin. Y este es mi convenio sempiterno, que hice con tu padre Enoc” (TJS, Génesis 9:21–23).

La purificación del planeta Tierra

“La presencia del Señor será como fuego purificador que quema, y como fuego que hace hervir las aguas. ... Y tan grande será la gloria de su presencia, que el sol esconderá su rostro avergonzado, y la luna retendrá su luz, y las estrellas serán arrojadas de sus lugares” (D. y C. 133:41–49). Será una quema selectiva, pues aquellos que se hallen en un estado u orden celestial o terrestre permanecerán en el día; todo lo demás será limpiado de la superficie de este planeta. Los que mienten, engañan y roban; los que se deleitan en la inmoralidad y pervierten los caminos de la rectitud; los que se burlan y señalan con el dedo de escarnio a los Santos del Altísimo: todos estos serán consumidos en su venida, morirán la muerte que nos es familiar, y sus espíritus habitarán en el mundo de los espíritus, donde esperarán la última resurrección al fin de los mil años. La segunda venida en gloria es “el fin del mundo”, es decir, el fin de lo mundano, la destrucción de los inicuos (José Smith—Mateo 1:4, 31).

Citando a un profeta anterior, escribió Nefi: “Pronto viene el tiempo en que Satanás no tendrá más poder sobre los corazones de los hijos de los

hombres; porque pronto viene el día en que todos los soberbios y los que obran iniquidad serán como rastrojo; y el día viene en que serán quemados. Porque pronto viene el tiempo en que la plenitud de la ira de Dios será derramada sobre todos los hijos de los hombres; porque no permitirá que los inicuos destruyan a los justos.

Por tanto, preservará a los justos por su poder, aun cuando sea necesario que venga la plenitud de su ira, y los justos sean preservados hasta la destrucción de sus enemigos por fuego. Por tanto, los justos no tienen por qué temer; porque así dice el profeta: serán salvos, aun cuando sea como por fuego" (1 Nefi 22:15–17; énfasis añadido; véase también 1 Nefi 22:23; compárese con Malaquías 4:1).

Moroni explicó que "los que vendrán"—es decir, el Señor y sus ángeles destructores—"los quemarán, dice el Señor de los Ejércitos, de modo que no les quedará raíz ni rama" (José Smith—Historia 1:37).

La primera resurrección se reanudará. Los justos muertos de las edades pasadas—los que califican para la primera resurrección, específicamente aquellos que murieron fieles desde que la primera resurrección comenzó en la meridiana dispensación—vendrán con el Salvador cuando regrese en gloria (TJS, 1 Tesalonicenses 4:13–17). La victoria sobre la muerte se habrá consumado.

Además, cuando el Salvador aparezca estará vestido de rojo. El rojo es símbolo de victoria—victoria sobre el diablo, la muerte y el infierno. Es el símbolo de la salvación, de estar más allá del poder de todos los enemigos. La vestidura roja de Cristo también simboliza ambos aspectos de su ministerio a la humanidad caída: su misericordia y su justicia.

Porque en Getsemaní él pisó el lagar solo, "el lagar de la ira del Dios Todopoderoso" (D. y C. 76:107; 88:106), descendió por debajo de todas las cosas y misericordiosamente tomó sobre sí nuestras manchas, nuestra sangre, nuestros pecados (2 Nefi 9:44; Jacob 1:19; 2:2; Alma 5:22). Además, viene con vestiduras teñidas, como el Dios de justicia, aquel que ha hollado a los inicuos bajo sus pies (D. y C. 133:48–51).

Aquellos que sean de al menos un nivel de rectitud terrestre continuarán viviendo como mortales después de que el Señor regrese. Los Santos vivirán hasta “la edad del hombre”, en las palabras de Isaías, la edad de cien años (Isaías 65:20), y luego pasarán por la muerte y serán transformados instantáneamente de la mortalidad a la inmortalidad resucitada (D. y C. 63:49–51; véase también TJS, Isaías 65:20).

Hablando de esos mortales que permanezcan en la tierra cuando el Señor venga en gloria, el presidente Joseph Fielding Smith señaló que:

“Los habitantes de la tierra tendrán una especie de traslación. Serán transferidos a una condición del orden terrestre, y así tendrán poder sobre la enfermedad y tendrán poder para vivir hasta llegar a cierta edad y luego morirán.”

La tierra será transformada de una gloria celestial a una gloria terrestre, a aquella condición paradisíaca de la cual hablan las Escrituras y los profetas, aquella condición gloriosa que prevaleció en el Edén antes de la Caída (Artículos de Fe 1:10). En verdad habrá un cielo nuevo y una tierra nueva (Isaías 65:17; Apocalipsis 21:1).

Cuando “el rostro del Señor se descubra”, en ese día, “los santos que estén sobre la tierra, que estén vivos, serán vivificados y serán arrebatados para recibirla” (D. y C. 88:95–96).

El pecado y la iniquidad serán consumidos por el resplandor de la venida del Rey de Sion, y la tierra finalmente descansará (Moisés 7:48; compárese con Romanos 8:22). El Salvador estará en medio de nosotros (3 Nefi 20:22; 21:25). Reinará sobre Sion y ministrará entre su pueblo escogido tanto en la Jerusalén Antigua como en la Nueva Jerusalén. Morará entre sus Santos, sin duda los instruirá en sus congregaciones y se asegurará de que su doctrina sea declarada de un extremo al otro de esta tierra.

Una tierra paradisíaca

Isaías declaró proféticamente que en aquel día: “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo se echará con el cabrío; el becerro y el leoncillo y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león, como el buey, comerá paja. Y

el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte” (Isaías 11:6–9; compárese con 65:25). Es decir: “En aquel día cesará de delante de mi faz la enemistad de los hombres, y la enemistad de las bestias, sí, la enemistad de toda carne” —una enemistad, una tensión natural y una intranquilidad que vinieron como consecuencia de la Caída— (D. y C. 101:26). Uno apenas puede imaginar —aunque glorioso es intentarlo— una vida sin dolor físico ni muerte prematura, una existencia sin la tristeza que acompaña al pecado y al extravío, sin la desilusión asociada con la dishonestad y la codicia.

Los mortales habitarán la tierra junto con los inmortales durante todo el milenio. Las personas que permanezcan en el día de la venida del Señor en gloria continuarán viviendo en esta tierra en un estado edénico. Trabajarán, estudiarán, crecerán, interactuarán, amarán y socializarán como antes, pero tales cosas se llevarán a cabo en un ambiente totalmente moral.

El Profeta José Smith enseñó en Ramus, Illinois: “Cuando aparezca el Salvador, lo veremos tal como es. Veremos que es un hombre como nosotros. Y la misma sociabilidad que existe entre nosotros aquí existirá entre nosotros allá, solo que estará acompañada de gloria eterna, gloria que ahora no gozamos” (D. y C. 130:1–2; énfasis añadido).

Y, como declaró Isaías: “Y edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma” (Isaías 65:21–22).

Es decir, en el Milenio los individuos disfrutarán de los frutos de sus labores. En un mundo donde no habrá extorsión, ni sobornos, ni crimen organizado; donde no existirán leyes injustas, ni distinciones de clase según ingresos o posibilidades de aprendizaje, la gente ya no será presa de los perversos ni de los maliciosos. Nuestros anhelos de estabilidad, de longevidad y de permanencia quedarán en gran medida satisfechos, porque el padre de las mentiras y aquellos que han difundido su influencia no tendrán lugar en la tierra durante los mil años.

Un apóstol moderno, el élder Dallin H. Oaks, enseñó: “Sabemos que muchos Santos de los Últimos Días maravillosos y dignos actualmente

carecen de las oportunidades ideales y de los requisitos esenciales para su progreso. La soltería, la falta de hijos, la muerte y el divorcio frustran ideales y postergan el cumplimiento de las bendiciones prometidas. Además, algunas mujeres que desean ser madres y amas de casa de tiempo completo se han visto literalmente obligadas a entrar en la fuerza laboral de tiempo completo. Pero estas frustraciones son solo temporales. El Señor ha prometido que en la eternidad ninguna bendición será negada a Sus hijos e hijas que guarden los mandamientos, sean fieles a sus convenios y deseen lo que es correcto.

Muchas de las privaciones más importantes de la mortalidad serán corregidas en el Milenio, que es el tiempo para cumplir todo lo que quedó incompleto en el gran plan de felicidad para todos los hijos dignos de nuestro Padre. Sabemos que eso será cierto en cuanto a las ordenanzas del templo. Yo creo que también será cierto en lo relativo a las relaciones y experiencias familiares.”

Nuestro Señor y Dios gobernará a su pueblo desde dos capitales mundiales, “Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor” (Isaías 2:3). “Y su voz saldrá de Sion” —refiriéndose a Independence, Misuri— “y hablará desde Jerusalén, y su voz será oída entre todos los pueblos; y será una voz como la voz de muchas aguas, y como la voz de un gran trueno, que derribará los montes, y los valles no serán hallados” (D. y C. 133:21–22). En aquel día, el David de los últimos días, incluso Jesucristo, el verdadero Hijo de David, unirá a Efraín y a Judá y presidirá sobre todo Israel, de un extremo al otro de la tierra. Así se cumplirá el decreto divino: “Estad sujetos a las potestades que hay, hasta que reine aquel cuyo derecho es reinar, y ponga a todos los enemigos debajo de sus pies” (D. y C. 58:22; énfasis añadido).

Los que en ese día hayan aceptado la plenitud del evangelio conocerán a su Dios y se verán constreñidos a obedecer su voluntad y guardar sus mandamientos: “Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:34; énfasis añadido).

José Smith preguntó: “¿Cómo se ha de hacer esto? Se ha de hacer por este poder sellador, y por el otro Consolador del cual se habla”—el Segundo Consolador, el mismo Señor Jesús—“que se manifestará por revelación.”

Será un día cuando Cristo y los santos resucitados morarán en la tierra. El hermano William T. McIntire relató haber escuchado al Profeta enseñar: “Que Jesús será residente en la tierra mil [años] con los Santos no es el caso, sino que reinará sobre los Santos y descenderá e instruirá, como lo hizo con los quinientos hermanos [1 Corintios 15:6]; y aquellos de la primera resurrección también reinarán con Él sobre los Santos.”

Será un tiempo en el cual todos habrán crecido en el Señor (Helamán 3:21), habrán cultivado los dones del Espíritu y habrán recibido una plenitud del Espíritu Santo (D. y C. 109:15). El Espíritu Santo los habrá enseñado y santificado hasta que estén preparados para entrar en la presencia de Cristo e incluso del Padre. Será el día del Segundo Consolador, el día en que los Santos cuyos ojos sean simples para la gloria de Dios lo verán (D. y C. 88:67–68).

Aunque Satanás habrá sido desterrado de la tierra por el verdadero Rey de reyes, y aunque habrá sido atado por la rectitud del pueblo, toda la humanidad conservará su albedrío moral. Ejercerán el poder de elegir. Por razones que no han sido plenamente reveladas, llegará un tiempo al final de los mil años cuando “los hombres volverán a negar a su Dios” (D. y C. 29:22), cuando el diablo será desatado por “un poco de tiempo” (Apocalipsis 20:7–8; D. y C. 29:22; 43:31; 88:111). Es decir, habrá quienes, a pesar de la luz y la verdad que los rodean, elegirán rebelarse abiertamente contra nuestro Padre, Su Hijo Amado y el gran plan de felicidad. Satanás será nuevamente “desatado por un poco de tiempo, para que pueda reunir a sus ejércitos” (D. y C. 88:111; véase también 43:31).

La conquista final de Satanás sobre las almas de los hombres, al final del Milenio, se limitará únicamente a los mortales. Los seres inmortales y exaltados —aquellos que hayan sido transformados en un abrir y cerrar de ojos, o los personajes resucitados que ministren en la tierra de vez en cuando— no pueden caer, no pueden apostatar. Su salvación es segura. El “fin de la tierra” (D. y C. 88:101; José Smith—Mateo 1:55) es la purificación y celestialización final del planeta. Habiendo sido bautizada por agua en los

días de Noé y confirmada, o bautizada por fuego, en la época de la Segunda Venida, la tierra pasará por el equivalente de una muerte y una resurrección. Se convertirá en un orbe glorificado, celestial, por cuanto habrá cumplido la medida de su creación (D. y C. 88:25). Entonces la tierra será una morada digna para los verdaderos y fieles: “Para que los cuerpos que son del reino celestial la posean para siempre jamás; porque para este fin fue hecha y creada, y para este fin son santificados” (D. y C. 88:20).

Conclusión

El profeta José Smith y sus seguidores se regocijaban en la verdad suprema de que llegaría un tiempo en que todos verían ojo a ojo, cuando la sospecha y la persecución ya no existirían, cuando “todo lo prometido a los Santos les será dado, / Y nadie los molestará desde la mañana hasta la noche.”

En resumen, hallaban consuelo y paz en la seguridad de que un día las cosas cambiarían. La bondad, la honestidad y la integridad serían el orden del día; la moralidad y la decencia caracterizarían a hombres y mujeres en todo el mundo.

Aunque hubo y habrá muchos lugares difíciles por los que los Santos tendrían que pasar; aunque abundarían pruebas y dificultades por todos lados; aunque la enfermedad, la muerte y la desesperación serían desenfrenadas antes de la venida del Señor, un día el Rey de reyes y Señor de señores tomará el control de todas las cosas, y un nuevo día amanecerá: “Porque yo, el Todopoderoso, he puesto mis manos sobre las naciones, para azotarlas por su iniquidad. Y plagas irán sobre la tierra, y no serán quitadas de ella hasta que haya cumplido mi obra, la cual será abreviada en rectitud; hasta que todos los que permanezcan, desde el menor hasta el mayor, me conozcan, y sean llenos del conocimiento del Señor, y vean ojo a ojo” (D. y C. 84:96–98).

El mensaje principal del libro de Apocalipsis es un mensaje para nosotros, al igual que lo fue para las siete iglesias de Asia: ¡Resistan! Sed firmes e inamovibles. Perseverad fieles hasta el fin. El tiempo de la liberación llegará.

Capítulo 20

Lo que el hombre puede llegar a ser

Nauvoo, abril de 1844. Los disidentes reaccionaron negativamente al creciente poder e influencia política del Profeta en Nauvoo, a la enseñanza de la salvación por los muertos mediante las ordenanzas del templo, y a la práctica del matrimonio plural entre algunos de los élderes dirigentes. Tal vez igual de problemáticas para este sector de la comunidad fueron las enseñanzas acerca de la naturaleza de Dios y la glorificación final del hombre. Estas ideas fueron comunicadas por José principalmente en un servicio conmemorativo celebrado el 7 de abril de 1844 para un miembro de la comunidad de Santos de los Últimos Días que había muerto en un accidente, un hombre llamado King Follett. El sermón, pronunciado en lo que se conocía como el East Grove, fue entregado a varios miles de personas.

Cientos de horas de interacción interreligiosa han sido para mí no solo un reto intelectual y una recompensa espiritual, sino también increíblemente reveladoras. Con esto quiero decir que, al interactuar con personas de otras religiones, he aprendido mucho acerca de cómo somos percibidos los Santos de los Últimos Días por ellos: qué piensan que pensamos, qué creen que creemos y practicamos, quiénes creen que somos.

Habiéndome presentado ya —a lo largo del tiempo— ante lo que deben de ser miles de personas de diversas tradiciones de fe, y al tratar de responder a sus preguntas, se me ha hecho claro cuáles son los elementos de la fe de los Santos de los Últimos Días que resultan más atractivos, más convincentes y persuasivos, y por supuesto cuáles son los más difíciles o problemáticos. Los temas que han surgido con frecuencia incluyen nuestra creencia en escrituras extrabíblicas, por qué construimos templos, por qué las mujeres Santos de los Últimos Días no son ordenadas al sacerdocio, las

normas morales de la Iglesia, declaraciones o enseñanzas inusuales de los primeros líderes de la Iglesia, el matrimonio plural y por qué los hombres de ascendencia africana no pudieron poseer el sacerdocio hasta 1978.

Ahora bien, aunque no puedo hablar por otros que hayan estado en situaciones similares —y reconociendo que sus experiencias pueden haber sido diferentes a las mías—, quizá la pregunta que más a menudo se ha planteado, con mayor consistencia, y en algunos casos con una curiosidad cercana a la sospecha, es alguna variación de la siguiente: “¿Es cierto que ustedes creen que algún día llegarán a ser dioses?” Otros lo formulan de este modo: “¿Realmente creen que crearán y gobernarán sus propios mundos?” Y detrás de esas preguntas se percibe a veces un aire no expresado pero evidente de: “¡Qué audacia!” Una vez más, reiteramos que esta doctrina fue restaurada de manera gradual, en piezas incrementales, un elemento del rompecabezas tras otro, precepto por precepto.

Verdad sobre Verdad

Recordemos que los Santos de los Últimos Días leen y estudian la misma **Biblia** que nuestros amigos de otras confesiones cristianas. Toda la humanidad, al igual que Cristo, ha sido creada a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:27; Moisés 2:27), y por lo tanto, los Santos de los Últimos Días sienten que no es ni audacia ni herejía que los hijos de Dios aspiren a llegar a ser como Dios. Consideraremos las implicaciones de los siguientes pasajes de las Escrituras:

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48).

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son [hijos] de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:14–17; énfasis añadido).

“Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen [de Cristo], como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:17–18).

“Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1:2–4; énfasis añadido).

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados [hijos] de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos [hijos] de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él aparezca, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:1–2; énfasis añadido).

Basta con preguntarse: ¿Qué significan estos pasajes bíblicos? ¿Es siquiera concebible que mortales frágiles y débiles puedan alguna vez esperar llegar a ser perfectos como lo es Dios el Padre? Si no, ¿por qué habría su Hijo Amado de llamar y desafiar a los hijos de Dios a llegar a serlo?

Además, ¿es razonable que los seguidores de Cristo, que viven en un mundo de pecado, pudieran de algún modo llegar a ser coherederos con Cristo de todo lo que el Padre tiene? ¿Qué debemos pensar de la enigmática y fascinante afirmación de Pedro de que, mediante el evangelio de Jesucristo, los mortales puedan llegar a ser participantes de la naturaleza divina? ¿Pueden los mortales llegar a ser divinos? Y finalmente, ¿deberían los discípulos cristianos tomar en serio la proposición de Juan de que, cuando el Salvador aparezca en gloria, aquellos que lo vean tal como es serán semejantes a él?

Parece que la primera revelación de la doctrina de la deificación a la Iglesia restaurada vino en la visión de las glorias del 16 de febrero de 1832 en la

casa de John Johnson, en Hiram, Ohio. Aquellos que alcanzan el grado más alto del cielo son descritos como personas que: “Vencen por la fe, y son sellados por el Santo Espíritu de la promesa, que el Padre derrama sobre todos los que son justos y verdaderos. Ellos son la iglesia del Primogénito. Ellos son aquellos en cuyas manos el Padre ha entregado todas las cosas; ellos son sacerdotes y reyes, que han recibido de su plenitud y de su gloria; ... por tanto, como está escrito [Salmo 82:6; Juan 10:34], son dioses, sí, los hijos [e hijas] de Dios” (D. y C. 76:53–58; énfasis añadido).

Digo con cautela que esta visión parece ser la primera revelación de esta doctrina porque, como vimos en el capítulo 17, sabemos que muchas partes de la revelación sobre el matrimonio eterno, registrada en Doctrina y Convenios 132, le fueron dadas al Profeta durante su traducción inspirada de la Biblia, ya en 1831. En esa revelación se nos dice que aquellos cuyos matrimonios y vidas son sellados por el Santo Espíritu de la Promesa, que reciben las dos grandes bendiciones de la vida eterna —la plenitud del Padre y la continuación eterna de la familia, vidas eternas (D. y C. 132:19, 24)—: “son dioses, porque no tienen fin; por tanto, serán de eternidad en eternidad, porque continúan; entonces estarán por encima de todo, porque todas las cosas les están sujetas. Entonces serán dioses, porque tendrán todo poder, y los ángeles estarán sujetos a ellos” (D. y C. 132:20; énfasis añadido).

En septiembre de 1832, en medio de la explicación del Señor sobre las condiciones del juramento y convenio del sacerdocio de Melquisedec, el Señor declaró: “Porque el que recibe a mis siervos, a mí me recibe; y el que a mí me recibe, recibe a mi Padre; y el que recibe a mi Padre, recibe el reino de mi Padre; por tanto, todo lo que mi Padre tiene le será dado” (D. y C. 84:36–38; énfasis añadido). Tres meses después, como parte de la maravillosa revelación que conocemos como la Hoja de Olivo, el Profeta fue instruido: “Y además, otro ángel tocará su trompeta, ... diciendo: ¡Consumado es! ¡Consumado es! El Cordero de Dios ha vencido y ha pisado él solo el lagar, el lagar de la ira del Dios Todopoderoso.” Y obsérvese este lenguaje: “Y entonces los ángeles serán coronados con la gloria de su poder, y los santos serán llenos de su gloria, y recibirán su herencia y serán hechos iguales a él” (D. y C. 88:106–107; énfasis añadido).

Como vimos anteriormente, las Lectures on Faith (*Lecciones sobre la Fe*) fueron impartidas en el invierno de 1834–35 en Kirtland, Ohio. La Lección Cinco no solo constituye una profunda y significativa exposición sobre la Divinidad, sino que también se refiere específicamente a que los hombres y las mujeres lleguen a ser como Dios al ser agraciados y revestidos con el poder, la gloria y la mente de la Deidad.

Allí se nos instruye que: “Todos los que guarden los mandamientos de [Dios] crecerán de gracia en gracia, y se convertirán en herederos del reino celestial y coherederos con Jesucristo; poseyendo la misma mente, siendo transformados en la misma imagen o semejanza, incluso la misma imagen expresa de aquel que lo llena todo en todo; estando llenos de la plenitud de su gloria, y llegando a ser uno en él, así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno.”

Los Santos, por lo tanto, “tienen un fundamento seguro establecido para el ejercicio de la fe para vida y salvación, mediante la expiación y la mediación de Jesucristo.” Esto ocurre cuando participamos “de la plenitud del Padre y del Hijo por medio del Espíritu. Así como el Hijo participa de la plenitud del Padre por medio del Espíritu, de la misma manera los santos han de participar de la misma plenitud, para gozar de la misma gloria; porque así como el Padre y el Hijo son uno, de igual manera los santos han de ser uno en ellos. Por el amor del Padre, la mediación de Jesucristo y el don del Espíritu Santo, han de ser herederos de Dios y coherederos con Jesucristo.”

Hablando de una experiencia que su hermano Lorenzo tuvo antes de su bautismo en la Iglesia restaurada en junio de 1836, Eliza R. Snow escribió: “Estando presente en una ‘reunión de bendiciones’ en el Templo [de Kirtland], antes de su bautismo en la Iglesia: después de escuchar varias bendiciones patriarcales pronunciadas sobre las cabezas de diferentes individuos cuya historia conocía, y de quienes sabía que el Patriarca era totalmente ignorante; quedó asombrado al escuchar que las particularidades de esas personas eran positivamente y claramente referidas en sus bendiciones. Y, como él mismo expresó después, quedó convencido de que una influencia, superior a la presciencia humana, dictaba las palabras de quien oficiaba.” En esa ocasión, Lorenzo conoció al Patriarca José Smith, padre, y el Padre Smith le dijo a Lorenzo: “Pronto

quedarás convencido de la verdad de la obra de los últimos días, y serás bautizado; y te digo: Llegarás a ser tan grande como puedas desear—tan grande como Dios, y no podrás desear ser más grande.” En la primavera de 1840, justo antes de partir en una misión a Inglaterra, Lorenzo se encontró en una conversación doctrinal con Henry G. Sherwood. El hermano Sherwood intentaba explicar la parábola del Salvador sobre los obreros de la viña (Mateo 20:1–16). “Mientras escuchaba atentamente su explicación —declaró Lorenzo—, el Espíritu del Señor reposó poderosamente sobre mí; los ojos de mi entendimiento fueron abiertos, y vi tan claro como el sol en su cenit, con asombro y maravilla, la senda de Dios y del hombre. Compuse entonces el siguiente pareado que expresa la revelación, tal como me fue mostrada...”

*“Así como el hombre es ahora, Dios una vez fue;
Así como Dios es ahora, el hombre puede llegar a ser.”*

Lorenzo Snow “sintió que esto era una comunicación sagrada, la cual no relaté a nadie excepto a mi hermana Eliza, hasta que llegué a Inglaterra, cuando en una conversación privada y confidencial con el presidente Brigham Young, en Mánchester, le relaté esta extraordinaria manifestación.” Al reflexionar más tarde sobre esta profunda doctrina, Lorenzo confesó: “No sabía si había llegado a poseer un conocimiento que no me correspondía tener; pero sabía que era verdad. Nada de esta índole había llegado jamás a mis oídos antes.” Luego, al referirse a una reunión privada de líderes de la Iglesia algún tiempo después, dijo: “Fue predicado unos pocos años más tarde; por lo menos, el Profeta José enseñó esta idea a los Doce Apóstoles.” Y, por supuesto, fue en el Sermón King Follett donde José, el Vidente, expuso este tema en un contexto público.

El discurso de King Follett

El 7 de abril de 1844, menos de tres meses antes de su martirio, el profeta José Smith pronunció un discurso fúnebre en memoria de King Follett, un residente de Nauvoo y miembro de la Iglesia que había muerto en un accidente mientras cavaba un pozo.

El servicio conmemorativo por el hermano Follett se llevó a cabo en conjunto con la conferencia general de la Iglesia y fue atendido por miles de Santos de los Últimos Días.

El sermón del Profeta abordó las siguientes doctrinas:

- Dios, un hombre exaltado, una vez vivió en una tierra, así como nosotros vivimos ahora.
- Es posible que toda persona llegue a ser, mediante los poderes transformadores del Todopoderoso que se nos extienden, como nuestro Padre Celestial.
- Crear no significa hacer de la nada, sino organizar o formar a partir de materiales preexistentes.
- En la existencia premortal, nuestro Padre Celestial, la Cabeza de los dioses, convocó un concilio de dioses para contemplar y preparar la creación de la tierra.
- La mente del hombre es coeterna con Dios. Dios es un ser autoexistente, y lo mismo lo es la parte eterna e increada del hombre.
- La mayor responsabilidad que Dios nos ha dado es buscar a nuestros muertos.
- El pecado imperdonable es una ofensa grave que no será perdonada en este mundo ni en el venidero.
- Los niños pequeños que mueren antes de la edad de responsabilidad son salvos en el más alto cielo. Los padres dignos que pierdan a sus pequeños tendrán el privilegio de criarlos hasta la madurez.

El Sermón King Follett es, sin duda, uno de los discursos más memorables y ciertamente más distintivos pronunciados por José Smith. Para los Santos de los Últimos Días, este sermón sugiere una relación con la Deidad que expande nuestra mente y ensancha nuestras perspectivas sobre la vida presente y la venidera. Para los de otras religiones, en particular los cristianos tradicionales, este discurso suele provocar fuertes reacciones: antagonismo teológico, acusaciones de herejía.

En este discurso, el profeta José rechazó como inadecuado e inaceptable al dios incognoscible, inalcanzable e inasequible de Platón. Este sermón nos

presenta a un Dios que es, como lo afirman las revelaciones, “infinito y eterno, de eternidad en eternidad, el mismo Dios inmutable” que está “entronizado con gloria, honor, poder, majestad, fuerza, dominio, verdad, justicia, juicio, misericordia y una infinitud de plenitud, de eternidad en eternidad” (D. y C. 20:17; 109:77). Este Ser glorioso también se deleita en honrar a sus hijos, no es egoísta con su gloria y su poder, y desea que sus hijos —toda la familia humana— lleguen a ser como Él es.

Este sermón no forma parte del canon de las Escrituras, no se encuentra dentro de las obras estándar, y por lo tanto no tiene el mismo peso a la hora de determinar y explicar doctrina que los escritos de la Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio. Además, dado que José Smith murió poco tiempo después de pronunciar este discurso, no poseemos sus percepciones proféticas suplementarias sobre algunos de los puntos doctrinales más difíciles.

Por ejemplo, como pueblo no tenemos dificultad en aceptar la verdad de que Dios fue una vez un hombre; de hecho, creemos que es un hombre ahora. Sin embargo, no poseemos detalles doctrinales sobre la vida mortal de Dios más allá de lo que enseñó el Profeta. Asimismo, corresponde a los sucesores apostólicos y proféticos de José exponer cómo nuestro Padre Celestial puede ser un hombre que llegó a ser exaltado (lo cual aceptamos) y ser eternamente Dios (lo cual también aceptamos). No obstante, no sabemos con exactitud qué significa llegar a ser como Dios, más allá de obtener la exaltación y la vida eterna, lo cual implica recibir una plenitud de la gloria y del poder del Padre, así como disfrutar de la continuación de la unidad familiar en la eternidad (D. y C. 132:19–20).

Dado que muchos de los que asistieron informaron haber escuchado un mensaje que pudo haber durado hasta dos horas (y que requiere entre treinta y cuarenta y cinco minutos para leerse), y puesto que no ha habido ninguna proclamación o declaración oficial que amplíe, aclare o refine las enseñanzas del sermón por parte de quienes poseen las llaves de la autoridad del sacerdocio, lo leemos como un discurso histórico muy significativo, uno que en muchos sentidos ilustra las alturas espirituales e intelectuales a las que aspiraban los Santos en Nauvoo, la Ciudad de José. Hoy lo leemos como un pueblo que no teme abordar asuntos teológicos

serios, que a veces se atreve a pensar más allá de donde los cristianos confesionales cautelosos se atreven a ir. Y lo leemos como creyentes de “todo lo que Dios ha revelado, todo lo que ahora revela, y creemos que aún revelará muchas cosas grandes e importantes concernientes al Reino de Dios” (Artículos de Fe 1:9).

Comenzamos nuestra exposición aquí con la profunda percepción del Profeta acerca tanto de Dios como del hombre: “Si los hombres no comprenden el carácter de Dios, no se comprenden a sí mismos.” José procuró derribar la colosal creencia cristiana que había estado en pie durante siglos y siglos: que Dios es totalmente otro, que es de una especie distinta al hombre, que Dios es el Creador y nosotros somos simplemente criaturas. José propuso con valentía y sin titubeos que, si un hombre o una mujer desea sinceramente comprender la naturaleza de la humanidad, debe adentrarse en las santas Escrituras, debe escudriñar la palabra profética, para descubrir exactamente cómo es la Deidad. Si sabes cómo es Aquel que ha llegado a la plenitud, puedes comenzar a entender con mayor claridad lo que aquel que está en proceso puede finalmente llegar a ser. El filósofo Santo de los Últimos Días Truman Madsen lo expresó bellamente: “Uno comienza la mortalidad con el velo corrido, pero poco a poco es impulsado a penetrar el velo dentro de sí mismo. Con el tiempo, es conducido a buscar el *santo de los santos* dentro del templo de su propio ser.”

Dios fue una vez un hombre

José, el Vidente, preguntó: “¿Qué clase de ser era Dios en el principio?” La contundencia de su respuesta ha deleitado a sus seguidores, al mismo tiempo que ha escandalizado a sus críticos: “¡Dios mismo fue una vez como nosotros somos ahora, y es un hombre exaltado, y se sienta entronizado en los cielos! Ese es el gran secreto. Si el velo se rasgara hoy, y el gran Dios que mantiene este mundo en su órbita, y que sostiene todos los mundos y todas las cosas por su poder, se hiciera visible —digo, si lo vierais hoy, lo veríais en forma como la de un hombre— como vosotros mismos, en la persona, la imagen y la misma forma de un hombre; porque Adán fue creado según la misma forma, imagen y semejanza de Dios, y recibió

instrucción de Él, y anduvo, habló y conversó con Él, como un hombre habla y se comunica con otro.”

Y añadió: “El primer principio del Evangelio es saber con certeza el Carácter de Dios, y saber que podemos conversar con Él como un hombre conversa con otro, y que Él fue una vez un hombre como nosotros; sí, que Dios mismo, el Padre de todos nosotros, habitó en una tierra, lo mismo que Jesucristo mismo lo hizo.”

Esta doctrina es, sin duda, sorprendente. Pero, ¿es irreverente o blasfema, como muchos sostienen? Yo pienso que no. ¿Qué está diciendo el Profeta y qué no está diciendo?

Primero, que Dios es más que una palabra, una esencia, una fuerza, una ley, más que la gran primera causa; Él tiene forma, figura, imagen y semejanza. Es un Él; tiene género. Esto no es tan extraño, pues el Profeta dejó en claro en 1843 que: “El Padre tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el del hombre” (D. y C. 130:22). De nuevo, que Él fue “una vez un hombre” no resulta tan sorprendente, dado que los Santos de los Últimos Días creen que todavía es un hombre, un ser humano exaltado, ciertamente, un Hombre de Santidad glorificado (Moisés 6:57). Tiene forma y figura, forma y figura humanas. Esto es lo que los Santos de los Últimos Días quieren decir cuando afirman que Dios y el hombre son de la misma especie.

El concepto de que Dios tiene un cuerpo físico (D. y C. 130:22) está inextricablemente ligado a doctrinas como la inmortalidad del alma, la encarnación de Cristo, la resurrección literal, el matrimonio eterno y la continuación de la unidad familiar en la eternidad. En su naturaleza corporal o física, Dios solo puede estar en un lugar a la vez. Su naturaleza divina, sin embargo, es tal que su gloria, su poder y su influencia —es decir, su Espíritu Santo— llenan la inmensidad del espacio y son el medio por el cual Él es omnipresente y mediante el cual se nos extienden la ley, la luz y la vida (D. y C. 88:6–13).

El cuerpo físico del Padre no limita su capacidad ni resta en absoluto a su santidad infinita, más de lo que el cuerpo resucitado de Cristo lo hizo (Lucas

24:36–39; Juan 20–21). El Señor resucitado dijo de sí mismo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18).

Eso no suena en absoluto como si Jesús estuviera limitado de alguna manera por su fisicalidad.

Como señaló el historiador Richard Bushman: “En la visión de José, hacer a Dios corpóreo no lo disminuía: José tenía poca noción de que la carne fuera algo vil. En contraste con las teologías convencionales, José veía la corporeidad como un aspecto glorioso de la existencia humana.”

Curiosamente, las investigaciones del profesor David Paulsen, del Departamento de Filosofía de la Universidad Brigham Young, indicaron que la idea de la corporeidad de Dios se enseñó en la Iglesia cristiana primitiva hasta los siglos IV y V, antes de que se perdiera del conocimiento del pueblo.

Académicos de otras religiones también han comentado sobre la posibilidad de la corporeidad de Dios. Por ejemplo, James L. Kugel, profesor emérito de literatura hebrea en la Universidad de Harvard, escribió que algunos de los supuestos más básicos de los estudiosos acerca de Dios —incluida la idea de “que no tiene cuerpo pero existe en todas partes simultáneamente”— no se encuentran “articulados en las partes más antiguas de la Biblia. ... Nos gusta pensar que lo que nuestras religiones enseñan hoy en día acerca de Dios es lo que la gente siempre ha creído.”

Además, “las narrativas bíblicas no gustaban de hablar de Dios apareciéndose realmente a los seres humanos directamente y conversando con ellos cara a cara. La razón no era que Dios en aquellos días se pensara invisible, y ciertamente no que Él fuera (como filósofos y teólogos posteriores afirmarían) enteramente espiritual y por lo tanto sin cuerpo que pudiera ser visto. Más bien, en la Biblia Dios no suele ser visto por los seres humanos por una razón completamente distinta: especialmente en las partes más antiguas, se creía que verlo era extremadamente peligroso.”

Kugel observó que: “El mismo Dios que detuvo a los patriarcas y habló con Moisés cara a cara es percibido en tiempos posteriores como una enorme deidad cósmica—no necesariamente invisible ni carente de cuerpo, sino tan

inmensa como para superar nuestras propias capacidades de comprensión, casi nuestra imaginación.”

Esta doctrina es, sin duda, sorprendente. Pero, ¿es irreverente o blasfema, como muchos sostienen? Yo pienso que no. ¿Qué está diciendo el Profeta y qué no está diciendo?

Primero, que Dios es más que una palabra, una esencia, una fuerza, una ley, más que la gran causa primera; Él tiene forma, figura, imagen y semejanza. Es un Él; tiene género. Esto no es tan extraño, pues el Profeta dejó en claro en 1843 que: “El Padre tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el del hombre” (D. y C. 130:22).

De nuevo, que Él fue “una vez un hombre” no resulta tan sorprendente, dado que los Santos de los Últimos Días creen que todavía es un hombre, un ser humano exaltado, ciertamente, un Hombre de Santidad glorificado (Moisés 6:57). Tiene forma y figura, forma y figura humanas. Esto es lo que los Santos de los Últimos Días quieren decir cuando afirman que Dios y el hombre son de la misma especie.

El concepto de que Dios tiene un cuerpo físico (D. y C. 130:22) está inextricablemente vinculado a doctrinas como la inmortalidad del alma, la encarnación de Cristo, la resurrección literal, el matrimonio eterno y la continuación de la familia en la eternidad. En su naturaleza corporal o física, Dios solo puede estar en un lugar a la vez. Su naturaleza divina, sin embargo, es tal que su gloria, su poder y su influencia —es decir, su Espíritu Santo— llenan la inmensidad del espacio y son el medio por el cual Él es omnipresente y mediante el cual se extienden hacia nosotros la ley, la luz y la vida (D. y C. 88:6–13).

El cuerpo físico del Padre no limita su capacidad ni disminuye en lo más mínimo su santidad infinita, más de lo que el cuerpo resucitado de Cristo lo hizo (Lucas 24:36–39; Juan 20–21). El Señor resucitado dijo de sí mismo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). Eso no suena en absoluto como si Jesús estuviera limitado de alguna manera por su fisicalidad.

Como señaló el historiador Richard Bushman: “En la visión de José, hacer a Dios corpóreo no lo reducía: José tenía poca noción de que la carne fuera algo vil. En contraste con las teologías convencionales, José veía la corporeidad como un aspecto glorioso de la existencia humana.”

Curiosamente, las investigaciones del profesor David Paulsen, del Departamento de Filosofía de la Universidad Brigham Young, indicaron que la idea de la corporeidad de Dios se enseñó en la Iglesia cristiana primitiva hasta los siglos IV y V, antes de que se perdiera del conocimiento del pueblo.

Académicos de otras religiones también han comentado sobre la posibilidad de la corporeidad de Dios. Por ejemplo, James L. Kugel, profesor emérito de literatura hebrea en la Universidad de Harvard, escribió que algunos de los supuestos más básicos de los estudiosos acerca de Dios — incluida la idea de “que Él no tiene cuerpo pero existe en todas partes simultáneamente” — no se encuentran “articulados en las partes más antiguas de la Biblia. ... Nos gusta pensar que lo que nuestras religiones enseñan hoy acerca de Dios es lo que la gente siempre ha creído.”

Además, “las narrativas bíblicas no gustaban de hablar de Dios apareciéndose realmente a los seres humanos directamente y conversando con ellos cara a cara. La razón no era que en aquellos días se pensara que Dios era invisible, y ciertamente no que Él fuera (como más tarde afirmarían filósofos y teólogos) totalmente espiritual y por lo tanto sin cuerpo que pudiera ser visto. Más bien, en la Biblia Dios no suele ser visto por los hombres por una razón completamente distinta: especialmente en las partes más antiguas, se creía que verlo era extremadamente peligroso.”

Kugel observó que: “El mismo Dios que se acercaba a los patriarcas y hablaba con Moisés cara a cara es percibido en tiempos posteriores como una enorme deidad cósmica —no necesariamente invisible ni carente de cuerpo, sino tan inmensa que supera nuestras propias capacidades de comprensión, casi nuestra imaginación.”

Con el tiempo, el Dios que habló directamente con Moisés “se convirtió en un motivo de incomodidad para los teólogos posteriores. Era, dijeron ellos,

en realidad el gran Dios universal” que es “omnisciente, omnipresente y totalmente no físico.”

Kugel preguntó: “¿Acaso no representa la eventual aparición del cristianismo —en particular el cristianismo niceno, con su doctrina de la Trinidad— también, en su manera propia, un intento de llenar el vacío dejado por el Dios del Antiguo Testamento?”

El difunto teólogo cristiano Clark Pinnock escribió que si hemos de “tomar en serio las metáforas bíblicas, ¿está Dios de algún modo corporizado? ... No creo que la idea sea tan ajena a la visión bíblica de Dios como hemos supuesto. En la tradición, se piensa que Dios funciona principalmente como un espíritu desencarnado, pero esto apenas es una idea bíblica. ... En las teofanías del Antiguo Testamento, Dios se encuentra con los seres humanos en la forma de un hombre. ... A eso añadamos el hecho de que Dios tomó un cuerpo en la encarnación y que Cristo ha llevado ese cuerpo consigo a la gloria. Me parece que la Biblia no concibe a Dios como un ser sin forma.”

¿Qué sabemos de un tiempo antes de que Dios fuera Dios? ¿Qué sabemos del tiempo en que habitó en una tierra? Nada. En realidad, no sabemos más de lo que declaró José Smith. Perspectivas sobre la vida de Dios antes de su condición de divinidad no se encuentran en nuestro canon de escrituras (la Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio), ni en declaraciones o proclamaciones doctrinales oficiales, ni en los manuales o materiales curriculares actuales, ni se han expuesto disertaciones doctrinales sobre el tema en conferencias generales hoy en día.

Al hablar de este asunto sensible en una entrevista, el presidente Gordon B. Hinckley declaró: “No he oído que se discuta en público desde hace mucho tiempo. No conozco todas las circunstancias en que se hizo la declaración. Entiendo el trasfondo filosófico detrás de ella, pero no sé mucho al respecto, y no creo que otros sepan mucho al respecto.” Es importante señalar que el presidente Hinckley no estaba negando que los Santos de los Últimos Días crean en la theosis, o deificación, como han sugerido algunos críticos; más bien, el presidente Hinckley estaba afirmando que sabemos poco o nada en cuanto a la declaración de José Smith de que Dios una vez

habitó en una tierra. Más adelante veremos cómo el propio presidente Hinckley afirmó la doctrina de la deificación en una conferencia general de la Iglesia.

Los mortales pueden llegar a ser como Dios

José prosiguió diciendo: “He aquí, pues, la vida eterna: conocer al único Dios sabio y verdadero; y tenéis que aprender a ser dioses vosotros mismos, y a ser reyes y sacerdotes de Dios, lo mismo que todos los dioses han hecho antes que vosotros, es decir, pasando de un grado pequeño a otro, y de una capacidad pequeña a una mayor; de gracia en gracia, de exaltación en exaltación, hasta que obtengáis la resurrección de los muertos, y seáis capaces de morar en fuegos eternos y sentaros en gloria, como hacen aquellos que están entronizados en poder eterno.”

Obsérvese con cuidado: llegar a ser como Dios es recibir la plenitud del sacerdocio, llegar a ser rey y reina, sacerdote y sacerdotisa, haber recibido las ordenanzas de la casa del Señor y haber guardado los convenios asociados con ellas. Como vimos en la visión de las glorias, es llegar a ser, en el sentido más pleno —mediante el poder santificador de la expiación de Jesucristo—, un hijo o hija de Dios (D. y C. 76:56–58).

Nuestro Dios no es posesivo, no es alguien que acapara su poder, gloria y dones. Dios tiene el poder y el deseo de extender su gracia —incluidos los dones, frutos y bendiciones del Espíritu— a sus hijos, y no vacila en hacerlo. Las Escrituras no hablan de una barrera más allá de la cual los individuos no puedan progresar espiritualmente. Los seguidores de Cristo no son advertidos por los escritores y oradores de las Escrituras antiguas o modernas de que pueden progresar, crecer, madurar y desarrollarse “hasta aquí y no más.” La vida eterna, la exaltación, la salvación —todos son términos equivalentes. En palabras del élder Bruce R. McConkie: “Ser salvo, obtener la exaltación, heredar la vida eterna, todo significa llegar a ser uno con Dios, vivir como Él vive, pensar como Él piensa, actuar como Él actúa, poseer la misma gloria.” Obtener la vida eterna o exaltación es obtener la deidad.

El élder Jeffrey R. Holland explicó que: “Jesús no vino tanto para mejorar la visión que Dios tenía del hombre, sino para mejorar la visión que el hombre

tenía de Dios, y para suplicarles que amaran a su Padre Celestial así como Él siempre los ha amado y siempre los amará.” De manera semejante, uno de los esfuerzos más significativos de José Smith fue hacer que el Padre del universo resultara más accesible a sus hijos dentro de ese universo, recuperar al Dios inalcanzable, incognoscible, intemporal e impasible que había sido relegado a un “más allá” grandioso por los cristianos tradicionales. Como observó mi amigo Richard Mouw, del Seminario Teológico Fuller: “Aunque José [Smith] y Mary Baker Eddy sosténían sistemas metafísicos muy diferentes —de hecho, opuestos—, con José defendiendo un fiscalismo total y la fundadora de la Ciencia Cristiana insistiendo en un mentalismo absoluto, ambos estaban motivados por el deseo de reducir la distancia entre Dios y los seres humanos.

Estas dos teologías de ‘reducir la distancia’ surgieron en un entorno significativamente moldeado por el alto calvinismo del puritanismo de Nueva Inglaterra. Pienso que puede —con razón, desde una perspectiva cristiana ortodoxa— sostenerse que la teología de Nueva Inglaterra, que subrayaba la legítima distancia metafísica entre Dios y sus criaturas humanas, no obstante, al mismo tiempo fomentaba una distancia espiritual insana entre la deidad calvinista y sus súbditos humanos.”

En más de una ocasión he escuchado que la visión SUD de la Deidad se describe como una creencia en un “Dios finito.” Supongo que, debido a la declaración de José Smith de que Dios fue una vez un hombre, la gente salta a la conclusión de que el Dios en quien los Santos de los Últimos Días depositan toda su confianza no es el mismo Ser que los cristianos reconocen como el Dios de los *omnis*. Sin embargo, yo soy de los que se sienten muy incómodos al afirmar que creemos en un Dios finito; todas las Escrituras dicen lo contrario. Por ejemplo, en Doctrina y Convenios aprendemos que los Santos de los Últimos Días adoran: “un Dios en el cielo, que es infinito y eterno, de eternidad en eternidad, el mismo Dios inmutable, el formador de los cielos y la tierra, y de todas las cosas que en ellos hay” (D. y C. 20:17). Nuestro Padre Celestial es, en verdad, omnipotente, omnisciente y, por el poder de su Espíritu Santo, omnipresente. Es un ser glorificado, exaltado, resucitado, “el único gobernador supremo y ser independiente en quien moran toda plenitud y perfección; ... en Él moran todo buen don y todo buen principio; Él es el

Padre de las luces; en Él mora el principio de la fe independientemente, y Él es el objeto en quien la fe de todos los demás seres racionales y responsables se centra para vida y salvación.” El Todopoderoso está “entronizado, con gloria, honor, poder, majestad, fuerza, dominio, verdad, justicia, juicio, misericordia y una infinitud de plenitud” (D. y C. 109:77). Él no es un estudiante, ni un aprendiz, ni un novato. En resumen, nuestro Dios es Dios.

Además, aunque los Santos de los Últimos Días ciertamente aceptan las enseñanzas de José Smith sobre que el hombre puede llegar a ser como Dios, no comprendemos plenamente todo lo que implica una declaración tan audaz. Los líderes de la Iglesia han hablado muy poco acerca de qué cualidades o atributos de la Deidad pueden o podrán ser transmitidos y adquiridos por los seres humanos glorificados, y cuáles residen y permanecerán únicamente y para siempre con el Dios Todopoderoso. Lo que sí sabemos es que, mediante la expiación de Jesucristo y el poder santificador del Espíritu, podemos desarrollar y madurar en los atributos cristianos, en la naturaleza divina —es decir, llegar a ser más semejantes a nuestro Salvador Jesucristo— hasta que estemos preparados y nos sintamos cómodos para morar en la presencia de Dios y de Cristo, junto con nuestras familias, para siempre. Eso es la vida eterna o la divinidad.

Aunque creemos que llegar a ser como Dios forma parte de la vida eterna (D. y C. 132:19–20), no creemos que jamás, por los siglos de los siglos, desplacemos o destronemos a Dios el Padre Eterno ni a su Unigénito Hijo, Jesucristo; esos Seres santos son y siempre serán los Dioses a quienes adoramos. No tengo conocimiento de ninguna declaración autorizada en la literatura de los Santos de los Últimos Días que sugiera que alguna vez adoremos a algún ser distinto de los que componen la Deidad.

Al describir a quienes son glorificados y alcanzan la vida eterna, el élder Parley P. Pratt declaró: “La diferencia entre Jesucristo y otro hombre inmortal y celestial es esta: el hombre está subordinado a Jesucristo, no hace nada por sí mismo, sino que hace todas las cosas en el nombre de Cristo y por su autoridad, teniendo la misma mente, y atribuyendo toda la gloria a Él y a su Padre.” Creemos en “un solo Dios” en el sentido de que amamos y servimos a una sola Deidad, una Presidencia divina, cada uno de

los cuales posee en perfección todos los atributos de la divinidad (Alma 11:44; D. y C. 20:28). Aunque no creemos que Dios y el hombre sean de especies diferentes, reconocemos sin dificultad que el abismo entre un ser caído y mortal y un Ser inmortal, resucitado y glorificado es inmenso (D. y C. 20:17; 109:77).

Muchos críticos del mormonismo se han apresurado a cuestionar el célebre pareado de Lorenzo Snow, quinto Presidente de la Iglesia:

“Así como el hombre es, Dios una vez fue.

Así como Dios es, el hombre puede llegar a ser.”

El filósofo SUD Truman Madsen me preguntó una vez:

“¿Y si este pareado se expresara de manera diferente?”

Entonces sugirió una formulación alternativa:

“Así como el hombre es, Cristo una vez fue.

Así como Cristo es, el hombre puede llegar a ser.”

El presidente Snow explicó en una ocasión que, así como el hombre ahora es, Dios una vez fue, aun el Niño de Belén, avanzando a la niñez, de ahí a la juventud, la madurez, y luego a la Divinidad. Esto, entonces, es “la meta del supremo llamamiento del hombre en Cristo Jesús.” En todos los aspectos, llegamos a ser como Dios es al esforzarnos por llegar a ser como Jesucristo es, procurando emular al Hijo sin pecado de Dios; en efecto, la gran búsqueda de toda la humanidad es la imitación de Cristo. El amado eclesiástico y escritor cristiano John Stott explicó: “Quiero compartir con ustedes el lugar donde mi mente ha llegado a descansar al acercarme al final de mi peregrinaje en la tierra, y es este: Dios quiere que su pueblo llegue a ser como Cristo. La semejanza a Cristo es la voluntad de Dios para el pueblo de Dios. ... En otras palabras, si afirmamos ser cristianos... la manera en que Dios nos hace semejantes a Cristo es llenándonos con su Espíritu.”

El otro punto que debe señalarse es que ciertamente no somos el único grupo cristiano profesante que sostiene este principio: las iglesias ortodoxas orientales, con un número de adherentes que supera los 300

millones, lo han hecho durante siglos. Jordan Vajda, anteriormente católico romano, señaló que: “Lo que se pretendía fuera un término de ridículo ha resultado ser un término de aprobación, porque el testimonio de los Padres griegos de la Iglesia... es que ellos también creían que la salvación significaba ‘llegar a ser un dios’. Parece que si la soteriología [estudio de la salvación] de uno no puede acomodar una doctrina de divinización humana, entonces al menos implícitamente, si no explícitamente, ha rechazado la herencia de la Iglesia cristiana primitiva y se ha apartado de la fe del cristianismo del primer milenio. Sin embargo, si ese es el caso, quienes sostienen tal soteriología también creen, en efecto, que el cristianismo, desde aproximadamente el siglo II en adelante, ha apostatado y se ha equivocado en este asunto central de la salvación humana.”

Creación ex nihilo

El teólogo cristiano Emil Brunner habló de la brecha entre Dios y el hombre: “No hay mayor sentido de distancia que el que se encierra en las palabras Creador-Creación. Ahora bien, esto es lo primero y fundamental que puede decirse del hombre: es una criatura, y como tal está separado por un abismo de la manera de ser divina. La mayor disimilitud entre dos cosas que podemos expresar en absoluto —más disímil que la luz y la oscuridad, la muerte y la vida, el bien y el mal— es la que existe entre el Creador y lo creado.”

Es natural que quienes creen que Dios y la humanidad son básicamente de una especie diferente, y que Dios es un ser totalmente independiente y no creado, también crean que hubo un tiempo en que solo existía Dios y que, por lo tanto, la Creación tuvo que ser ex nihilo, es decir, de la nada. Que existiera algo en el universo a lo cual Dios recurriera o de lo cual dependiera para construir los mundos, por ejemplo, es sugerir lo impensable: que el elemento sea tan eterno como Él mismo, una noción que los teólogos jamás podrían quisiendo considerar.

El profeta José Smith respondió a tales ideas sugiriendo que la palabra hebrea traducida como “crear” realmente significa organizar, lo que implica que la Deidad recurrió a materia ya existente. Él enseñó: “Los doctores instruidos dicen que Dios creó los cielos y la tierra de la nada. Consideran una blasfemia contradecir esta idea. Te llamarán necio. Les preguntas por

qué y ellos dicen: ¿Acaso no dice la Biblia que [Dios] creó el mundo? Y ellos infieren que debió de ser de la nada. La palabra *crear...* significa organizar, lo mismo que un hombre usaría [materiales preexistentes] para construir un barco. Por lo tanto inferimos que Dios tenía materiales de los cuales organizar: el caos, la materia caótica; el elemento había existido desde el mismo momento en que Él había existido. Los principios puros del elemento son principios que nunca pueden ser destruidos; pueden ser organizados y reorganizados, pero no destruidos.”

Los niños en la resurrección

Al hablar sobre la condición de los niños en la resurrección, el Profeta dijo: “Se puede hacer una pregunta: ‘¿Tendrán las madres a sus hijos en la eternidad?’ ¡Sí! ¡Sí! Madres, tendrás a vuestros hijos; porque ellos tendrán vida eterna, pues su deuda está pagada. Los niños... deben resucitar tal como murieron; allí podremos recibir a nuestros hermosos infantes con la misma gloria —la misma hermosura— en la gloria celestial.” Según Mary Isabella Horne, José “nos dijo que recibiríamos a esos niños en la mañana de la resurrección tal como los habíamos dejado, en pureza e inocencia, y que los nutriríamos y cuidaríamos como sus madres. Dijo que los niños serían levantados en la resurrección tal como fueron sepultados, y que [finalmente] obtendrían toda la inteligencia necesaria para ocupar tronos, principados y potestades.”

Con los años, después de la muerte del Profeta, surgió cierta confusión respecto a sus enseñanzas sobre la condición de los niños en la resurrección. Algunos afirmaron erróneamente que el Profeta había enseñado que los niños serían resucitados como tales y nunca crecerían, permaneciendo en ese estado por toda la eternidad.

El presidente Joseph F. Smith recopiló testimonios y declaraciones juradas de personas que habían escuchado en persona el Sermón King Follett, y fue su poderoso testimonio que José Smith hijo había enseñado la verdad, pero que algunos lo habían malinterpretado. En 1895, en el funeral de Daniel W. Grant, hijo de Heber J. Grant, el presidente Smith dijo:

“Tales niños están en el seno del Padre. Heredarán su gloria y su exaltación, y no serán privados de las bendiciones que les pertenecen; ...

José Smith, el Profeta... declaró que la madre que dejó a su pequeño hijo... tendría después de la resurrección todo el gozo, la satisfacción y el placer, e incluso más de lo que habría sido posible tener en la mortalidad, al ver a su hijo crecer hasta la plena medida de la estatura de su espíritu. ... [El] cuerpo se desarrollará, ya sea en el tiempo o en la eternidad, hasta la plena estatura del espíritu, y cuando a la madre se le priva del placer y gozo de criar a su bebé hasta la madurez en esta vida, por medio de la muerte, ese privilegio le será renovado en la vida venidera, y lo disfrutará en una plenitud mayor que la que hubiera sido posible aquí. Cuando lo haga allá, será con el conocimiento certero de que los resultados serán sin fracaso; mientras que aquí, los resultados son desconocidos hasta que hemos pasado la prueba.”

En las hermosamente esperanzadoras palabras del hermano José: “Todas vuestras pérdidas os serán restituidas en la resurrección, con tal que permanezcáis fieles. Por la visión del Todopoderoso lo he visto.”

Conclusión

Por un lado, adoramos a un Ser divino con quien podemos identificarnos, un Ser cuya infinitud no excluye ni su inmediatez ni su intimidad. “El día en que Dios creó al hombre” —atestigua la traducción inspirada del Génesis hecha por el Profeta—, “a semejanza de Dios lo hizo; a la imagen de su propio cuerpo, varón y hembra los creó” (Moisés 6:8–9).

Creemos que Dios no es simplemente una influencia espiritual, una fuerza en el universo o el Primer Motor. Cuando oramos: “Padre nuestro que estás en los cielos” (Mateo 6:9), queremos decir lo que decimos. Creemos que Dios es comprensible, conocible, accesible, y, como su Hijo Amado, sensible a nuestras debilidades (Hebreos 4:15).

Por otro lado, nuestro Dios es Dios. No hay verdad que Él no conozca ni poder que no posea. Los pasajes de las Escrituras que hablan de Él como el mismo ayer, hoy y por los siglos claramente se refieren a sus atributos divinos: su amor, justicia, constancia y disposición a bendecir a sus hijos. Dios es nuestro Padre Celestial, el Padre de nuestros espíritus (Números 16:22; 27:16; Hebreos 12:9). Él es un hombre glorificado y exaltado. Dios es en todo sentido un Ser divino. Posee en perfección cada atributo de la

divinidad. Es omnipotente, omnisciente y, por el poder de su Espíritu Santo, omnipresente.

Estas cosas las hemos llegado a saber principalmente por medio de las revelaciones y traducciones que vinieron a través de José Smith, así como por los conmovedores e inspiradores sermones que él pronunció. Y también sabemos algo infinitamente sublime acerca de nuestro destino. El élder Hyrum Mack Smith, hijo de Joseph F. Smith y también miembro del Cuórum de los Doce Apóstoles, junto con un asociado, Janne M. Sjodahl, ofrecieron el siguiente comentario sobre Doctrina y Convenios 132:20, “Entonces serán dioses”:

“¡Qué maravillosa es esta revelación en comparación con las estrechas ideas que se sostienen en el mundo! Los hijos de reyes son príncipes y princesas, que se relacionan en términos de igualdad con sus padres reales, y tienen una buena oportunidad de llegar a ser reyes y reinas ellos mismos. Pero cuando decimos que el privilegio de los hijos de Dios es asociarse con Él en las mansiones eternas, y que pueden llegar a ser dioses, entonces el mundo no nos entiende, y muchos nos consideran culpables de blasfemia.

Parecen pensar que honran a Dios suponiendo que Sus hijos son infinitamente inferiores a Él. ¿Qué clase de padre es entonces, que consideraría un honor ser progenitor de una descendencia inferior? ¿Hay algún rey en la tierra que se sienta honrado por tener degenerados y mendigos por hijos? ¿No se regocijan los padres y madres en el progreso de sus hijos? ¿No es su ambición educar y preparar a sus seres queridos hasta que lleguen al más alto grado posible de inteligencia y eficiencia?

Ciertamente, no podemos hacer mayor honor a Dios, nuestro Padre, que admitir las posibilidades divinas que Él ha plantado en Sus hijos, y que serán desarrolladas bajo Su tutoría en esta vida y en la venidera, hasta que Sus hijos sean perfectos como Él es perfecto.”

“El propósito total del evangelio —declaró el presidente Gordon B. Hinckley— es llevarnos hacia adelante y hacia arriba a logros mayores, incluso, finalmente, a la divinidad. Esta gran posibilidad fue proclamada por el Profeta José Smith en el Sermón King Follett y enfatizada por el presidente Lorenzo Snow. ... Nuestros enemigos nos han criticado por creer

en esto. Nuestra respuesta es que este concepto elevado de ninguna manera disminuye a Dios el Padre Eterno. Él es el Todopoderoso. Él es el Creador y Gobernador del universo. Él es el más grande de todos y siempre lo será. Pero así como cualquier padre terrenal desea para sus hijos e hijas todo éxito en la vida, así creo que nuestro Padre Celestial desea para Sus hijos que puedan acercarse a Él en estatura y estar a Su lado, resplandecientes en fuerza y sabiduría divinas.”

Por medio de José Smith ha llegado el conocimiento sobre Dios y el hombre que se había perdido durante siglos, conocimiento precioso que ayuda a develar al Ser misterioso a quien adoramos, conocimiento sublime que eleva el alma humana de la desesperación existencial a una serena confianza que acompaña al conocimiento correcto de lo que realmente son los seres humanos y de lo que pueden llegar a ser.

Mi difunto amigo y colega Rodney Turner escribió hace algunos años: “Saber lo que Dios es, es saber lo que el hombre es, y lo que puede llegar a ser. La pérdida de este conocimiento explica en gran medida la situación actual de la humanidad. El hombre, como el agua, no puede elevarse más alto que sus comienzos. Si un número cada vez mayor de hombres y mujeres eligen revolcarse en el fango de la carnalidad, no debemos olvidar que se les enseña que la raza humana se originó en el fango. Tenemos poco deseo de alcanzar las estrellas si no creemos que venimos de las estrellas. Que así fue es el mensaje del Evangelio Restaurado. Por eso La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días testifica que, en lo que respecta a los valientes, el origen del hombre es el destino del hombre.”

Podríamos preguntarnos: ¿Desea Dios que Sus hijos sean como Él? ¿O es esto algo que le resulta repulsivo? ¿Es algo inapropiado? ¿Posee Dios el poder de transformar a los mortales a Su propia imagen? ¿Qué aspectos de la “naturaleza divina” o de “ser como Él” están fuera de los límites o resultan impropios? ¿Qué mandamientos en las Escrituras prohíben a los hijos de Dios aspirar a ser como Él en todo lo posible?

“Lo que el Padre Eterno quiere para ti y contigo —señaló Truman G. Madsen— es la plenitud de tus posibilidades. Y esas posibilidades son infinitas. Él no te hizo simplemente de la nada para ser un gusano; te adoptó y engendró a Su semejanza con el fin de compartir Su naturaleza. Y

envió a Su Primogénito para ejemplificar cuán gloriosa puede ser esa naturaleza —aun en la mortalidad. Ese es nuestro testimonio.”

¡Qué testimonio tan significativo, qué verdad religiosa tan profundamente importante que nos ha llegado por la instrumentalidad de un profeta moderno, José Smith! No es más que otra evidencia doctrinal de su llamamiento profético.

Capítulo 21

La Muerte del Testador

Carthage, Illinois, junio de 1844. A medida que José Smith, el Profeta, se convertía cada vez más en objeto de controversia, burla y división, sintió la necesidad de prepararse a sí mismo y a su pueblo para lo que parecía inevitable. Así, en las semanas que precedieron al martirio, los líderes de la Iglesia pasaron incontables horas juntos en seria contemplación e instrucción sobre temas tales como las llaves del reino de Dios, la sucesión apostólica y la reubicación de los Santos de los Últimos Días en el Oeste. Como resultado, el Vidente Escogido pudo ir a la tumba en paz.

Muchos factores condujeron a la muerte del profeta José Smith. El historiador Davis Bitton explicó: “Los desarrollos doctrinales en Nauvoo introdujeron creencias que ... no habrían de granjear simpatía hacia los mormones entre sus vecinos. Entre estas se incluían el bautismo por los muertos, la ceremonia del investidura en el templo, el matrimonio eterno, la exaltación y el potencial estatus divino para los seres humanos, y el matrimonio plural. Fue especialmente el matrimonio plural —generalmente conocido como poligamia— lo que suscitó odio. Las demás creencias podían ser desestimadas como extrañas o ridículas, pero el tomar más de una esposa era una afrenta al código moral heredado de sus vecinos.

“En un sentido más general... la Iglesia Mormona simplemente aparecía ante los forasteros como una entidad monolítica incompatible con el pluralismo estadounidense. En otras palabras, aun dejando de lado los asuntos religiosos y políticos, los mormones eran un grupo creciente y unificado que simplemente no encajaba. A medida que crecían en número y sus creencias parecían cada vez menos convencionales, resultaba cada vez más fácil para otros ver a los mormones como una molestia o una amenaza. Y al frente de ellos estaba su líder, la causa de todo: José Smith.”

A todo eso se sumó la decisión de José de destruir la imprenta que produjo el Nauvoo Expositor, bajo el argumento de que era una “molestia pública”; con ello, los temores, las sospechas y la paranoia se elevaron al máximo. Dejaré a los historiadores la narración de los dolorosos y conmovedores detalles que rodearon el martirio del Profeta y del Patriarca, y me enfocaré en cambio en considerar cómo el hermano José preparó a la Iglesia y a sus líderes para continuar después de su muerte.

Preparativos finales

Muchos de nosotros hemos servido en posiciones de responsabilidad en las que debían tomarse decisiones, decisiones difíciles, decisiones que no serían populares. Una cierta soledad acompaña al liderazgo en todos los ámbitos, pero quizás esa soledad sea aún más penetrante cuando se trata de cosas espirituales. José Smith conocía muy bien esos sentimientos. La Primera Visión fue una teofanía que solo él había presenciado, y uno solo puede imaginar cuán dolorosamente difícil debió de ser saber lo que había experimentado, comprender su importancia y darse cuenta, tras breve experiencia, de que compartir tales asuntos traía consigo burla y marginación.

Una de las experiencias de José que particularmente me commueve, una que tuvo lugar en los inicios de la historia de la Iglesia, fue cuando José pudo finalmente contar con tres testigos creíbles y respetados que se unieron a él en testificar de la realidad de las planchas de oro, de los ángeles y de la traducción divina. Después de que José, en compañía de Oliver Cowdery, David Whitmer y Martin Harris, viera al ángel Moroni y las planchas, según relata Lucy Mack Smith, José entró en su casa y “se arrojó junto a mí y exclamó: ‘Padre, madre, ustedes no saben cuán feliz estoy: el Señor ha hecho que las planchas sean mostradas a tres más además de mí. Ellos han visto a un ángel, que les ha testificado, y tendrán que dar testimonio de la verdad de lo que he dicho, porque ahora saben por sí mismos que no ando engañando al pueblo. Y siento como si se me hubiera quitado un peso que era casi demasiado grande para mí, y mi alma se regocija al saber que ya no estoy completamente solo en el mundo.’”

Oliver Cowdery estuvo con el Profeta cuando recibió el Sacerdocio Aarónico y el Sacerdocio de Melquisedec en 1829, y también cuando Moisés, Elías y

Elías el Profeta aparecieron en el Templo de Kirtland para restaurar llaves sagradas del sacerdocio en 1836. Sidney Rigdon contempló la visión de las glorias tal como José lo hizo en la casa de John Johnson en 1832.

Habiendo comenzado a administrar las bendiciones de la investidura del templo y a conferir a individuos selectos la plenitud de las bendiciones del sacerdocio (véase el capítulo 16), y sintiendo que su tiempo era corto, José comenzó a preparar al Quórum de los Doce para su muerte. Se mostró abatido y abrió su corazón acerca de sus “presentimientos del futuro.” Explicó que “alguna escena importante está por acontecer,” que quizás sería muerto, y que, como precaución, debía dar a los Doce todas las demás llaves y poderes que él poseía. Entonces, si así lo quería Dios, “podría partir con todo gozo y satisfacción, sabiendo que mi obra está concluida, y que el fundamento está echado sobre el cual se ha de edificar el reino de Dios.” O, como lo expresó George Q. Cannon, uno de sus primeros biógrafos: “Durante el invierno de 1843-44, un poder sobrehumano reposó sobre el Profeta en sus enseñanzas y administraciones. Fue impulsado a un trabajo constante en su ministerio como si tuviera el menor tiempo posible para concluir su obra.”

Wilford Woodruff recordó con claridad la ocasión de la última reunión del Profeta con ellos, alrededor del 26 de marzo de 1844: “Recuerdo el último discurso que [José] nos dio antes de su muerte. ... Estuvo de pie unas tres horas. El cuarto estaba lleno como de fuego abrasador, su rostro era tan claro como el ámbar, y estaba revestido del poder de Dios.”

En otra ocasión, el hermano Woodruff habló de esa misma reunión: “El Profeta José, estoy ahora convencido, tenía un claro presentimiento de que esa sería la última reunión que tendríamos juntos en la carne. Habíamos recibido nuestras investiduras; se habían sellado sobre nuestras cabezas todas las bendiciones que jamás fueron dadas a los apóstoles o profetas sobre la faz de la tierra. En esa ocasión el Profeta José se levantó y nos dijo: ‘Hermanos, he deseado vivir para ver este templo edificado. Yo nunca viviré para verlo, pero ustedes sí lo harán. He sellado sobre vuestras cabezas todas las llaves del reino de Dios. ... Ahora, no importa a dónde vaya o lo que haga, el reino reposa sobre vosotros.’ José añadió: ‘Apóstoles del Cordero de Dios, mis hermanos, sobre vuestros hombros descansa este

reino; ahora os corresponde a vosotros ensanchar vuestros hombros y llevar el reino hacia adelante. Y también hizo esta observación tan extraña: “Si no lo hacen, serán condenados.”

La transferencia del manto de liderazgo

Muchos de los Doce se encontraban fuera de la ciudad de Nauvoo a fines de junio de 1844, y el Profeta José se comunicó con ellos, animándolos a regresar. Él y Hyrum fueron asesinados en la cárcel de Carthage el 27 de junio de 1844 (DyC 135). Para agosto, la mayoría de los hermanos había llegado a Nauvoo y encontraron que Sidney Rigdon había regresado de Pensilvania, alegando haber recibido una visión de Dios y una comisión de José para dirigir la Iglesia como su debidamente nombrado “guardián.” El 7 de agosto, Sidney habló en el Salón de los Setenta ante los Doce, el sumo consejo y los sumos sacerdotes: “Propongo ser un guardián para el pueblo —dijo Sidney—. En esto he cumplido con mi deber y he hecho lo que Dios me ha mandado, y el pueblo puede complacerse a sí mismo si me acepta o no.” Entonces habló Brigham Young, presidente del Consejo de los Doce Apóstoles: “No me importa quién dirija la Iglesia... pero una cosa debo saber, y es lo que Dios dice al respecto. Tengo las llaves y los medios para obtener la voluntad de Dios en este asunto. ... José confirió sobre nuestras cabezas todas las llaves y poderes pertenecientes al apostolado que él mismo poseía antes de ser arrebatado, y ningún hombre ni grupo de hombres puede interponerse entre José y los Doce, ni en este mundo ni en el venidero.”

Al día siguiente, 8 de agosto, se convocó una reunión especial de los miembros de la Iglesia a las 10:00 a. m. “Sidney Rigdon tomó su lugar en un carro, a unos dos metros del estrado, y arengó a los santos durante aproximadamente una hora y media acerca de la necesidad de elegir un guardián para la Iglesia.” En la reunión de la tarde, a las 2:00 p. m., el presidente Young se levantó y dijo, entre otras cosas: “Por primera vez en mi vida, por primera vez en vuestras vidas, por primera vez en el Reino de Dios en el siglo XIX, sin un profeta a nuestra cabeza, doy un paso adelante para actuar en mi llamamiento en conexión con el quórum de los Doce, como apóstoles de Jesucristo para esta generación. ... ¿Queréis vosotros, como individuos, en este momento elegir un profeta o un guardián? ...”

Aquí está el presidente Rigdon, quien fue consejero de José. Pregunto: ¿dónde están José y Hyrum? Ellos han pasado más allá del velo, y si el élder Rigdon quiere actuar como su consejero, debe ir más allá del velo, donde ellos están...

“Los Doce han sido designados por el dedo de Dios. Aquí está Brigham, ¿han flaqueado alguna vez sus rodillas? ¿Han temblado alguna vez sus labios? Aquí está Heber, y el resto de los Doce, un cuerpo independiente, que poseen las llaves del sacerdocio... No podéis llenar el oficio de Profeta, Vidente y Revelador; Dios debe hacer esto.”

Investigaciones recientes indican que más de cien Santos de los Últimos Días registraron una experiencia muy inusual mientras Brigham Young hablaba. Típico es el testimonio de William Lampard Watkins: “Fue en esta reunión [del 8 de agosto] cuando Sidney Rigdon pronunció un discurso largo y tedioso presentando sus reclamos, diciéndole al pueblo las cosas maravillosas que tenía planeadas para ellos.

... La oscuridad pronto se disipó, pues Brigham Young explicó delante del pueblo ese día el orden del sacerdocio. Estaba lleno del poder del Espíritu Santo. Se puso de pie ante el pueblo tal como lo hacía a menudo el Profeta José Smith, y oímos la voz del verdadero pastor, pues habló con la voz de José. Su porte y su apariencia eran semejantes a los de José, y fue manifestado a todos los presentes —sobre quienes reposaba la responsabilidad de llevar adelante la obra de Dios y guiar a los santos.”

Robert Taylor Burton observó: “En ese momento yo no conocía personalmente al presidente Young, pero su voz, su manera, su expresión y, de hecho, su apariencia personal eran tan notablemente las del Profeta mártir, que me levanté de mi asiento, al igual que cientos de otros, para mirar al Profeta José Smith Jr.”

Nótese la especificidad del informe de Homer Duncan: “No solo la voz de Brigham [sonaba] como la de José, sino que los mismos gestos de su mano derecha, cuando decía algo con mucha firmeza, me recordaban a José.”

Benjamin F. Johnson, un hombre íntimamente familiarizado con el hermano José, proporcionó el siguiente detalle: “De repente, y como venido del cielo,

escuché la voz del Profeta José, que estremeció todo mi ser, y al volverme rápidamente vi en la transfiguración de Brigham Young la alta, recta y robusta figura del Profeta José Smith, revestido con un resplandor de luz que lo cubría hasta los pies; y escuché la verdadera y perfecta voz del Profeta, incluso con el silbido que en años pasados [marzo de 1832] era causado por la pérdida de un diente que, se decía, había sido roto por una turba en Hyrum (sic)."

También es de interés el testimonio de George Morris, quien comentó que cuando Brigham "se levantó para hablar, yo estaba sentado justo frente a él, con la cabeza inclinada, reflexionando sobre lo que Rigdon había dicho, cuando me sobresaltó escuchar la voz de José—él tenía una manera particular de aclararse la garganta antes de empezar a hablar—with un esfuerzo peculiar de su parte—algo como 'Ah-hem.' Levanté repentinamente la cabeza—y lo primero que vi fue a José—tan claramente como lo había visto en toda mi vida."

En resumen, recordó Nancy Naomi Alexander Tracy: "Así como el manto de Elías cayó sobre Eliseo, así el manto de José cayó sobre Brigham."

José había enseñado a los miembros de los Doce los principios del gobierno del sacerdocio, incluyendo el asunto de la sucesión apostólica. Ya en enero de 1836, José había explicado que los Doce estaban a continuación en autoridad de la Primera Presidencia, y que:

"Los Doce no están sujetos a ningún otro que no sea la Primera Presidencia, ... y donde yo no esté, no hay Primera Presidencia por encima de los Doce."

Aunque hubo muchos aspirantes y muchos que reclamaron el derecho de dirigir la Iglesia, una cosa estaba perfectamente clara para quienes se habían sentado en consejo con el Profeta José: ningún hombre podía suceder propiamente a José Smith si no había sido investido ni había recibido la plenitud del sacerdocio.

La visible transfiguración de Brigham Young ante una gran multitud en Nauvoo no hizo más que confirmar lo que los líderes ya sabían: que el Quórum de los Doce Apóstoles, con Brigham Young como su miembro más

antiguo, ahora poseía las llaves del reino de Dios y que la revelación para la dirección y guía de la Iglesia restaurada reposaba con ellos.

"El profeta José tenía las llaves de esta dispensación en este lado del velo," explicó el presidente Wilford Woodruff, "y las tendrá a lo largo de las incontables edades de la eternidad. Él fue al mundo de los espíritus para abrir las puertas de la prisión y predicar el Evangelio a los millones de espíritus que están en tinieblas, y todo apóstol, todo Setenta, todo élder, etc., que ha muerto en la fe, al pasar al otro lado del velo, entra en la obra del ministerio, y hay mil veces más que predicar allí que aquí."

Conclusión

En la conferencia general de abril de 1916 de la Iglesia, el presidente Joseph F. Smith abrió la conferencia del viernes con un mensaje profundo a los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Era ya el siglo XX; el matrimonio plural había sido descontinuado, muchos de los líderes carismáticos y poderosos de la Iglesia habían partido a recibir su galardón y, como inevitablemente ocurre con la operación de la Iglesia viviente, había nuevos desarrollos, cambios en programas y procedimientos: cambio.

El presidente Smith dijo: "Siento plena confianza de que los ojos de José el Profeta, y de los mártires de esta dispensación, y de Brigham, y de John, y de Wilford, y de aquellos hombres fieles que estuvieron asociados con ellos en su ministerio sobre la tierra, están velando cuidadosamente por los intereses del reino de Dios en el cual trabajaron y por el cual lucharon durante sus vidas mortales. ... Tengo un sentimiento en mi corazón de que estoy en la presencia no solo del Padre y del Hijo, sino también en la presencia de aquellos a quienes Dios comisionó, levantó e inspiró, para sentar los fundamentos de la obra en la que estamos empeñados."

La historiadora Jan Shipps observó que esta conferencia tuvo lugar "en un punto en el que la desaparición del reino político mormón estuvo marcada por un cambio demostrable en la naturaleza de la política SUD que hizo posible la elección en 1916 del primer gobernador no mormón de Utah."

Shipps también señala que el presidente Joseph F. Smith “sabía que los quince años de su presidencia habían sido años difíciles también para los Santos de los Últimos Días. Sabía que estaban preocupados por lo que había sucedido en la Iglesia así como a la Iglesia, y que estaban inquietos por los cambios que irrumpían en el mundo mormón.” El sermón del presidente Smith “invocó el pasado sagrado y lo trajo al presente para vindicar el momento actual.” Su mensaje “estableció una base para un vínculo metafísico entre la experiencia mormona del siglo XIX y su contraparte, claramente distinta, del siglo XX.”

Verdaderamente, “al pasar lista de los nombres de sus predecesores en el oficio... el presidente Smith aseguró a sus oyentes que los antiguos líderes de la Iglesia continuaban velando por los santos.”

La transfiguración de Brigham Young en 1844 fue una manifestación visible y dramática para los santos de que las riendas de la autoridad habían pasado de José a Brigham. Y aunque José ya no sería visto caminando por las calles de Nauvoo, tirando palos y jugando a la pelota con los muchachos, o predicando en el bosque, los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días sabían que, desde el otro lado del velo, su amado hermano José continuaría ejerciendo toda la influencia justa que pudiera en favor de los santos del Altísimo. Pero era necesaria una transición. Una era había pasado, y la lealtad del pueblo debía ahora trasladarse a otro profeta-líder. Y por una buena razón.

El presidente Harold B. Lee falleció repentina e inesperadamente el 26 de diciembre de 1973, después de haber servido como Presidente de la Iglesia por menos de un año y medio. En enero de 1974, el élder Bruce R. McConkie pronunció un discurso profundo a los estudiantes de la Universidad Brigham Young sobre los principios de la sucesión apostólica: “El Señor, en Su infinita sabiduría y bondad, sabe lo que debe hacerse con Sus siervos. Lo otro que debemos notar es que cuando el Señor llama a un nuevo profeta, lo hace porque tiene una obra, una labor y una misión para que el nuevo hombre la realice.

“Puedo imaginarme —continuó— que cuando el profeta José Smith fue quitado de esta vida, los santos se sintieron en las profundidades de la desesperación. ¡Pensar que un líder de semejante magnitud espiritual les

había sido arrebatado! ... Y sin embargo, cuando él fue quitado, el Señor tenía a Brigham Young. Brigham Young dio un paso al frente y vistió el manto del liderazgo. Con todo el respeto, admiración y cada elogio de alabanza que correspondía al profeta José, aun así Brigham Young se levantó e hizo cosas que en ese momento debían hacerse de una mejor manera de lo que el profeta José mismo podría haberlas hecho.”

“El testador ha muerto ahora —declaró John Taylor— y su testamento está en vigor” (DyC 135:5; compárese con Hebreos 9:16-17). Fue necesario, dijo el Señor por medio del sucesor inmediato de José, “que [José] sellara su testimonio con su sangre, para que fuera honrado y los inicuos condenados” (DyC 136:39). Con el martirio de los hermanos Smith quedó plantado el testimonio indeleble, y ahora, por un cambio, el mundo estaba en juicio: los hombres y mujeres de la tierra llevaban la responsabilidad de abrir sus mentes y corazones, ponderar y reflexionar, escudriñar y orar sobre el mensaje inusual que había sido dado por medio de José Smith, hijo. La invitación de José a un mundo desesperadamente necesitado de mayor luz y conocimiento fue simplemente seguir la amonestación de Santiago: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche; y le será dada” (Santiago 1:5).

Conclusión

Por causa de José Smith

En una ocasión, José Smith señaló: “Si desean ir adonde está Dios, deben ser como Dios, o poseer los principios que Dios posee; porque si no nos acercamos a Dios en principios, nos estamos apartando de Él y acercando al diablo”. Luego dio esta exhortación a sus seguidores: “Escudriñen sus corazones y vean si son como Dios. Yo he escudriñado el mío y siento arrepentirme de todos mis pecados”. En verdad, una de las muchas cualidades admirables del Profeta de la Restauración fue su disposición a confesar su propia humanidad y reconocer que, a pesar de las magníficas visiones y revelaciones que le habían sido concedidas como cabeza de esta última dispensación, él caminaba por los senderos de la mortalidad y luchaba con los impulsos de la carne como todo hijo e hija de Dios.

En noviembre de 1835 anotó: “Esta mañana fui presentado a un hombre del este. Al oír mi nombre, comentó que yo no era más que un hombre, dando a entender con esta expresión que había supuesto que una persona a quien el Señor se dignara revelar Su voluntad debía ser algo más que un hombre”. José sabía lo contrario. Ciertamente sabía que su llamamiento era divino cuando el Padre y el Hijo se le aparecieron en la Arboleda Sagrada. “Yo había visto una luz”, registró en su relato oficial, “y en medio de esa luz vi a dos Personajes, y en realidad me hablaron. ... Yo había visto una visión; lo supe, y lo supe más aún porque Dios lo sabía, y no lo podía negar, ni me atreví a hacerlo” (José Smith—Historia 1:25).

Era plenamente consciente de que, por medio del Urim y Tumim, había realizado una obra milagrosa al traducir y publicar el Libro de Mormón. Sabía, por experiencia personal, que habían sido enviados ángeles desde las cortes de gloria, que habían puesto físicamente sus manos sobre su cabeza, que le habían conferido poder y autoridad, que le habían dado conocimiento, y que habían ensanchado y profundizado su entendimiento.

Sabía, en resumen, que era humano, pero que había sido designado para emprender una misión sobrehumana.

José comprendía muy bien lo que un sucesor profético, el presidente David O. McKay, expresaría de manera sencilla citando a John Locke: “Dios, cuando hace al profeta, no deshace al hombre”.

El élder D. Todd Christofferson, del Cuórum de los Doce Apóstoles, nos recordó que “no toda declaración hecha por un líder de la Iglesia, pasado o presente, constituye necesariamente doctrina. Es comúnmente entendido en la Iglesia que una declaración hecha por un líder en una sola ocasión a menudo representa una opinión personal, aunque bien considerada, que no está destinada a ser oficial ni vinculante para toda la Iglesia. El profeta José Smith enseñó que ‘un profeta [es] un profeta solo cuando [actúa] como tal’”.

José dijo: “Les dije que yo no era más que un hombre, y que no debían esperar de mí perfección; si esperaban perfección de mí, yo la esperaría de ellos; pero si ellos soportaban mis debilidades y las debilidades de los hermanos, yo también soportaría las de ellos”. Y así, la advertencia que el Profeta extendió a los Santos, y que él mismo asumió con responsabilidad, fue: “En la medida en que nos degeneramos de Dios, descendemos al diablo y perdemos conocimiento; y sin conocimiento no podemos ser salvos; y mientras nuestros corazones estén llenos de maldad, y estemos ocupados en estudiar el mal, no habrá lugar en nuestros corazones para el bien ni para estudiar el bien. ¿No es Dios bueno? Entonces sed vosotros buenos; si Él es fiel, entonces sed fieles vosotros”.

El primer profeta y presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días no fue un hombre perfecto, pero sí fue un hombre cuya alma entera se deleitaba en las cosas de Dios, alguien cuyo más profundo anhelo era tender un puente entre el más humilde de los Santos y el Dios Todopoderoso, para preparar a individuos y congregaciones enteras a fin de que gozaran de las más elevadas y grandiosas bendiciones que la Deidad puede conferir a los mortales. Uno de mis homenajes favoritos al Profeta fue pronunciado por el élder B. H. Roberts, de la Presidencia de los Setenta: “José Smith... no reclamó para sí ninguna santidad especial, ninguna vida sin falta, ninguna perfección de carácter, ninguna infalibilidad para cada

palabra que pronunciaba”, escribió. “Y así como no reclamó estas cosas para sí, tampoco pueden reclamárselas otros. ... Sin embargo, a José Smith le fue dado acceso a la mente de la Deidad, mediante las revelaciones de Dios para él”.

O, en las propias palabras del Profeta, pronunciadas menos de dos meses antes de su muerte: “Nunca les dije que yo era perfecto; pero no hay error en las revelaciones que he enseñado”. La repetida experiencia con lo Divino permitió al Profeta —un hombre que equilibraba admirablemente la humildad y la certeza— declarar: “Conozco las Escrituras y las entiendo”. José Smith conocía las Escrituras, conocía sus preceptos, conocía a sus profetas y conocía a su personaje central: Jesucristo.

Por causa de José Smith,

- Entendemos que Dios, nuestro Padre Celestial, es un Ser personal, el Padre de los espíritus de toda la humanidad, que tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el nuestro, y que podemos acercarnos a Él y conocerlo.
- Sabemos la naturaleza y el propósito de la Caída de Adán y Eva, que fue en realidad una “feliz caída”, una caída hacia abajo pero hacia adelante. La Caída abrió el camino para que los poderes de la Expiación recrearan a la familia humana y devolvieran la imagen de Dios a cada uno de los habitantes de la tierra.
- Sabemos que los mortales no nacen como criaturas depravadas y que el cuerpo físico no es malo.
- Entendemos la gracia salvadora de Jesucristo y sabemos que mediante nuestra fe en Él, nuestra confianza en Sus labores redentoras y nuestro discipulado consagrado, podemos ser redimidos de nuestra condición caída y finalmente heredar la vida eterna.
- Sabemos que somos miembros de la casa de Israel y herederos de todas las bendiciones prometidas a Abraham, Isaac y Jacob.
- Sabemos que la revelación no ha cesado, ni para la guía profética de la Iglesia de Jesucristo ni para la dirección personal de nuestras vidas.

- Sabemos que la vida no comenzó con esta segunda etapa que llamamos mortalidad, sino que existimos como espíritus mucho antes de venir a la tierra.
- Sabemos que la vida tiene un propósito, que Dios tiene un plan de salvación para nuestra felicidad y plenitud aquí y para nuestra recompensa eterna en la vida venidera.
- Sabemos que Dios desea salvar a todos Sus hijos y que ninguna persona viene a esta tierra sin la capacidad de alcanzar el más alto cielo en la eternidad.
- Podemos tener una comprensión significativa del mundo venidero, de la naturaleza de su propósito, su sociabilidad y su gloria.
- Sabemos que ángeles han sido enviados a la tierra para conferir la autoridad divina del sacerdocio y que el poder y la autoridad apostólica nunca más se perderán de la tierra a causa de la apostasía.
- Sabemos que los principios salvadores del evangelio se enseñarán a todos los que murieron sin la oportunidad de oírlos en la carne, y que en los santos templos se pueden efectuar en su favor las ordenanzas esenciales para la plenitud de la salvación.
- Sabemos que como resultado de la autoridad restaurada a José Smith, la unidad familiar se preservará por toda la eternidad, que el amor verdaderamente puede ser eterno, y que los privilegios de la paternidad y la maternidad pueden continuar por toda la eternidad.

El élder Joseph F. Merrill, del Cuórum de los Doce Apóstoles, habló de algunas de las contribuciones significativas de José Smith y agregó: “En el corto espacio de quince años [desde 1830 hasta su muerte en 1844], José Smith, sin instrucción en el aprendizaje ni en los métodos del mundo, hizo todas estas cosas importantes. ¿Cómo fue posible? ¿No radica la única explicación racional en la afirmación de que fue enseñado por Dios? ... José Smith, sus afirmaciones, sus enseñanzas y sus logros son de un carácter tan extraordinario que desafían a todo ser humano capaz de hacerlo a realizar una investigación honesta y exhaustiva de los mismos”.

Ya en 1837, Wilford Woodruff declaró: “No hay un hombre tan grande como José en esta generación. Los gentiles lo miran como si fuera un lecho de oro, oculto de la vista humana. No conocen sus principios, su espíritu, su

sabiduría, sus virtudes, su filantropía, ni su llamamiento. Su mente, como la de Enoc, se expande como la eternidad, y solo Dios puede comprender su alma”.

Expreso sin reservas mi amor, admiración y lealtad a José Smith hijo. La suya fue una carga onerosa que llevar, un peso monumental que soportar, y mi corazón se commueve al reflexionar sobre cuán desafiante debió de ser su tarea. Me resulta sumamente difícil imaginar que el hermano José pudiera haber entregado a los Santos algunas de las joyas doctrinales más magníficas de la historia humana, respuestas a muchos de los problemas más complejos del mundo, si hubiera sido un farsante, un mujeriego y un engañador; si hubiera sido infiel a su llamamiento profético, inmoral o indigno; simplemente, Dios no obra de esa manera.

Porque acepto de todo corazón las revelaciones, debo y acepto en ese mismo espíritu al revelador. El sábado 6 de abril de 1844, el día antes de pronunciar el Sermón del Rey Follett, el Profeta dijo: “El gran Jehová ha estado siempre conmigo, y la sabiduría de Dios me dirigirá. ... Me siento en más estrecha comunión y en mejor relación con Dios que nunca antes en mi vida, y me alegro de esta oportunidad de aparecer en medio de ustedes. Agradezco a Dios por el día glorioso que nos ha dado”.

John Taylor, un hombre que estuvo al lado de José durante todos sus años de madurez y que se hallaba con él en la cárcel de Carthage, declaró: “Testifico ante Dios, ángeles y hombres que [José] fue un hombre bueno, honorable y virtuoso... y que su carácter privado y público era intachable, y que vivió y murió como un hombre de Dios”.

Como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, adoramos a Dios el Padre Eterno y a su Unigénito Hijo, Jesucristo, y no hay competidores; ellos son el objeto supremo de nuestra veneración, nuestra adoración y nuestra fe. Nadie necesita confundirse en ese punto.

Con ese mismo espíritu, reconocemos al joven labrador que llegó a ser profeta como el revelador profético supremo de Dios, de Cristo y del plan de salvación en estos últimos días. El presidente Thomas S. Monson enfatizó que “no adoramos al profeta José; sin embargo, él dejó un legado que permite hoy a [sus] seguidores en cada continente proclamarlo como

profeta de Dios. Que cada uno de nosotros se esfuerce por continuar la visión del profeta José para esta obra y engrandecer su legado mediante nuestras obras y testimonios a los demás, para que lo conozcan como nosotros lo conocemos y puedan experimentar la paz y el gozo del evangelio que él restauró”.

Ahora bien, no espero que los ataques contra el nombre, la vida y la obra de José Smith disminuyan con el paso del tiempo, pues fue el ángel Moroni quien predijo que el nombre de José sería conocido para bien y para mal entre todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos (José Smith—Historia 1:33). Ese mismo Moroni explicó al hermano José que “los que no estén edificados sobre la Roca procurarán derribar esta Iglesia; pero aumentará cuanto más sea combatida”.

El élder Neil L. Andersen ofreció el siguiente consejo a los Santos de los Últimos Días, en particular: “Las preguntas acerca del profeta José Smith no son nuevas. Han sido lanzadas por sus críticos desde que comenzó esta obra. A aquellos de fe que, mirando a través de los lentes coloreados del siglo XXI, cuestionan sinceramente hechos o declaraciones del profeta José de hace casi 200 años, permitanme compartir un consejo amistoso: ¡Por ahora, denle un respiro al hermano José! En un día futuro tendrán cien veces más información que la que ofrecen todos los buscadores de internet actuales juntos, y vendrá de nuestro Padre Celestial, que todo lo sabe. ... Testifico que José Smith fue un profeta de Dios. Resuelvan esto en su mente, ¡y sigan adelante!”.

En su primera conferencia general tras convertirse en el décimo Presidente de la Iglesia, José Fielding Smith dijo: “Deseo declarar que ningún hombre, por sí mismo, puede dirigir esta Iglesia. Esta es la Iglesia del Señor Jesucristo; Él está a la cabeza. ...

“Él elige a los hombres y los llama para ser instrumentos en Sus manos para llevar a cabo Sus propósitos, y los guía y dirige en sus labores. Pero los hombres son solo instrumentos en las manos del Señor, y el honor y la gloria de todo lo que Sus siervos logran es y debe ser atribuido a Él por siempre.

“Si esta obra fuera de los hombres, fracasaría, pero es la obra del Señor, y Él no falla”.

El mismo Espíritu que me ha testificado que Dios es nuestro Padre, el Padre de los espíritus de toda la humanidad, y que Jesucristo es nuestro Salvador y Redentor, nuestra única esperanza de paz en este mundo y de salvación en el venidero, ese mismo Espíritu ha confirmado a mi alma que nuestro Padre Celestial, en Su misericordia y gracia, ha escogido restaurar la plenitud del evangelio de Jesucristo en esta dispensación final.

Ese Espíritu Santo me impulsa y me mueve a dar testimonio de que la obra que José Smith comenzó, bajo la dirección del Todopoderoso, avanza conforme a un plan divino; que la influencia del profeta José aún se siente; y que sus sucesores en los consejos directivos de la Iglesia hoy día están siendo guiados por ese mismo Señor y Salvador, conducidos por esa misma Luz bondadosa que guió al hermano José mientras presidía las etapas iniciales de la Restauración.

Estas cosas las sé tan claramente como sé que vivo. Que siempre seamos fieles y leales a todo lo que Dios ha considerado digno de revelar.

Apéndice 1

Doctrinas, Principios Y Preceptos Del Libro De Mormón

Lo siguiente es una muestra del gran depósito doctrinal que se encuentra en el Libro de Mormón. Estas son gemas doctrinales. Una reflexión cuidadosa sobre estas verdades edificará a muchos y asombrará a otros.

- Dios siempre proveerá el medio para que Sus hijos realicen todo lo que Él les mande (1 Nefi 3:7).
- Muy a menudo somos guiados por el Espíritu, sin saber las cosas que debemos hacer (1 Nefi 4:6).
- Israel es injertada en el convenio cuando llega al conocimiento del verdadero Mesías (1 Nefi 10:14).
- El Espíritu Santo, o el tercer miembro de la Trinidad, tiene la forma de un hombre (1 Nefi 11:11).
- El árbol de la vida es un símbolo de Jesucristo (1 Nefi 11:4–7, 21–22).
- Jesús es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob (1 Nefi 19:10).
- La salvación es gratuita (2 Nefi 2:4; 26:25, 27, 28).
- Somos salvos mediante los méritos, la misericordia y la gracia del Santo Mesías (2 Nefi 2:8; Helamán 14:13).
- Existe un sentido en el cual todos los hijos de Dios serán redimidos. Después de la resurrección, todos serán llevados de regreso a la presencia de Dios para ser juzgados (2 Nefi 9:15; Helamán 13:15–18).
- Las ordenanzas de salvación, incluyendo el bautismo, son esenciales (2 Nefi 31).
- La doctrina de Cristo o evangelio de Jesucristo consiste en fe, arrepentimiento, bautismo, la recepción del Espíritu Santo,

perseverar hasta el fin, resurrección y juicio eterno (2 Nefi 31; 3 Nefi 27).

- Israel es esparcida cuando rechaza al verdadero Mesías. Israel es recogida cuando acepta al verdadero Mesías, Su evangelio, Su Iglesia y Su doctrina (1 Nefi 15:12–19; 2 Nefi 6:8–11; 9:1–2; 10:5–7; 15).
- La Caída de Adán y Eva es tan parte del plan de salvación como la Expiación. “Adán cayó para que los hombres existiesen, y existen los hombres para que tengan gozo” (2 Nefi 2:25).
- José Smith es el Vidente Escogido preordenado en los últimos días (2 Nefi 3).
- La Expiación de Cristo es infinita porque vence la muerte física y trae la resurrección de toda la humanidad (2 Nefi 9:6–15).
- Si no hubiera resurrección, no habría Expiación; todos estaríamos sujetos a Satanás para siempre (2 Nefi 9:8–9).
- Hemos de adorar a Dios el Padre en el nombre de Jesucristo (2 Nefi 25:16; Jacob 4:5).
- Satanás es versátil. En algunos de nosotros ruge en nuestros corazones y nos incita a enojarnos contra las cosas de Dios. A otros los adormece y los arrulla en un estado de seguridad carnal: perciben que “todo está bien en Sion” (2 Nefi 28:20–24).
- Los que están verdaderamente edificados sobre la roca de Cristo anhelan nueva revelación, incluso nuevas Escrituras (2 Nefi 28–29).
- La remisión de los pecados llega después del bautismo de agua mediante la concesión del Espíritu Santo; el Espíritu Santo es el Santificador (2 Nefi 31:17).
- Los miembros de la Trinidad están tan unidos que en ocasiones se les menciona como “un solo Dios eterno” (2 Nefi 31:21; Alma 11:44; 3 Nefi 11:23–25; Mormón 7:7).
- Las personas hablan con la lengua de ángeles cuando hablan las palabras de Cristo, es decir, cuando hablan por el poder del Espíritu Santo (2 Nefi 31:13–14; 32:1–5).
- Los verdaderos discípulos experimentan a Cristo: creen en Él, contemplan Su muerte, sufren Su cruz y llevan la vergüenza del mundo (Jacob 1:8).

- Antes de buscar riquezas, debemos buscar el reino de Dios. Una vez que hemos obtenido una esperanza en Cristo, obtendremos riquezas si las buscamos, y las buscaremos para vestir al desnudo, alimentar al hambriento, liberar al cautivo y socorrer al enfermo y afligido (Jacob 2:18–19).
- Cristo y Su Expiación han sido predicados desde el principio del tiempo (Jacob 4:5; 7:11; Jarom 1:11; Alma 39:17–19).
- La oscuridad espiritual viene por mirar más allá de la marca (Jacob 4:14).
- Dios tiene un amor eterno por Su pueblo escogido; Él simplemente no permitirá que Israel se pierda (Jacob 5–6).
- Llegamos a ser incombustibles en la fe a medida que tenemos experiencias espirituales frecuentes (Jacob 7:5; Enós 1:2–11).
- Somos eternamente deudores a Dios y, aun si le sirviéramos con todas las capacidades que poseemos, seguiríamos siendo siervos inútiles (Mosíah 2:20–25).
- El hombre natural es enemigo de Dios y de sí mismo (Mosíah 3:19; Alma 41:11).
- Sabemos que hemos sido perdonados de nuestros pecados cuando el Espíritu mora con nosotros nuevamente y sentimos gozo y paz de conciencia (Mosíah 4:3).
- Cuando nacemos de nuevo, llegamos a ser hijos e hijas de Jesucristo (Mosíah 5:7).
- Jesucristo es tanto el Padre como el Hijo: el Padre porque fue concebido por el poder del Padre, y el Hijo a causa de la carne, Su cuerpo físico (Mosíah 15:1–4; Alma 11:38–39; Helamán 14:12; Mormón 9:12; Éter 3:14).
- La primera resurrección consiste en el levantamiento de los profetas y de aquellos que prestaron atención a sus palabras (Mosíah 15:21–22).
- En el momento del bautismo, hacemos convenio de llevar las cargas los unos de los otros, llorar con los que lloran, consolar a los que necesitan consuelo, estar como testigos de Dios en todo tiempo y en todo lugar; además, tomamos sobre nosotros el nombre de Cristo (Mosíah 18:8–10).

- El Señor puede aligerar las cargas que llevamos sin quitarlas de nosotros (Mosíah 24:13–14).
- Cuando nacemos de nuevo, somos cambiados de un estado carnal y caído a un estado de rectitud; llegamos a ser “nuevas criaturas” en Cristo (Mosíah 27:23–26).
- La única manera de recuperar a algunos que se han descarriado o han abandonado la fe es mediante el testimonio puro (Alma 4:19).
- Cristo vino a la tierra para experimentar todo lo que cada mortal experimenta—dolores, aflicciones, tentaciones, enfermedades, debilidades—para poder compadecerse de Su pueblo y así socorrerlo (Alma 7:11–13).
- Todos los que reciben el sacerdocio de Melquisedec en esta vida fueron preordenados para hacerlo en la existencia premortal (Alma 13:1–12).
- Llegamos a ser personas de sano entendimiento y capaces de enseñar el evangelio con poder y autoridad cuando escudriñamos las Escrituras, oramos y ayunamos (Alma 17:1–3).
- La predestinación es una doctrina falsa (Alma 31).
- La fe no es tener un conocimiento perfecto, sino tener esperanza en cosas que no se ven pero que son verdaderas (Alma 32:21).
- La Expiación de Cristo es infinita porque Jesucristo es un Ser infinito (Alma 34:13–14).
- Esta vida es el tiempo para prepararnos para encontrarnos con Dios, el tiempo para realizar nuestras labores (Alma 34:32).
- El mismo espíritu que tengamos en el momento de la muerte continuará con nosotros cuando pasemos al mundo de los espíritus (Alma 34:33–35).
- Por medios pequeños y sencillos se realizan grandes cosas (1 Nefi 16:29; Alma 37:6).
- Los únicos pecados más graves para Dios que la inmoralidad sexual son el asesinato y el pecado contra el Espíritu Santo (Alma 39:5).
- En el momento de la muerte, se experimenta un juicio parcial y se va ya sea al paraíso o al infierno/tinieblas exteriores (Alma 40:11–14).
- En la resurrección el cuerpo y el espíritu se reúnen, y el cuerpo se levanta en su forma perfecta (Alma 11:43; 40:23).

- La iniquidad nunca fue felicidad; esto es lo que se conoce como la ley de la restauración (Alma 41).
- La misericordia no puede arrebatar a la justicia (Alma 42:12–15).
- Somos santificados al rendir nuestros corazones a Dios (Helamán 3:35).
- Debemos edificar nuestro fundamento sobre la roca de nuestro Redentor si esperamos resistir los ataques del diablo (Helamán 5:12).
- Aquellos que han buscado todos sus días lo que no se puede obtener—ser felices mientras están atrapados en la iniquidad—descubrirán que su destrucción es segura (Helamán 13:38).
- La ofrenda que hemos de presentar a Dios es un corazón quebrantado y un espíritu contrito (3 Nefi 9:20).
- Cuando llegue la plenitud de los tiempos de los gentiles, el evangelio será llevado entonces de manera preferente a la casa de Israel (3 Nefi 16:10).
- Cuando tomamos la Santa Cena del Señor, recibimos estos emblemas para nuestra alma; esa alma nunca tendrá hambre ni sed, sino que siempre estará llena (3 Nefi 18:8).
- La señal de que la obra del Padre (la obra de recoger a Israel) ha comenzado en los últimos días es la aparición del Libro de Mormón (3 Nefi 21:1–7; 29:1; Éter 4:17).
- Los que rechacen al siervo del Señor en los últimos días (José Smith) serán cortados del convenio del Señor (3 Nefi 21:11).
- Jesús expuso todas las Escrituras en una sola (3 Nefi 23:14).
- Para que una iglesia sea la Iglesia del Señor debe llevar Su nombre y estar edificada sobre Su evangelio. Entonces se manifestarán en ella las obras del Padre (3 Nefi 27:7–10).
- El evangelio son las buenas nuevas de que Cristo vino al mundo para hacer la voluntad del Padre, ser levantado en la cruz para atraer a todos hacia Él, para que resuciten de entre

los muertos y comparezcan ante Él a ser juzgados (3 Nefi 27:13–16).

- Solo aquellos cuyos vestidos hayan sido lavados en la sangre del Cordero podrán entrar en el reino de Dios y en Su reposo (3 Nefi 27:19–20).
- Los seres transfigurados son cambiados de modo que no experimentan la muerte ni los dolores de esta vida, salvo el dolor por los pecados del mundo. Permanecen en ese estado hasta la segunda venida de Jesucristo, momento en el cual son transformados en un abrir y cerrar de ojos de la mortalidad a la inmortalidad resucitada (3 Nefi 28).
- La verdadera y duradera felicidad llega cuando las personas se convierten al Señor; entonces obran con justicia unos con otros y atienden las necesidades de sus prójimos. Tales personas llegan a ser verdaderamente libres y participan del don celestial (4 Nefi 1:2–3).
- La tristeza que no conduce al arrepentimiento es simplemente la tristeza de los condenados; la gente simplemente no puede hallar felicidad en el pecado (Mormón 2:13).
- Un terrible temor a la muerte llena los pechos de los inicuos (Mormón 6:7).
- Los propósitos eternos del Señor seguirán adelante hasta que todas Sus promesas se cumplan (Mormón 8:22).
- Dios no ha dejado de ser un Dios de milagros (Mormón 9:15, 19–20).
- Hemos sido encargados de hacer todas las cosas con dignidad y de hacerlas en el nombre de Jesucristo (Mormón 9:29).
- Aunque a causa de la Caída nuestra naturaleza se ha vuelto continuamente mala, se nos ha mandado invocar a Dios para que recibamos conforme a nuestros deseos (Éter 3:2).

- No debemos disputar simplemente porque no podemos ver, pues no recibimos testimonio sino hasta después de la prueba de nuestra fe (Éter 12:6).
- Si venimos a Cristo, Él nos dará a conocer nuestras debilidades; y si tenemos fe en Él, entonces hará que las cosas débiles se vuelvan fuertes para nosotros (Éter 12:27).
- Cristo entregó Su vida por el mundo y fue a preparar un lugar para nosotros; el amor que motivó este sacrificio desinteresado es la caridad, el amor puro de Cristo (Éter 12:33–34).
- Si buscamos a Cristo, entonces la gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo permanecerá en nosotros para siempre (Éter 12:41).
- Permanecemos espiritualmente vigilantes, velando en oración, al confiar únicamente en los méritos de Cristo, quien es el autor y consumidor de nuestra fe (Moroni 6:4).
- Los miembros de la Iglesia de Jesucristo tienen el deber de ser pacíficos seguidores de Cristo, que poseen suficiente esperanza para entrar en el reposo del Señor aquí, en preparación para entrar en Su reposo en la vida venidera (Moroni 7:3).
- El Espíritu de Cristo es dado a toda persona para que cada una sepa discernir el bien del mal. Todo lo que invita a hacer el bien y a creer en Cristo procede del don y poder de Cristo y es de Dios (Moroni 7:16).
- Los ángeles no han cesado de ministrar a los hijos de Dios. Están sujetos a Cristo y ministran a quienes tienen fuerte fe y una mente firme. El propósito de su ministerio es llamar a las personas al arrepentimiento, primero declarando la palabra de Cristo a los vasos escogidos, quienes luego ministran al resto de la humanidad (Moroni 7:30–31).
- La única razón por la que cesan los milagros y los ángeles dejan de ministrar es porque la fe también ha cesado (Moroni 7:36–37; 10:24).
- La caridad es el amor puro de Cristo y permanece para siempre. Hemos de orar al Padre con toda la energía de nuestro corazón.

para ser llenos de este amor, que el Padre siempre concede a todos los que son verdaderos seguidores de Su Hijo. Por medio del poder transformador de este amor, seremos semejantes a Él cuando aparezca y le veremos tal como es (Moroni 7:47–48).

- El bautismo infantil es una doctrina falsa y una práctica inicua, pues el bautismo es solo para aquellos que tienen fe y necesitan arrepentimiento, los que son responsables. Como los niños pequeños han sido redimidos desde la fundación del mundo, son inocentes (Moroni 8:10–12).
- No importa cuán sombría pueda parecer una situación o cuán inicuo llegue a ser el mundo; tenemos una labor que realizar mientras estemos en esta condición mortal: vencer al enemigo de toda rectitud y reposar nuestras almas en el reino de Dios (Moroni 9:6).
- Por el poder del Espíritu Santo podemos conocer la verdad de todas las cosas (Moroni 10:5).
- Nunca debemos negar los dones de Dios ni los dones del Espíritu; son dados para nuestro provecho (Moroni 10:8–18).
- Si nos negamos a toda impiedad y amamos a Dios con toda nuestra alma, entonces Su gracia nos basta, de modo que por esa gracia llegamos a ser perfeccionados y santificados en Cristo (Moroni 10:32–33).

¡Qué banquete! El élder Neal A. Maxwell señaló: “Cualquiera que haya leído mucho, se siente agradecido por los libros que contienen dos o tres verdades significativas o grandes ideas. A veces nos conformamos con una articulada reformulación o reexpresión. ... Así, la densidad de las verdades espirituales del Libro de Mormón es especialmente impresionante”.

Tras muchas lecturas del Libro de Mormón, el presidente Boyd K. Packer observó: “He encontrado que estas escrituras son claras y preciosas. Me pregunté cómo un joven como José Smith pudo tener tales percepciones. La verdad es que no creo que él tuviera tales percepciones penetrantes. No tenía por qué tenerlas. Simplemente tradujo lo que estaba escrito en las planchas”. El presidente Packer continuó: “Tales percepciones claras y preciosas están por todas partes en el Libro de Mormón. Reflejan una

profundidad de sabiduría y experiencia que ciertamente no es característica de un joven de 23 años”.

Apéndice 2

Tributos al Profeta José Smith por sus Sucesores

Brigham Young

Honro y venero el nombre de José Smith. Me deleita oírlo; lo amo. Amo su doctrina.

Lo que he recibido del Señor, lo he recibido por medio de José Smith; él fue el instrumento utilizado. Si lo dejo de lado, debo dejar también estos principios; no han sido revelados, declarados ni explicados por ningún otro hombre desde los días de los Apóstoles. Si dejo a un lado el Libro de Mormón, tendré que negar que José es un profeta; y si dejo a un lado la doctrina y ceso de predicar la congregación de Israel y la edificación de Sion, debo dejar también la Biblia; y, en consecuencia, bien podría irme a casa en lugar de intentar predicar sin estos tres elementos...

No que José fuera el Salvador, sino que fue un profeta. Como él mismo dijo una vez, cuando alguien le preguntó: “¿Es usted el Salvador?” No, pero puedo decirte lo que soy: soy su hermano. Así también podemos decir nosotros.

John Taylor

¿Quién fue José Smith? El Libro de Mormón nos dice que era de la descendencia de José, el que fue vendido a Egipto, y por lo tanto fue escogido, como Abraham, para cumplir una obra sobre la tierra. Dios escogió a este joven. Era ignorante en letras según el mundo lo considera, pero fue el hombre más profundamente instruido e inteligente que jamás conocí en mi vida, y he viajado cientos de miles de millas, he estado en distintos continentes y me he mezclado entre toda clase y credo de personas, y aun así nunca conocí a un hombre tan inteligente como él. ¿Y de dónde obtuvo su inteligencia? No de los libros, ni de la lógica, ni de la

ciencia, ni de la filosofía de su tiempo, sino que la obtuvo mediante la revelación de Dios dada a conocer a él a través del medio del evangelio eterno.

Wilford Woodruff

Ha sido mi fe y creencia, desde el momento en que me familiaricé con el evangelio, que nunca ha vivido sobre la faz de la tierra un profeta mayor que José Smith, salvo Jesucristo. Él fue levantado para presidir esta gran dispensación—la mayor de todas las dispensaciones que Dios ha dado al hombre... José Smith fue ordenado antes de venir aquí, así como lo fue Jeremías.

Lorenzo Snow

Una palabra o dos acerca de José Smith. Tal vez sean muy pocos los hombres que aún viven que hayan estado tan bien familiarizados con el profeta José Smith como yo lo estuve. Con frecuencia estuve con él. Lo visité en su hogar, me senté a su mesa, conviví con él en diversas circunstancias y tuve entrevistas privadas con él para recibir consejo. Sé que José Smith fue un profeta de Dios; sé que fue un hombre honorable, un hombre moral, y que tenía el respeto de quienes lo conocían. El Señor me ha mostrado de manera muy clara y completa que él fue un profeta de Dios y que poseía el santo sacerdocio.

Joseph F. Smith

Dios vive, y Jesús es el Cristo, el Salvador del mundo. José Smith es un profeta de Dios—vivo, no muerto; porque su nombre nunca perecerá. ... Él puso los cimientos en esta dispensación para la restauración de los principios que fueron enseñados por el Hijo de Dios, quien por estos principios vivió, enseñó, murió y resucitó. Por lo tanto, digo: así como el nombre del Hijo de Dios será tenido en reverencia y honor, y en la fe y el amor de los hombres, así también el nombre de José Smith será finalmente tenido entre los hijos de los hombres, ganando prestigio, aumentando en honor y reclamando respeto y veneración, hasta que el mundo declare que él fue un siervo y profeta de Dios. El Señor Dios Omnipotente reina. Paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres, es la proclamación que hizo José, el Profeta, y que es la misma que su Maestro, el Señor Jesucristo, hizo al mundo.

Heber J. Grant

He conocido a cientos de hombres que han dicho: "Si no fuera por José Smith, yo podría aceptar su religión". Cualquier hombre que no crea en José Smith como profeta del Dios verdadero y viviente no tiene derecho a estar en esta Iglesia. Esa revelación a José Smith es la piedra fundamental. Si José Smith no tuvo esa entrevista con Dios y con Jesucristo, todo el edificio mormón es un fracaso y un fraude. No vale nada en la tierra. Pero Dios sí vino. Dios sí presentó a Su Hijo. Dios sí inspiró a ese hombre para organizar la Iglesia de Jesucristo, y toda la oposición del mundo no puede resistir la verdad. Está floreciendo; está creciendo, y crecerá aún más.

George Albert Smith

Muchos de los beneficios y bendiciones que me han llegado, me han llegado por medio de ese hombre [José Smith], que dio su vida por el evangelio de Jesucristo. Ha habido algunos que lo han menospreciado, pero quiero decir que aquellos que lo han hecho serán olvidados y sus restos volverán a la madre tierra, si no lo han hecho ya, y el hedor de su infamia nunca morirá, mientras que la gloria, el honor, la majestad, el valor y la fidelidad manifestados por el profeta José Smith quedarán para siempre ligados a su nombre.

David O. McKay

La audacia de las afirmaciones de [José Smith] fue extraordinaria. Muchas de ellas estaban en directa oposición a las creencias de la ortodoxia de su tiempo. Contradijo doctrinas defendidas por doctores instruidos—algo temerario para un joven sin educación, a menos que tuviera la seguridad de que tenía la razón. Y si tenía esa seguridad, ¿de dónde le vino?...

Otros hombres con nobles aspiraciones, con poder y popularidad, fracasaron completamente al intentar establecer sus ideales. José Smith fue favorecido intelectualmente por inspiración. El hermano José sabía que había sido escogido por Dios Todopoderoso para establecer en esta dispensación la Iglesia de Jesucristo, la cual él, como Pablo, declaró que es el poder de Dios para salvación—salvación social, salvación moral, salvación espiritual.

Joseph Fielding Smith

El mormonismo, como se le llama, debe sostenerse o caer sobre la historia

de José Smith. Él fue un profeta de Dios, divinamente llamado, debidamente designado y comisionado, o fue uno de los más grandes fraude que este mundo haya visto jamás. No hay punto intermedio...

No existe posibilidad de que él estuviera engañado, y en este asunto estamos dispuestos a mantenernos firmes. Yo sostengo que José Smith fue todo lo que afirmó ser. Sus declaraciones son demasiado positivas y sus pretensiones demasiado grandes como para admitir un autoengaño de su parte. Ningún impostor podría haber llevado a cabo una obra tan grande y maravillosa. De haberlo sido, habría sido descubierto y expuesto, y el plan habría fracasado y quedado en nada...

Ningún hombre, por sí mismo, sin la ayuda del Espíritu de Dios y la dirección de la revelación, puede fundar una religión o promulgar un cuerpo de doctrina, en todos sus aspectos, en armonía con la verdad revelada. Si no cuenta con la inspiración del Señor y la dirección de mensajeros de Su presencia, no podrá comprender la verdad, y por lo tanto, la verdad que enseñe estará irremediablemente mezclada con el error.

Harold B. Lee

Como uno de los más humildes entre nosotros, y desde lo más profundo de mi alma, yo también deseo añadir mi humilde testimonio. Sé que José Smith fue un profeta del Dios viviente. Sé que vivió y murió para traer a esta generación los medios por los cuales se puede obtener la salvación. Sé que él se sienta en un lugar elevado y posee las llaves de esta última dispensación. Sé que para aquellos que lo sigan y escuchen sus enseñanzas y lo acepten como un verdadero profeta de Dios, y sus revelaciones y enseñanzas como la palabra de Dios, las puertas del infierno no prevalecerán contra ellos.

Spencer W. Kimball

De todos los grandes acontecimientos del siglo, ninguno se compara con la Primera Visión de José Smith. ... Nada menos que esta visión completa a José habría podido servir para despejar las nieblas de los siglos. Meramente una impresión, una voz oculta, un sueño no habrían disipado las antiguas confusiones y conceptos erróneos...

El Dios de todos estos mundos y el Hijo de Dios, el Redentor, nuestro Salvador, en persona asistieron a este joven. Él vio al Dios viviente. Vio a Cristo viviente. Pocos de toda la creación humana habían vislumbrado jamás una visión semejante. ... José pertenecía ahora a un grupo de élite—los probados, los confiables y los verdaderos. Estaba en una sociedad selecta de personas a quienes Abraham describe como “nobles y grandes” que eran “buenos” y que habrían de llegar a ser gobernantes del Señor.

Ezra Taft Benson

El mundo generalmente ha venerado a los profetas antiguos muertos y ha rechazado a los vivientes. Así fue con José Smith. La verdad suele estar en el cadalso—y el error en el trono. Pero el tiempo está del lado de la verdad, porque la verdad es eterna.

La más grande actividad en este mundo o en el venidero está directamente relacionada con la obra y misión de José Smith—hombre de destino, profeta de Dios. Esa obra es la salvación y la vida eterna del hombre. Para ese gran propósito fue creada esta tierra, son llamados los profetas de Dios, son enviados mensajeros celestiales, y en ocasiones sagradas e importantes incluso Dios, el Padre de todos nosotros, condesciende a venir a la tierra y a presentar a Su Hijo Amado.

Howard W. Hunter

El tiempo vindica las palabras y los actos de un profeta. El paso del tiempo ha convertido la fe en conocimiento. ... Quien acepta la doctrina comúnmente conocida o llamada mormonismo debe aceptar... los escritos que nos ha dejado el profeta José Smith—un profeta, vidente y revelador.

Esta es la época del año [diciembre] en la que recordamos su nacimiento. Estoy agradecido por sus enseñanzas, por sus revelaciones, por la herencia que nos ha dejado. Por medio de él, el evangelio fue restaurado a la tierra. No hay historia en toda la historia más hermosa que la simple y dulce historia del joven que entró en el bosque cerca de su hogar, se arrodilló en oración y recibió visitantes celestiales. ...

Con el paso del tiempo, este joven, sin logros académicos ni educación formal, fue instruido por el Señor para las cosas por venir. ... Estoy agradecido por mi pertenencia a la Iglesia. Mi testimonio de su divinidad

depende de la simple historia del joven bajo los árboles, arrodillado y recibiendo visitantes celestiales. Si no es verdadera, el mormonismo cae. Si es verdadera—y yo testifico que lo es—es uno de los acontecimientos más grandiosos de toda la historia.

Gordon B. Hinckley

Para mí es un misterio que se repite constantemente cómo algunas personas hablan con admiración de la Iglesia y de su obra, y al mismo tiempo desprecian a aquel por medio de quien, como siervo del Señor, vino la estructura de todo lo que la Iglesia es, de todo lo que enseña y de todo lo que representa. Querrían arrancar el fruto del árbol mientras cortan la raíz de la que brota. ...

Grande fue la visión del profeta José Smith. Abarcaba a todos los pueblos de la humanidad, dondequiera que vivan, y a todas las generaciones que han caminado sobre la tierra y han partido. ¿Cómo puede alguien, pasado o presente, hablar en su contra sino por ignorancia? No han gustado de sus palabras; no han reflexionado en él ni han orado acerca de él. Como alguien que ha hecho estas cosas, añado mis propias palabras de testimonio de que él fue y es un profeta de Dios, levantado como instrumento en las manos del Todopoderoso para inaugurar una nueva y última dispensación del evangelio.

Thomas S. Monson

Por medio de José Smith, el evangelio—que se había perdido a lo largo de siglos de apostasía—fue restaurado, el sacerdocio y sus llaves fueron recibidos, las doctrinas de la salvación fueron reveladas, las ordenanzas del evangelio y del templo—junto con el poder de sellar—fueron devueltas y, en 1830, la Iglesia de Jesucristo fue restablecida sobre la tierra.

Aunque difamado y perseguido, el profeta José nunca vaciló en su testimonio de Jesucristo. Sus contemporáneos lo vieron dirigir con dignidad y gracia, soportar dificultades y, una y otra vez, levantarse frente a nuevos desafíos hasta que completó su misión divina. Hoy, la herencia que él estableció aún brilla para que todo el mundo la vea. Las enseñanzas que tradujo y su legado de amor hacia sus semejantes continúan en los millones de corazones tocados por el mensaje que declaró hace tanto tiempo.

“Lo que creemos afecta lo que hacemos; lo que profesamos afecta lo que llegamos a ser. Dicho de manera sencilla, el éxito y la sorprendente influencia de la comunidad de Santos de los Últimos Días se debe principalmente a nuestro fundamento teológico, las doctrinas en las que creemos, doctrinas que se remontan casi exclusivamente a las traducciones, revelaciones, escritos y sermones de José Smith.”

—Robert L. Millet

En *Precepto sobre Precepto* usted podrá:

- Descubrir cómo el proceso de restaurar una verdad condujo a preguntas que llevaron a la restauración de la siguiente verdad—y cómo ese patrón de revelación puede obrar en su vida.
- Explorar el desarrollo progresivo de la comprensión de José—y de la Iglesia—acerca de Dios y del evangelio de Jesucristo.
- Adquirir una mayor comprensión de la profundidad y la amplitud de las doctrinas que el Profeta restauró.
- Profundizar su testimonio del profeta José Smith y de su ministerio.